

cuadernos de

ruedo ibérico

12

abril
mayo
1967



Ayuntamiento de Madrid

cuadernos de **ruedo ibérico**

En las dos primeras series de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, números 1 a 12 y en **Horizonte español**, suplemento anual de la revista correspondiente a 1966, han sido publicados trabajos de:

- | | | |
|--------------------------|-------------------------|-------------------------|
| Ramón Aboy | Anna Daurella | Antonio Linares |
| Pedro Altares | Regis Debray | Jesús López Pacheco |
| José Luis L. Aranguren | Lorenzo de los Ríos | F.M. Lorda Alaiz |
| Arrabal | Carlos Envalira | Rafael Lozano |
| Maximo Arrieta | Francisco Farreras | Jaime Llosa |
| Daniel Artigues | León Felipe | José Maldonado |
| Max Aub | Santiago Fernández | Serge Mallet |
| José Aumente | I. Fernández de Castro | Pedro Marcos Santibáñez |
| David Barea | Antonio Ferres | Herbert Marcuse |
| Carlos Barral | Xavier Flores | Robert Marrast |
| Lelio Basso | Enrique Fuentes | José Martínez |
| José Bergamín | Eduardo Galeano | Manuel Martínez |
| Charles Bettelheim | Enrique García | Roberto Mesa Garrido |
| Jordi Blanc | Martín García | Felipe Miera |
| Ramón Bulnes | Juan García Hortelano | Millares |
| Andreu Burriel | Ges | Joan Miser |
| José Cardona | Jaime Gil de Biedma | Rodrigo Montoya |
| Carpani | Pedro Gimferrer | Eugenio Nieto |
| Castelao | Vicente Girbau | Novoa |
| José María Castellet | Maurice Godelier | Lauro Olmo |
| Carlos Castilla del Pino | Iñaki Goitia | Josep Pallach |
| Fidel Castro | José M. González Ruiz | Miguel Parra |
| Cattolica | José Agustín Goytisolo | Antoliano Peña |
| Gabriel Celaya | Juan Goytisolo | Phan Than Vinh |
| Miguel Cervera | Félix Grande | E. Pinilla de las Heras |
| César | Ernesto « Che » Guevara | Américo Pumaruna |
| Che Lan Vien | Angel Gustalavida | Luis Ramírez |
| Juan Claridad | Julius | Juan José Real |
| Fernando Claudín | Marcos Kaplan | José Ramón Recalde |
| Alfonso C. Comín | Antonio Lettieri | Juan Relayo |
| José Corrales Egea | | |
| Alfredo Costafreda | | |
| Cur | | |



Revista bimestral

Comité de redacción

JORDI BLANC
RAMON BULNES
JUAN CLARIDAD
FERNANDO CLAUDIN
MARTIN GARCIA
JOSÉ MARTINEZ
ANTOLIANO PENNA
LUIS RAMIREZ
JOAN ROIG
JORGE SEMPRUN
ANTONIO VARGAS
ANGEL VILLANUEVA

Redactores-jefe :

RAMON BULNES
JOSÉ MARTINEZ
JORGE SEMPRÚN

Directeur Gérant de la publication :

FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Seine)

cuadernos de

ruedo ibérico

número

12

abril-mayo 1967

Ayuntamiento de Madrid

sumario

Actualidad política española

Angel Bernal : En el corazón de la violencia	3
Iñaki Goitia : Después del referéndum	27
Enrique García : Los periódicos de Madrid al primer año de la Ley de Prensa	37
Breve historia de la aplicación de la Ley de Prensa	41
Del diálogo a la lucha revolucionaria (Entrevista con el Padre José María González Ruiz)	43
Félix Grande : El espía	45
Pedro Gimferrer : Larra	48
Angel Gustalavida : Angelus	49
F. Gil : El marxismo como ciencia	57
Juan Goytisolo : Menéndez Pidal y el Padre Las Casas	69

Mundo contemporáneo

Ramón Bulnes y Antonio Vargas : Cuba y América latina	82
Fidel Castro : Discurso en el X aniversario del asalto al Palacio presidencial. 13 de marzo de 1967 (fragmentos)	86
Ernesto « Che » Guevara : Crear dos, tres... muchos Vietnam, es la consigna (Mensaje a la Tricontinental)	94
Regis Debray : La enseñanza esencial del presente	102

Tribuna libre y correo del lector

Julius : La izquierda socialista española y el Partido Comunista	112
Ramón Aboy : Acotaciones a un artículo de Jorge Semprún	
Cuadernos de Ruedo ibérico han leído...	126
Dibujos y viñetas de Ges, Geordie y Mensa	

La extensión del conjunto « Cuba y América latina » que publicamos en este número de **Cuadernos de Ruedo ibérico** nos ha obligado a aumentar excepcionalmente hasta 128 sus páginas.

Condiciones de suscripción en la página 118.

En el presente ensayo se intenta describir una actitud psicosocial propia de una zona sobremanera sensible de la población española actual: los estudiantes universitarios. Ni que decir tiene que con una descripción de alcance general como ésta no pretendo explicar el comportamiento de todo estudiante español. No faltan, naturalmente, quienes son ajenos a la lógica existencial del tipo aquí descrito. En ellos reposa, justamente, la más sólida realidad y las mejores esperanzas del movimiento estudiantil democrático y socialista.

ANGEL BERNAL

En el corazón de la violencia

El caso es muy reciente y ya hay por parte de todos una rara prisa en olvidarlo. A finales de enero, un muchacho de veintitrés años llamado Rafael Guijarro se quitó la vida ante una patrulla de la policía política, mientras ésta efectuaba un registro en su domicilio y se disponía a detenerle.

Al día siguiente, los periódicos dieron cuenta del suceso con reseñas algo más largas que las habituales sobre arrestos políticos y, probablemente a causa de los malos recuerdos, se notaba en su honestidad cierta urgencia por llegar al corazón de los hechos y desterrar de ellos algún posible resto de duda. Sin embargo, la voluntad de encontrar la clave de lo sucedido se volvió contra sí misma y la exactitud desacostumbrada de las informaciones introdujo en el caso una oscuridad más impenetrable y de signo muy diferente de la que por adelantado se le quería preservar. De otra manera: el premeditado rigor de la información demostró que los hechos desnudos eran incapaces de expresar su propio significado, obligando al lector a indagar en una zona de circunstancias menores cuya turbiedad era el rasgo más característico. La autopromesa de honestidad informativa de los periódicos cayó de este modo en la trampa que ellos mismos se tendieron. Resultado de todo esto fueron unas cuantas notas veraces y crispadas, escritas con evidente disgusto.

Si estuviera permitido hablar de vulgaridad en una acción de esta especie, el suicidio de Rafael Guijarro estaría en los antípodas de lo vulgar. Fue una acción llena de insolencia, un reto a las leyes del sentido común, capaz de escurrirse de entre las manos de los informadores cuando éstos creían haber capturado su significado. El conjunto de los datos barajados por los periódicos era, aparentemente, completo. Sin embargo, dentro de la ortodoxia del sensacionalismo, faltaba de entre ellos un eslabón sin el cual tomaban una sucesión incausal y completamente arbitraria: la de la violencia sin móviles ni objetivos. El malestar con que las reseñas informativas fueron redactadas se originaba en la circunstancia de que, todo por razones muy imprecisas, la absurdidad de aquel suicidio « cabía » perfectamente dentro de la lógica de la situación en que se había producido, llegando a adquirir,

incluso, dentro de ella, con toda su enormidad, el valor de una decisión familiar a la memoria de los españoles y, por ello, coherente con los engranajes habituales de la normalidad social y psíquica del país.

Las interpretaciones clandestinas, descartadas, en primer lugar la hipótesis del suicidio provocado, que no se sostiene y que fue categóricamente desmentida por la madre de Guijarro, y en segundo lugar la del suicidio fortuito, según la cual el muchacho pretendía huir a través de una cornisa —cornisa que no existe—, tampoco logran deshacerse de la perplejidad y el disgusto, especialmente aquellas que provienen de personas desde hace tiempo desconectadas de la vida diaria en España y sin acceso directo a los síntomas de enrarecimiento y de violencia sofocada que destila la nueva cara de nuestra sociedad en su complicado camino hacia el desarrollo neocapitalista, síntomas que sin pretenderlo resumió hace poco un ingenuo cronista municipal de una emisora de radio madrileña: « Parece que entre nosotros la locura se está volviendo contagiosa ». Todas las interpretaciones clandestinas que conozco, y conozco muchas, acuden a esquemas de análisis caducos y abstractos que aplican al caso de Guijarro sin molestarse en entrar en sutilezas, bajo el imperio de la **objetividad**. Este esquematismo se debe en algunos casos a vicios profesionales adquiridos, y en otros a un simple espejismo. Unos moldes extraídos de situaciones genéricas no sirven para nada aplicados a una acción estrechamente vinculada a una compleja serie de reacciones individuales cuya valoración correcta depende de multitud de mediaciones sociales y psíquicas que, pese a todas las implicaciones políticas « tradicionales » que puedan tener, en realidad carecen todavía de equivalente doctrinal exacto, en cuanto que son la muestra incipiente de una coyuntura política en gestación y, por ello, sin posibilidad de traducción ideológica propiamente dicha. Como era de prever, las interpretaciones (meramente) políticas se aferran a sus esquemas programáticos previos, desentendiéndose por completo de la posibilidad de que este caso individual sea una muestra de nuevas circunstancias y, por consiguiente, de que requiera nuevos criterios de análisis. Vieja escolástica: una muerte política exige un diagnóstico político, aquella secular alternativa del suicida revolucionario según la cual un acto de esta especie sólo cabe en un hombre aterrorizado hasta la demencia —léase en este sentido una crónica de la **Tribuna** del Partido Socialista correspondiente a febrero, que en última instancia, como enseñanza suprema de esta tragedia personal, se limita a invitarnos a hacer penitencia—, o en un hombre que, sometido a un alto grado de disciplina espiritual, tiene al mismo tiempo muchas cosas que ocultar a la policía —véanse en este sentido las explicaciones « oficiales » de la FUDE—. Es decir, a tales efectos, tales causas. Medicina de aldea.

La hipótesis del terror fue descartada por todos los periodistas que tuvieron informaciones directas de los agentes testigos y, principalmente, de la madre. Rafael Guijarro no mostró en ningún momento, desde la

irrupción de la policía en su casa, nerviosismo fuera de lugar. Al contrario, pálido y tranquilo, se mantuvo por complejo dueño de sus actos ante los primeros despuntes de interrogatorio, de los que se zafó con respuestas secas, irónicas, casi cínicas. Tenía, según parece, todo su empeño puesto en mostrar hacia los agentes, más que hostilidad o miedo, una provocadora indiferencia. Con serenidad eludió un momento su vigilancia y, con el pretexto de beber un vaso de agua, entró en la cocina de la casa, seguido de cerca por un vigilante que no observó nada irregular y mucho menos alarmante en su conducta. Fue su madre, **precisamente su madre**, es decir, la única persona de todas las presentes que tenía acceso, aunque mínimo, a la intimidad del muchacho, la que tuvo una **corazonada**. Los presentimientos, brotes de lucidez repentina, tienen aparentemente un proceso irracional; sin embargo están muy lejos de ser acciones mágicas o telepáticas, sobresaltos mentales místicos, teniendo por el contrario un mecanismo psicológico perfectamente comprobable: multitud de pequeñas experiencias diarias, de observaciones aparentemente no significativas que, por acumulación y ante un estímulo capaz de ordenarlas, configuran instantáneamente una deducción lúcida imprevista que, de algún modo, reposaba ya bajo la memoria. La madre de Guijarro observaba sin duda a su hijo desde hacía tiempo, viendo en él una nota nueva y persistente que no acababa de descifrar, pero que ahora adquiría impensadamente un significado inequívoco. La mujer corrió hacia la cocina gritando. Los policías, desconcertados, la siguieron. Rafael Guijarro había abierto la ventana y ahora estaba encaramado en ella. Miró hacia atrás un instante y se lanzó al vacío. El apartamento estaba situado en un sexto piso, a unos veinte metros sobre el suelo de cemento del patio.

La otra hipótesis, la del supuesto espíritu de disciplina, es, a la vista posterior del grupo en que Guijarro militaba, mucho más inverosímil que la anterior. La organización de las « Fuerzas Armadas Revolucionarias » o FAR no pasaba en Madrid del puro estado embrionario, al igual que decenas de otros grupos de configuración semejante, desenvolviéndose prácticamente en el plano de la política inventada. Las FAR madrileñas constituían un « literario » grupúsculo de ultraizquierda que, al parecer, no llegó a contar nunca con más de diez afiliados y que fue desarticulado completamente por la policía en sólo una noche. Es temerario hablar de sentido de la disciplina en una formación de este tipo. Pueden haber en ella sentimientos, incluso extremos, de amistad o de solidaridad **personal** de unos compañeros respecto de otros, una actitud filial o fraternal de orden privado aparentemente objetivada, pero es ingenuo acudir a imágenes de disciplina total dentro de una organización que comienza por no haber existido nunca como tal organización. Por otra parte, si en el espíritu de este muchacho se produjo un estado de ánimo semejante al de la disciplina fanática, una entrega hasta la muerte respecto de la significación « objetiva » de su grupo, éste sería precisamente el mejor

indicio de la existencia dentro de él de un profundo desajuste mental que le mantenía fuera de los datos reales. De esta forma, la supuesta causalidad política del suicidio no sería más que el producto delirante de una subjetividad en conflicto.

De esto se trata, en realidad. Las versiones (meramente) políticas del suceso no sobrepasan la superficie de un comportamiento demasiado sutil para que pueda cerrarse el círculo de sus implicaciones en sus puras apariencias. Lo que en realidad ignoran estas versiones no son las particularidades privadas de un « caso », sino algo mucho más grave: la existencia de un mecanismo colectivo de justificación en virtud del cual una gran cantidad de jóvenes procedentes de las clases medias de nuestro país acuden a la acción política sin convicciones ideológicas metódicamente asimiladas, sino a través de un salto irracional que les sitúa psicológicamente en una plataforma de compensación objetiva respecto de sus inhibiciones más primarias. Este « salto ideológico » es en la actualidad el rasgo más definidor, no sólo de simples comportamientos privados, sino también de toda una tendencia social cuya complejidad no es ajena al cúmulo de cosas que desvela, como si sobre ella estuviera proyectada en un apretado resumen toda la última etapa de la historia de España: el corazón de un sistema de organización social que se vuelve contra sí mismo y muestra, por ahora en brotes individuales, pero ya veremos que también en otros niveles, los primeros síntomas de descomposición interior.

Erich Fromm afirma que en determinadas circunstancias de enrarecimiento social « los impulsos destructivos son racionalizados de tal manera que por lo menos cierto número de personas o incluso todo un grupo social completo participan de creencias justificativas; de este modo, para todos sus miembros, tales racionalizaciones parecen corresponder a la realidad, ser **realistas** ». No es necesario reproducir aquí el esquema general de la formación de una ideología política contrahecha, meramente justificativa y compensadora en el plano psicológico; es sobradamente conocido. Interesa en cambio comprobar su existencia y, sobre todo, su magnitud dentro de las clases medias españolas, ya que la fuerza de este dato puede determinar ciertos aspectos importantes de una estrategia socialista de conjunto. En España, actualmente, se observa un creciente y misterioso enlace entre los conflictos personales de la juventud burguesa y sus adscripciones políticas, como si entre éstas y aquéllos mediase el tipo de complementación mutua que caracteriza al mecanismo de los reflejos condicionados. Observaba un catedrático de la universidad de Madrid que « entre los grupos políticos de oposición universitaria se da una especie de infalible ley: cuanto más minoritarios son, mayor es el grado de su radicalismo ideológico ». Justamente, ésta es la definición ilustrada de una actitud de inhibición colectiva en situación de repliegue, un profundo pesimismo político insertado en

categorías intelectuales optimistas, de mera función compensatoria. Desde esta perspectiva, la sombría frialdad del suicidio de Rafael Guijarro nos obliga a volver la mirada hacia algunas peculiaridades de su personalidad, especialmente aquellas que se condensan en la serie de circunstancias por las que se vio arrastrado, sin convicciones racionalmente elaboradas, hasta posturas políticas de grado absolutamente extremo, prácticamente desesperadas. La evolución de su conducta observa, al mismo tiempo que una dramática escisión con la realidad, una casi perfecta coherencia con el repliegue moral característico de un joven burgués típico que se siente insatisfecho ante el conjunto de cosas que constituye su vida. Estudiante de la pequeña burguesía, al igual que la mayoría de sus compañeros de grupo, se veía forzado a compaginar sus clases en la Escuela de Estudios Sociales —controlada por un falangismo residual consciente de su « desgaste » histórico— con un trabajo que le permitía contribuir modestamente a la economía de su casa, lastrada de un padre enfermo y, por supuesto, hombre de la derecha y católico intransigente. La única explicación del acto de su hijo que se le ocurre a la madre de Guijarro es ésta : « Lo hizo para no tener que enfrentarse con su padre ». La pobre mujer seguramente no sospecha que sus palabras van infinitamente más lejos de donde ella quiso que fueran. Retraído y hermético, bajo su recatada y anónima vida familiar, este « joven apacible » ocultaba una actividad política clandestina que le marcaba ya sin remedio como un suicida en potencia ; más o menos directamente participó en raptos, atracos y otros **actos políticos** semejantes de violencia desatada. En Inglaterra, Francia o los Estados Unidos, una personalidad así se hubiera alistado probablemente en algún « gang » de delincuentes juveniles ; pero en España el camino es todavía muy distinto y las peculiaridades de nuestra organización social le orientaron hacia otros lugares, hacia unas Fuerzas Armadas Revolucionarias compuestas de siete u ocho « milicianos » acomodados, que se adiestraban los domingos por la tarde en los jardines silvestres de la Casa del Campo, con fusiles de imaginación, en las técnicas de la guerra de guerrillas, siguiendo al pie de la letra los manuales de Guevara y Mao Tse-tung.

La enormidad tragicómica de estas circunstancias puede medirse ahora desde otro ángulo. Tanto más crudamente se manifiesta la eficacia redentora de la violencia cuanto más cerrado es el mundo interior sobre el que se origina y estalla. Hay toda una tipología que puede observarse en vivo en las aulas, en los pasillos, en los bares de los centros universitarios españoles. Con frecuencia incluso llegan a poseer un raro parecido físico ; muchachos que apenas consiguen disimular el desconcierto de sus ojos sirviéndose de respuestas de una exactitud evidentemente aprendida de memoria. Silenciosos y anodinos en reuniones públicas, se muestran locuaces y absorbentes en las conversaciones privadas. Contemplan todo cuanto sucede a su alrededor como desde el rincón de los

niños castigados. En las asambleas libres se comportan como espectadores ajenos, y su actitud ante el desarrollo de éstas se cifra en un silencio y amargo con la cabeza, la expresión de una ansiedad que no conoce camino y se encuentra siempre en una especie de espera indolente. Las asambleas les arrastran, pero les dejan insatisfechos; acuden puntualmente a todas las manifestaciones, pero por muy violentas que éstas sean necesitan ir **con urgencia** mucho más allá de donde llegan; viéndoles y conociendo sus emociones, podría decirse que incluso las mismas barricadas les dejarían hambrientos y decepcionados. Se desenvuelven en las concentraciones como fantasmas, nadie advierte su presencia, nadie les sigue, a nadie arrastran; coléricos, pero pálidos siempre, oscilan entre la vanguardia y la retaguardia, escondidos y callados, saltando de la audacia a la huida despavorida e histérica. Su aspecto externo es indiferente, y resulta difícil adivinar a simple vista que tras esta máscara de tranquilidad se oculta un cerebro hirviendo, al borde del estallido paranoico característico del hombre sin otras calidades que las de una gran receptividad intelectual dañada. El suicidio « casi irónico » de Rafael Guijarro es la muestra última, desazonadora y trágica, de toda una constante colectiva que encontró en la mente frágil de este joven una grieta por donde manifestarse. Sometido a los efectos de una contradicción permanente y a un proceso ascendente de aislamiento de los hechos reales, Guijarro no fue, no pudo ser, víctima de un impulso repentino imprevisible, sino de un estado interior sistemáticamente provocado y ya estable. Todos cuantos le conocieron aseguran que era « un muchacho apacible ». Ciertamente, sin embargo, muchos tipos de « paz interior », y uno de ellos, lo que podemos llamar siguiendo a Hegel el « sosiego del estoico », se convierte aquí en radiografía. Evolucionando sobre un mundo mental cerrado, la clave de acción, es decir, el sistema del que Guijarro se servía para determinar sobre la marcha todas sus decisiones, estaba ya previsto en su evolución existencial completa. No existió arrebató en su decisión final, ni tampoco cálculo, sino deducción espontánea de unas premisas previamente orientadas hacia allí. El « eslabón » que nuestros periodistas buscaban tan afanosamente para poder explicarse de acuerdo con las leyes de su oficio un hecho a la vez tan absurdo y tan coherente hay que buscarlo precisamente en un aspecto adyacente de lo anterior: bajo ciertas formas agudas de opresión moral, en un país donde el ejercicio libre de la política es el más peligroso de los frutos prohibidos, cualquier tipo de insatisfacción « estoica » —que, por lo demás, es típica de individuos educados como miembros de clase dominante, variante de la paradoja hegeliana del opresor oprimido— tiende a adquirir naturalmente una compensación contraria de signo político que actúa respecto de aquélla como un simple mecanismo de sublimación. El conflicto moral del « estoico » es el del paranoico que ha alcanzado la sublimación racionalista. La conducta política de este hombre tiene algo de funambulesco: imbuido de una especie de mística de la rectitud doctrinaria, se somete

continuamente a sí mismo a pruebas de exigencia que le permiten asegurarse de que no se ha desviado de la recta previamente trazada de su camino. Oscila eternamente entre la decepción y el entusiasmo, convirtiendo cada día lo que él ingenuamente considera « sus sólidas convicciones » en un recipiente vacío y abstracto en el que los contenidos son intercambiables. Se le ha definido como el oportunista metafísico. Es una caricatura cruel, pero exacta. En su mente, la ideología sublimadora puede conducir a deducciones delirantes; camina sobre un mundo de autoafirmaciones tranquilizadoras; su lógica es la lógica del suicida.

••

La mañana del día 23 de marzo, domingo de Pascua, un joven de veinte años salió de su casa de Barcelona con un paquete bajo el brazo. Paseó por diversos lugares de la ciudad, estuvo hablando normalmente con algunos conocidos y, más tarde, llegó a Molins de Rei, en las afueras de la capital. Unos vecinos le vieron jugar despreocupadamente con unos niños. Luego su pista se pierde durante unas horas hasta que reaparece en un lugar poco concurrido los días de fiesta, cerca del centro comercial de Molins. Allí el joven deshizo su bien preparado paquete, sacó de él un pequeño bidón de gasolina, roció su cuerpo y prendió fuego. Quienes le conocían y fueron interrogados posteriormente afirmaron sin excepción que no entendían nada de aquel asunto y que una acción semejante no casaba con la imagen que se habían hecho de este nuevo « muchacho apacible ». Por supuesto, no hubo « arrebatos »: el bidoncito de gasolina llevaba varios días esperando su turno en un rincón de la habitación del suicida. Una semana antes, en una de las autopistas de acceso a Madrid, otro hombre joven se encerró en su pequeño coche, vertió en los asientos gasolina y le prendió fuego, ante el terror de la gente que intentaba inútilmente abrir las puertas desde fuera. Curioso testamento el suyo: un grosero gesto con el dedo dirigido hacia sus « salvadores », mandándolos « a la mierda ». Otra vez en Barcelona, el día diecisiete de abril, en una esquina de la calle de Vilaseca, un muchacho de dieciocho años repitió la hazaña de su antecesor de Molins de Rei.

Cito estos casos simplemente porque son los últimos; unos veinte « bonzos » más les han abierto el camino durante los últimos meses en toda España. Una y otra y otra vez las reseñas crispadas de los periódicos. Hay desde hace algún tiempo en nuestro país una obsesionante epidemia de suicidios « raros ». Gente muy joven que en número creciente padece de mortíferos conflictos solitarios, digamos « privados », cuyo secreto se llevan consigo a la tumba sin molestarse en dar explicaciones a nadie. Es inquietante, no tiene más remedio que serlo, el hecho de que un país sin apenas delincuencia juvenil consiga dar unos índices de suicidio juvenil verdaderamente estremecedores. Este dato, sistemáticamente ignorado por el Instituto Nacional de Estadística, es en realidad

un sombrío fardo a cuestras de una sociedad cuyos presupuestos morales de convivencia se niegan a reconocerlo como propio. Raro es, sin embargo, el día en que el lector habitual de periódicos no encuentra en las páginas de sucesos uno o varios suicidios, la mayoría « incausales », y, por ello, según la escolástica de la profesión, inexplicables, curiosos extremos, rarezas de la **naturaleza humana**. El órgano de los sindicatos franquistas, **Pueblo**, suele incluirlos en su sección « noticias pintorescas », es decir, el humor de la realidad. Este mismo periódico reprodujo a primeros de abril un « pintoresco » documento. Una comisión de vecinos de las calles que bordean el Viaducto de Bailén presentó al ayuntamiento de Madrid la siguiente petición : colocación **urgente** de altas verjas en los bordes del Viaducto que impidan a los suicidas escalarlas. El más enternecedor de los argumentos empleados por **Pueblo** a favor de esa medida es el del **shock** que para los niños de la calle de Segovia supone el espectáculo que las aceras o la calzada de su calle les ofrecen ciertas mañanas. La media anual de suicidios en este lugar de Madrid era tradicionalmente de dos o tres por año. En los tres primeros meses de 1967 ya iban por el número cinco. **El Caso**, semanario de la necrofilia ibérica, suele inventar un par de asesinatos cada semana con los que más o menos satisface a la demanda **negra** del país, pero en las páginas que habitualmente dedica a los degustadores de suicidios este imaginativo periódico no necesita sacarse de la manga ni una sola tinta negra. Sobre las últimas páginas de los diarios se vuelcan hoy, mucho más que las tradicionales comadres morbosas, las gentes ávidas de realidad.

Si la muerte de Rafael Guijarro ha sido oficialmente cerrada con el pretexto de caso « aparte », con sólo una sencilla verificación cuantitativa, ese mismo pretexto se inhabilita a sí mismo como tal. En efecto, a la luz de su proyección colectiva y ambiental, la « singular » muerte de este joven nos enseña que la excepcionalidad constituye hoy una cierta regla en nuestro país. Esta contradicción es tan aguda que eleva la paradoja a supremo sistema de análisis racional. Cuanto más oscuridad les rodea, mayor es la capacidad reveladora de los brotes de violencia que surgen a nuestro alrededor, al igual que las formas absurdas de un espejo cóncavo —la vieja técnica esperpéntica— desvelan subitáneamente las deformaciones reales implícitas en un rostro humano que previamente hemos convenido en considerar normal. De ahí que lo que en Rafael Guijarro se manifestó como una reacción desesperada, patológica, en la **normalidad** social de las clases medias españolas, cuya juventud ha sido invitada a heredar una situación política en la que indistintamente se le ofrece el papel de protagonista y de víctima, aparece de mil diversas formas suaves, respecto de las cuales el primero es sólo una trágica y esperpéntica exageración. La actitud de este joven tiene, en lo fundamental, el mismo origen que otros muchos comportamientos compensados y benignos característicos de una juventud (burguesa) dominada por un pesimismo que carece de recursos sociales, ambientales, de cami-

nos e instituciones a través de los cuales objetivarse. La confusión mental, la incapacidad para expresar las propias insatisfacciones, el sentimiento de inferioridad y de fracaso prematuros, la trivialización de las convicciones religiosas, el atroz crecimiento de la homosexualidad, el mimetismo cultural, el virus dogmático, el nacionalismo exacerbado hasta su inversión, la irritabilidad infalible de los razonamientos políticos, la tendencia generalizada a buscar ante la más pequeña dificultad una creencia justificativa... son rasgos comprobables a simple vista como genéricos de la vida social normal de la juventud acomodada española, erigida aquí implacablemente en caja de resonancias de la interioridad de su propia clase. La especificidad, por así llamarla, de esta interioridad consiste en que toda esta serie de tendencias contradictorias se convierte, bajo la más mínima presión de una circunstancia externa que le dé forma y le sirva como aglutinante, en ideología política « racional », en « movimiento revolucionario ». Sobre este fondo se han producido las feroces manifestaciones estudiantiles de enero, y, paralelamente, el elemento de aglutinación necesario para que se encauzasen tal como lo han hecho, ha sido, como veremos más adelante, el proceso completo de preparación y celebración del referéndum nacional del 14 de diciembre. No quiero decir que este siniestro acto político, cima de un poder dictatorial siempre fiel a sí mismo, sea « causa » de aquello, del mismo modo que la mano que levanta la tapadera no es la causa del humo que sale del puchero.

Un factor de dimensiones tan enormes como el referéndum de diciembre, que ha supuesto una honda perturbación de la conciencia de las clases en el poder, no tenía más remedio que destapar violentamente los más oscuros conflictos depositados en la infraestructura de esas clases, sirviendo de vehículo circunstancial a los síntomas de descomposición que sufren las formas típicas de convivencia sobre las que se sustenta el orden y, de entre todas ellas, la más estrechamente vinculada con el mundo de la subjetividad. Me refiero, naturalmente, a la institución familiar (burguesa), elevada por el régimen al rango de célula-base de todo su sistema de organización social y político. Todo el potencial sofocado de enfrentamiento de clases que caracteriza la última etapa de la historia de España ha revertido durante los últimos meses sobre los conflictos generacionales, que en la actualidad se han agravado de una manera descomunal, sufriendo un giro virulento capaz de determinar parcelas nada despreciables de la evolución futura del régimen, y cuya resistencia a ser medido correctamente estaba en relación, hasta los últimos días de enero de 1967, con su dispersión, con su carácter de lucha multiplicada de paredes adentro. La salida a la calle, masivamente, de este disperso, pero gigantesco potencial de conflictos puede ser una muestra —dada la absoluta novedad del hecho— de cambios cualitativos en gestación dentro de la base social del poder franquista. La novedad del hecho no consiste en su existencia, ya conocida desde hace tiempo,

sino en la serie de circunstancias por las que la vieja dispersión de la lucha generacional ha sido capaz de encontrar un punto de convergencia, transformándose repentinamente en un movimiento colectivo. Es característico de estas manifestaciones, aparte de su feroz irracionalidad, el que la policía se haya visto obligada a realizar una desacostumbrada cantidad de detenciones, hasta el punto de tener que habilitar oficinas y calabozos de comisarías de distrito para poder albergar la avalancha de « activistas » capturados en plena calle. Desde siempre, en las manifestaciones universitarias solían aparecer individuos cuya actividad y violencia les daban una apariencia de importancia de la que en realidad carecían por completo. Estos agitadores circunstanciales, sin embargo, han sido siempre raros y eran, por lo general, muchachos que, irritados por alguna circunstancia personal, encontraban en el escándalo y la lucha momentáneos una forma casual de liberación. Pero este tipo de francotirador ha aparecido masivamente durante los sucesos de enero hasta el punto de condicionar casi completamente la marcha externa de las innumerables refriegas con la policía armada, imposibilitando a los grupos de oposición organizados el más mínimo control sobre ellas, sometidas a su propia lógica. Son gente desvinculada de las organizaciones sindicales y que todo lo más forman parte de inocentes peñas de amigos que en el transcurso de unos días y a veces de unas horas se convierten en focos de rebeldía política violentísimos. Suelen ser capturados por la policía en plena actividad, casi en trance; se revuelven contra sus capturadores y, por ello, reciben tremendas palizas. Entran en los autobuses y coches-patrulla alentando a sus repentinos compañeros que quedan fuera, apretados los dientes, entusiasmados y posesos por su repentino estallido histérico, levantando el puño o cantando canciones políticas que han aprendido probablemente aquella misma mañana. Luego, cuando se encuentran solos frente a las caras sardónicas de los interrogadores, se derrumban. Nada saben, nada pueden decir, no conocen nombres, ni lugares. No mienten. Entre sus lloriqueos infantiles, algunos consiguen la clarividencia del ingenuo, como aquel que juraba « que había participado en todo aquello, que había gritado y apedreado, pero que lo había hecho no por que tuviese nada contra el gobierno, sino contra su mamá »; o aquel otro que promovió un enorme escándalo en los pasillos de la Brigada de Investigación Social, gritando como un loco, mientras era arrastrado por el suelo: « Quiero que me interroge él ». El era su padre, un destacado funcionario de la policía política. El periódico de Emilio Romero no recoge estas anécdotas en ninguna parte, ni siquiera en el rincón que dedica al raro humorismo de la realidad española.

Hay otra peculiaridad en estos hechos, aparte de su circunstancial convergencia colectiva, y es su absoluta inexistencia en los sistemas de relación, individuales o colectivos, propios de las clases proletarias. Ningún exponente de lucha generacional digno de consideración se

manifiesta en estas clases, desenvolviéndose sus inhibiciones en un nivel literalmente opuesto. Hay un ejemplo muy valioso que confirma este supuesto. Recientemente se ha estrenado en España una película que está batiendo todos los records de recaudación para una producción nacional de los últimos años. La asistencia multitudinaria a esta proyección se está produciendo exclusivamente en los cines de estreno, por definición inaccesibles a los públicos obreros. En las ciudades donde la película ha pasado ya a las salas de barriada, este tremendo éxito de « cine de estreno » está sufriendo un brusco descenso de asistencia. La desbordante curiosidad que produce entre el público burgués contrasta, pues, crudamente con la indiferencia con que es acogida en los medios obreros. El tema de la obra —titulada **Nueve cartas a Berta**— es el de la lucha generacional en el marco de la pequeña burguesía de Salamanca. El director, Basilio Patino, lo trata con moderación aparente, pero, en verdad, a causa de la claridad y sencillez de su exposición, esa misma moderación adquiere a veces un finísimo sentido polémico, que convierte a la película en centro de discusión y escándalo en hogares, coloquios de cine-clubs, universidades y reuniones mundanas. Una revista cinematográfica resumía hace poco una encuesta relacionada con esta película. Estudiantes, licenciados, profesionales de todas las ramas la juzgan como el cine de hoy, como la realidad y el camino; pero todos los obreros consultados, sin excepción, la desdeñaron de la manera más evidente, con una especie de « bah » sistemático. Su temática, la lucha de generaciones, no les concierne para nada. Y la claridad de este sencillo reflejo de clase nos enseña hasta qué punto el radicalismo de los conflictos y luchas que actualmente desgarran al movimiento universitario es algo que depende de una lógica de clase autónoma, capaz de vincular a la del movimiento obrero sólo como antítesis. Más adelante comprobaremos que, siguiendo esta senda autónoma, el movimiento universitario ha ido demasiado lejos, hasta límites que pueden dañarlo gravemente, e incluso esterilizarlo. En realidad se observa en él un giro todavía impreciso en algunos aspectos, pero inequívoco en otros. Los factores que han posibilitado este giro están, por supuesto, íntimamente vinculados con la coyuntura económica actual, es decir, con los éxitos que el régimen está obteniendo en su proyecto de transformación neocapitalista, éxitos que sólo pueden ser ignorados desde una tozuda miopía doctrinaria, estúpida o culpable. El violento movimiento de concentración monopolista (cuyo mayor ejemplo visual lo constituye Madrid, ciudad sometida a cambios de estructura social y urbanística verdaderamente fantásticos) ha repercutido fuertemente sobre la conciencia de los sectores más sensibilizados —es decir, más insatisfechos políticamente— de las clases medias en dos formas complementarias: la **primera** suprimiendo por completo del juego económico a la vieja estructura residual del corporativismo fascista, lo que afecta decisivamente a la moral de los núcleos-base de organización tradicional del régimen, es decir, a las familias de la burguesía media. En esencia, este fenómeno consiste en la

ruptura con el patriarcalismo precapitalista que caracterizó al franquismo originario, ruptura que, acentuada por las presiones doctrinales de la Iglesia conciliar, ha agravado la base de los conflictos generacionales « específicamente burgueses ». Sobre esta agravación de la lucha generacional se configura la **segunda** forma de desajuste, que tiene una valoración política más precisa: el crecimiento neocapitalista, con toda su fuerza, es contradictorio y está sujeto a un desarrollo desigual, en el sentido de que, por una parte, su amplitud es desmesuradamente mayor en unos sectores que en otros, lo que acentúa los desequilibrios estructurales crónicos, y, por otra, de que desencadena una incalculable serie de estímulos de consumo sin desarrollar paralelamente un sistema apropiado de compensación de esos estímulos que, de esta forma, quedan en el aire, como fuente permanente de insatisfacciones. Hay un **tercer** elemento de desajuste que radica en la interrelación de los dos anteriores y es como el resultado objetivo de su enfrentamiento. El alto nivel de crecimiento económico, que ha sido capaz de disolver los restos de estructura corporativa y de fomentar estímulos de alto nivel de consumo, se mantiene bajo unas formas institucionales todavía precapitalistas, incapaces de asimilar los riesgos de una auténtica sociedad de consumo, que en esencia son los riesgos de la democracia burguesa occidental. La importancia de este tercer elemento se debe a que es el que da forma a los dos anteriores, desvelando su auténtico sentido político en lo relativo a la situación actual del movimiento universitario. El desajuste entre las nuevas necesidades derivadas del crecimiento económico y los medios sociales para satisfacerlas, obliga al joven de las clases medias españolas a mantenerse a medio camino entre dos formas de vida opuestas y sin sentirse capaz de renunciar a ninguna de las dos: hogar reaccionario-universidad « revolucionaria », moral sexual puritana-estímulos ambientales altamente sexualizados, aceptación familiar del estatuto patriarcal-negación ideológica de la familia... Es decir, una constante duplicidad en su manera de vivir que condiciona su actitud toda frente al mundo inmediato que le rodea. En realidad, el joven español de las clases medias se ve obligado a situarse en el centro de las contradicciones de su sistema social con una renuncia explícita a intentar solucionarlas, adquiriendo poco a poco un espíritu de asimilación de lo inasimilable que le lleva, en última instancia, a aceptar para sí mismo la más perturbadora ambigüedad. En esta situación, cuando acontecimientos de la importancia del referéndum le obligan a tomar una postura política clara, el joven español burgués no encuentra más vía abierta que la radicalización ideológica, por supuesto, casi siempre meramente sublimadora, insincera y equívoca. Por esta razón, la violencia de las manifestaciones estudiantiles de enero es un arma política de doble filo, a la que hay que evaluar desde una perspectiva socialista auténtica, con pies de plomo, sin apresuramiento e, incluso, con cierta desconfianza.

El único análisis que conozco sobre el radicalismo estético universitario español lo hizo Enrique Tierno Galván en un famoso artículo publicado hace cinco o seis años en una revista parisiense, **Cuadernos**. Pero lo que el profesor y ensayista exponía referido exclusivamente a ciertas élites politizadas « no en virtud de una concepción del mundo asimilada, sino de representaciones mentales vagas e inarticuladas o de resentimientos intelectualmente justificados », es en la actualidad un fenómeno de mucha mayor amplitud, que llega incluso a alcanzar a los núcleos mayoritarios de las universidades. De otra forma, lo que hace unos años valía como observación de orden práctico a efectos de organización de grupos políticos dentro de la universidad, hoy vale como rasgo caracterizador de toda una colectividad social. Podríamos traer aquí infinidad de ejemplos para ilustrar tales afirmaciones, pero basta con uno solo muy representativo y sintético. Se han hecho famosas en las facultades universitarias de Madrid las llamadas « deserciones de lunes », retiradas muy pintorescas que coinciden, si no en las motivaciones concretas, sí en el mecanismo con que se manifiestan. En épocas de agitación, cuando el radicalismo ideológico ambiental sube cada día, es infalible que los fines de semana sean el punto álgido de esa ascensión. Jóvenes que a principios de semana eran, como mucho, unos difusos liberales, el viernes o el sábado se manifiestan como feroces, intolerantes profetas de una **revolución** en marcha. A mediodía del sábado, sin embargo, « su » revolución se toma un descanso, un **week-end** de puertas adentro, la compañía de mamá, las sesiones de esquí en Navacerrada, el guateque libre y cosmopolita, la mirada tierna y católica de la novia, bálsamos y más bálsamos invisibles. El feroz radical de un viernes se reincorpora a sus clases el lunes siguiente otra vez convertido en el difuso liberal de poco tiempo antes. Hay veces que no es necesario tan largo espacio para que el ciclo de la radicalización estética se cierre. Un muchacho de la facultad de Derecho de Madrid consideró oportuno tomar la palabra para conciliar los ánimos en una agitada asamblea libre de su centro. « ¿ Por qué no se permite hablar a los representantes de las APE ? Si somos demócratas, nuestro deber es admitir toda opinión ». Frenéticos aplausos de la minoría derechista. Habla la izquierda, mayoritaria, aplastante : « ¿ Puede el cordero permitirse el lujo de dejar opinar al lobo ? » El chico comienza a vacilar : « No, claro ». Siguió hablando. Oyéndole, la minoritaria derecha palidecía con el recuerdo de sus primeros aplausos. Al final, el conciliador originario pidió, exigió convulsamente, dando puñetazos en su pupitre, la implantación urgente en España de una sociedad socialista. La izquierda, es decir, el noventa por ciento de la asamblea, coronó la parrafada con una delirante ovación que, por cierto, no impidió a esta « revolucionaria » asamblea negarse a asistir a la manifestación convocada para el día siguiente por el Sindicato Democrático.

Estos hechos de superficie nos llevan a terrenos más profundos con sólo

examinarlos a la luz de las tendencias antes descritas. La huida de la ambigüedad connatural a su sistema de vida adquiere en el mundo mental del joven burgués español todos los matices y variantes que corresponden a una colectividad tan compleja como la suya. En aquellos que no tienen acceso a compensaciones de tipo sexual o religioso, tal huida puede llegar a adquirir un caparazón ideológico encubridor de tendencias suicidas. Tal es el caso de Rafael Guijarro. Pero en la inmensa mayoría la justificación ideológica toma formas triviales y fluctuantes de un marcado sentido exhibicionista y estetizante. La conversión en « ideología política » de las insatisfacciones primarias se ve, por esta razón, tarada bien por un proceso de exasperación progresiva, de violencia existencializada, bien por un proceso inverso de banalización. En la medida en que es imposible preverlas, ya que recorren caminos oscuros y de difícil confluencia, las líneas ideológicas de las diversas organizaciones universitarias de izquierda discurren de modo discontinuo e irregular, desembocando más pronto o más tarde en desmembraciones y escisiones mortales. Puede decirse que la existencialización y vuelta hacia sí mismos de la violencia social sobre la que nacen a la acción política los individuos que componen estos grupos, revierte sobre estos grupos en cuanto tales, llevando cada organización en la misma causa de su nacimiento los fundamentos principales de lo que más adelante será su muerte. La actitud suicida y la actitud banal son los extremos sobre los que ha oscilado el movimiento universitario durante las jornadas de enero pasado. Es conocida su rápida progresión, su transformación, en el transcurso de dos semanas, de movimiento sindical situado sobre la única plataforma abierta en la que hoy es viable una auténtica participación de la izquierda en los acontecimientos políticos del país, hacia un estético « espíritu de barricada » al margen por completo de los procesos reales de transformación en curso. Esta radicalización abstracta queda de manifiesto con sólo un cotejo de la iniciación y del final de los sucesos estudiantiles : situados éstos al principio en el marco de una lucha sindical obrera de gran potencia, sus dos últimos coletazos fueron, precisamente, el suicidio de Guijarro y otro hecho tal vez más desesperado desde un punto de vista estrictamente político, el descubrimiento en el gimnasio de la Facultad de Ciencias Físicas de un arsenal destinado, según indican los planos encontrados junto a los explosivos, a volar el edificio de la Dirección General de Seguridad, o el de las Cortes.

Todo esto ha surgido por presión de circunstancias objetivas discernibles, algunas de las cuales están en la naturaleza misma de la oposición estudiantil, reflejo en gran parte de la frustración y contradicciones de las clases en el poder, y otras en hechos más concretos. No es casual, por ejemplo, que todo esto se haya producido cronológicamente como culminación del proceso de preparación y promulgación de la Ley Orgánica del Estado. La forma lenta y progresiva, que se remonta a varios años atrás —a la campaña de los « veinticinco años de paz » y, más

recientemente, al establecimiento de la llamada « libertad de prensa »— con que se ha preparado al país para la « aprobación » de una Ley Constitucional que no tiene nada de Ley Constitucional, así como el contenido de ésta, verdadera institucionalización de la violencia, son dos factores que han contribuído decisivamente al desencadenamiento de este fenómeno de radicalización entre trivial y suicida del movimiento universitario, en virtud de una agudización de los conflictos en que se basa. La preparación y votación de la Ley Orgánica del Estado se efectuó mediante un empleo sistemático de la violencia sobre todos los rincones y niveles del país, y en primer lugar sobre la conciencia individual de todos y cada uno de los españoles. Concebida, por otra parte, la operación publicitaria del referéndum no como un intento por parte del régimen de comprobar la amplitud del apoyo popular con que cuenta, sino todo lo contrario, como un intento de comprobar la cantidad « exacta » de enemigos irreductibles que tiene, el plebiscito perdió antes de efectuarse todo el espíritu renovador que la propaganda quiso colgarle, para erigirse en el acto más coherente consigo mismo de todo el historial de la dictadura originaria: una gigantesca operación policiaca. Ni un sólo sistema coactivo, ningún medio útil para la violentación de la subjetividad ha dejado de ser empleado para llevar a todos los españoles a las urnas: presión física directa —reconocida por **ABC** en medios campesinos—, transgresiones legales disimuladas —el demencial uso de un artículo de la ley de 1907 sobre obligatoriedad del voto—, coacciones económicas, pasando por la amenaza, el engaño, el empleo de los reflejos de la guerra sobre una sociedad aún perturbada por ella, hasta el simple y vulgar fraude —esos centenares de miles de votos « sobrantes ». Ningún español ha podido dejar de sentir la enorme presión que se cernía sobre él y, por ello, era inevitable que los puntos más sensibilizados se hayan resentido colectivamente, empezando por la universidad. Todos los sucesos de enero y su correlativo clima de exceso entran de lleno, por esa razón, en la dialéctica impuesta por el régimen para poder plantear al país el contenido de una ley destinada a sofocar las verdaderas opciones sirviéndose de una alternativa mixtificadora, de un tremendo, brutal engaño. La inapropiada violencia y, por ello, el error fundamental del giro de las luchas sindicales universitarias ha sido precisamente « entrar » en esta dialéctica falsa, impuesta y perturbadora, obedeciendo a una irreflexiva valoración política del significado del referéndum.

Hay un caso particular muy extraño y, en lo que respecta a esta circunstancia, extraordinariamente revelador. Un estudiante influyente miembro de la FUDE, poeta conocido en Madrid más que por sus poemas por su espectacular y original hostilidad hacia el régimen, cuando se enteró, por los periódicos de la mañana del día 15 de diciembre, de los resultados, más o menos provisionales, del plebiscito del día anterior, rompió a llorar desconsolado. El subversivo llanto provocó la ira de un exaltado burócrata compañero de pensión del poeta y el consiguiente terror de la

patrona. A media mañana el lírico deambulaba por las calles, maleta en mano, tras nuevo cobijo, solitario y triste, poéticamente, « con barricadas en el corazón ».

En el madrileño barrio de Argüelles hay muchas tabernas de izquierda. Una buena parte de la **intelligentsia** rebelde se entona, bebe sus aperitivos, « se pone a punto de suicidio » en ellas. Nuestro poeta peregrino de una a otra, abandonó en alguna su machadiano « ligero equipaje de hijo de la mar », hizo levass, « reclamó compañeros libando bilis de fango en fango ». De noche había ya conseguido reunir un pequeño ejército de poetas en trance de revolución. Atravesaron las fronteras del barrio y acamparon en un club nocturno cercano a la glorieta de Quevedo, el « Cartago », el entrañable tugurio de los últimos años de Alejandro Casona, conocido allí por **Dulce Alex**. Aquella noche, entre la clientela, había un policía secreto con vocación. Sin estar de servicio, abandonó la juerga de los aldeanos **strips** de la casa y se dispuso, con un amigo, a parar los pies a aquella turba roja, pero ésta, en unos segundos, le propinó una enorme paliza. Entre los camaradas los había novicios y algunos se marcharon asustado: « Mirad como desertan los peritos del llanto ».

« Cierran las tabernas, abren las calles ». A esas horas, en estos casos, se oye una voz de película negra: « A los coches ». La caravana de pequeños Seat se encaminó esta vez hacia un chalet del barrio residencial de Mirasierra, « los dorados safaris », guiada por el Jaguar Sport de un conocido hombre de cine. En el palacete, nuestro poeta ofició un ceremonial que cierto recadero de tertulia, hombre-telegrama, describió así: « Buñuelesco, chicos ». En medio de la habitación una mesa cubierta con crespones negros, un túmulo sobre el que colocaron ciertos libros y símbolos. Los fieles comulgaron scotch en un orinal consagrado con exorcismos cubanos y blasfemias. Todo era equívoco en aquel requiem excepto la identidad del difunto: el pueblo español.

La misa negra terminó, a muy altas horas de la madrugada, en un calabozo de la Comisaría de la Corredera Baja. El poeta, para dejar constancia de su dolor ante la historia, « requirió los ojos notarios de una puta », inventada compañera de encierro puesto que las prostitutas poseen en nuestras católicas comisarías pesebre propio, y testificó, como corresponde a la estirpe de los llamados poetas sociales:

Yo, español, a quince de diciembre de mil novecientos sesenta y mierda.

**Olido el olor, medida la fosa,
palpado el corazón de la caída,
certifico que mi pueblo...**

Este acta de defunción popular ha circulado por las guaridas de la dulce canalla madrileña, por el « Yulia », por el « Gijón », por « Olivier », y algún que otro exégeta improvisado ha creído ver en ella cierto pathos revolucionario. Pido disculpas al compadriño por citarle siguiendo unas sacrílegas notas de oído :

**Firma, hermana*,
como nos roban otro catorce de las mesetas.
No nos dijeron que era imprescindible donar nuestra pus
para editar la tregua que se ha hecho eterna
desde que el dedo proletario decidió
ayer escribir wanted para siempre
bajo la silueta del camarada Máuser.**

Nadie ignora que « las barricadas del corazón » son fáciles de construir y transportar y que, incluso, su dueño —pues son cosa privada— puede seguir llevándolas puestas mientras permanece escondido de miedo bajo su cama. Por otro lado, que el régimen haya robado al poeta « otro catorce », verdad un poco imbécil, incluso como licencia poética, no le autoriza de ningún modo para birlarle con tan poca fortuna al « camarada Maiakowski » una de sus más afortunadas metáforas. Es, en efecto, evidente que hoy en España no tiene la palabra el « camarada Máuser ». Sin embargo, este pedestre plagio es una fruslería comparado con la justificación poética a que su perpetrador le destina. Ya no tiene la palabra el camarada fusil —nostalgia de estómago esteta— y el responsable de este silencio es... el dedo proletario. Exacto. Tal es, en versión lírica, el corazón ideológico de las últimas luchas estudiantiles y el de una organización de gran peso e historial dentro del movimiento universitario, la Federación Universitaria Democrática Española, o FUDE, que ha tenido un papel decisivo en las jornadas de enero.



Nacida la FUDE como un intento de conjugar las múltiples tendencias de oposición que hace unos años proliferaban en las universidades, sin discriminaciones ideológicas fundamentales y construyendo para todas ellas una base sindical lo bastante elástica como para hacer predominar en sus relaciones más lo que les unía en la práctica que lo que les separaba en el terreno doctrinal, esta organización logró poner en marcha lo que hasta el momento ha sido el proyecto más riguroso y eficaz de la historia del movimiento universitario español, a saber, su vinculación, con plena conciencia de su dependencia estratégica respecto de él, con el movimiento obrero. Esta plataforma situó a las luchas estudiantiles en una encrucijada compleja y bajo la amenaza del

* Se refiere a la camarada golfa. A.B.

equivoco latente en que todo aquello se fundaba. Este equivoco, a grandes rasgos, es análogo a aquella conversión radicalizante que, como consecuencia de su sistema de vida, aparecía en el joven universitario cuando la fuerza de las circunstancias le obligan a adoptar una postura política. Efectivamente, todo el conjunto de desequilibrios derivados de una estructura económica en crecimiento que provoca estímulos de consumo negándose al mismo tiempo a proporcionar los cauces democráticos indispensables para su satisfacción efectiva, produce inevitablemente una proletarianización de tipo formal de aquellas capas sociales en las que las necesidades provocadas y no compensadas se muestran más agudamente, es decir, de grandes sectores de las clases medias. Si a este ciclo económico contradictorio se añade la circunstancia de un poder político dictatorial de exasperante persistencia, la insatisfacción ambiental de esos sectores mayoritarios de las clases medias no tiene más remedio que orientarse hacia posturas políticas antidictatoriales. De esta forma, la media y baja burguesía española, sujeto histórico de la dictadura, adquiere poco a poco conciencia de víctima de su propia obra y todo su sistema moral se derrumba y descompone, como resultado de una profunda sensación de frustración histórica. El sujeto consciente de esta descomposición no puede ser el conjunto de los hombres decepcionados que comprometieron su vida en la etapa de creación y consolidación del régimen, sino sus hijos, los jóvenes burgueses de hoy que, por delegación, vivieron durante su infancia el espíritu de la victoria y ahora comprueban la magnitud del engaño, la evidencia de que aquella victoria se ha convertido para ellos en una macabra autoderrota. La contradicción fundamental del movimiento universitario hay que deducirla precisamente de este hecho. Por una parte, la contradicción radica en que toda la fuerza política de los movimientos democráticos burgueses no puede, por esas circunstancias de desgaste histórico de su clase, depender de su propia naturaleza clasista, necesitando vinculaciones estrechas con fuerzas de clase opuestas y de ideología antiburguesa, es decir, con el movimiento obrero socialista y revolucionario, sujeto fundamental de la lucha democrática. No hay en España posibilidad práctica ni teórica de separar los caminos que conducen a la democracia de los que conducen al socialismo, y ésta fue precisamente la convicción que determinó la actuación de la FUDE originaria y, por consiguiente, lo que le dio rigor y fortaleza. Pero tal fuerza ya es ese tremendo equivoco de que antes hablábamos: conscientes los demócratas de la juventud burguesa española de que no hay más camino para la democracia que el del socialismo revolucionario, el absurdo esencial viene por el propio peso de la realidad: una de las burguesías más reaccionarias de toda la historia de la humanidad alberga dentro de sí, como consecuencia de su obra política, las bases de una plataforma política de izquierda avanzadísima. Esta paradoja se verifica plenamente en un segundo plano de la contradicción fundamental: el movimiento universitario, pese a necesitar vitalmente las armas críticas del proletariado socialista, posee una lógica

independiente de la del movimiento obrero, un campo de lucha propio sobre el que actúan fuerzas y formas de desencadenamiento completamente autónomas. Dicho de otro modo: si bien los objetivos de opción democrática son comunes al movimiento obrero y al movimiento universitario, los ritmos y sistemas de reivindicación no tienen más remedio que ser diferentes. Por ello, todo el trastorno social, psicológico y político derivado del referéndum nacional de diciembre, en la medida en que ha sido una operación « interior » de las clases dominantes, ha afectado al proletariado desde fuera, como correlato dialéctico capaz de transformar algunos aspectos concretos de su estrategia, pero dejando a salvo el conjunto de ésta; en cambio, para el movimiento universitario ha sido un fenómeno mucho más próximo y familiar, una provocación frontal capaz de desencadenar dentro del él todo el arsenal de contradicciones y equívocos en que se basa. Esto es, precisamente, lo que ha ocurrido. El distanciamiento de las bases de lucha obrera y universitaria tiene, por ello, un fundamento objetivo que, de algún modo, era imposible de esquivar. La postura de los grupos de ultraizquierda, encabezados por la FUDE, se ha visto favorecida, debido a esto, por el fondo de la situación y por su mismo punto de partida.

En todo esto entra en juego el conjunto de radicalismos estéticos característicos de la gran masa de universitarios, sirviendo de puente entre ésta y las pequeñas élites de ultraizquierdistas sistemáticos. Sin una base de lucha sólida, sin una reflexión política realista como cauce, a merced los grupos de oposición de una carrera de violencia casi suicida, los dirigentes demócratas más conscientes quedaron pronto desbordados por el curso de los acontecimientos, sin la menor posibilidad de control de éstos. En el punto más alto de las asambleas y manifestaciones, cuando todo ya estaba dicho y las reflexiones más realistas sonaban en aquel ambiente a derrotismo, sólo un argumento quedaba en pie: el que solitaria y machaconamente venía lanzando bajo tierra la ultraizquierda. Los sucesos habían arrancado de manifestaciones combinadas entre obreros y estudiantes; pasados dos días, los obreros habían vuelto a sus puestos de trabajo —pues, entre otros « vicios » esta gente tiene el de comer—, mientras que los estudiantes —con la comida asegurada— seguían en pie de guerra, adelante y al borde de sus mayores audacias. Es decir, que, como decíamos antes, la lucha universitaria siguió un curso propio, mucho más « radical » que el de los trabajadores, quedando éstos respecto de aquélla « rezagados ». Y aquí es donde interviene el argumento de la ultraizquierda, de una nitidez cartesiana: si en las fábricas se contentan con pedir aumentos de sueldo y en las universidades se exige la creación de un cuerpo armado de Guardias Rojos, si la clase obrera ha « frenado » y la universidad ha « acelerado » las luchas, esto sólo puede significar que el movimiento universitario se ha convertido en vanguardia del movimiento obrero y, por lo tanto, que la verdadera punta de lanza del socialismo español ha cambiado de portador

—es decir... ¡ de clase!—. En consecuencia, la línea ideológica del movimiento universitario debe determinar el carácter de la oposición socialista en todos los niveles de la nación y la tradicional dependencia de la universidad respecto de la estrategia proletaria sindical debe invertirse, pasando la clase trabajadora a depender estratégicamente de su nueva **vanguardia**. Dado el rezagamiento actual de la clase obrera, el movimiento universitario debe tender a « sustituirla », del mismo modo que la Guardia Roja ha sustituido al proletariado chino.

La « teoría » de la sustitución ha sido el verdadero corazón doctrinal, el definitivo delirio ideológico de la radicalización estética, entre suicida y banal, de la universidad. Tal teoría, por supuesto, nunca ha sido expuesta con la impunidad con que puede hacerse ahora desde un análisis retrospectivo ; es más, ni siquiera ha llegado a ser expuesta en ninguna ocasión como tal teoría, tratándose en realidad de un sustrato intelectual subyacente a las declaraciones, intervenciones orales y acciones concertadas de la ultraizquierda universitaria y que acabaron imponiéndose a las más moderadas visiones de los grupos comunistas, socialistas y cristianos. El fondo de este sustrato intelectual no es nuevo, sino que aparece como una característica permanente de todo el pensamiento político español prefascista y cuyo último y pintoresco ejemplo era el de aquel poeta a quien seguimos más atrás en una noche de Madrid, mientras lloraba la ausencia en las calles de la ciudad de la dulce voz de los fusiles. En rigor, esta « teoría » aparece de modo más o menos explícito en obras de escritores de la talla de Ganivet, Ortega y Gasset y Unamuno, sobre todo en función de meditación filosófica sobre la « plástica del pueblo degradado », verdadera ontología de un nacionalismo decepcionado que encuentra su estilo en la generación del noventa y ocho como reverso de la recién caída « plástica del pueblo excelso », ideología de justificación colonial. Una y otra « plástica » responden a una misma actitud del intelectual respecto de su sociedad y, al igual que las dos caras de una misma moneda, se componen de los mismos elementos, sólo que invertidos. La configuración de estos elementos es tal que desemboca inevitablemente en una imagen moral del pueblo-sujeto ; en las épocas de apogeo colonial esa imagen es la del **derecho o deber** de conquista ; en las del retroceso, en el repliegue histórico de los imperios, es la de la melancolía de la **inferioridad** orgánica, el mito de la **caída** biológica, del **envejecimiento** histórico de una comunidad antaño vigorosa. A través de ambas imágenes, el intelectual fustiga a su pueblo como a un « tu » moral, como a una comunidad dotada de responsabilidad y, por lo tanto, de culpa. De ahí que la actual teoría de la sustitución se erija en el último brote, por circunstancias obvias vestido de lo contrario, de esta constante tendencia prefascista de un sector fundamental del pensamiento español de este siglo ; la retirada proletaria se transforma en la mente inhibida y moralizada de multitud de jóvenes intelectuales en la imagen decepcionada de una supuesta

inferioridad orgánica del pueblo español. Si el proletariado no está a la altura de las circunstancias, el destino del país no puede permitirse el lujo de depender de la iniciativa de una clase revolucionaria cuyo deber es hacer una revolución que no hace. En consecuencia, el vacío de la ausencia popular debe ser cubierto por una élite de elegidos conscientes. Aquellas frases de Erich Fromm que reproducimos al principio y en las cuales el pensador americano sintetizaba el mecanismo de una ideología-tipo fascista, se vuelven ahora contra nosotros, como un boomerang, amenazándonos con su carga de inquietante verdad. Si, al comenzar, vimos que los impulsos autodestructivos de que habla Fromm se estaban apoderando ya de ciertos individuos predispuestos, y, más adelante, comprobamos que esta pasión comenzaba a pesar de igual modo sobre las organizaciones de la izquierda universitaria en cuanto tales organizaciones, ahora podemos vislumbrar que la potencia del fenómeno puede encontrar todavía en España niveles de contaminación más graves y, por ello, fomentar en el seno de las clases en el poder tensiones mixtificadoras, dialécticas de camuflaje tan engañosas y violentas como la que ha conducido al referéndum de diciembre.

La clave política de todo esto es sencilla, si tenemos en cuenta lo anterior: el movimiento universitario ha entrado, sin pretenderlo, o pretendiendo lo contrario probablemente, en la dialéctica del referéndum y, por ello, ha aceptado de algún modo los supuestos doctrinales con que el poder justificó esta operación política. La violencia de las manifestaciones de enero —y no hablo de la simple histeria psicológica, sino fundamentalmente de la violentación «teórica» del proceso histórico— es exactamente la falsa antítesis que el régimen necesitaba para dar apariencia de realidad a sus opciones encubridoras. Aquel superrevolucionario poema del que antes reproducimos unos versos y que, como vimos, poetizaba el verdadero fondo ideológico de la lucha estudiantil, debió caer en manos del columnista de la **Hoja del Lunes** de Madrid, Antonio de Miguel, quien en su artículo «Economía del referéndum» lo utiliza de este modo: «Cuando Demokos, el poeta hediondo y resentido, pretende, a golpes de soflamas, arrastrar a su país a la guerra, se enfrenta con Héctor, el guerrero mil veces victorioso, que trata a toda costa de salvar la paz. Héctor triunfa, la paz se conserva y el poeta, vencido, escupe su lamento final... [La España del Referéndum] es la confirmación viva de esta verdad primaria». Es decir, que también Troya tenía sus **demonios familiares**, afirmación que no solamente es pintoresca, sino que pertenece a la estirpe de esas verdades parciales con que se amasan los grandes engaños. La «dialéctica» del artículo de Antonio de Miguel es bien conocida, los españoles hemos tenido que soportarla como una tormenta brutal que se cernía sobre nuestras cabezas, y responde a mandatos bajo los que se mantiene disciplinada: el reflejo exacto de la dialéctica de la operación política del referéndum, basada en una exposición sistemática, a través de todos

los medios de comunicación de masas llevados al paroxismo de la actividad, de la antítesis maniquea del Bien y del Mal, del desarrollo económico como resultado del entendimiento personal entre dos voluntades, una divina y otra humana, y de la alternativa entre guerra y paz como opción metafísica de todas las sociedades históricas, empezando por Troya.

Todo el círculo de subentendidos que la serie de síntomas de descomposición social a que nos referíamos al comienzo de este trabajo expresan, se cierra con el contenido real del referéndum. De otra forma, el ciclo de violencia abierto por la presión ejercida desde el poder sobre el país para obtener de él la « aprobación » de su Constitución se cierra, como todo círculo, en el mismo punto en que se inició, es decir, en la esencia de esa misma Constitución « aprobada ». No hay probablemente en toda la historia del derecho político mundial un texto legal tan desazonador como éste. Nunca, por otro lado, existió una tan exquisita coherencia entre el contenido de una ley y la forma de su promulgación : una violencia que no encuentra otro medio para hacerse legal que usarse a sí misma. La Ley Orgánica del Estado pretende, **en primer lugar**, estructurar de manera definitiva el funcionamiento del poder ejecutivo, pero de hecho imposibilita su ejercicio al interferir una y otra vez las zonas de competencia de los organismos de ejecución, de consulta, de regulación y de legislación. Es imposible saber con precisión los límites y engarces entre las funciones de unos y otros. La frase de Javier Bedoya, en **Pueblo**, « A Franco no le sucederá otra persona, sino las instituciones », es del todo exacta y su sentido no puede ser sino lo contrario de lo que con ella quería decir su autor. En realidad, la Constitución prevé un poder ejecutivo de estructura voluntarista depositado en un conjunto de instituciones cuyo funcionamiento constitucional excluye la posibilidad de que posean voluntad. Es decir, la Constitución crea un sistema de poder constitucionalmente inviable. Ella misma niega lo que afirma. De hecho, se limita a constitucionalizar el golpe de Estado. **En segundo lugar**, pretende proporcionar al país los mecanismos definitivos de una sucesión pacífica, pero en realidad constitucionaliza la sucesión violenta. Un documento monárquico, hostil a la Ley, resumía certeramente las hipótesis de sucesión reguladas del siguiente modo : La sucesión se efectuará : a) Por decisión del Jefe de Estado —cosa, si la psicología es una ciencia, muy improbable por ahora— ; b) Por muerte de éste. En este segundo supuesto —el mormal— se prevé : a) Una propuesta de rey ; b) Una segunda propuesta de rey ; c) Una propuesta de regente ; d) Una segunda y tercera propuesta de regente ; e) Una cuarta, quinta, sexta, etc., propuestas de regente hasta que haya **quorum**. A su vez, cuando la propuesta sea de regente, este podrá ejercer su mandato : a) Con condición y plazo ; b) Sin condición pero con plazo ; c) Sin plazo pero con condición y d) Sin plazo ni condición. La Ley regula, pues, las siguientes formulas políticas

sucesorias: a) Monarquía; b) Regencia; c) Regencias sucesivas (o vía española hacia la república presidencialista); d) Regencia permanente, pero condicionada (o monarquía desacralizada); y e) Regencia permanente e incondicionada, es decir, Dictadura. El documento monárquico cerraba el comentario sobre esta barahunda con la siguiente exclamación: « la institucionalización del caos ». Sí y no. Del caos ejecutivo que antes vimos, y ese sí que es indudable, y de esta baraja de posibilidades sucesorias, la Ley nos invita indirectamente a mirar a una de ellas, sombra de todas, la Dictadura. Más adelante la propia Ley se encargará de descifrarnos el sentido real de esta invitación. **En tercer lugar**, todo cuanto la Ley dispone sobre la configuración del poder ejecutivo queda en suspenso en virtud de su segunda disposición transitoria, que prescribe lo siguiente: « Subsistirán y mantendrán su vigencia hasta su muerte las atribuciones conferidas al jefe de Estado por las leyes de 1938 y 1939 ». Esto significa, por una parte, que en España ha sido implantada una Constitución que obliga a todos los españoles **excepto a uno**, el Jefe de Estado, con lo que resulta que el poder ejecutivo actual promueve una Constitución que le coloca a él en una situación totalmente aconstitucional, y, por otra parte, que un poder ejecutivo regulado por dos leyes de guerra « cabe » perfectamente en una estructura estatal proclamada como la de la paz definitiva: macabro contrasentido infinitamente revelador. Como en aquel « revolucionario » poema, también aquí hay melancolía de las ametralladoras. **En cuarto lugar**, la forma de control de poder, en vida del general Franco y como consecuencia de lo anterior, no sufre ninguna transformación. Pero, ¿ y en caso de muerte del actual jefe de Estado ? La imposibilidad ejecutiva, la falta de engarce entre las funciones legislativa y gubernamental y el sentido que debe tomar la sucesión, tienen, según la Ley, un guardaespaldas supremo: el Ejército. En esencia, la Constitución da a las fuerzas armadas carta blanca para **supervisar** el estricto cumplimiento de una Constitución incumplible. Pura y simplemente, después de mil tortuosos recovecos legales, la Ley Orgánica del Estado erige al ejército en sujeto político fundamental de la nación. Podemos entender claramente ahora aquel raro complejo de hipótesis sucesorias que, con extraña sutileza, apuntaba hacia la palabra dictadura. La Constitución constitucionaliza la dictadura militar como forma de sucesión de la dictadura militar; o, dicho de otra forma: pretende convertir en permanente el estado de excepción, conferir a la paz la lógica de la guerra.

La demencial violencia de los estudiantes era sólo el pequeño y trastornado espejo indignado por una farsa demasiado corruptora y peligrrosa para que pueda hacernos reír.

Madrid, abril de 1967

Apéndice

La descripción del estado del movimiento universitario que antecede se refiere, como se desprende espontáneamente del mismo trabajo, a un momento «concreto y aislado» de la lucha universitaria a principios de este año. El sentido general del análisis todo puede resumirse así: en un momento preciso de las luchas universitarias, bajo la presión de diversas circunstancias más atrás examinadas, tales luchas sufrieron un rápido proceso de cristalización, de agudización casi demencial, abstractando los conflictos clave en que se fundamentan del curso político real e incluso posible. Tal radicalización y sus consecuencias adquirieron rápidamente la apariencia de un hecho extraordinario, insólito y sin precedentes. El sentido del análisis consiste en mostrar que esa apariencia es sólo eso: apariencia, y que, por consiguiente, la excepcionalidad de los sucesos es, simplemente, la salida a la luz de una «normalidad» que habitualmente permanece oculta, pero que no por ello deja de ser perfectamente real.

Probablemente, el aspecto más delicado y al mismo tiempo más revelador de esta cuestión es el relativo a la «racionalización ideológica» de ciertos grupos universitarios de extrema izquierda respecto de su función en la lucha política democrática y de sus relaciones con el movimiento obrero. En este marco hay que insertar la «teoría» de la sustitución y de la nueva vanguardia revolucionaria, implícitamente amparada por toda la extrema izquierda universitaria. Alguien puede poner en duda la verosimilitud de esta «teoría» implícita. Sin embargo, hay un texto reciente —mayo de 1967— que puede aclarar ciertas dudas en este aspecto. El texto es una editorial del órgano de la FUDE en Madrid *Comuna* número 2 que, bajo el título de «Organizaciones de cuadros y organizaciones de masas» dice textualmente: «Los conceptos ideológicos, la línea política de FUDE debe ser asimilada por todos los miembros y ser el arma teórica de éstos contra las abundantes presiones sindicalistas [*es decir, de las comisiones obreras. A.B.*], oportunistas [*es decir, del Partido Comunista. A.B.*] y derechistas [*es decir, del Partido Socialista y del demócratacristiano. A.B.*] puedan ejercer. Arma de discusión y de trabajo en la práctica diaria aplicada dialécticamente. Sólo comprendiendo claramente los fines estratégicos podremos conseguir una táctica adecuada, aplicar en cada momento, en cada circunstancia deter-

minada, una línea de acción correcta. Ciertos grupos políticos [*es decir, las comisiones obreras y el Partido Comunista, apoyados por fuertes sectores socialistas y cristianos. A.B.*] han hecho resurgir los planteamientos de organizaciones de masas. Invocando una apertura inexistente del régimen consideran inadecuadas, superadas históricamente, las organizaciones de cuadros.

«En un momento en el cual, gracias al proceso de concienciación de la clase obrera y el estudiantado, están surgiendo sindicatos democráticos, abriendo brecha en las viejas instituciones castradas de la autarquía, estos grupos políticos —por llamarles de algún modo— entienden necesario unificarse a estas organizaciones democráticas, adoptando su programa, es decir, el economicismo y el profesionalismo, abandonando, lo que es más grave, el movimiento sindical a la espontaneidad, al hacer desaparecer los centros y las vanguardias políticas.

«FUDE, consciente de la parcialidad de la lucha sindical, ha insistido e insiste en la necesidad de centros políticos, de organizaciones de cuadros que encaucen y dirijan esta lucha.

«La poca coherencia que está demostrando el movimiento obrero en nuestro país y en tantos otros se debe precisamente a esta falta de perspectivas políticas, de organizaciones de cuadros que actúen como vanguardias políticas aportando su programa a las necesidades objetivas de la lucha obrera en cada momento, evitando que la acción se agote y decaiga y hasta retroceda. Luchar por un salario mínimo adecuado es un paso necesario, pero es imprescindible al darlo darse cuenta de su parcialidad... La falta de perspectivas políticas inherentes a su composición y desarrollo hizo bambolearse continuamente a la FUDE hasta comienzos de este curso. FUDE renació en noviembre de 1966 con un programa, con una línea política clara: apoyar a las masas populares [*pero sin las masas, con los cuadros. A.B.*] dirigidas por el proletariado [*que, como la FUDE predica, estará a su vez dirigido por los cuadros de la propia FUDE. A.B.*] en la toma del poder... Los militantes de FUDE deben ser conscientes como dirigentes políticos en la Universidad, de la importancia que para la Universidad y para el pueblo tiene su trabajo, sus constantes estudios teóricos, su necesario análisis desde la perspectiva estratégica de las situaciones concretas...» (A.B.)



La nueva constitución —o Ley Orgánica— ha comenzado su vigencia en un curioso clima de forcejeos y compromisos, que señalan los mecanismos de defensa que el cuerpo político del régimen ha elaborado inmediatamente de su proclamación de apertura hacia un futuro más democrático.

I. La ley de prensa ha sido tan considerablemente reducida que en cierto modo se puede asegurar que ya no existe, pese a que como ley siga también vigente. Pero la reforma del código penal traslada la responsabilidad de quienes quieran utilizarla a un terreno que limita seis años y un día, más cincuenta mil pesetas de multa, por delitos tan vagamente definidos como « difusión de noticias falsas » o « falta de respeto a las instituciones ». Y de seis años y un día a doce años en caso de « haber calumniado o amenazado gravemente al Consejo del Reino, el gobierno, el Consejo Nacional del Movimiento o el Tribunal supremo de justicia ».

Puede que la libertad sea mayor que antes de la Ley de Prensa, pero el riesgo ha crecido también y en una proporción tan desmesurada, que la práctica de la libertad ha sido en definitiva imposibilitada. Por otra parte la nueva ley de « secretarios oficiales » reduce aún más el campo de lo informativo, hasta límites que juzga el *Ya*: « En consecuencia, con esta ley se reducirá sensiblemente el margen de la libertad de información que los medios de comunicación social, y a través de ellos el país, tienen hoy en virtud de la nueva Ley de Prensa; quedará prácticamente derogado, apenas transcurrido un año de vigencia, el decreto sobre informaciones reservadas promulgado en abril de 1966; y se acentuará la línea restrictiva iniciada con la reciente reforma del código penal, después de que ya era dura la Ley de Prensa, calificada en su día de ley de transición. Esta última reforma y el proyecto de ley que comentamos, son piezas articuladas del mismo dispositivo político ».

Puros juegos de salón y forcejeos políticos en unos niveles que a la mayoría del país sólo

IÑAKI GOITIA

Después del referéndum

ligeramente afectan, pues el problema de la prensa es hoy, sobre todo, el de su pertenencia empresarial —Movimiento, Opus Dei, grupos capitalistas muy definidos— fundamentalmente y el del cuadro general de los profesionales después, pero muy después*. Por eso precisamente, la nueva ley, ya exangüe, de Prensa e Imprenta lo que ha permitido ha sido liquidar a las únicas publicaciones que como *La voz del trabajo*, *Juventud obrera*, etc., podían representar, con todas sus limitaciones tanto de origen como de posibilidades reales de manifestación, una presencia distinta; una presencia de clase frente a la poderosa prensa clasista que ejerce el monopolio de la información. Y que aun así, necesitada de una cierta libertad para expresar los aspectos más agudos de sus contradicciones internas, urgido el deseo de su sector más liberal de caminar hacia una nueva formulación política acorde con sus nuevas necesidades de expansión —más Europa, etc.— precisaba de una cierta libertad, oficialmente concedida y realmente negada después con la terrible limitación de la reforma del código a la que se añadía la ley de secretos oficiales.

II. Después del referéndum los mecanismos de autodefensa han funcionado evidentemente. Porque el Movimiento ha visto el riesgo y trata de taponar los muchos orificios por los que se le escapa la poca influencia política que le quedaba, e incluso recuperar alguna institucionalizando su Consejo nacional y el propio Movimiento como vehículo único de participación. El tono de preocupación por ser sustituidos es evidente. Saben que en consulta popular no quedaría uno, saben que el « partidos jamás » de Franco en Sevilla significa de hecho: « El nuestro solo, siempre », y esa preocupación se le desborda a Miguel Primo de Rivera, nueva estrella política a lanzar en los próximos meses, cuando grita en las Cortes: « Me espanta esa sensación de darle la vuelta a la tortilla ». « Aquí estamos —ha dicho

* Véase en este número: Enrique García, *Los periódicos de Madrid al primer año de la ley de prensa*, p. 37. NDLR.

también en las Cortes Muñoz Alonso— los del interior del Movimiento y sus sustituyentes », y elevando el tono contra una enmienda a la nueva ley sobre ese Movimiento ha vuelto a decir un Muñoz Alonso congestionado: « No emplearemos todavía la dialéctica de los puños y las pistolas ». ¿La reacción e esas insólitas palabras entre representantes exclusivos de las clases vencedoras? Una sonora carcajada. De todas formas estamos en 1967.

Estamos en 1967 y después del referéndum que nos ha traído una constitución entre posttotalitaria y predemocrática, pero tan confusa ya que el semanario *Mundo* se preguntaba en el editorial de su número del 9 de abril: « ¿Qué votaron los españoles? » Porque en libertad de prensa el mecanismo de defensa de los intereses amenazados, ligeramente amenazados todavía ha sido la vuelta atrás; en materia religiosa, la concesión de una tolerancia que tiene muy poco que ver con la libertad; en representatividad de las Cortes, una remendada y difícil, paternalista y restringidísima ley de elegibilidad de cabezas de familia y por cabezas de familia que interesa muy poco y a muy pocos; en institucionalización de las divergencias, una ley del Movimiento que según ha dicho el *Ideal*, de Granada: « el proyecto parece redactado con la idea fija de conservar situaciones adquiridas, que se desvía de la línea integradora y nacional y se atiene a un espíritu inmovilista (y hasta regresivo), empuñando el sistema político, dado el sistema de elección que se propugna ». Terminando *Mundo* su editorial aludido: « ¿Tiene posibilidades el ciudadano de controlar al poder público y de participar a la vida colectiva? ¿Es eso lo que el país necesita para desarrollarse y salir del « nirvana » político en que está recluso? Las preguntas están si no en la calle (indiferente, apolítica, enajenada por el consumismo y la evasión), si en los medios de expresión de los sectores hasta ahora con audiencia en la vida pública ».

III. Pero esos mecanismos de defensa, que bastaban todavía a cierto nivel en el que cierto juego podía aún ser tolerado, no eran suficientes cuando se rebasaban ciertas premisas de su seguridad continuista e inmóvil. El largo paro de Laminación de Bandas, en Bilbao, ha hecho avanzar el frente de la responsabilidad obrera tantos kilómetros sobre la línea anterior, y frente a ese indiferentismo citado, que era preciso regresar a las más elementales fórmulas de la represión. Las numerosas comunicaciones distribuidas pese al enorme aparato policial

han llegado a millares de trabajadores; el famoso millón de pesetas de reserva ha desafiado, pese a su sencillo escondite, todas las requisas intentadas, todas las investigaciones, todos los esfuerzos por saber donde se encontraba un dinero que permitía la resistencia y que llegaba puntual, por la red establecida, a cada huelgista en el día y momento precisado.

Cada día una cuartilla con los acontecimientos más reseñables y las consignas periódicamente un extraordinario informativo, mantenían la actualidad de cara al exterior y la cohesión entre ellos mismos. Este es el informe del 3 de marzo:

Informe de L.B. de marzo de 1967

Es de todos conocidos la motivación del conflicto laboral de Laminación de Bandas en Frío: trato autoritario de malas relaciones humanas por parte de los Jefes de la Empresa. Repetidas sanciones sin la debida justificación. Descensos en las primas en diferentes departamentos, etc.

El día 30 de noviembre de 1966 se produce el paro de la parte obrera después de haber denunciado dos días antes una situación de conflicto colectivo, por parte del Jurado de la Delegación de Trabajo.

Los obreros en paro no salen de la Empresa, llegando a juntarse todos los turnos dentro de la misma hasta que son desalojados de la fábrica por las fuerzas de la Guardia Civil. Al día siguiente de suceder esto se unen a la parte obrera el grupo de empleados y, a los dos días, los maestros. A continuación los trabajadores reciben la carta de despido; los abogados don Manuel Alonso García, catedrático de Derecho Laboral de Barcelona, especialista en conflictos colectivos y don Joaquín Ruiz Jiménez, catedrático de la Universidad de Madrid, se encargan de la defensa de los trabajadores.

El Jurado de Empresa y José Antonio Osaba quedan dentro de la fábrica por voluntad de sus compañeros en paro.

Los trabajadores se reúnen diariamente en un local de Catequesis Parroquial. Surge la solidaridad obrera en forma de apoyo económico y moral.

La parte social del Sindicato del Metal apoya la postura de los trabajadores de Bandás. El día 14 y 16 de enero de 1967 se celebra el juicio en Magistratura. Los abogados realizan una brillante defensa pero a pesar de todo la sentencia, confeccionada en Madrid da la razón de la Empresa; contra lo que se podía esperar la Empresa, los trabajadores no acuden en demanda de trabajo aceptando la pérdida de todos sus derechos, sino que ante el fallo negativo apelan a los Tribunales Superiores después de haberse tomado esta decisión por unanimidad absoluta.

A primeros de febrero, la Empresa, con la disculpa de que el Ministerio de Trabajo no ha querido renovar la tarjeta de trabajo a José Antonio Osaba García, le despide considerándolo como una de las piezas fundamentales para mantener la unión de los trabajadores y alargar el conflicto.

Los enlaces y jurados presionados por la Empresa para que trabajen, se unen a sus compañeros en paro y se les inicia expediente de despido. Todos los jurados y enlaces empleados menos uno, traicionado a sus compañeros se quedan en la Empresa.

La postura de la parte obrera sigue siendo firme y la solidaridad de los trabajadores de Vizcaya y de diversos puntos del país hace posible la resistencia.

José Antonio Osaba tiene que desaparecer y esconderse porque a insistencias del gerente de la Empresa se le inicia expediente para expulsarlo de España con la disculpa de que tiene nacionalidad extranjera.

A mediados de febrero hay un intento de acabar con las reuniones poniéndose para ello varios Guardias Civiles a la entrada del local. Pero hechas gestiones oportunas ante el teniente coronel jefe de la Guardia Civil por varios miembros del Jurado, se vuelven a autorizar dichas reuniones.

A continuación, decepcionada la Empresa por que el personal no vuelve al trabajo a pesar de las cartas con que les invita a hacerlo, comienza a presionar sobre determinados maestros mediante visitas hechas por ingenieros a sus casas..

Los maestros coaccionados, van flaqueando por pequeños grupos e integrándose al trabajo; asimismo, la Empresa hace esfuerzos por meter

personal nuevo consiguiéndolo en escala ridícula. La postura de los obreros y de los empleados lejos de debilitarse, se hace cada vez más fuerte y la entrada de los maestros que llegan a capitular (todos menos cuatro) no les desanima.

La entrada al trabajo de los esquiroleros se hace cada día más bochornosa. Grupos de chicas y de mujeres obreras acuden a la puerta de la fábrica para afearles su conducta.

Ante esta presión obrera los maestros vuelven a salir de la Empresa uniéndose a los que están en paro, arrastrando en su salida a los enlaces y jurados empleados que habían quedado dentro.

El gerente de la Empresa, señor Gondra, vuelve a obtener ayuda del Ministro de la Gobernación para que acabe con la huelga con la represión¹. Se les prohíbe las reuniones por la presencia numerosa de la Guardia Civil y de agentes de la Brigada Político-Social. Varios días se reúnen en distintos locales hasta que vuelven a ser controlados por la policía.

El Jurado de Empresa intenta hablar con el Gobernador y no es recibido.

Las Juntas Sociales, Comarcales y Provinciales del Sindicato presionan fuertemente sobre el Vicepresidente de Ordenación Social logrando que se facilite para las reuniones un local capaz para unas trescientas personas en el Sindicato de Basauri que aún está sin terminar.

Frente a la postura de la Empresa que quiere eliminar los cabezas de la parte obrera, los trabajadores mantienen la unidad siguiendo el lema de los primeros días del paro: «O ENTRAMOS TODOS O NO ENTRA NINGUNO».

Esta fuerza de unión y de resistencia se ha visto apoyada por la solidaridad económica de gran parte de la clase trabajadora de Vizcaya, por muchos sacerdotes que dieron su paga extraordinaria de Navidad y organizaron colectas en sus parroquias, por la ayuda recibida de la clase trabajadora de varios puntos de España: Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, San Sebastián, Pamplona, etc.

Asimismo, desde el comienzo del conflicto los vocales sociales y provinciales del Sindicato del Metal han asesorado y apoyado en gestiones realizadas ante diferentes organismos laborales.

El día 25 de febrero, el gerente de la Empresa, señor Gondra, que no mostró en ninguna ocasión durante el conflicto la más mínima voluntad de acudir a actos de conciliación para llegar a un arreglo, despreciando las llamadas en este sentido hechas por las Jerarquías Sindicales Provinciales y por el Presidente Nacional del Sindicato del Metal señor Esnaola, tuvo que rebajarse a iniciar él personalmente conversaciones con una comisión de Jurados Obreros.

Dicha comisión al observar en el segundo día de las conversaciones que el señor Gondra continuaba en la misma postura de soberbia autoridad y de manejos oscuros amenazando con que la huelga había sido política y que tenía en su apoyo la fuerza gubernativa, para así salir con su intento de despedir a los mejores trabajadores, decidió romper las conversaciones hasta que la postura del gerente sea más honrada y sincera.

Después de más de tres meses transcurridos en situación de paro, la moral de los trabajadores de Laminación de Bandas está resumida en su lema tajante «O TODOS O NINGUNO» y en esta postura está incluida la exigencia de que se retire la orden de expulsión del país de su compañero de trabajo José Antonio Osaba García.

Que el señor Gondra, que consiguió por presiones injustas que se tramitara su expediente de expulsión, consiga ahora también con su influencia que sea retirada esta medida injusta e indignante. Los obreros de Laminación de Bandas en Frío agradecen la solidaridad de toda la clase obrera.

Echevarri 3 de marzo de 1967

1. Se impusieron multas desde 500 a 10 000 pesetas a los hombres y mujeres obreras que han afeado la conducta de los esquirols. Se invade de Guardia Civil y agentes de la Brigada Política-Social los barrios de Ocharcoaga, Echevarri y Basauri, frecuentados por los trabajadores de Laminación de Bandas.

Esa resistencia suscitaba a su vez una reacción que tomaba formas variadas, desde el apoyo material con el que tantos acallaban de alguna manera su mala conciencia, a la manifestación de cerca de un centenar de sacerdotes por las calles más céntricas de Bilbao, la entrega de un documento de protesta en el gobierno civil y el obispado, y la carta porterior que firmada

por el jesuita Bernardo de Arrizabalaga, explicaba las razones para ésa o para cualquier otra manifestación sacerdotal pública que se produjera.

Carta de un jesuita manifestante

Querido amigo: A usted, sí. A usted le corresponderé, porque me escribe directamente, en términos correctos, apelando a mi condición de sacerdote y firmando su carta. A los brillantes y celosos defensores de la ortodoxia, que exprimen su talento batiéndose en un terreno —la prensa, radio y demás— donde tienen la impune seguridad de que su voz será exclusiva y sin posible respuesta, no. Estos «ganarán» siempre, porque juegan, no ya con las cartas marcadas, sino con toda la baraja en sus manos.

Efectivamente, fui con otros sacerdotes a entregar una carta al señor Gobernador y al señor Obispo de Bilbao. Fui sabiendo que sería visto y reconocido. Firmé esa carta a sabiendas de que mi firma quedaba ahí y sería leída por muchos. Pensé en infinidad de personas que, al verlo, iban a sufrir. Y el primer sufrimiento, puede usted darme crédito, fue mi propio sufrimiento. Entonces, ¿por qué esta decisión? El hecho es sumamente delicado. Verá usted: para que un sacerdote asista —es un ejemplo— a la procesión del Corpus Christi, habrá cien razones a favor, todas ellas legítimas y ninguna en contra. En cambio para una actuación como la nuestra del 12 de abril, se ven innumerables inconvenientes, y, a primera vista, ninguna razón que la justifique. Y, sin embargo, usted comprenderá que el hecho de asumir los riesgos, la responsabilidad y las consecuencias (espirituales, sociales, familiares, de amistad, de prestigio personal...) no es precisamente invitador, ni ofrece absolutamente ningún aliciente. Porque entre otras cosas, ya se nos pasó la edad en que se ama la aventura.

¿Por qué, entonces? He aquí una cuestión de pura conciencia personal.

Un grave e íntimo problema. Un problema de conciencia, le repito, no un asunto de «política» (¡ya salió la palabra!). Tengo, como es natural, mis ideas políticas. Y me reservo el derecho de opinar sobre los destinos de mi propio país. Soy también vasco (otro concepto tan peligroso como el de «política»), y lo soy independientemente de mi voluntad, por designio de Dios.

Pero, sacerdote por libre elección, no he actuado ni actuaré jamás en el campo de la política activa. Y eso, a pesar de que veo continuamente claras actividades políticas no sólo en clero, sino en la Jerarquía misma de mi país, actividades políticas que, por ser de determinado signo, se admiten como válidas y no causan, al parecer, escándalo.

Este fenómeno, que yo repudio con todas las fuerzas de mi alma, no me autoriza, sin embargo, a imitar su ejemplo. No es, pues, ésta, la razón.

La razón es otra: sin quererlo ni buscarlo, yo he visto, personalmente, brutales represiones en la calle. He sido testigo presencial de atropellos a personas inocentes, mujeres y ancianos incluso en plena vía pública. Puedo citar nombres de amigos y conocidos que han sido torturados en la policía. Conozco por conducto directo, a personas injustamente multadas, encarceladas, vejadas, maltratadas. SE que se ha utilizado el chantaje y se han dado brotes claros de SADISMO en interrogatorios... etc., etc.

Esto es, yo me encuentro implicado, comprometido, en virtud de mi sacerdocio, en una situación de violencia que niega ese mínimo de garantía requerido por el respeto necesario a la persona humana.

Por otra parte, me consta que se ha tratado de informar repetidas veces. Por todas las vías. No se admite crítica. No se ve enmienda. Antes bien, la represión se recrudece.

He sido ordenado sacerdote para la obediencia. Es verdad. Pero he sido ordenado, sobre todo, « propter homines », para los hombres, para el pueblo de Dios. Y ese pueblo se resiente en su fe por el escándalo de nuestra pasividad, cuando no de nuestra connivencia.

En esta situación de conciencia personal, recibo una invitación. Una invitación a actuar correctamente. Se trata de una medida dura, todos lo sabemos. Pero las situaciones de violencia exigen medios excepcionales, de emergencia, porque los normales, usados en otros países, aquí muestran su absoluta ineficacia.

Yo encuentro —y tiene que sorprenderle a usted oírme afirmar rotundamente— que una manifestación de sacerdotes es sencillamente monstruosa. Es, en efecto, monstruoso el hecho de que se vean obligados en conciencia a hacerlo, como lo sería verlos afanados en extinguir un incendio, mientras los bomberos se cruzan

de brazos o, lo que es más grave, atizan el fuego.

Me sumé a una dura medida: dura para uno mismo y para los demás. Pero se trata de un conflicto de conciencia, de un dilema, de una elección entre dos escándalos: el escándalo, la situación de escándalo de todo un pueblo (el pueblo de los pobres que sufre por la estrecha unión, al menos aparente, entre ambos poderes: eclesiástico y civil) y el « escándalo », bien fomentado por una prensa tendenciosa, de unos pocos instalados.

Créame que yo, y estoy seguro de que también los otros sacerdotes, he elegido con dolor. Pero es que precisamente el hecho de ser sacerdote nos pone a veces, como a Cristo, en la disyuntiva de una elección. Y eso es la Cruz: haber la vía dolorosa de la redención del pueblo, aun con el riesgo de enojar a ambos poderes: eclesiástico y civil y, posiblemente también a algunos sencillos como los que « inducidos por los fariseos » en la plaza del pretorio, gritaron « tolle, tolle ».

Sabemos (lo sabíamos ya de antemano) el tipo de epítetos que se nos iban a aplicar. No son esos epítetos más que una traducción de aquella palabra elegida por el Señor en su Parábola del hombre que fue abandonado por los representantes de la ley y de lo sagrado. Esa palabra, llena de sentido despectivo, pero que designó al único verdadero prójimo, es « samaritano ». Hoy se traduce por « comunista », « separatista », « agitador »..., pero en la santa mente de Cristo, significaba el sujeto de la Caridad, que comprende a todo cristiano. No sé si he sido suficientemente claro. Atentamente le saluda su afimo.

Lo que no debe llegar más lejos, tampoco, de lo que estrictamente significa. Una postura personal que poco a poco, difícilmente, se va haciendo colectiva. Peor: muy difícilmente, porque los mecanismos de defensa del régimen se disparan automática y violentamente contra quien de verdad supone un peligro, un riesgo o una real influencia popular no confinable ni reducible a los ejercicios dialécticos. Y aunque no es su caso, sirve para que los profesionales, la pequeña burguesía que cabecea beatíficamente ante los treinta años de paz y de orden público, de su paz y de su orden público, se acomoden al silencio. Arrancan con mucha lentitud de la cómoda postura de una idea democrática para consumo restringido, casi casero, en un acatamiento externo a la actual

situación general que les permite una vida de evidentes comodidades. Como los ingenieros, los médicos, los pequeños comerciantes, los abogados, eso que se llama « los profesionales », que muy recientemente en Bilbao no conseguían recoger muchas más de cien firmas para un aséptico documento de súplica a las autoridades pidiendo la suavización del estado de excepción decretado para Vizcaya; documento que no suponía más que el ejercicio de un acto ciudadano ante la violencia del poder.

Porque esa ha sido la respuesta oficial en este caso, la violencia simplemente. Un decreto de excepción que se asegura fue solicitado y obtenido por el consejero-delegado de Laminación de Bandas, Gondra, que ha declarado suficientemente que él no quiere saber nada ni siquiera con los sindicatos del régimen, que él se entiende directamente con Don Camilo, como llama públicamente al ministro de la Gobernación. Estado de excepción, verificaciones en los últimos días de abril y primeros de mayo de los vehículos que entran en la provincia, deportaciones, registros, detenciones, comisarías donde los sistemas clásicos han vuelto a ser empleado en plena impunidad. Como la detención en plena calle del pintor Agustín Ibarrola —uno de los más importantes artistas vascos en este momento— con su hermano y la mujer de su hermano, rodeados por una docena de agentes, tirados al suelo y pateados a la vista de los transeúntes, mientras un inspector de paisano gritaba: « a la cabeza, a la cabeza », arrastrados luego hasta los jeeps, y todo en público, ante una expectación silenciosa y asustada.

Después otras detenciones, otros registros, las excarcelaciones, rigurosamente ilegales, aun en estado de excepción, cuando esa excarcelación es para entregar a los detenidos a la policía nuevamente. Y mientras, profesores en seminarios, jueces en tertulia, teólogos y filósofos en conferencias, definiendo muy precisamente la democracia ante públicos selectos, poniendo sobre cada i la tilde precisa de la libertad. Algunos valerosos intelectuales que limpian y pulen los conceptos, la verdadera justicia, la verdadera paz, esgrimiendo hermosas citas, señalando la más ajustada traducción de la más exacta palabra alemana que define con más rigor en « en sí para sí », pero cuya firma no se lee jamás al pie de un documento que suponga un acto ciudadano de mediano valor y mínimo riesgo personal y económico; cuya presencia no está nunca, de alguna manera, al lado de los que son detenidos y encarcelados

para nuevas violencias, de los que son golpeados de los que son encerrados en pueblos lejanos, ilegalmente además porque el estado de excepción sólo autoriza a impedirles residir en la provincia señalada; esos hombres, torneros o ajustadores por ejemplo, trabajando ahora en el campo diez, doce horas algunos, porque tienen que empezar por el principio y tienen que sobrevivir, padres varios de ellos de seis, siete y hasta ocho hijos a los que una nueva respuesta solidaria de sus iguales les permite resistir.

Y mientras, mientras se habla de la libertad y del derecho de gentes, mientras se discute a dos carrillos la *populorum progressio*, y hasta los derechos del hombre si a mano vienen, o la flauta risueña del derecho natural, unos coches de la policía llegan hasta la casa de Agustín Ibarrola, que ya está detenido. Son las dos de la mañana, descienden varios inspectores de paisano y una docena de agentes uniformados y armados. Toman posiciones. Un grupo de ellos rompe la puerta del portal, sube las escaleras, y sacan, bien custodiados, a dos mujeres, las de los dos hermanos Ibarrola, y a tres niños, sus tres hijos; el pequeño de seis meses. De madrugada en la comisaría. Y allí, dos mujeres y tres niños, el menor de seis meses, esperan detenidos hasta que es de día, hasta la mañana siguiente. Nadie les pregunta más que su nombre. Les amenazan. Les sueltan. Y los periódicos se siguen preguntando al día siguiente: « ¿ Somos inmovilistas? ¿ Practicamos acaso la concurrencia de criterios? ¿ Qué decir de la ordenada discrepancia? » Y en los seminarios, en las tertulias, en las conferencias, en la misma ciudad, el mismo día, definen bellamente la democracia algunos profesores, jueces, abogados, filósofos o teólogos, demócratas bajo el abrigo, antifascistas en la cocina y quizá incluso revolucionarios en el retrete.

El mecanismo de represión es siempre el que mejor funciona. El primer de mayo, los miles de manifestantes de San Sebastián y los disparos de la policía armada; al día siguiente los disparos de la guardia civil en Villafranca de Oria, y al día siguiente del día siguiente nuevas manifestaciones y nuevos disparos, al aire, al aire todos, hasta el que hiere gravemente en la cabeza de un manifestante donostiarra. Y en Málaga, en Valencia —donde el director de la prisión se niega a aceptar a dos detenidos por estado físico en que la policía los entrega—, en diversas localidades de Cataluña y de Asturias, y en Sevilla. Ni bien ni mal, ni mejor ni

peor, ni el entusiasmo desbordado de que todo está al alcance de la mano ni el desprecio crítico de a quien todo le parece diminuto. Es un movimiento que sigue su camino porque la presión es muy grande y la inercia mayor; llamando inercia al miedo, la despolitización, la falta de conciencia o los métodos no siempre hábiles para esa concienciación. Pero ampliándose, superior que el del año anterior, dinámico, importante sobre todo por lo que supone de curva ascendente de la inquietud, madurando. Esta dinámica a su vez impulsa a ciertas fuerzas políticas que se sienten más próximas a la sucesión, más aptas para la sucesión inmediata; desarrollándose en definitiva un teorema hasta cierto punto previsto, susceptible de aceleraciones, y sobre cuya posibilidad debe actuar una oposición —unas oposiciones— que se flexibilice al máximo, que analice con precisión las situaciones, que no se deje arrastrar por esquemas previos a los que ajustar la realidad, que tenga constantemente en su poder todas las claves y que tome la necesaria iniciativa para explotar situaciones no previstas que provoquen el desarrollo, las crisis, la necesidad del cambio en el «ánima» económica del régimen y esa madurez progresiva que fuercen los cambios políticos y el recurso a nuevos mecanismos de defensa.

IV. Uno de ellos, el más *político* hasta ahora, es el de la creación, en el interior del propio régimen, de una izquierda que intente canalizar inquietudes logrando así que esa canali-

zación retrase lo más posible la encarnación de las inquietudes reales en peligros directos para el régimen político inmediatamente y para el poder económico a largo plazo.

Porque la inquietud en los medios que se nutren del régimen existe. Es evidente su presencia en las airadas discusiones que surgen cada vez con más frecuencia entre los desavenidos miembros de la misma familia. Aunados, eso sí, cuando las discusiones excesivas ponen en peligro lo sustancial: el monopolio descarado del poder y su representación por parte de unas minorías que lo que únicamente buscan ahora es como una cierta bendición de apariencias populares para abrillantar unos títulos de posesión un tanto ajados. La dramática frase del sobrino del Fundador, sobre la tortilla además para que los exégetas no duden sobre que es lo que quiere salvar un Primo de Rivera cuando habla de Patrias y de Cruzadas, de Imperios o de Destinos Universales, evidencia que la situación no se presenta tan clara, y que sobre el olor de esa tortilla andan ahora otros grupos que saben presionar y saben igualmente cubrir esas presiones con otras palabras igualmente retumbantes. La cosa está clara, dicen, el régimen no alberga disidencias ni partidos políticos pero sí «miembros del Movimiento como comunión y miembros del Movimiento como organización» y a éstos es a los que se les recuerda que les están tocando a retirada como ya retiraron sus gritos, sus camisas, sus palabras revoluciona-

El discurso



El tomate



Desperdicios



rias, sus gestos, sus brazos en alto y su cara al sol que ahora se vende parcelado para los turistas.

No basta con asirse a los deseos por tanto. Es preciso algo más. Un más importante mecanismo de defensa que proteja de unas realidades progresivamente presentes, inevitablemente presentes. Preocupan de verdad las profundas mareas populares, el cambio real de las relaciones de fuerzas que lentamente se advierte. Y por los signos y no por las palabras es por lo que hay que escrutar el futuro, y por los que los más audaces de quienes quieren conservar las situaciones heredadas políticamente al Movimiento que se despedaza, acuden con nuevos cauces formales a las nuevas necesidades del poder real, como esa tentativa de la nueva izquierda.

Se habla reiteradamente de ella, se escribe sobre ella en parte de la prensa del régimen —*Pueblo, Arriba, Índice*—, se la convoca en un abanico de palabras retumbantes, palabras gloriosas, palabras excitantes, palabras... «La izquierda debe ser esto y aquello». «Izquierda será quien represente el alma de lo animado junto a las tensiones inherentes a lo verdaderamente metafísico», en el más depurado estilo de la casa, podría ser una de las más perfectas definiciones de una izquierda Ortí Bordás o Fernández Figueroa. No Emilio Romero, que además de escribir mejor y detestar como buen periodista el barroquismo excesivo, carece del poso de palabrería falangista —«los luceros», «cara a las estrellas», «reforma agraria es llenar de sustancia al campesino», etc.— en la que nunca creyó aunque hábilmente pasara a su lado por el profundo respeto que ha sentido siempre hacia un *primum vivere* con cargo al presupuesto.

La nueva izquierda tiene varias tareas, o varias apetencias, o varias misiones, pero que, como los mandamientos, se encierran en dos: heredar y salvar por tanto, al mismo tiempo, el espíritu del régimen, y cerrar el paso a la izquierda real. Porque bien poco se puede esperar de unos sindicalistas, en los que cierta esperanza podía haber sido depositada, que dicen con Ceferino Maestu: «Mussolini, por ejemplo, se pasó toda la vida intentando, desde el Poder, realizar sus jóvenes aspiraciones revolucionarias iniciales. Sólo cuando la sociedad burguesa que lo sostenía, ante el peligro de la derrota militar, lo desplazó y él se sintió liberado de compromisos, en una situación tan provisional e inestable como la de la República de Saló,

procedió a la socialización de las fábricas, entregándolas al control de los trabajadores. Por cierto que después de la guerra, fueron los triunfadores socialistas, comunistas y social-cristianos los que no hicieron nada para mantener aquella efímera conquista social que Mussolini, el Mussolini desesperado de la última hora, les había regalado a los trabajadores del Norte de Italia».

Lo de menos es el tejido de contradicciones o de falsedades históricas, como la de cualquier sentido revolucionario del fascismo. Lo de más es la autoridad elegida para citar en una nueva izquierda sobre cuya necesaria unidad se insiste, pues la cita con elogio siempre supone remitir al lector a una superior autoridad intelectual o moral. Unos entrarán en esa «nueva izquierda» por cansancio, otros exclusivamente por lo que tiene de intento de cerrar el paso a toda formulación marxista, y particularmente anticomunista, con párrafos tan insistentes y tan reiterados como en las mejores publicaciones fascistas de todos los tiempos y concretamente del tiempo de España. Así, algunos antiguos cenetistas, que por una de las dos razones, o por ambas a la vez, reconocen la fecundidad social del régimen, y emplean un lenguaje que ya íbamos olvidando; como el que en *Índice* utiliza Juan López: «Sería motivo de risa, sino la fuera de justa indignación, ver a tanto profesor e intelectual, y a sus humildes clientelas, clamar por la libertad de España cuando esas mismas gentes dedican todas sus horas disponibles, y sus energías —remuneradas espléndidamente en muchísimos casos— a justificar y exaltar la tiranía omnipotente de Estados totalitarios marxistas-leninistas». El subrayado es mío, pero se lo merece ese desenterrar el viejo cliché de los bien pagados profesionales de la subversión, etc., que recupera veintitantos años después el tono de aquellos delirantes editoriales de Radio Nacional. Con lo que una vez más se demuestra la realidad sobrepasa la ficción.

Estas uniones «contra natura» de falangistas sin más apellidos, continuistas a cualquier precio, falangistas con reales preocupaciones sindicalistas, sindicalistas por libre, excenetistas y algunos católicos que también sobrepasan la ficción con su «anarcosindicalismo cristiano», unión que pretende heredar al régimen por la izquierda, deberían recordar, primero, que en todo caso lo heredarían desde el régimen mismo, extendiéndole un aval moral, y tanto al régimen como a los evolucionistas de

última hora; y segundo, que lo heredarían con la condición de hacer un real antiizquierdismo.

El primer caso está muy claro, y en la misma revista *Índice* lo reconocen retomando un tema caro al poder tanto político como económico: «...unas tentativas de subversión —con grupos de jóvenes movilizados por los comunistas, por curas jóvenes o por obreros receptivos a la consigna— no tendrían más resultado que interrumpir el lento proceso de liberación ya en marcha, provocar un repliegue de los elementos más reaccionarios, y de pasada, producir el consiguiente descalabro a esa oposición interior que, orientada por otros caminos, puede, a la larga, ser beneficiosa; pero por los que se le quiere conducir sólo trastornos acarreará».

Es una evidente petición de tregua, que no es precisamente a la izquierda a la que beneficia. Toda sugerencia es aceptable, en principio. Pero lo que este neoizquierdismo pretende visiblemente —sus ataques a las comisiones obreras, por ejemplo, son constantes— es, sencillamente hablando, echarle un remiendo al

régimen. Y desde el régimen mismo, porque los promotores son parte del régimen, los creadores de la gran trampa pertenecen al régimen, no creo que como el «comunista» Castro Delgado haciendo un falso *Mundo Obrero* desde su despacho del Ministerio de Información, pero sí desde otra postura muy poco clara.

Pero es que además, principalmente, el fin de la operación es cerrar el paso, de cualquier manera a una verdadera oposición de la izquierda. Se trata de *ocupar el sitio*, y si no se puede impedir, por lo menos retrasar, confundir, enturbiar, tratar de disgregar creando una babel de izquierdas que prolongue la respiración artificial de ciertos grupos políticos del régimen que se ahogan, que se extinguen de muerte natural, de pura caducidad aunque no hayan tenido plenitud. Ocupar el sitio a la izquierda antes de que los que de verdad la representan lleguen; y el miedo, ya en los hechos, a esa poderosa oposición que al compás de marxistas y cristianos unidos por la base de una clase común, y por sus comunes necesidades, pueden suponer al más grave riesgo para el régimen, su continuidad, su herencia,

Fuerzas vivas



El silencio



y el aval de su degradación progresiva; de ahí las constantes y burdas acusaciones simultáneamente a ciertos cristianos, a los curas jóvenes, a los comunistas y desde ahora parece que también al marxismo en general y a todos los grupos o individuos que de él se reclamen.

Pero más allá del mero folklore del franquismo exclusivamente como mando personal de un general aupado por las circunstancias, la realidad es que hoy, en España, hacer anti-comunismo es hacer franquismo. Soñar en una izquierda «nueva», sin marxismos de ninguna obediencia, sin socialismos más que el que se lo llama a sí mismo y que procede de la izquierda falangista —que se ha pasado treinta años por cierto buscándose esa mano y, con las prisas, usando la derecha—, sin ese clero

nuevo con un sentido real de su obligación apostólica entre su pueblo del que quiere formar parte integral, no es soñar, es ver con los ojos abiertos ese futuro y tratar de impedirlo a cualquier precio y embarcando en la confusa maniobra a muchos cansados, a muchos desorientados y a tantos interesados en la vieja receta del *similia similibus curantur*.

Su único objetivo común sería entonces evitar, por la desorientación y con ciertas apariencias de un extraño izquierdismo resbaladizo entre palabras sin contenido, con principio y fin en sí mismas, que sea una realidad esa acción única, inmediatamente al menos, porque por ella y en torno a ella se conseguiría a la larga una izquierda legítima, realmente nueva y dinámica, crítica y eficaz.

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Hugh Thomas	La guerra civil española (nueva edición aumentada)	48,— F
Gerald Brenan	El laberinto español	24,— F
Mikhaïl Koltsov	Diario de la guerra de España	33,— F
Stanley G. Payne	Falange. Historia del fascismo español	24,— F
Herbert R. Southworth	El mito de la cruzada de Franco	16,50 F
Max. García Venero	Falange en la guerra de España : la Unificación y Hedilla	51,— F
Herbert R. Southworth	Antifalange : crítica de Falange en la guerra de España, de Maximiano García Venero	30,— F
Luis Ramírez	Franco. Historia de un mesianismo	16,50 F

Los periódicos de Madrid al primer año de la Ley de Prensa

A partir de la Ley de Prensa, las cosas se aclararon un poco con respecto a los periódicos. No es que las informaciones fueran desde aquella fecha libres y objetivas, pero más que leer se empezaba a intuir entre líneas que en ningún terreno las cosas marchaban tan bien como « oficialmente » se informaba antes. Sin embargo, la mordaza seguía —y sigue— anudada. En resumen, este aspecto de mayor-libertad-de-prensa no pasa de ser, aparte de las razones que luego expondremos, una mera anécdota o una concesión del Ministerio a los periódicos españoles por los buenos servicios prestados y su comprensión demostrada durante los años mudos.

Más profundamente, la ley de prensa responde a las necesidades *económicas* y *políticas* del capitalismo español en el momento, y esto es lo que nos interesa destacar. La nueva etapa económica se proyectaba con vistas al capital y a los mercados extranjeros, y no es que estos señores sean amantes de la libertad económica o de prensa —¡ni mucho menos!— pero quieren evitar tensiones inútiles y formas arcaicas de dictadura, que no les hacen más que crear problemas artificiales a la vez que entorpecen el entendimiento con sus colegas del capitalismo español.

En definitiva, todo el armazón político-fascista levantado después de la guerra civil obstaculizaba el desarrollo de las nuevas formas económicas que ya se siente lo suficientemente fuerte como para poder prescindir de él en su forma primitiva. La prensa, acomodada a la verborrea de las alabanzas continuas y de la demagogia, no era de ninguna utilidad para las nuevas promociones de capitalistas modernos, más conscientes del momento político y de las necesidades « sociales » de la empresa neocapitalista. Por otro lado, los dirigentes de

la nueva etapa económica no olvidan que la continuidad del franquismo, por cuestión de edad, es el problema político más importantes con el que se enfrentan. La propia preparación de su futuro exigía, asimismo, sacar a los periódicos de la vía muerta y monopolizadora del Movimiento. Así que, por las razones económicas antedichas y por esta fundamental razón política, se imponía acomodar la prensa a las nuevas condiciones. Repetimos: para estos capitalistas ni era necesario, ni buscaban, una prensa libre; pero resultaba imprescindible desembarazarla de todo el lastre inútil heredado de la época fascista, del lenguaje totalitario todavía vigente y del servilismo continuo a los actos de cualquier autoridad constituida. En consecuencia, nada mejor que sacar a la prensa de su desamparada e indefensa situación, presentando una ley que « garantizase » su libertad formal.

Con tal perspectiva y permaneciendo la totalidad de los órganos de información en manos de la derecha, el primer resultado logrado sobre el terreno por la ley de prensa tendría como efecto el que cada grupo político-económico situara y definiera a su propio periódico. Entre la misma burguesía se imponía un esclarecedor quién es quién, y cada portavoz de esta clase dominante intuía la necesidad de explicar a sus lectores o al país sus posiciones políticas, definiéndose no sólo con respecto al futuro, sino con relación a las propias instituciones del régimen. Sobre esta dialéctica se han desarrollado los primeros pasos de la « prensa a partir de la ley ». Naturalmente, en estas condiciones las ventajas iniciales estaban de parte de la prensa no gubernamental, más libre para negar toda la etapa precedente y criticar las instituciones y formas políticas residuales (sindicatos, movimiento, representación en Cortes, política municipal, etc.).

Los fenómenos provocados por estos hechos han sido de lo más curioso. Por ejemplo, *Pueblo* era el periódico más « avanzado » antes de la Ley de Prensa; ya que como diario semioficial y ligado a los organismos del poder, contaba con mayor libertad que otros para disparar a diestro y siniestro las ocurrencias de su avispado y arribista director. El diario *Pueblo* era « el que más cosas dice ». Pero a partir de la ley, las cosas se volvieron del revés. Su situación ventajosa se trocó en inconvenientes insalvables. Periódicos como *El Alcázar*, *Ya*, *ABC*, etc., que en definitiva pertenecen a grupos económicos con existencia propia, al margen del régimen, comenzaron a observar las distancias insinuando o haciendo críticas hasta entonces dentro del campo de lo censurable. En cambio, *Pueblo*, pagado por un organismo oficial y dependiendo políticamente de lo más arcaico y formalmente fascista del régimen —los sindicatos verticales— se encontró abocado de pronto a defender a sus patronos —el Movimiento y la CNS—, de las veladas puntadas de los periódicos « independientes ». Estos últimos criticaban los sindicatos, la sucesión del régimen, la situación universitaria, la inmovilidad política, la Falange, la ausencia de organizaciones políticas, etc. ¿Pero que podía criticar *Pueblo*? Cara a los lectores se evidenciaba cada vez más su falsedad. Quedaba el recurso —era el único terreno en que podía sacar el gallo a la arena— de meterse con los banqueros, condenar los monopolios capitalistas y sacar la lengua a algún marqués o conde; pero en la página siguiente, la tercera, se encontraba obligado a defender los sindicatos, a justificar los sindicatos, a abogar por los sindicatos cuya misión es, en definitiva, colocar a los obreros indefensos y maniatados en manos de esos capitalistas, banqueros y marqueses, que tan locuazmente se criticaban en la página anterior.

Si Emilio Romero fuera, no ya honrado, sino al menos un político hábil, habría dimitido de *Pueblo* con la nueva Ley de Prensa. Se ha quemado él y se ha quemado su periódico, porque las contradicciones eran insalvables. Cuando el resto de la prensa habla de huelgas, comisiones obreras,

etc., *Pueblo* tiene que callarse o defenderse llamando a los demás alarmistas e insultando al Opus Dei. *Pueblo* ha perdido su prestigio y el nivel de su venta, a la par que el aumento de tirada en los otros diarios, lo demuestran. Como su capitán no tiene nada de héroe y si mucho de oportunista, esperamos que pronto abandone el barco.

Los periódicos de Madrid pertenecen todos a la derecha más conservadora: dos gubernamentales-falangistas (*Arriba* y *Pueblo*); otros dos del Opus Dei (*El Alcázar* y *Madrid*); otros dos monárquicos (*Informaciones* y *ABC*) y uno católico (*Ya*). Frente a este « halagüeño » panorama, ¿qué grupo político estaba mejor situado para guardar las distancias y hacer el doble juego régimen-oposición? A guardar las distancias se apuntaron todos, excepto los gubernamentales. Franco ya no es un muchacho y cada periódico defiende unos intereses muy concretos que procura salvaguardar y situar en posición ventajosa frente al futuro. Con la Ley de Prensa empezó la desescalada en afinidad y compromiso con el régimen. *ABC* y *Ya* resultan tan cargados y condicionados por su propia (y reaccionaria) historia, a la vez que tan intoxicados por los modos y maneras de estos años, que es imposible esperar más de ellos. Los arcaicos intereses políticos que defienden no les permiten ponerse más al día.

Entre los gubernamentales, ya hemos hablado de *Pueblo* y en cuanto a *Arriba*, ¿qué decir? Bastante tiene con procurar salir cada día (su tirada es la más baja de la prensa madrileña), con enjugar su déficit a costa de *Marca* y con sacar un artículo de actualidad que no se parezca a otro escrito hace quince años. Más que falangista es franquista. Su falangismo consiste en encontrar la solución ideal a todos los problemas en el pensamiento (?) de José Antonio Primo de Rivera. Es de un servilismo vergonzante, aunque se desquita con Gibraltar.

Ya, políticamente es el a la derecha de cualquier partido político de derecha, e ideológicamente es el ala derecha de la jerarquía eclesiástica española hecha letra de imprenta.

ABC es monárquico funcional; es decir, la monarquía en función de sus intereses y privilegios de clase. El *Informaciones*, es de un monárquico más moderado al que busca, incluso, justificaciones teóricas y explicaciones políticas del día, desde luego no tan desmelenadas como las del *ABC*. La razón consiste en que el grupo propietario del periódico —capitalistas del norte— vela más que nada por su negocio, y su afiliación política monárquica se deriva del convencimiento de que como después de Franco va a venir el rey, lo mejor es ser monárquicos.

Quedan por ver los periódicos del Opus Dei, *Madrid* y *El Alcázar*; dos periódicos hace años muertos y que el Opus ha sabido sacar adelante y elevar su tirada con admirable habilidad. Son los únicos diarios que aparte de guardar las distancias han iniciado el doble juego régimen-oposición. Hecho nunca más claramente evidenciado en esta sociedad financiero-religiosa, que con su mano derecha sostiene al régimen y da ministros al gobierno y con su mano izquierda defiende en sus periódicos a los estudiantes y a las comisiones obreras. ¿Estarán tirando piedras a su tejado? ¿Serán verdad las palabras del Opus sobre la libertad individual de sus miembros para actuar en la vida civil como juzguen oportuno? ¿Se sumará el Opus Dei a las fuerzas antifranquistas?

Sentimos desilusionar a algunos, pero es más que improbable que ocurra algo de esto. Entonces, ¿cómo se explica? Para nosotros (aparte de posibles tendencias entre ellos) no es más que un cambio de táctica resultante de su incapacidad para hacerse con el régimen —como pretendían en los años cincuenta— y consecuencia del fracaso de sus ministros-miembros en las medidas de política económica tomadas desde el gobierno. Perdida esta oportunidad para la que tanto se habían preparado e infiltrado, no siendo capaces de reemplazar a Franco, la nueva consigna es la de no agotarse con Franco. Y para ello, nada mejor que el doble juego: las fuerzas jóvenes (y con amplio eco en la población), con la prensa y los estudiantes de Navarra, a la oposición;

el resto del Opus sosteniendo y colaborando con el régimen franquista, porque tampoco es cosa de abandonar las posiciones conquistadas.

Una revista del Opus, *La Actualidad Española*, imprimió una entrevista con Gil Robles, a pesar del ruego y el « por favor » de Fraga de que no lo hiciera. El ministro lo tomó como cosa personal y se ha enemistado con la Orden. La Agencia de prensa del Opus Dei, « Europa Press », ha suministrado más información sobre conflictos laborales y estudiantiles que ninguna otra. Con *Telva* buscan influir sobre la mujer; con *Mundo Cristiano* penetrar en la familia y con su semanario *Chío* (que se saldó en fracaso y ahora ha sido incorporado a *El Alcázar* de los sábados) trabajar el mundo infantil. La ofensiva ha sido completa sin consideramos también que junto a los órganos de prensa el Opus influye en emisoras de radio, agencias de publicidad, Radio España, y en la televisión.

El Alcázar y *Madrid*, los ha dedicado el Opus Dei a lectores diferentes, a clases sociales distintas. Ha dotado a *El Alcázar* de un aire popular con mucho fútbol y toros, grandes titulares, concursos, muchas fotografías, suplementos, etc. Busca a través de él penetrar en la clase trabajadora.

Madrid, por el contrario, más comedido tipográficamente, con artículos más largos y meditados, y con editoriales sesudos y teóricos quiere ganarse al lector acomodado, a la burguesía. Hábilmente, el Opus Dei se ha dirigido con sus periódicos en estos dos frentes y el éxito inicial es indiscutible.

Con este breve análisis de la prensa en Madrid pretendemos hacer ver: 1) Que la ley de prensa no ha sido más que una añaaza y solamente ha servido para justificar al régimen ante el extranjero y para aquietar a toda la oposición interna de la burguesía capitalista que critica las formas dictatoriales descaradas; 2) La censura continúa existiendo y no se tolera ninguna interpretación de los hechos que no se ajuste a la opinión del Ministerio de Información; 3) Sigue sin existir ningún periódico

dico que defienda por propio convencimiento y no por táctica, los intereses de la clase trabajadora; 4) El Opus Dei, la organización católica más reaccionaria, intenta por medio de su prensa, el doble juego de la oposición-colaboración con el régimen, a fin de encontrarse bien situado a la salida del

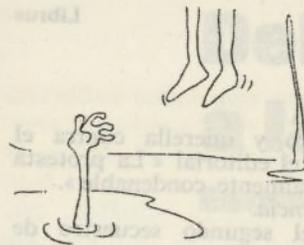
franquismo. Por oportunismo ha iniciado ahora el halago a la masa obrera; 5) Toda la prensa de Madrid está en manos de la derecha capitalista, que aún discrepando de algunas formas del régimen se identifican con él en todo lo fundamental.



Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Filosofía marxista contemporánea

Georg Lukács	Prolegómenos a una estética marxista	(Grijalbo)	24,— F
Georg Lukács	Aportaciones a la historia de la estética	(Grijalbo)	33,— F
Adam Schaff	Filosofía del hombre	(Grijalbo)	18,— F
Karel Kosic	Dialéctica de lo concreto	(Grijalbo)	
A. Sánchez Vázquez	Filosofía de la praxis	(Grijalbo)	30,— F
Georg Lukács	La significación actual del realismo crítico	(Era)	15,— F
A. Sánchez Vázquez	Las ideas estéticas de Marx	(Era)	21,— F
Georg Lukács	Teoría de la novela	(DEA)	15,— F
Henri Lefevre	¿Qué es la dialéctica?	(DEA)	9,— F
Louis Althusser	La revolución teórica de Marx	(Siglo XXI)	15,— F
Herbert Marcuse	Eros y civilización	(Joaquín Mortiz)	15,— F



En Cuadernos de Ruedo ibérico sabemos muy bien que Manuel Fraga Iribarne no halla en la aplicación de la Ley de Prensa las mayores fuentes de satisfacción íntima por el deber cumplido. Hombre eficaz y modesto, prefiere métodos de mayor complicación intelectual y de eficacia definitiva en la mayor parte de los casos a la hora de borrar una información, de deformar una información, de impedir la circulación de una información. Su modestia queda a salvo porque la prudencia comercial de sus víctimas limita el eco de los chalaneos a un corto número de iniciados —también ellos mismos víctimas— y excluye toda posibilidad de que alcancen la sala de un tribunal o las páginas de un periódico. Tan sigilosa eficacia honra a este modesto cristiano. Y como Cuadernos de Ruedo ibérico no son sospechosos de entregarse interesadamente al culto a personalidad del Ministro de Información, rendimos homenaje al aspecto más conocido de su denodada actividad, evitándole que caiga en pecado de inmodestia al tenerla que ensalzar él mismo. He aquí la breve historia de la aplicación de la Ley de Prensa.

JUNIO

- Secuestro del número correspondiente al 4 de junio de *Signo* por el artículo del padre Víctor Arbeloa titulado « Progresismo e Iglesia viva ».
- Secuestro del número extraordinario de *Montejurra*, dedicado a la concentración carlista.
- Secuestro de *La Voz del Trabajo* por el artículo « El complicado suceso de los 130 sacerdotes de Barcelona ».
- Secuestro de la revista mensual *Mundo Social* por una crónica de la manifestación de curas en Barcelona.

JULIO

- El Juzgado de Orden Público no halla materia delictiva en el número secuestrado de *Montejurra*.
- Secuestro del número correspondiente a julio-agosto de *Madre y Maestra* por una carta donde se enjuicia la marcha de los sacerdotes de Barcelona. Querrela contra el director de la publicación, padre Arias.
- La policía recoge una edición atrasada de *La Voz de Avilés* por el pie de una fotografía local.
- Secuestro de la revista *Serra D'Or*.
- Secuestro del número de julio de la revista de economía *Promos*.
- Secuestro de *ABC* por el artículo de Luis María Ansón « La Monarquía de todos ».

AGOSTO

- Se prohíbe por el Servicio de Orientación Bibliográfica la novela *Alrededor de un día de abril*, del escritor Isaac Montero.
- Secuestro del libro *Cartas al pueblo español*, de don José María Gil Robles.

SEPTIEMBRE

- Recogida del libro *La monja*, de Diderot, publicado por la Editorial Mateu, de Barcelona, por « contener graves ofensas a la moral y buenas costumbres ».
- Secuestro de *Signo* por el artículo de Luis Espina : « El futuro político de España según la Prensa extranjera ».
- El Juzgado de Orden Público sobresee el secuestro de *ABC*.

OCTUBRE

- La Sección Primera de la Audiencia Provincial de Barcelona sobreesee las diligencias de la recogida de *Serra D'Or*, pero ordena que continúe el secuestro.
- A petición del arzobispo de Madrid, el Ministerio de Información y Turismo secuestra la revista *Aun* por un número extraordinario titulado « Buscando la Iglesia del Concilio ».

NOVIEMBRE

- Secuestro del libro *Estado de Derecho y sociedad democrática*, de Elías Díaz, publicado por la Editorial *Cuadernos para el Diálogo*, por no cumplir determinados requisitos de la Ley de Prensa.
- Secuestro del calendario *Jaime I*, en Valencia, por incluir literatura y refraneros en catalán.
- Expendiente administrativo al director de *El Alcázar* por insertar unas declaraciones del dirigente demócrata-cristiano Jesús Barros de Lis.
- Secuestro del *Diario Regional*, de Valladolid, de 23 de octubre, por una crónica de la Agencia Europa Press enviada desde Tudela.
- Se levanta el secuestro contra el libro *Estado de Derecho y sociedad democrática*.

- Se sobresée el secuestro de *Aun* y se suspende definitivamente la publicación en lo sucesivo de la revista por irregularidades en su publicación.
- Sobreseimiento del secuestro del diario *El Día*, de Tenerife. El secuestro fue motivado por un artículo del catedrático de Derecho Político de la Universidad de La Laguna titulado « Igual que en los tiempos de Ramsés II ».
- Secuestro de *Un humano poder*, de J.M. Ullán, editado por El Bardo, Barcelona, a causa de un poema considerado injurioso para Franco.

DICIEMBRE

- Secuestro de la revista *Juan Pérez* por un artículo titulado « Murallas y más murallas », del que es autor don Magin Pont Mestres. Se alega que en el trabajo se da cabida a palabras injuriosas contra el ministro de la Gobernación.
- Secuestro del número 112 de *Juventud Obrera*, correspondiente al mes de noviembre, por un artículo de don Julián Ariza titulado « Los problemas de Barreiros-Diesel ».

ENERO

- Se retiran los ejemplares que quedan del semanario *Destino*. La Universidad de Barcelona se interpone una querrela por delitos de injurias debido a una carta donde se habla del discurso del catedrático de la Facultad de Medicina don Miguel Taura.
- Secuestro de *La Actualidad Española*, por insertar unas declaraciones del ex-ministro don José María Gil Robles.
- Secuestro de *Juventud Obrera*, por reproducir en facsímil el texto del número 112 de la misma publicación, que está sujeto a secuestro judicial ordenado por el juzgado Especial de Delitos de Prensa e Imprenta.
- Secuestro de la Antología de poesía de Joaquín Horta, Editorial El Bardo, Barcelona, a causa de un poema considerado ofensivo para la religión católica.

FEBRERO

- Orden de secuestro y querrela contra el diario *Madrid*, por el editorial « La protesta no siempre es moralmente condenable ».
- Secuestro de *Presencia*.
- Sobreseimiento del segundo secuestro de *Signo*.
- Expediente administrativo al director de la Agencia Europa Press, don Antonio Herrero Losada, por difundir una nota de las APE de la Facultad de Filosofía.

MARZO

- Absolución del padre Víctor Manuel Arbeloa por el supuesto delito de injurias al Movimiento Nacional, motivado por su artículo « Progresismo e Iglesia viva », aparecido en *Signo*. Se mantiene el primer secuestro y el fiscal recurre al Tribunal Supremo.

ABRIL

- Secuestro del libro *Comisiones Obreras*, de Jacinto Martín, publicado por la Editorial ZYX.
- Secuestro del libro *Dios... ¿ en huelga ?* del padre don Domingo González, publicado por la Editorial Omega de Bilbao.
- Expediente incoado al director de *Destino* de Barcelona.
- Secuestro de la revista de Gerona *Presencia* que es multada con 50 000 pesetas.
- Secuestro del libro bilingüe *Larga noche de piedra*, del poeta gallego Celso Emilio Ferreiro a causa de un poema que es considerado crítico respecto al Referéndum de 1947.
- Secuestro de *Doce poetas jóvenes españoles*, Ediciones El Bardo, Barcelona.
- Secuestro de *Ante el 1º de mayo*, Ediciones ZYX, Madrid.
- Se retira el permiso de publicación al semanario católico *La Voz del Trabajo*.
- Expediente contra el semanario católico *Signo*.

Del diálogo a la lucha revolucionaria

Entrevista con el Padre José María González Ruíz

CUADERNOS DE RUEDO IBÉRICO. En el ABC del 10 de mayo se refiere una entrevista con el famoso teólogo alemán Karl Rahner. En el curso de ella el insigne teólogo católico afirma que « el peligro mayor de la Iglesia de hoy es transformar el cristianismo en humanismo más ». Esto me recuerda el título de su último libro « El cristianismo no es un humanismo ». ¿ Es la misma tesis que usted defiende ?

JOSÉ MARIA GONZALEZ RUIZ. En bloque, sí ; y me alegro de que el Padre Rahner haga esta afirmación, que constituye la médula de mis modestas reflexiones, basadas todas ellas en la lectura de la Biblia.

CRI. ¿ No cree usted que la *Populorum Progressio* apunta todavía a una solución concreta, que bien pudiera aparecer como hacer del neocatolicismo un humanismo concreto ?

JMGR. Efectivamente, hay un peligro de ello ; pero hay que reconocer que el tono mayor de la Encíclica es fundamentalmente ético, y que los modestos aterrizajes que hace en campo humanista « técnico » están hechos con timidez y como con ganas de que en adelante no sea necesario acudir a estos procedimientos de emergencia.

CRI. El Padre Rahner afirma no haber podido asistir a los coloquios entre cristianos y marxistas de Marienbad. De usted ha dicho una emisora de lengua española fuera de España que no ha podido asistir por no haber obtenido autorización del Gobierno español. ¿ Es cierto ?

JMGR. Yo no he pedido autorización ninguna para asistir a las conversaciones de Marienbad. En primer lugar, por el sencillo hecho de que el viaje a Praga en este momento rebasada las posibilidades de mis modestos recursos ; y en segundo lugar, porque empiezo a dudar de la necesidad de insistir en el diálogo cristiano-marxista según el planteamiento seguido hasta ahora.

CRI. Usted ha sido un pionero de este diálogo : ¿ cómo es que ahora hace esta afirmación ?

JMGR. Creo que el diálogo cristiano-marxista ha sido muy importante y ha creado unas corrientes de mutua comprensión, muy útiles para la

construcción de ese mundo pluralista y convergente que todos soñamos. Sin embargo, hay un gran peligro de estancamiento y de academicismo. La continuación exagerada del diálogo parece que institucionaliza la división en dos bloques irreductibles, cuyos líderes se permiten el lujo de crear una impresionante logomaquia de coexistencia pacífica, que impide la auténtica colaboración en los problemas vitales que acucian a los seres humanos de ambos bloques.

CRI. ¿Qué sentido alienador encuentra usted a este diálogo estancado y académico?

JMGR. La ilusión morbosa de que el mundo está dividido entre marxistas et cristianos, creyentes y no creyentes, cuando en realidad el mundo está dividido entre explotadores y explotados, oprimidos y opresores.

CRI. ¿Y no cree usted que para superar esta irritante antinomia es todavía útil el diálogo entre cristianos y marxistas?

JMGR. De ninguna manera. La lucha por superar la explotación del hombre por el hombre no debería nunca «confesionalizarse». La profunda y prolongada lectura de la Biblia me ha enseñado algo, que también constituye el nervio del pensamiento de Carlos Marx: únicamente desde una auténtica praxis liberadora —redentora— puede emerger una técnica y una metodología de eficaz liberación de los explotados y oprimidos. El banderín de enganche para las luchas de liberación de los explotados debería seguir el procedimiento de nuestra Legión: no investigar la previa actitud «confesional» de cada uno, sino su real potencialidad en orden a la eficacia de la lucha.

CRI. Una última pregunta. Karl Rahner reconoce que este coloquio cristiano-marxista, celebrado en un país socialista, presenta este peligro: que los cristianos de allá se escandalicen al pensar que sus hermanos occidentales coquetean con la marxismo que a ellos los oprime. ¿Qué piensa usted de esto?

JMGR. Si Rahner no matizara más —cosa que dudo—, no estoy francamente de acuerdo. Creo que es ingenuo pretender que los cristianos están oprimidos por el marxismo en los países socialistas, y no lo estén por el capitalismo —sobre todo, el neocapitalismo— en los países occidentales. La valiente condena que Pablo VI ha hecho del capitalismo en la *Populorum Progressio* nos obliga a revisar de raíz ciertos planteamientos maniqueos, que han alienado incluso la mejor y más seria teología cristiana de última hora. Naturalmente, no se trata de afirmaciones superficiales y demagógicas, pero es urgente construir sólidamente una válida teología de la revolución, entendiendo por «revolución» una dinámica eficaz, urgente y humana en orden a suprimir estructuralmente la explotación del hombre por el hombre.

El espía*

Félix Grande nació en Mérida (Badajoz), en 1937. Desde 1957, vive en Madrid, donde actualmente es jefe de redacción de la revista Cuadernos Hispanoamericanos. Ha publicado dos libros de poesía: *Las piedras* (Premio Adonais 1963) y *Música amenazada* (Premio Guipúzcoa 1965). Ha obtenido también otros dos premios para obras de narración breves. Su libro *Blanco Spirituals*, al que pertenecen los dos poemas que aquí incluimos, obtuvo en febrero pasado el premio de poesía Casa de las Américas, de La Habana. A juicio del jurado que otorgó el premio al libro de Félix Grande, « se trata de una poesía sostenida por un humanismo apasionado y que expone descarnadamente una severísima crítica a la opresión de la sociedad occidental. Abarca así no sólo la problemática europea del autor, sino también la americana y aun la mundial, reflejándolas en un lenguaje fundamentalmente castizo pero actualizado con aportaciones verbales de los más diversos orígenes. De tal manera, este libro resulta notablemente representativo de la corriente poética contemporánea que expresa la situación límite del hombre a través de la experiencia cotidiana ».

* Poema del libro *Blanco spirituals*

Soy el efimero y no muy descontento ciudadano
de una metrópoli que se cree moderna...
Rimbaud.

como un hilo de música como un saludo con silenciador
hoy emerge el recuerdo de un durmiente barbudo abominable
cuya miseria producía tal asco que pensé ni siquiera dostoiowski
hubiera acometido la empresa de soportar su presencia hedionda
yo paseaba con nicole que me hablaba de harlem new york usa
asistí a una manifestación pro derechos civiles tuve miedo
y cómo no criatura afortunada explícamelo con detalles
estaban acordonadas las bocas del metro todas las bocas del metro
cuéntamelo me tienes profusamente interesado yo soy moderno
tú eres moderna yo soy moderno tú eres moderna aleluya o.k.
ah sí nicole somos modernos somos o.k. dí o.k. nicole
eran las cuatro de la madrugada habíamos visto el mercado central
vimos la espalda poderosa de los cargadores nocturnos
un borracho insignificante y primorosamente gentil
quiso ligar con nicole en el cafetín pintoresco
mientras en la radiogramola yo buscaba un disco de la piaf o.k.
monmartre hervía de sweters negros y de pinturas convencionales
el sena estaba invadido de ratas escucha me he enterado
de que vuestro gobierno está importando gatos en europa
qué me dices pero que qué me dices que sí nicole lo siento
mil ratas cienmil ratas laberínticas nómadas
entrecruzadas un tapiz de ratas con su hocico avizor
uno de aquellos hocicos rondando a un hombre que dormía
o.k. dormía roncaba resoplaba toda su ropa era de otros
su sueño acaso conseguido con uno de esos vinos repugnantes
a que tienen acceso los enfermos sin hospital
los ladrones sin astucia los maleducados escorias
cambemos la película usted puede viajar en la iberia
con garantías emocionantes consulte programas de mano
los serviciales aviones abarrotados de azafata amaestrada
le acercan europa a su hotel cosen al bies los continentes
le hacen homo internazionale la science-fiction se sonroja
las distancias son ya un concepto del ajado pitecantropo
si su pasaporte está en regla almuerza usted en bruxelles
y fornicaba esa misma noche con una mulata en el nuevo brasil

kruschev se descalzó el zapato y golpeó sobre la mesa
la onu parpadeó unánime expresiva qué orzuelo qué veo qué oigo
géminis IV géminis V más géminis con sus apellidos reales
y la princesa ana de inglaterra cayose del brioso corcel
y lastimose el dedo meñique según informe de la prensa
4º poder oh gutemberg inapreciable el abajo firmante
y su mujer mantienen muy atentas y cómo no sinceras
conversaciones sobre la libertad la contingencia el sexo
la conciencia la mala fe y el determinismo biológico
es necesario el cuerpo diplomático la commonwealth lo testifica
de gaulle habla del patrón oro y organiza una vez más el barullo
aparece petróleo en españa y suben las acciones en norteamérica
véase la **codorniz** y sus aproximaciones bursátiles
o dicho de otro modo los días se suceden llueve sobre mojado
llueve diluvia mójanse calles tejados y perros solitarios
diluvia mójanse clochards así les llaman llueve
aquel dormido maloliente al que el decoro llamaría
puerco cochino puaf largo de aquí era un clochard
oh tú gramática francesa nicole y yo nos alejábamos un metro
dos metros un kilómetro mil quinientos kilómetros

debe de estar despierto me parece supongo digo yo
habrá comido muy regularmente sus desperdicios laboriosos
bostezando con profusión mas sin encanto sin ningún encanto
y unas viejas borrachas habránle masturbado
entre cálculos financieros risotadas y mimos espantosos
c'est la vie cherie a pilatos ya casi se le ven los cartílagos
centenares de juramentos y minuciosas obscenidades
tosidos desde su boca infecta con marcado desinterés
depositan una pátina de asco sobre las urbes verticales
crece durmiendo se hincha junto al hocico de la rata emerge
putrefacto inservible condenado inmoral emerge sube
baja se agita ronca áspero no resulta conmovedor
granuja puerco piojoso repetidlo piojoso
fastidiando al sena mítico y romántico se filtra
por todas las rendijas tentacular innumerable es una
verdadera invasión este horroroso fétido inmanente
se entreabre el portalón del consuetudinario devenir
y penetra este espía dormido al borde de una rata
entre acontecimientos en huecograbado con finos pies de foto
y viajes de fin de carrera y regalos de cumpleaños

entre días y meses y confetis y esmerados paisajes
o.k. ah la montaña majestuosa y la serenidad del valle
horadado por el renault ah vacaciones juventud divino tesoro
él aparta con todas sus manos ese tejido de tiempo y espacio
y aparece un instante sucio más sucio humilde más humilde
y aparece entre noches y días fantasmal evidente en silencio
espantando a una rata él se aproxima y se pierde de nuevo
se aproxima y se pierde como un hilo de música.

Pedro Gimferrer

Larra

Cuánta luz en la estancia. Del alero
en mis pestañas cae un pliegue púrpura.
Es invierno en Europa. Los quinqués,
el sol en los oscuros cenadores,
las bujías, qué oro declinante
para esos fantasmas de plastrón.
Coches de punto en el jardín, moaré
en el violento aroma de las lilas,
mirando con gemelos de teatro
un dragón verde al fondo del estanque.
Cuerpos en fiebre se unen sólo a oscuras,
cuando ahogan cortinas y antifaces
la pasión que de piel a piel llamea.
El amor fue en Madrid. Sutil tijera
de escarcha. Adiós. En caja de cristal
o en tarro de ámbar como mariposas
no guardes estas cartas, ni en la esquina
más perfumada de tu secreter.
Mi amor, mi amor. Cómo me están doliendo
con esta luz de atardecer los ojos.

Angelus

Debajo de mi mano, ¿ sabe usted lo que tengo debajo de mi mano izquierda ? Tengo una foto de cuando era chico. Y un garbanzo. El garbanzo sí es reciente, sí que no es de cuando yo era chico. El garbanzo me lo dio ayer por la noche mi hija la pequeña. La premiaron en el colegio las monjitas, la premiaron por buena conducta. Seguramente será como su padre, tan buenecica la pobre. Se dice, me contaron, que cuando era yo pequeño era casi rubio —por eso tengo aún rubios los pelos de los sobacos— y con una enorme cara de angelote. Papá y mamá me llamaban angelico, me llamaron angelico hasta después de cumplir los cuatro años. No sé por qué, mamá me dejó con el pelo largo hasta esa fecha, hasta que alguien me llamó marica por la calle. Tirabuzones tan largos como los de mi hermana, tirabuzones rizados y tirabuzones rubios. Angelico.

Una foto y un garbanzo. Me lo guardé cuando me lo dio mi hija y, al encontrármelo esta mañana en el bolsillo, no sé por qué, me dio por buscar la foto mía de cuando era niño, la foto que ahora tengo debajo de mi mano izquierda. El garbanzo, mi hijita debe creer que un garbanzo es el premio justo para un papá policía que ha tenido una hija premiada en el colegio. A ella le dieron caramelos, al papá un garbanzo.

* * *

(Sigo sin escuchar nada de nada, en mi escritorio, tapándome de la puerta del pasillo tras las espaldas gruesas de Gustalavida. El mira hacia el pasillo y yo me miro las manos.)

* * *

Levanto el dedo número dos de la mano izquierda —empezando a contar por el índice— y veo mi cara rubia, la otra cara. Si alguien me pregunta quién es ese angelico en papel viejo le diré que es una foto de Cristo antes de volverse carpintero. Yo también pude ser Cristo, no faltaba más. Nada, absolutamente nada en mí estaba podrido de antemano. Sólo que me equivoqué de país o de siglo o de casa. Pero nadie, nadie, nadie, puede saber que en ese angelico estaba ya escondido un policía de este tipo. No, no, no, yo no nací para eso, este niño puede ser aún cualquier cosa.

Si levanto el dedo número tres de la misma mano, contando también desde el índice, claro, lo que veo es la figura de mi madre que me

tiene en la foto de la mano. Me gusta tanto su cara de joven y ese sombrero como con alas. Tan delgada, tan delgada. Bueno, bueno, mejor no mirarla ahora, mejor volver a bajar el dedo.

Si levanto ahora el dedo número cuatro —o sea el dedo meñique de la mano izquierda—, lo que ocurre, bueno lo que ocurre es que el garbanzo camina tres vueltas por la mesa.

—¿Qué es eso, xx, qué es eso?

—Un garbanzo, inspector, un garbanzo, banzo, banzo, banzo.

* * *

(Me sacó de mi casica Gustalavida, ahora ya lo oigo todo.)

* * *

¿Un garbanzo, banzo, banzo,
redondico, pelotudo,

como un cuchillo redondo de madera?

Banzo, banzo,

planetoide,

tortuguita,

te quiero ver en los Andes caminando de barriga. Buena idea, xx, buena idea, cambiaremos el arroz por los garbanzos. Ruiz Fonseca, Ruuz Fonsecaaaa.

Y la puerta de aquí enfrente, la que está al otro lado del pasillo, se abre por amor de Ruiz Fonseca. Pobre, pobre Ruiz Fonseca, cómo esta sudando, esta noche va a tener que besar demasiadas veces el crucifijo, esta noche le va a costar más descontaminarse las manos, hasta le va a costar mucho quitarse las manchas ocres de la camisa.

(Ahora miro y sueño. Escuchar no escucho nada.)

Ruiz Fonseca está frente a mí mirando al inspector sentado en el borde de mi mesa. Detrás de Ruiz Fonseca está el pasillo y está la puerta. Como no la abrió del todo yo no puedo ver lo que hay detrás de la puerta. Lo imagino. Hay cinco policías en mangas de camisa. Tres altos y dos bajitos. Sólo uno tiene cicatrices. Sólo dos estuvieron en la guerra. Detrás de los policías hay un lavabo. El lavabo esta surcado de una infinidad de rayitas negras, por eso la sangre no se nota mucho el mezclarse con el agua. Sólo funciona el grifo de la derecha, el grifo del agua fría. En esta casa no se necesita agua caliente. Delante de los policías, a escasos dos metros tras de la puerta, de espaldas a ella y a mí, sentado en un taburete de madera, está el paciente. El último grito debió darlo hace un ratico, pongámosle diez segundos, por eso ahora debe estar metido dentro, bien metido dentro, sin recordar nada pero metido dentro.

(Imagino más deprisa.)

Juro que tiene la cabeza caída entre los hombros, juro que tiene los ojos semicerrados pero que está viendo algo, que está mirándose a sí mismo, se debe estar mirando entre las piernas. Sí, eso es, pongámosle que se está mirando entre las piernas mientras Ruiz Fonseca dejó de escuchar al inspector y volvió a desaparecer tras de la puerta. Debe sentir un miedo espantoso, mucho más miedo que dolor o que otra cosa. Yo los he visto infinidad de veces, yo los he visto, los sexos, se hinchan como globitos morados y al cabo de cierto rato ya no parecen tres cosas sino una, una sola cosa recrecida.

(Filosofo despacico.)

A los policías les hace mucha gracia el sexo de los pacientes cuando se desnudan, les hace gracia porque un paciente desnudo tiene, indudablemente, gracia ; y les hace gracia también porque el humor le quita fuerza al martirio. Y es que un mártir de verdad es una cosa imponente, una cosa que da vergüenza a los mismos policías. Sólo los mártires desnudones no dan vergüenza ni miedo sino que dan risa. Sobre todo si el paciente desnudo tiene ligas. Además es tan incómodo para un hombre asustado quitarse los pantalones, se le enredan los zapatos en las perneras, los hay que se tambalean, los hay que enrojecen, se ponen colorados y miran a los policías con miedo de que se rían. Y claro, a los policías eso les gusta y se ríen más y les hacen bromas sobre el tamaño del sexo y les sueltan a las veces sus piropos : « piernas lindas, tienes los huevos como perlitas ».

(Me arrebaté de repente.)

Pero no ahora, juro, yo juro que ninguno de los cinco o de los seis o de los mil policías de esta casa tiene ahora ganas de broma al ver lo que él se está mirando entre las piernas. Y es que todos somos hombres y es que todos tenemos entre las piernas las mismas cosas y es que todos somos incapaces de reír al ver lo que quedó de esas tres cosas después del tratamiento. Yo juro, lo juro yo, no hay nadie en esta casa que tenga ganas de reírse ahora. Yo juro, lo juro yo, que los cinco policías que le acompañan están mirando hacia otro sitio, hacia otro sitio, el que sea, y juro que los cinco con disimulo se están protegiendo el sexo cada uno. Sólo él lo está mirando y quizás lo mire también Ruiz Fonseca. Y allí, yo lo sé, no debe haber sangre líquida pero debe haber montones de sangre pugnando por salir a través de esa piel tan estirada, tan estirada que es casi transparente.

(Gustalavida me sigue dando la espalda pero puedo fácilmente asegurar que esa mano que mueve de manera rara le está hurgando la nariz a Gustalavida.)

No sé si Ruiz Fonseca ha empleado la « paella » todavía, no lo sé, no podría asegurarlo. Más bien parece que hasta ahora se ha contentado con los golpes a mano cerrada, con el cinto y con los golpes porradegoma. Para hacer la paella hay que estar cansado.

Toma, y aquí viene el conserje con un saco de garbanzos. No sé que pasa en esta santa casa, si pides un coche o un revólver o una celda —todas cosas imprescindibles en el oficio de policía—, el conserje, este mismo conserje chamuscado, puede tardar un año en traerte la respuesta. Pero eso sí, si se te ocurre pedir una boina, un lagarto, plastilina, la tuerca interior de un grifo de pedal o un saco de garbanzos, este conserje se multiplica y te resuelve el asunto en dos minutos. Para qué diablos querrá los garbazos Ruiz Fonseca. Si además yo sé que él no cree en las virtudes de la paella, con arroz, con garbanzos o con golondrinas.

Y yo tampoco confío, ni el inspector, ni casi nadie en esta casa. Es simplemente un pretexto para descansar y un homenaje a no-sé-el-nombre del inspector que la inventó hace ya tiempo y se fue dando clases por todo el país a los policías para explicarles que ni un solo paciente podría resistir a la paella. Pura charlatanada, los hay capaces de cualquier cosa por darse fama de genios. Pero Ruiz Fonseca no cree en la paella, ni yo tampoco. Arrodillar a un paciente semidesnudo sobre montoncitos de arroz puede tener más o menos gracia, pero es muy chabacano. **(Ahora filosofo con más gusto porque este tema me lo tengo yo ya muy trillado.)** No sé donde leí que la estética se aplica a todo, que no hay actividad humana que pueda librarse de la estética. Hasta los barrenderos son mejores si conforman su tarea a las reglas simples, honorables, que hacen de su profesión un ballet de cochinas. Igual les pasa a los policías. O emplean procedimientos estéticos en sus labores o son unos chapuceros. Y lo que es peor es que los primeros en darse cuenta de la chapuza son los mismos clientes. **(Yo sigo erre que erre sin escuchar nada pero esta vez a poco, poco, poco, oigo un alarido.)** Si un mártir entra en la sala de interrogatorios y ve colillas en los ceniceros, seguramente, pero que bien seguro, recuperará en el acto una buena porción de audacia y de confianza en sí mismo. Si además hay sangre en los sillones, si además los policías sudan, si huele aquello a caballeriza de polizontes, hasta el más pusilánime de los mártires se sentirá reconfortado. Y si el olor de las axilas tiene importancia, cuánta mayor importancia, no va a tener la chapucera paella. Que sí, que sí, que el arroz se clava lindo en las espinillas, que sí, que sí, que al clavarse hace mucho daño. Pero no está ahí el problema. Daño se puede hacer con cualquier cosa. Un cenicero gordo de cristal me aplastó casi una uña el otro día al caerse de la mesa al suelo, pero eso no se llama tortura y los ceniceros, propiamente hablando, tampoco pueden ser considerados instrumentos de tortura. Con un picaporte se puede sacar un ojo, con una docena de geranios metidos todos a la vez dentro de una sola boca se puede asfixiar a una persona, y con un reloj de cuco se pueden quebrar columnas vertebrales. Hasta un lapicero de colores, en ciertas condiciones desusadas, puede despellejar vivo a un estudiante. Pero no es eso la tortura, no hombre no. La tortura es una ciencia, pero sobre todo un arte. **(Por fin usó el pañuelo Gustalavida mientras que yo tengo que hacer cada vez más y más esfuerzos para no oír nada, absolutamente nada.)** Y es que con la paella hay algo que comienza mal, hay que sacar

el arroz de algún sitio. Si se guardó el arroz de la vez anterior, si al paciente se le hace arrodillar sobre un arroz ostensiblemente usado ya otras veces, una fatal impresión de previsión y ánimo ahorrativo de los policías se hará sitio en el espíritu del paciente. Nada hay más contrario a la esencia misma de ese gran sacrilegio gratuito que es la tortura. No, eso no va. Uno está obligado, por lo tanto, a poner arroz nuevo delante del paciente. Y ahí precisamente está el intrínquilis, porque si ver desnudarse a un paciente tiene gracia, mucha más gracia tiene ver a un policía en guisa de harinero sacando granitos de arroz de un saco todo lindo de color blanco. El fundador aseguraba que el saco debería ser negro, pero negro o blanco, la impresión general es la de un policía talabartero.

(No escucho nada pero veo, veo que se abrió la puerta, que salió Ruiz Fonseca hecho una fiera y que tiró al pasillo un montón de garbanzos colorados. Tiene un brillo raro en las manos. Ha vuelto a cerrar la puerta con un portazo espantoso dejándonos otra vez solos mirando a su puerta y mirando a los garbanzos-fresas que corretean por el pasillo. Que no, que yo no oigo nada. Yo filósofo.) Los garbanzos, por tanto, acaban de demostrar palmariamente ser tan ineficaces como el arroz o la gravilla. Y es que el procedimiento es malo. Yo mismo he estado a punto de reírme muchas veces cuando Ruiz Fonseca o cualquier otro ha distribuido con cuidado los granitos por el suelo. Y no soy yo el único, también he sorprendido miradas de burla en alguno de esos mineros, de esos mineros que no se asustan nunca, de esos bárbaros del carbón que sólo saben gritar cuando ya todos los demás estarían afónicos, de esos pacientes delicadísimos con los que uno debe tener siempre enorme cuidado. Me dicen que en Portugal y en Francia hacen precisamente eso, cuidar el ambiente, preparar sumamente bien las circunstancias espirituales del paciente. Aquí somos retrasados hasta en eso. Yo los he oído, los he oído un montón de veces calificar de « maticas » a las medidas delicadas, higiénicas, a las medidas que no meten ruido, que no manchan, que no obligan a los policías a desparramar granos de arroz sobre una silla de madera vieja. Por eso continuamos aquí con la paella. Yo estoy haciendo un estudio sobre el asunto, recojo opiniones de policías y de pacientes regenerados y alguna vez reuniré todos esos materiales y demostraré irrefutablemente que la paella no sirve absolutamente para nada.

(Imagínate ahora que el conserje está recogiendo los garbanzos colorados. Gustalavida le ayuda sin moverse de mi mesa, le ayuda a señalarle con el dedo donde debe buscar para encontrar garbanzos. Ridículo, este conserje envejecido a rastras por el suelo detrás de los garbanzos. Y además tiene un tic raro o le tiemblan las manos cuando oye lo que yo no oigo saliendo agudísimo por debajo de la puerta. Toma, esta vez oyó demasiado, se le escapó un garbanzo y de dos salticos el maldito cereal se coló bajo la puerta de Ruiz Fonseca. Gustalavida señala con el dedo. El conserje se pone a hurgar con una mano bajo la puerta. Hala, retiró la mano y se puso de pie en un salto. Está hecho una furia este conserje,

Ruiz Fonseca debe haberle pisado. Bien hecho, no hay nada más ridículo que media mano tanteando bajo la puerta en plena ceremonia, es tanto como si los monaguillos ayudasen a misa con una pinza en las narices. Y yo, lo juro, yo simplemente filósofo.)

No hay que engañarse, nuestra profesión se ha desarrollado enormemente en este siglo y ya no se pueden ignorar por más tiempo los adelantos acaecidos fuera de nuestras fronteras. Antes nadie sabía de torturas, por eso un par de golpes mal dados le hacían impresión al paciente de una técnica depurada. Ahora las cosas no son tan sencillas, ahora el que más y el que menos ha leído en el periódico sobre las bellezas nazis o sobre las innovaciones argelinas o sobre la escuela de torturadores que fundó en Portugal una ilustre funcionaria portuguesa. Estas lecturas les hacen venir a los pacientes preparados, preparados a soportar una verdadera sesión de alta tortura, vienen a nuestras manos con las mentes alertadas, con un montón de información sobre los ataúdes franceses, sobre la limpieza de hospital de las SS, sobre los sillones de dentista, sobre los baños de agua helada de Mengele, sobre las bombas de aire o los electrodos. Y aquí los recibimos a puro golpe de mano, a trastazos con el respaldo viejo de una silla y, cuando mucho, la paella. No sé como aún nos toman en serio, no sé cómo no se dan cuenta de que ya sólo existimos de milagro, por inercia, porque nadie decidió tomarnos a broma y ponernos tranquilamente la zancadilla. En fin, mientras no se den cuenta subsistimos, pero nos queda cada vez más poco tiempo para ponernos al día. Una cosa sí ya ha cambiado: los pacientes hablan cada vez menos. También lo tengo eso bien detallado en mi estudio. En los últimos cinco años el número de confesiones ha disminuído alarmantemente. Los inspectores no quieren aceptarlo, pero Ruiz Fonseca sí lo sabe y sí habla de ello. Lo que pasa con él es que es más mago que policía, asegura que los pacientes hablan menos ahora debido a la extensión del ateísmo en el universo, y hasta dice, vaya usted a saber, que si un año bajan en 7 % las comuniones, pues en 7 u 8 % bajarán las confesiones de los pacientes. Pero yo no, yo en mi estudio (yo filósofo, yo filósofo y yo filósofo) dejo las cosas claras. La disminución de confesiones no tiene nada que ver con la decadencia del sentimiento religioso. Es simplemente una cuestión de competencia. Los productos malos no venden y las torturas ochocentistas tampoco.

(Gustalavida fue incapaz de seguir por más tiempo filosofando o dormido en el borde de mi mesa. Abrió la puerta de enfrente, gritó, gritó cualquier cosa a Ruiz Fonseca. Lo vi, lo estoy viendo, sólo un ratico, me pareció todo entero colorado. Entre tres lo cargaron desde el suelo a la mesa larga y plana que está al fondo del cuarto y sobre él se inclinó Ruiz Fonseca. El inspector ha dejado de gritar, cierra la puerta, ya no veo nada, ya, lo juro, lo juro y lo juro, ya no oigo nada mientras Gustalavida vuelve a entrar en mi despacho y enciende un cigarrillo.) Pues no voy yo a saber, dios mío, no voy yo a saber de todas estas cosas. Ah, sí, que no vale la paella. Claro que no, hombre, claro que no. (Apenas filósofo, a duras penas.) Y es que ante un marxista de esta segunda mitad

del siglo XX uno no se puede aparecer con instrumentos de cocina. El se las sabe todas, él ha leído mucho más que uno, él se espera una tortura alucinante, sistemática, perfecta. Cuando nos ve aparecer con los malditos granos de arroz, chilla, claro que chilla (**chilla horrorosamente, dios santo**), pero en lo más profundo de su alma siempre conserva un desprecio lúcido por estos anticuados, inermes policías. En esas condiciones, en esas condiciones en las que la menor llamita de desprecio permanece, las confesiones son verdaderamente raras, la gente se nos muere entre las manos pero no dice nada. Y nosotros perdemos porque el martirio es su victoria y la confesión la nuestra. Y no, no hay motivos telúricos ni zarandajas, lo que hay es una industria subdesarrollada a la que las nuevas industrias están desalojando del mercado.

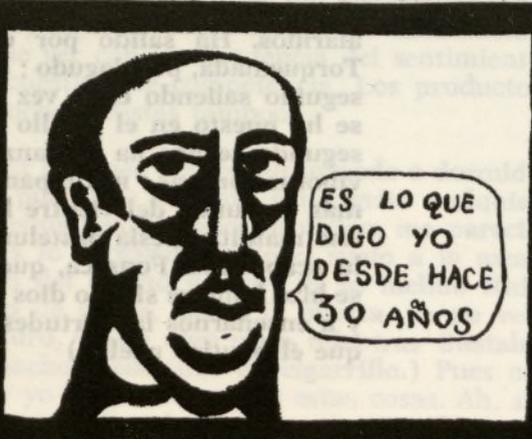
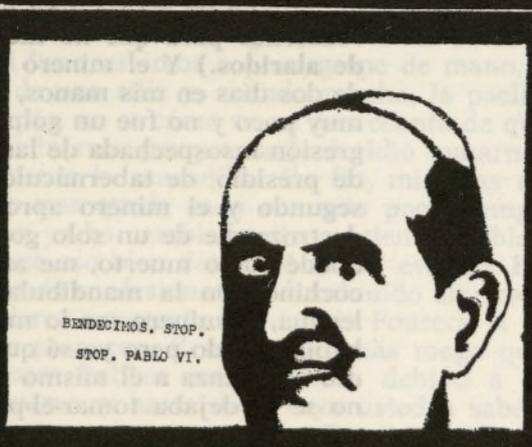
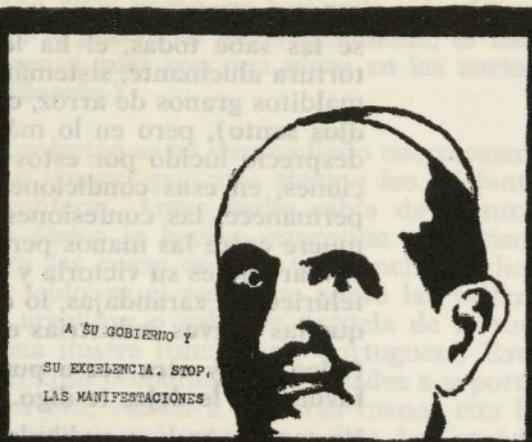
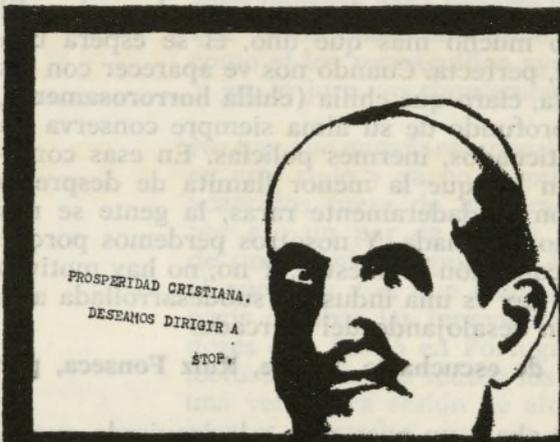
(Dios, estoy otra vez a punto de escucharlo. Déjale, Ruiz Fonseca, por favor, que le dejes te digo.)

Yo tengo aún la mandíbula de abajo un poco más a la izquierda que la mandíbula de arriba. **(Ya no filosofo, ya sólo persigo muy deprisa a los recuerdos para que no me dejen sin ruido y solo ante esta avalancha de alaridos.)** Y el minero parecía moribundo, y el minero llevaba más de dos días en mis manos, pero de repente algo que hice le debió gustar muy poco y no fue un golpe más, debió ser un paso en falso, una transgresión insospechada de las reglas estéticas, lo cierto es que el ambiente de presidio, de tabernáculo, de martirio, se rompió por una décima de segundo y el minero aprovechó nuestro descuido para recuperarse y destrozarme de un solo golpe plano en el lado derecho de mi cara. Me quedé como muerto, me amanecí en la enfermería sangrando como un cochino con la mandíbula descoyuntada por allá por donde nace la lengua, al minero me lo mataron por eso nunca puede preguntarle qué había pasado pero yo sé que algo que yo hice provocó su ira algo que le dio vergüenza a él mismo más que a mí algo que le hizo pensar que él no se se dejaba tomar-el-pelo-por-unos-malditosaprendicesdecarnicero.

(Y yo juro que ya no puedo no escuchar, que este alarido es el peor, el más largo, el más cochino, que haya yo oído jamás en esta casa de alaridos. Ha salido por debajo de la puerta como un cinturón de Torquemada, puntiagudo ; silbando a un lado y a otro a ras del suelo ha seguido saliendo cada vez más puntiagudo. Ha dado después un salto, se ha puesto en el pasillo a la altura de nuestras orejas, y en un solo segundo se nos ha abalanzado al inspector y a mí como un millón de víboras sonoras ; ni tímpanos, ni cerúmenes, ni filósofos, me duele en lo más profundo del vientre la foto de mi madre, de mi mano, al lado de una maldita iglesia pasteluna. Que no grite, dios santo, que no grite, que lo acabe Ruiz Fonseca, que lo mate el profeta de los ojos blandos que se hizo hombre siendo dios y vino a esta tierra a salvarnos, a resucitarnos y a enseñarnos las virtudes insignes, doradas, celestiales de una tortura que él bautizo paella.)

* * *

Se abrió la puerta y se calmó el sonido.



Conversación imaginaria entre Pablo VI y Franco, mayo de 1967 (Composición de Ges)

El marxismo como ciencia

Corremos quizá el riesgo de precipitarnos al querer analizar las novecientas páginas que Louis Althusser y un grupo de colaboradores* han consagrado al marxismo, ya que se trata de una empresa de la que sólo el inicio hay allí. Los textos recogidos en esos tres tomos constituyen más bien la definición de un programa que la exposición de una doctrina ya elaborada. Se puede pues caer en la tentación de juzgar los elementos de teoría que se encuentran solamente sugeridos, partiendo de las promesas del programa, y nada es más fácil en ese caso para el crítico que denunciar la insuficiencia de los primeros si se les compara con el rigor crítico de estas últimas.

Habría, sin embargo, que añadir que los autores han contribuido no poco a ello, al transformar frecuentemente el programa en doctrina.

Mas lo que se puede analizar al nivel actual de la investigación de Althusser es su programa : hay que saber cuál es su naturaleza, examinar su pretensión a la verdad, es decir sacar a plena luz el método ; y determinar asimismo en qué medida el corpus doctrinal de **Pour Marx y Lire le Capital** se encuentra conforme con él.

Poder empezar así el comentario de unos estudios marxistas sobre Marx, es algo que da a entender suficientemente su novedad. Plantear cuestiones de método, de consistencia doctrinal, de legitimidad a propósito del marxismo, viene a ser el emprender un nuevo examen radical. El mérito más aparente de esta obra reside en que inaugura en Francia un renacimiento del marxismo filosófico. Después de la gran *Götterdämmerung* de hace algunos años, que seguía a dos décadas bien conocidas, se nos han ofrecido exclusivamente « aperturas », confusas y confusionistas del marxismo : hacia humanismos caducos, hacia la transparencia dudosa de una fenomenología de la praxis social, cuando no hacia el tartamudeo cosmológico de cierto célebre paleontólogo.

Después de decenas de años de « ghetto », el marxismo ha pasado a ser conciliar, ecuménico. Pero en filosofía, la política de la mano tendida no ha beneficiado nunca a nadie, y hay que felicitar a Althusser por su valentía política al declararse discípulo de un Marx al que quiere

* **Pour Marx y Lire le Capital**, vol. I y II. François Maspero, éditeur, Paris, 1965. Edición en lengua castellana : **La revolución teórica de Marx**, Siglo XXI, México.

restituir su rigor filosófico, justo en el momento en que Roger Garaudy se prepara a convertirse en el primer obispo de Moscú. Hay que celebrar también la valentía teórica que le lleva a comprobar, no un simple « estancamiento » del marxismo, como lo ha hecho Sartre no hace mucho, sino su estado precario filosóficamente hablando. Y hay sobre todo que felicitarle por haberse propuesto llenar ese vacío con un trabajo real : « El fin del dogmatismo nos ha enfrentado con esta realidad : la filosofía marxista, fundada por Marx en el acto mismo de la fundación de su teoría de la historia, está aún en gran parte por constituir, puesto que, como decía Lenin, sólo se han colocado las piedras angulares ; las dificultades teóricas con las cuales, en la noche del dogmatismo, habíamos luchado, no eran sólo dificultades artificiales, sino que estaban asimismo ligadas en gran parte a la falta de elaboración de la filosofía marxista ; es más, bajo las formas rígidas y caricaturescas que habíamos soportado o mantenido [...] se encontraba algo que era como un problema no resuelto, presencia ciega y grotesca, pero realmente presente [...] y finalmente la tarea que nos ha cabido en suerte hoy en día es sencillamente el plantear esos problemas abiertamente, si queremos dar un poco de existencia y de consistencia teórica a la filosofía marxista. » (*Pour Marx*, p. 21.)

* * *

Unicamente vamos a analizar aquí esta cuestión : hasta qué punto ha conseguido Althusser dar a la filosofía marxista la consistencia teórica que es lo único que puede justificar su existencia. Más exactamente, no vamos a discutir la tesis presentada en *Pour Marx* según la cual el marxismo no es un humanismo ; ni saber si el concepto de alienación es, sí o no, un concepto filosóficamente aceptable ; ni si, de manera general, Althusser permanece o no « fiel » a Marx.

Por lo que al humanismo respecta, se trata de un problema ideológico, político y pedagógico ; pero el « humanismo » no puede ser en modo alguno la piedra de toque de una teoría. Por lo demás, damos aquí por sentado en principio que las cuestiones de fidelidad filosófica no son pertinentes. No es porque se presenta como marxista por lo que esta obra es importante ; sino porque partiendo de una lectura de Marx que en sí misma no es ni más ni menos discutible que otras que se han hecho anteriormente, Althusser se propone dar un fundamento al materialismo histórico.

Ni que decir tiene sin embargo que *Lire le Capital* no se hubiera elaborado sin la obra de Marx, y que es por lo tanto legítimo que nos encontremos ante un proyecto marxista ; y también que el destino del marxismo está en juego en este proyecto, como estuvo y está en juego en los de Plejanov, Lenin, Gramsci, Lukacs, Bloch o Schaff. A decir verdad, Marx se encuentra ante nosotros en una postura que recuerda

a la de Aristóteles en el siglo XVI, y en parte por las mismas razones históricas y teóricas: hay **efectivamente**, varios marxismos, como hubo varios aristotelismos; y, como los aristotélicos del siglo XVI, todos y cada uno de los pensadores marxistas se proponen restituirnos el verdadero Marx. Teóricamente no tiene ninguna utilidad para nosotros saber cómo se hubiera leído Marx a sí mismo, siendo además muy dudoso el sentido de semejante problema: ya que lo que sí se puede decir, es que, al no habernos dejado Marx un sistema absolutamente coherente, la diversidad de las lecturas es perfectamente posible. Únicamente por su valor explicativo y no por su fidelidad a Marx es por lo que ha de ser juzgada cada una de ellas.

Hablaremos pues de la **filosofía marxista** de Althusser, de su marxismo, y no de su « marxología ».

Es pues para discutir las tesis propias de Althusser, por lo que hay que rechazar con él:

—La tesis de la « inversión » de la dialéctica hegeliana por Marx (*Pour Marx*, p. 87-181, p. 163-224 y *passim*);

—La afirmación de una continuidad de pensamiento entre el joven Marx y el Marx de la madurez (*ibid.*, p. 47-83 y *passim*).

Louis Althusser ve una « ruptura epistemológica » entre el humanismo ideológico de los primeros años inspirado por Feuerbach, y la ciencia de *El Capital*, acompañada de una filosofía latente que los dos tomos de *Lire le Capital* quiere exponer.

Por otra parte, si se elimina también « el izquierdismo teórico » del joven Lukacs y de su escuela (*Pour Marx*, p. 21; *Lire le Capital*, II, p. 107, etc.); si el « humanismo historicista de Gramsci y de los marxistas italianos posteriores se ve severamente criticado (*Lire le Capital*, II, p. 73-108); si por último la parquedad filosófica de Lenin no permite a Althusser más que algunas citas sin demasiado alcance; nos encontramos con que la « filosofía marxista » de Louis Althusser se ve obligada a apoyarse exclusivamente en los textos de la madurez de Marx. La lectura que hace Louis Althusser queda pues justificada en principio, y la discutiremos partiendo de sus premisas específicas.

* * *

¿ Qué quiere decir filosofía marxista ? ¿ Y en premier lugar, qué quiere decir filosofía ? Uno de los colaboradores de Louis Althusser, P. Macherey, la define como la « condición de inteligibilidad del objeto mismo de una ciencia » (*Lire le Capital*, I, p. 216). En otro lugar, Althusser considera la filosofía como una teoría de la producción de conocimientos, o como el mecanismo de la producción de las formas

del saber (**Lire le Capital**, II, p. 126), y a lo largo de todo el texto el término « filosofía » es considerado como un sinónimo de « teoría ». Esa imprecisión es menos profunda de lo que pudiera parecer a primera vista. Es evidente, al leer **Pour Marx** y **Lire le Capital** que el papel que desempeña aquí la filosofía es el de una epistemología en el sentido más general y menos positivista (**Pour Marx**, p. 165-175). Su tarea será la de hacer lo suficientemente explícito el campo operatorio de una ciencia y también las condiciones de posibilidad de ese campo mismo. Hay que leer a este respecto las excelentes páginas del comienzo de **Lire le Capital** (« L'objet du Capital », **Lire le Capital**, I, p. 11-40) : la primera tarea del filósofo es poner al descubierto la problemática que permitirá el despliegue de la ciencia propiamente dicha : « ... estamos en presencia de ese hecho propio a la existencia misma de la ciencia : que sólo puede plantear problemas en el terreno y en el horizonte de una estructura teórica definida, su problemática, que constituye la condición de posibilidad definida absoluta, y por lo tanto la determinación absoluta de las formas de posición de todo problema, en un momento dado de la ciencia (*ibid.*, p. 27).

Se trata ulteriormente de determinar los conceptos exigidos por esa problemática : por lo que respecta al marxismo, conceptos que a veces no se encuentran específicamente formulados por Marx, pero cuyo objeto atraviesa sin embargo de punta a punta su razonamiento (y eso es lo que hace que esa hermenéutica sea rigurosa). Por ejemplo (y muy especialmente) : el marxismo entero depende de la elaboración de un concepto que no ha sido especificado por Marx, el de la eficacia de la estructura sobre sus efectos. Pero, según Althusser, podemos sin embargo encontrar actuando en **El Capital**, todos los elementos que nos permitirán su elaboración ; es decir que tenemos la respuesta a un problema, pero no el « problema » mismo. Es la cuestión que « no se encuentra planteada en lugar alguno » (*ibid.*, p. 33). La lectura de Marx será entonces « lectura de síntomas, en la medida en que, en un mismo movimiento, descubre lo encubierto en el texto mismo que lee, y lo pone en relación con otro texto, presente con una ausencia necesaria en el primero, presencia de una ausencia producida sin embargo, en tanto que síntoma, por el primero, como su propio invisible ». (*Ibid.*, p. 31-32.)

Armado con ese método, inspirado, nos dice Louis Althusser, por Michel Foucault, pero que, a pesar de lo que pudiera objetar Althusser al respecto, podría muy bien llamarse trascendental, dando a ese término un valor calificativo, parte Louis Althusser « en busca de la filosofía de Marx » (*ibid.*, p. 33). Se trata en efecto de hacer inteligible el objeto de una ciencia : el marxismo. Si se quiere, Louis Althusser se propone hacer con respecto a Marx lo mismo que Kant hizo con Newton : justificar una verdad científica. La diferencia está en que, contrariamente a la

física, la ciencia de **El Capital** va acompañada por una filosofía latente. No se tratará pues de revolución copernicana, sino sólo de hacer explícita esa filosofía, y con ello, de dar al marxismo sus « títulos de validez » (**Pour Marx**, p. 167) : instituirlo como « conocimiento fundado » (**Lire le Capital**, I, p. 89).

* * *

Aun cuando **El Capital**, en su contenido manifiesto, tenga como único objeto la economía, lo hace de tal modo que la teoría aparece determinada por lo histórico. « La pretensión a la existencia de la Economía Política [clásica] es función [...] de la definición de su objeto. La Economía Política tiene por objeto el terreno de los « hechos económicos » que tienen para ella la evidencia del hecho : datos absolutos que acoge tal como se « dan », sin exigirles cuentas. La revocación de la pretensión de la Economía Política que efectúa Marx forma una unidad con la revocación de la evidencia de ese dato [...] La puesta en entredicho de Marx se localiza en ese objeto, en su presunta modalidad de objeto « dado » [...] Al plantear la cuestión del carácter « dado » del objeto, Marx plantea la cuestión misma del objeto, de su naturaleza y de sus límites, y por tanto de su campo de existencia, puesto que la modalidad según la cual una teoría piensa su objeto afecta no sólo a la naturaleza de ese objeto, sino también a la situación y a la extensión de su campo de existencia » (**Lire le Capital**, II, p. 128). El análisis efectuado por **El Capital** viene a mostrar, precisamente, que « lo económico no puede poseer la cualidad de un dato [...] El concepto de lo económico [...] debe ser construido para cada modo de producción [...] la teoría de la economía es una región subalterna de la teoría de la historia » (*ibid.*, p. 162-163 ; el subrayado es mío, FG).

La historia es pues el objeto de la ciencia marxista. Para que ésta sea no una ideología sino un saber, es necesario que sea coherente y apropiada a su objeto. Digamos que debe ser sintácticamente consistente y semánticamente adecuada. Veamos pues si el proyecto de Althusser cumple con esas dos condiciones de todo razonamiento científico.

Apoyándose en un texto inequívoco de Marx, Louis Althusser subraya en varios momentos la necesidad de mantener claramente la distinción entre el conocimiento propiamente dicho y la realidad que constituye su campo : « El pensamiento de lo real, la concepción de lo real, y todas las operaciones de pensamiento gracias a las que lo real es pensado y concebido, pertenecen al orden del pensamiento, al elemento del pensamiento que no hay que confundir en modo alguno con el orden de lo real, con el elemento de lo real. El todo, tal y como aparece en el espíritu como totalidad del pensamiento, es un producto del cerebro pensante (Marx) ; de igual modo como lo concreto-de-pensamiento

[**Gedankenkonkretum** ; Marx designa con ese término el último momento del proceso de producción del conocimiento, es decir el conocimiento mismo. FG] pertenece al pensamiento y no a lo real. El proceso de conocimiento [...] se desarrolla enteramente en el pensamiento » (**Lire le Capital**, II, p. 28-29). Y el problema sería entonces, naturalmente, el de la pertinencia de ese conocimiento : « ¿ por medio de qué mecanismo el proceso de conocimiento que se desarrolla enteramente en el pensamiento, produce la apropiación cognoscitiva de su objeto real, que existe fuera del pensamiento, en el mundo real ? » (**Lire le Capital**, I, p. 70-71).

Dejaré para más tarde el examen de esa cuestión y discutiré primero otra, de orden sintáctico. Veremos por otra parte que la primera depende enteramente de ésta.

Si el objeto del marxismo es la historia, es el **concepto** mismo de historia lo que hay que elaborar : « Debemos tomar en serio el hecho de que la teoría de la historia en su pleno sentido no existe o existe apenas... » (**Lire le Capital**, II, p. 60). Pero el « esbozo » de ese concepto en **Lire le Capital**, II (p. 35-73) es totalmente insuficiente. Se limita a una discusión de la noción de temporalidad histórica que concluye únicamente con la definición de « posibilidad teórica absoluta del trabajo científico de todo historiador », es decir que hay que tomar como objeto de su ciencia « la temporalidad histórica específica de formaciones sociales que dependen de un modo de producción determinado » (*ibid.*, p. 59). Hay que confesar que esto es bastante obvio. Lo que hubiera habido que discutir ante todo es el problema, muy claramente planteado numerosas veces en **Pour Marx**, y que constituye la dificultad epistemológica esencial del materialismo histórico : el de la relación entre infraestructura y superestructura, la forma de pensar las relaciones de causalidad entre una y otra.

Louis Althusser pretende dar respuesta a ese problema —el problema clásico de la teoría marxista de la historia— con la introducción del concepto de « eficacia de la estructura en sus efectos », y con la definición de un tipo específico de causalidad de la primera sobre estos últimos. Veamos, en el caso de un ejemplo puesto de relieve por Althusser cuál es el valor operatorio, del concepto, y si la definición aporta alguna luz al asunto.

« Contradicción y superdeterminación », incluido en **Pour Marx**, contiene un extenso comentario de los textos de Lenin sobre las causas de la revolución rusa. Se muestra en este artículo cómo la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción no fue suficiente para desencadenar la revolución. Si esa contradicción, « encarnada esencialmente en la contradicción entre dos clases antagónicas, basta para definir una situación en la que la revolución está aquí al orden del día,

no puede, por su simple efecto directo, provocar una situación revolucionaria, y menos aún una situación de ruptura revolucionaria y el triunfo de la revolución ». Para llegar a ser « activa en el pleno sentido de la palabra, principio de ruptura, es necesaria una acumulación de 'circunstancias' y de 'corrientes' tal que, cualquiera que sea su origen y su sentido, fusionen en una unidad de ruptura » (*Pour Marx*, p. 97-98).

Lo que quiere decir « que la contradicción es inseparable de la estructura del cuerpo social en la cual se ejerce, inseparable de sus **condiciones** formales de existencia y de las **instancias** mismas que gobierna, que está en ella misma, en su corazón, **afectada por ellas**, determinantes pero también determinadas en un único y mismo movimiento, y determinada por los diversos niveles y las diversas instancias de la formación social que anima... » (*ibid.*, p. 99-100). En una palabra, dice Louis Althusser, tomando este concepto del psicoanálisis, la contradicción está « **superdeterminada en su principio** ».

Junto a la « contradicción principal », aparecen también la experiencia y el horror de la guerra, la contradicción entre terratenientes y campesinos pobres, las contradicciones inherentes a la explotación capitalista imperialista, las que existen entre las explotaciones y las guerras coloniales, entre el grado de desarrollo de los métodos productivos del desarrollo del capitalismo y el estado de atraso del campo, la lucha de las clases dirigentes entre sí (Louis Althusser enumera cinco) y « otras circunstancias 'excepcionales' ininteligibles fuera de este enmarañamiento de contradicciones interiores », tales como el carácter 'avanzado' de la minoría revolucionaria y el precedente de 1905 que permitió descubrir una nueva forma de organización política, los soviets, por último, una condición coyuntural, pero decisiva: « la inesperada tregua que el agotamiento de las naciones imperialistas ofreció a los bolcheviques para poder hacer su 'entrada' en la historia, el apoyo involuntario pero eficaz de la burguesía francoinglesa, que al querer deshacerse del zar, facilitó, en el momento decisivo el trabajo de la revolución » (*ibid.*, p. 93-94). Todo este cúmulo de contradicciones contribuyó a que en 1917, Rusia fuera « el eslabón más débil de la cadena de los Estados imperialistas », según la fórmula de Lenin.

Ahora bien, ¿ cómo el materialismo histórico puede justificar esta superdeterminación ? No basta, y Louis Althusser lo subraya, con hacer un estudio descriptivo : hay que justificarla en su principio, justificarla en su **necesidad**. De otro modo, la ciencia de la historia marxista no se distinguirá en nada de la historiografía empirista corriente, aunque se adorne con un vocabulario escolástico como el de Mao, distinguiendo las diferentes contradicciones y los varios 'aspectos' en el interior de cada una de éstas. No abandonaremos así el nivel descriptivo y abstracto (*ibid.*, p. 92-93). No se trata de catalogar a **posteriori** las especies posibles de 'contradicciones', cosa que está al alcance de cualquier historiador sea o no marxista, cualquiera que sean los conceptos que

utilice, sino de determinar la necesidad interna de tal especificación: de modo que el marxismo constituya una **clave** para descifrar la historia. Althusser lo dice muy bien: « es evidente que si no se funda esta superdeterminación en los conceptos mismos de la teoría de la historia marxista, esta categoría seguirá 'en el aire', pues aunque sea exacta, aun cuando la práctica política la confirme, no pasa de ser **descriptiva** y por lo tanto **contingente** y, como toda descripción, queda pues a la merced de las primeras y últimas teorías filosóficas que aparezcan » (*ibid.*, p. 106).

Hay que saber cuál es la eficacia propia de todo aquello que no es la « contradicción principal ». La cita que sigue (y lo mejor sería leer el texto entero) resume la definición del problema y la « respuesta » verdaderamente asombrosa que da Louis Althusser: « no cabe duda que esas relaciones específicas entre la estructura y la superestructura requieren aún una elaboración e investigaciones teóricas. Sin embargo, Marx nos ofrece 'los dos extremos de la cadena' y nos dice que es entre los dos donde hay que buscar... Por un lado, la determinación en última instancia por el modo de producción (económica); por otro, la autonomía relativa de la superestructura y su eficacia específica » (*ibid.*, p. 111). Este es el problema, veamos ahora la solución « ... esta **superdeterminación** se hace inevitable, y puede ser pensada, desde el momento en que se reconoce la existencia real, en gran parte específica y autónoma, irreductible por lo tanto a un puro **fenómeno**, de las formas de superestructura y de la coyuntura nacional e internacional. No hay que detenerse en este caso en el camino y hay que decir que esta superdeterminación no se debe a las circunstancias aparentemente singulares o aberrantes de la historia... sino que es **universal**, que la dialéctica económica no actúa nunca en **estado puro**, que nunca se ha visto en la historia que esas instancias superiores que son las superestructuras, etc..., se aparten respetuosamente una vez hecha su obra y se disipen como un puro fenómeno... » (*ibid.*, p. 112).

Es decir, que estamos otra vez en el punto de partida. Que la contradicción está superdeterminada, harto bien lo sabemos. Que por un lado **está** lo económico y por **otro**, las superestructuras, es cosa clara también: pero el marxista no debiera limitarse a **testimoniarlo**, sino unir verdaderamente esos dos extremos de lo que precisamente debe ser, según Marx, una **cadena**. Verificar la disparidad aparente entre ambos, reconocer a cada uno de ellos una eficacia específica, es algo que **cualquier historiador** se ve obligado a hacer. Hasta aquí, Louis Althusser se limita a **utilizar en beneficio propio la objeción** más tradicional a la teoría marxista de la historia: sólo los marxistas han tardado en aceptar que la « autonomía relativa » de la superestructura constituye el fundamento de la « superdeterminación de la contradicción ».

El **marxismo**, si quiere ser una ciencia, ha de establecer las condiciones de posibilidad de la autonomía relativa de la superestructura, **pero**

mostrando al mismo tiempo que es precisamente « relativa », es decir, que necesita sacar a la luz todos los modos según los cuales los conflictos que no constituyen la « contradicción principal » se articulan principalmente en ésta. La labor del historiador marxista no es tanto justificar la independencia de las superestructuras, como el justificar su dependencia última respecto a la infraestructura. No consiste tanto en reconocer la imposibilidad de un vínculo directo entre el « capital » y su « sonrisa satánica » en las flechas de las catedrales góticas, como en construir esa sonrisa sobre dicho capital; no tanto en acumular una pila de contradicciones junto a la contradicción principal, como, en cierto sentido en deducirlas todas de ésta: por ejemplo, debe de relacionar la participación de Rusia en la guerra de 1914-1918, y el conflicto entre el zarismo y la burguesía francoinglesa, con la lucha entre obreros y capitalistas; en resumidas cuentas, su tarea es la de justificar la necesidad estructural de las condiciones coyunturales.

Lo que se trata de garantizar es el **materialismo** del marxismo y no su **historicismo**, pues sólo para el historiador marxista, y precisamente a causa de su materialismo, constituye la autonomía de las superestructuras un problema. Hay que justificar la superdeterminación de la contradicción: antes de hacerlo, el historiador marxista tiene que demostrar que la contradicción (es decir una contradicción principal) está superdeterminada, y que no nos hallamos ante una serie de conflictos más o menos interdependientes, y regidos por lo que sería, si tal concepto fuera inteligible, una causalidad circular. Como en Alicia en el país de las maravillas, tenemos que convencernos de que una sonrisa de gato en las ramas de un árbol pertenece realmente a un gato que sabemos identificar, aunque el gato de Cheshire ya no se encuentre en el árbol.

Hasta el momento, hay que confesar que la « teoría de la eficacia específica de las superestructuras y otras 'circunstancias' » no sólo está « en gran parte por elaborar » (Pour Marx, p. 113), sino totalmente por hacer. Contrariamente a lo que dice Louis Althusser, esta teoría no puede compararse al mapa africano antes de las grandes exploraciones: « un espacio conocido en sus contornos, en sus grandes cordilleras y sus grandes ríos, pero más frecuentemente, dejando de lado algunas regiones bien precisadas, desconocido en sus detalles ». En relación con los criterios epistemológicos de Louis Althusser, por el momento todo esto son sólo buenas intenciones. La « eficacia de la estructura sobre sus efectos », sin la medida de la eficacia (es decir, sin la determinación de modalidades de paso de la una a los otros) no es un concepto sino un flatus vocis, porque no recubre contenidos identificables.

La dificultad final reside entonces en la definición de un concepto de causalidad. Como escribe Althusser: « ¿ Por medio de qué concepto o de qué conjunto de conceptos, podemos pensar la determinación de los elementos de una estructura, y las relaciones estructurales existentes

entre estos elementos, y todos los efectos de dichas relaciones, por la eficacia de dicha estructura? Y con mayor razón, ¿por medio de qué concepto, o de qué conjunto de conceptos, podemos pensar la determinación de una estructura subordinada por una estructura dominante? Dicho sea de otro modo, ¿cómo definir el concepto de una causalidad estructural? » (*Lire le Capital*, II, p. 167).

Esta cuestión de las relaciones entre las estructuras condicionantes y condicionadas es también el problema que nos ha ocupado hasta ahora. Aunque Louis Althusser lo discute en un contexto puramente económico, el alcance general que le atribuye justifica que lo extendamos hasta el tema de nuestra discusión: ¿cuál es el tipo de causalidad propio de la historia?

Partiendo del concepto lingüístico de metonimia, tal y como ha sido elaborado por el psicoanálisis de Lacan, Althusser llega al de causalidad metonímica. La causalidad histórica es metonímica: consistiría en « la eficacia de una causa ausente » (*ibid.*, p. 170). Por un lado la causa es inmanente a sus efectos, o más bien « toda la existencia de la estructura consiste en sus efectos » (*ibid.*, p. 171; subrayado por mí, FG), por otro lado la estructura misma no se deja captar. Causalidad metonímica quiere decir pues « la ausencia en persona de la estructura en los efectos considerados en la perspectiva al ras de su existencia » (*ibid.*, p. 171).

Tendríamos aquí finalmente el vínculo que une « los dos extremos de la cadena ». Aplicada a la teoría de la superestructura —aunque Louis Althusser no sale en su texto del análisis de una estructura económica— causalidad metonímica quiere decir que todo lo que, en la superestructura, no parece ser directa o indirectamente reductible a la estructura dominante económica, es también el efecto de lo económico ausente. Y eso incluso si ciertas relaciones de producción « suponen como condición de su propia existencia la de una superestructura jurídico-política e ideológica » (*ibid.*, p. 153). Esas superestructuras son « atraídas » por las relaciones de producción mismas, lo que significa la preeminencia teórica de éstas. Vemos pues que incluso aquello que pudiera parecer genéticamente anterior (en este caso ciertas mentalidades e ideologías), es, lógicamente, una consecuencia. Esas superestructuras forman otras tantas condiciones de la existencia de las relaciones de producción. Lo económico no aparece siempre a simple vista » (*ibid.*, p. 154-155), pero sin embargo está ahí: **los « sujetos » de la historia son las relaciones de producción** (*ibid.*, p. 157) y aun cuando se manifiesten en y por su misma ausencia.

El concepto de causalidad metonímica parece resolver de este modo la dificultad si es algo distinto de un **ens rationis**, si posee un valor efectivo de explicación, y no lo tendrá más que si su introducción, dictada por una exigencia de consistencia lógica, se acompaña de fecundidad opera-

toria. Ahora bien, hay dos modos posibles de descubrir una estructura en sus efectos. O bien los dos se dan en cierto modo juntos, y la « estructura » se desvanece a continuación, quedando los « efectos » como residuo, o aquella puede descubrirse en sus efectos por huellas que permiten identificarla. El primer modelo es el del gato de Cheshire, el segundo el de cualquier ciencia « arqueológica », como el psicoanálisis y la historia. Pero hay que saber si el concepto de metonimia, inteligible en psicoanálisis, lo es también en el estudio de las superestructuras históricas.

Para ser una arqueología de las infraestructuras, sería necesario que la teoría marxista, identificara en las superestructuras algo análogo, sin posibilidad de discusión alguna, a los fósiles de eras remotas o a las conversiones somáticas del deseo sumergido. Si, según la famosa frase de Freud, el síntoma del histérico es su vida sexual, esta tesis es inteligible porque el **análisis efectivo** de los histéricos ha permitido descifrar el síntoma, articularlo al deseo reprimido. Por el contrario, la arqueología marxista es esencialmente paradójica puesto que no dispone generalmente de ninguna huella. Es el **marxismo** quien ha decidido llamar huellas a lo que, precisamente, se presenta con frecuencia como algo que parece **no** constituir las huellas de las relaciones de producción sino **otra cosa**.

Se objetará que en ningún caso las huellas se presentan como tales, y que su identificación es ya una operación científica; que ha sido necesaria la obra de Freud para que lo que se presentaba como aberración carente de sentido adquiriera el valor de un **signo**. Y que Althusser quiere hacer con la historia lo que Freud hizo con la vida psicológica.

Hay sin embargo una diferencia esencial: el modo de proceder de Freud no es circular, y el de Althusser sí.

Que el síntoma del histérico sea un signo, es algo que únicamente podemos comprender **en la medida en que la causa de la represión es inteligible**. Es decir, que Freud no se limita a enviarnos del síntoma al deseo, sino que **aisla un tercer término** (prohibiciones y superyó) que hace comprensible la represión, fuente de las conversiones somáticas (síntomas).

Aquí estriba toda la diferencia. Para el psicoanálisis, lo metonímico es el **deseo**, no la **causa** de la represión del deseo. En la teoría de Althusser no sabemos por qué debe callarse lo económico, desaparecer como entidad: no se nos da ningún principio que explique esta « represión ». Y la cuestión no queda resuelta en absoluto por las vagas indicaciones, dispersas en los tres volúmenes de Louis Althusser y sus colaboradores, sobre la « ideología » en tanto que pensamiento de justificación y desconocimiento necesario. Haría falta en este caso:

1) garantizar en principio **la necesidad de tal desconocimiento necesario**, cosa que no se hace (mientras que, por ejemplo, la prohibición interiorizada del incesto es una causa inteligible, y no « metonímica », de la necesidad de la represión del deseo incestuoso, y 2) descubrir en las ideologías los vestigios de aquello que **las hizo convertirse precisamente en ideologías**, es decir en desconocimiento sistematizado en vez de en sistemas de conocimiento (como el analizado que, en la cura psicoanalítica, reconoce la razón del síntoma: y es sabido que es ésta la causa, eventualmente, de la desaparición de éste); lo que tampoco ha sido hecho.

Ni se demuestra el paso necesario del efecto a la estructura, ni queda asegurada la deducción del efecto a partir de esta última. Todo aquí es metonímico, la existencia de la causa en el efecto, pero también la teoría del proceso entero. El método de Althusser es escolástico: la contradicción está superdeterminada porque existe una autonomía relativa de las superestructuras, lo que a su vez se explica por la superdeterminación **esencial** de la contradicción (y se subraya « esencial », como si eso aclarara algo). Se explica que la estructura no puede ser identificada en sus efectos porque **por definición** (por esencia) la estructura debe estar ausente, pero jamás se nos explica por qué ha de estarlo. De igual modo, el opio hace dormir porque tiene una virtud dormitiva. Esa es su esencia.

* * *

La lingüística nos ha enseñado que la definición de los problemas semánticos depende ella misma de la sintaxis empleada. Es por lo que a Althusser se le escapa entera e inevitablemente la Historia. Sin un concepto de causalidad que posea un valor operatorio real, quedamos reducidos a los tanteos de una historiografía banalmente « empirista », **a posteriori**, si pese a todo queremos ocuparnos de la historia. Podemos pues **ahora** añadir que el método de Althusser, al ser escolástico, está condenado por esencia a no dar en el blanco. La cuestión interesante sería ahora la de saber si la teoría marxista de la historia puede pensarse en términos estrictamente científicos, y también si es esto necesario; y volver quizá a leer **filosóficamente** (en un sentido que Althusser no podría aceptar) a Marx. Y comprender quizá que el mejor resumen del marxismo es la última de las tesis sobre Feuerbach según la cual, es el cambio del mundo, y no su interpretación, la tarea actual de los filósofos.

« Porque muchos, en efecto, dan válida la fe de los españoles en cuanto a poseer ellos una «esencia» a prueba de milenios. » Américo Castro.

Menéndez Pidal y el Padre Las Casas*

Por estas fechas se celebra en España el nonagésimo octavo aniversario de una de las mayores y más admirables figuras de que puedan enorgullecerse las letras españolas contemporáneas — particularmente en pueblo gárrulo e inconstante como el nuestro— por su tesón, su probidad, su riguroso método científico, la latitud y hondura de los conocimientos acumulados y devueltos con creces a lo largo de sus setenta años de trabajo cotidiano, modesto, fecundo, figura a la que, para hallarse parangón, debiéramos remontarnos no ya al cercano, e injustamente preterido Menéndez Pelayo, sino, tal vez, hasta el enciclopédico e igualmente longevo, Padre Feijoo, faro esclarecedor, como ellos, de nuestra historia y de nuestra cultura, de nuestra configuración humana en tanto que españoles, de nuestra proyección hacia un futuro sin hipotecas, mejor y más libre. La curiosidad investigadora de Menéndez Pidal no tiene límites y abarca, en efecto, campos tan vastos y absorbentes como la historia medieval española, la antigua épica, el romancero, la lírica primitiva, las armas y las letras hispanas bajo el dominio de los Reyes Católicos y la Casa de Austria y, sobre todo, las arenas movedizas de la lingüística— en una búsqueda ejemplar, de zahorí, de los veneros, vetas y hontanares de nuestro idioma, de sus orígenes y mutaciones sucesivas, tarea ésta casi sobrehumana emprendida en los limbos ya de la vejez y cuyos resultados no conocemos aún del todo, aunque sí lo suficiente para que, en España y fuera de ella, sirvan de estímulo y de guía por la escrupulosidad de sus exploraciones, tanteos y calas, por la minuciosa, audaz y sólida articulación de su técnica. Pero esto no es todo. Hablemos también del hombre, de su responsabilidad cívica. En la actual y precaria tentativa de diálogo de las dos Españas los espíritus más abiertos de uno y otro bando pueden encontrar

motivo de examen y autocritica espigando en el generoso prólogo al volumen primero de la monumental *Historia de España*, publicado en 1947, su terrible y oportuna exclamación: « ¿ Cesará este siniestro empeño de suprimir al adversario? ». Mientras las heridas abiertas por la guerra civil sangran todavía, por encima de unos y otros muertos, de unos y otros compatriotas que bárbaramente se combaten, Menéndez Pidal eleva su voz autorizada en unos términos que todos los españoles sin excepción deberíamos conocer y meditar: « No es una de las semiespañas enfrentadas la que habrá de prevalecer en partido único poniendo epitafio a la otra. No será una España de la derecha o de la izquierda; será la España total anhelada por tantos, la que no amputa atrocemente uno de sus brazos, la que aprovecha íntegramente las capacidades para afanarse laboriosa por ocupar un puesto entre los pueblos impulsores de la vida moderna ». Si los méritos del investigador no bastaran (y apresurémonos a decir: bastan y sobran) ahí está, ese entrañable testimonio humano (insólito en hombre tan abstracto y anacrónico como Menéndez Pidal) para suscitar nuestro reconocimiento, nuestra simpatía¹.

* El presente estudio se cife a la bibliografía lascasiana de Menéndez Pidal anterior a la monumental biografía que se consagrara en 1963. El autor deja para otra ocasión el análisis de ésta en la medida que matiza, sin invalidarlas, sus anteriores apreciaciones sobre la persona y obra del apóstol de los indios. J.G.

1 Para forjarse una idea aproximada del anacronismo de nuestro historiador el lector puede consultar su conferencia titulada « Del honor en el teatro español ». Saliendo el paso de quienes (como el propio Menéndez Pelayo) hallaban odiosos (a diferencia del Otelo de Shakespeare) los protagonistas de las venganzas maritales de Lope, Tirso y Calderón, Menéndez Pidal, tras exhumar pro domo algunas

Hasta aquí las puntualizaciones necesarias. Dicho esto —reconocida públicamente la inmensa deuda contraída con él— formularemos ahora, aunque sea a vuelapluma, algunas reservas de bulto, a riesgo de provocar —como es de rigor en tales casos— la santa indignación de sus incondicionales. En medio del coro un tanto empalagoso de los elogios a él dirigidos sorprender, realmente, la ausencia de crítica y de críticos, como si la obra en bloque del gran maestro se instaurase, *consensus omnium*, más allá del bien y del mal. ¿Será acaso, se dirá alguno, que la obra sea perfecta e innecesaria la crítica? La pregunta es pertinente aún en sociedad tan venenosa y maligna como

la española y resulta precisa una aclaración. Sí, la crítica y los críticos existen, si bien, de dientes afuera, la cautela imponga sus fueros y los disconformes se contenten, por lo común, con una de esas brillantes ejecuciones de café en las que tanto destacamos los españoles. Crítica escrita, meditada, razonada, ninguna o casi ninguna. Críticos sí, aunque mejor que críticos conviniera decir: maldicientes, detractores. Entre el panegírico oficial y académico y la murmuración envidiosa y ruin existe un descampado inhóspito por el que escasos compatriotas se aventuran. Así es la sociedad de nuestro país, así somos los españoles.

leyendas épicas medievales, resume así el concepto del honor imperante en el teatro español del siglo XVII: « Todo hombre digno ha de conservar intacto el precioso patrimonio del honor social de que cada uno es depositario y guardián, honor que anima la existencia entera de la comunidad, para vivir su vida colectiva con elevado ánimo y virtuoso esfuerzo. No defender ese patrimonio es cobardía bastarda, es hacerse cómplice del atropello cometido por el ofensor... Cualquier exageración de apariencia puntillosa a que el teatro llegó en el castigo de la ofensa, adquiere sentido y altura merced a ese valor trascendental que el honor del individuo reviste ». Pero no crea el lector que se trata de una mera exposición. Menéndez Pidal, hace suya esta concepción tan carpetovetónica de la honra y expone más adelante, sin rodeos, sus propias ideas: frente a las que denomina « escuetas razones de pura ética individualista » (se refiere a las de Cervantes, Mateo Alemán y Zabaleta, opuestas a la venganza marital) y los reparos morales formulados por Menéndez Pelayo y Cotarelo, saca a relucir (refiriéndose a este último) el cuento del « ahorcado » de Lope de Vega e ironiza: « cristiano crítico, los cristianísimos censores oficiales no se escandalizaron ante los dramas de honor ¿ y suda hoy Vuesa Merced tanto en escandalizarse? » Menéndez Pidal concluye su estudio con estas palabras: « No empequeñecemos el concepto del honor en nuestro teatro deteniéndonos en tiquismiquis (nuestro historiador califica así los parricidios, fratricidios, uxoricidios y otros crímenes de sangre que tanto abundan en el teatro español del XVII. J.G.) sobre las sutilezas puntillosas de algún marido. El honor dramático... es el eje sobre el que se mueve no sólo el orbe cristiano, sino los orbes todos que forman el concierto del universo; es el inspirador de toda conducta distinguida y abnegada, aliento para el difícil deber en que los más sagrados derechos se fundan; es el principio básico sobre el que se orienta la dignidad, la nobleza entera de la vida humana ».

Por nuestra parte estimamos mucho más conformes con la realidad histórica las observaciones de Quevedo sobre la honra de sus coetáneos contenidas en uno de los párrafos más sabrosos de *Los Sueños*: « Si hurtan dicen que es por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que es por conservar esta negra de honra, y es mejor pedir que no hurtar. Si levantan testimonio, si matan a uno, lo mismo dicen, que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse a nadie, y todo lo hacen al revés ».

En un reciente artículo —publicado a medias en el país, íntegramente fuera—, Alfonso Sastre evocaba el fenómeno tan corriente en España de las figuras intocables, envueltas por sus discípulos con un halo de respeto religioso que confiere inevitablemente a cualquier crítica un cariz irreverente, sacrilego. El misterioso culto de dulía que se tributa a los Unamuno, Machado, Ortega e, incluso, a los Marías, García Morente, etc., dificulta extraordinariamente, como hemos indicado otras veces, una estimación cabal, objetiva, de sus obras. Ante la amenaza de una terminología de valores más propia de la apologética que de la literatura o la filosofía, la crítica abdica y se refugia en la frasecilla de tertulia o invectiva de café, cuando no en el desdén cuidadosamente oculto tras la alabanza postiza o la adulación hipócrita e interesada. Por eso, antes de adentrarnos en el tema que nos ocupa, queremos dejar bien sentado nuestro sentimiento, juntamente admirativo y crítico, hacia Menéndez Pidal, conscientes, por un lado, de su contribución esencial al conocimiento de nuestra cultura y de nuestra lengua, por otro, de su parcialidad manifiesta, de sus anteojeras voluntarias, de sus apriorismos idealistas. A nuestro juicio, no a él, sino a Américo Castro, corresponderá, en lo futuro, el mérito de una comprensión real y más justa de nuestros orígenes históricos por su tranquila audacia en formular, contra viento y marea, lo que de puertas adentro muchos barruntábamos, algunos pensaban, muy pocos sostenían: los españoles no poseemos una « esencia a prueba de milenios », los manuales de historia al uso nos engañaban y engañan aún miserablemente. La actitud de Menéndez Pidal respecto de nuestro pasado invita a la reflexión. Como dice agudamente Américo Castro « el falseamiento de la historiografía española desde hace unos setecientos años fue menos resultado de ignorancias o errores que de la resistencia o de la repugnancia a aceptar

las trágico-grandiosas derivaciones de la llamada por los antiguos «destrucción» de España después de la batalla de Guadalete». Más adelante Américo Castro alude a aquellos historiadores a quienes el patriotismo incita a «olvidar los frenos del sentido común» y dan rienda suelta «a la ambición imperialista que tanto erudito sedentario cultiva con la pluma» y denuncia el sofisma de suponer «que los fenómenos humanos son realidades naturales o metafísicas» y el positivismo a ras de suelo que lleva a «preferir como agentes históricos la tierra, los ríos y el clima, más bien que la conciencia de los seres humanos que ocupan los espacios geográficos». Digamos en seguida que Castro no se refiere expresamente a Menéndez Pidal, pero, ¿no pueden aplicarse, acaso, sus observaciones, al apriorismo idealista del gran maestro? Hasta cierto punto creemos que sí. Existe a menudo en Menéndez Pidal un desajuste marcado entre lo incierto de las premisas y el rigor de la demostración o, por mejor decir, advertimos que, tal matemático, da por válidos determinados axiomas o principios —sin ponerlos jamás en tela de juicio y concentrando toda su atención en las operaciones de cálculo. Pero este procedimiento deductivo, ¿puede aplicarse a un terreno aleatorio y problemático como la Historia? Antes de lanzarse a las operaciones de cálculo, ¿no es más prudente, quizás, examinar la validez de las premisas? Como señala con tino Américo Castro: «Sorprende el contraste entre el rigor con que se persigue la variante de un manuscrito y la laxitud mental de quienes fraguan la imagen de un «carácter nacional» e inmutable sobre cuatro frases de un geógrafo o historiador antiguo... Por ser esto así la historiografía española era antes un informe tapiz, tejido por exaltaciones patrióticas, complejos de inferioridad, antipatía hacia el Islam y los judíos— en suma, más por el criterio valorativo del historiador que por el sereno juicio de qué es y no es real... Las visiones e interpretaciones del pasado humano, añade aún Castro, dependen de las ideas y prejuicios de quienes lo contemplan»².

De estas «ideas» y «prejuicios» podemos formarnos una imagen aproximada examinando con alguna atención las reacciones apasionadas de Menéndez Pidal respecto al Padre Las Casas y su famosa y discutida *Destrución de las Indias*.

..

No en una, sino en tres ocasiones, espaciadas las dos primeras por un intervalo de más de

tres lustros, se detiene a considerar Menéndez Pidal la compleja y tormentosa figura del infatigable procurador de los indios fray Bartolomé de Las Casas. La primera, para enfrentar sus opiniones sobre la colonización de América con las de un soldado coetáneo suyo, Bernal Díaz del Castillo, compañero de armas de Cortés, testigo y relator de la conquista de la Nueva España por el extremeño³. La segunda, para cotejarlas con las que sostuvo un fraile de su misma orden, el dominico Francisco de Vitoria, catedrático en teología en Salamanca, en sus tres relaciones *De Indis*, escritas en 1532 y pronunciadas en 1539⁴. La tercera, para cribar minuciosamente las afirmaciones de Las Casas y retener en el cedazo algunos ejemplos de lo que Menéndez Pidal denomina su «exageración enormizante»⁵. El interés que guía la pluma de nuestro historiador no es, pues, accidental ni pasajero. La

2. En este patriotismo ibero o visigodo que denuncia Castro incurre no sólo Menéndez Pidal (véase al respecto su prólogo al tomo II de la *Historia de España* dirigida por él) sino también hispanistas extranjeros de renombre como el alemán Vossler cuando escribe: «El pueblo español ha luchado, desde la invasión de los árabes en el año 711 hasta su definitiva expulsión en 1492, contra el Islam, defendiendo su fe cristiana, su ser nacional y su libertad contra la religión e imperialismo de Mahoma y sus hordas asiático-africanas» (*Escritores y poetas de España*. Espasa Calpe, Madrid, 1944). En el mismo ensayo Vossler se entrega a curiosas comparaciones entre el espíritu español del Romancero de la Reconquista y el que según él, alienta en los romances escritos «sobre los héroes del Alcázar de Toledo, la muerte del general Mola», etc., sin parar mientes en que el pueblo español que luchara por ocho siglos contra las «hordas» moras fue el mismo que sucumbió en 1939 ante estas mismas «hordas» compradas al hambre africana por los panegiristas del Alcázar de Toledo y del desaparecido general Mola. Guste o no a nuestros historiadores resultará difícil soslayar en adelante las objeciones opuestas por Américo Castro. Las citas que acabamos de reproducir pertenecen al libro *Los españoles: como llegaron a serlo* (Taurus, Madrid, 1965), pero, para abarcar con mayor amplitud las ideas de Castro, resulta indispensable referirse a sus obras ya clásicas: *La realidad histórica de España* (Porrúa, México, 1962) y *De la edad conflictiva* (Taurus, Madrid, 1963). Sobre el Padre Las Casas, véase su artículo «Fray Bartolomé de Las Casas o Casaus» (en *Mélanges à la mémoire de Jean Serrailh, Féret et Fils, Burdeos*, 1966).

3. «¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?» Publicado en la revista *Escorial*, noviembre de 1940.

4. «Vitoria y Las Casas», conferencia leída en Salamanca, en el centenario del convento de San Esteban, el 19 de octubre de 1956.

5. Una «norma» anormal del padre Las Casas, Espasa-Calpe, Madrid, 1958.

personalidad contradictoria de Las Casas capta literalmente la atención de Menéndez Pidal y nos hace suponer que su perfil será objeto de un análisis meditado y ecuánime. Desaparecidas o atenuadas cuando menos las razones de la polémica que enturbió durante tres siglos la apreciación objetiva de la persona y obra de Las Casas tenemos derecho a esperar, efectivamente, un juicio ponderado y sereno, ajeno los intereses encontrados en las dos partes envueltas en el litigio. La conquista e hispanización de América es un hecho de una importancia histórica inconmensurable y dieciséis naciones jóvenes imponen hoy su presencia autónoma y pesan en los destinos del mundo unidas a España por su lengua, su pasado común, su cultura. Si, por un lado, el anatema moral de Las Casas no impidió la colonización ni el mestizaje que configura la personalidad actual de los países hispanoparlantes (y su consiguiente y vertiginoso cambio de rumbo), por otro, condenadas por el derecho internacional moderno (desde la Declaración de 1789 hasta la Carta de las Naciones Unidas) las prácticas de la conquista, colonización, esclavitud, etc., a las que se opusiera inútil y encarnizadamente Las Casas, podemos ver en éste no sólo el utópico y fracasado promotor de la experiencia humanitaria de Cumaná (satirizada cruelmente por los cronistas oficiales Gómara y Fernández de Oviedo) sino el precursor tenaz e incansable de las doctrinas igualitarias admitidas hoy por todo el orbe civilizado (y en primer término por los dieciocho países cuyo ser y personalidad actuales se deben, precisamente, al desprecio, por los descubridores españoles de los principios éticos que defendiera Las Casas).

Tras rendir un homenaje puramente formal a las cualidades de energía y tesón del denominado apóstol de los indios, Menéndez Pidal pone el acento, en su primera aproximación de 1940, sobre la inoperancia e irrealidad de sus doctrinas. Las Casas, dice en síntesis, quisiera detener la gran expansión de Europa y el curso de la Humanidad. Siguiendo el camino opuesto, la Historia ha demostrado el carácter utópico y absurdo de su empresa. De la magna aventura española en América sólo retiene los aspectos negativos y condenables: « El, que tuvo la singular fortuna de tratar a todos aquellos hombres extraordinarios, desde Colón y Cortés, hasta el último de tantos exploradores, mitad vikingos, mitad apóstoles, tuvo la increíble limitación de no poder amar a ninguno ». Las Casas no advierte en ningún momento las admirables virtudes humanas de

sus compatriotas, « empeñados en elevar de un tirón hasta su cultura millones de hombres que viven, en retraso de tres mil años, una poderosa barbarie ». En aquellos indios, « congregados en manadas humanas », no ve sino « seres felices que viven en una edad dorada bajo el imperio de la paz y la justicia natural »; así Las Casas disculpa « su vida pobre, en cueros y ociosa », su « holgazanería » e « incapacidad social », su « bestialidad » sus « nefandos vicios »..., según él los indios vivían en armonía y sosiego « hasta que España los descubrió y esparció entre ellos la desdicha », etc. Menéndez Pidal recusa con razón, el idílico cuadro social que nos pinta Las Casas y no halla gran dificultad en probar el carácter históricamente progresivo de la empresa colonizadora española. Gracias a la acción heroica de Colón, Cortés y tantos otros soñadores y aventureros los indígenas abandonaron su economía primitiva, aprendieron las nuevas formas de producción vigentes en Europa, entraron en el engranaje de la explotación colonial de la monarquía de los Austria. Los compañeros de Bernal Díaz del Castillo, escribe Menéndez Pidal, murieron « para que en Méjico... hubiesen maestros de imprimir libros en latín y romance; murieron para que los indios supiesen trabajar el hierro...; para que aprendiesen a tejer seda, raso, tafetán y paños de lana... y llegasen a hacer obras de talla, emulando con Berruguete y Micael Angel... » ¿ Para esto y sólo para esto? Después de evocar con lirismo de buena ley los móviles ideales y altruistas, nuestro historiador añade: « Naturalmente... los estímulos del último soldado de a pie son otros... Pues es claro que el soldado, cuando juega su vida cada día « por los que viven en las tinieblas », tiene mucho ojo a los repartos del oro ganado ». Natural, en efecto, y perfectamente claro. ¿ Abusos, injusticias, crímenes? Los hubo en la colonización española de América como en la colonización romana de las Galias y ambas significaron, no obstante, un progreso histórico. ¿ Cruel, Cortés? ¿ No fue cruel, también, Julio César y mereció, a pesar de ello, el elogio admirativo de San Agustín. Guatimocín pereció como fue inmolado Vercingetorix. ¿ Qué importan las diferencias de estas dos vidas paralelas?, dice Menéndez Pidal. En uno y otro caso « el final es el mismo: *vae victis!* ».

Hasta aquí de acuerdo. La teoría del buen salvaje de Diderot se halla hoy completamente arrinconada y la Historia da razón al arrojo e impulso vital de los españoles. ¿ A quién se le ocurriría negar a estas alturas los

beneficios de su ingente obra civilizadora? Pero vayamos con tiento y hagamos un distinguo: una cosa es precisar el carácter objetivamente progresivo de un hecho histórico (la colonización romana de la Galia, la española de América) y otra muy diferente otorgarle, juntamente, nuestra caución moral (avalando así los abusos, injusticias y crímenes de los «civilizadores»). Esta dualidad, observada por Marx a propósito del papel histórico desempeñado por Inglaterra en la India, ¿la tiene en cuenta Menéndez Pidal en su alegato en favor de nuestra obra colonizadora? Un análisis atento de su primera aproximación a Las Casas nos permite esclarecer la cuestión sin ningún género de dudas.

Menéndez Pidal cita unas líneas de Bernal Díaz del Castillo: «¿Pues de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en parte que no tengamos provecho y guerras?», y las comenta de la siguiente manera: «Vemos en esta frase del sincero cronista reconocidos los dos móviles: deseo de ganancia y osadía aventurera; pero por cima de ellos se deja ver un orgulloso sentimiento que pretende superioridad del soldado español, y luego encontraremos magnificado ese modo de sentir». ¿Simple exposición objetiva?, ¿o nostalgia imperialista de erudito sedentario? «Este atractivo por dominar lo imposible, prosigue Menéndez Pidal, por sobrepasar las fuerzas humanas, apunta a menudo en el soldado». Ciertamente, entre todos los soldados, y no solamente entre los españoles: lo mismo pudiera escribirse del guerrero huno de Atila o del árabe de Mahoma. «Pero además de estos los impulsos ideales [servir a Dios y al Rey], de alcance nacional y universal, todavía el soldado, tan rico de espiritualidad, va movido por otro estímulo de carácter personal que no ha sido considerado y merecía amplio estudio. Es el deseo de gloria... Aun los hombres de poca lectura, como era Bernal Díaz, están saturados de las ideas de gloria y de fama, bebidas en los libros de la antigüedad... Pero también es a la vez [el deseo de gloria] una supervivencia medieval del cruzado y del caballero andante. Por eso el lado de los recuerdos de gloria romana surgen igualmente los recursos del Amadís, de las Sergas de Esplandián y del viejo romancero. En las situaciones más peligrosas y de más desaliento la insinuante y enardecedora elocuencia de Cortés echa mano de un verso de romance, como apotegma por todos acatado: «Más vale morir con honra que deshonrado vivir». Como vemos aquí ya no se trata de progreso histórico [el único que puede

disculpar retroactivamente la dura crueldad de la empresa colonizadora] sino de honra, de afán de gloria. En el teatro, como en la vida, Menéndez Pidal defiende las mismas ideas: la honra, la sed de gloria y de fama del soldado justifican el sometimiento (y exterminación consiguiente) de los indígenas isleños, las guerras sangrientas, la muerte de Guatimocín y Motezuma, etc., del mismo modo que ennoblecen las sañudas y bárbaras venganzas maritales en las obras de Lope, Tirso y Calderón. ¿Exposición objetiva aún de los criterios de la época? La duda se infiltra en nuestro ánimo. En cualquier caso cabe preguntarse: ¿considera Menéndez Pidal la honra, la sed de gloria, como atributo exclusivo de los españoles?, ¿poseemos, quizá, según él, un destino único y privilegiado, esa misteriosa esencia a prueba de milenios de que nos habla Castro? Un paso más y Menéndez Pidal desvela sin circunloquios su pensamiento: «Las Casas no se cansa de execrar «la innata ambición», «la diligencia e infatigable cuidado», «la codicia insaciable» de los descubridores... *Nosotros hoy podemos lamentar que los españoles hayamos aflojado tanto en esas cualidades impulsoras*⁶; pero Las Casas quisiera con su voz aniquilarlas, *apagar toda ansia de empresas*; para que no fuese turbada la áurea felicidad indiana». Acá ya no hay vacilación posible: Menéndez Pidal no se limita a exponer los criterios de la época sino que, al expresarlos, los realza, los avalora, los hace suyos. La ambición, la codicia, el ansia de empresas son cualidades impulsoras cuyo aflojamiento le colma de amargura y melancolía. Ellas, y no el progreso histórico, validan, a sus ojos, la empresa conquistadora de América. Y de nuevo nos ronda la comezón de preguntarle: ¿la ambición, la codicia, el ansia de empresas son virtudes particulares de los españoles? ¿No podrían invocarlas también los franceses para amnistiar la invasión napoleónica o el Gran Turco en favor de sus rapiñas e incursiones mediterráneas? O, trasladándonos al mundo de hoy, que es lo que Menéndez Pidal hace al actualizar con su añoranza los criterios vigentes en la época de Bernal Díaz, la honra y el ansia de empresa de los alemanes, demos por caso, ¿justificaban la conquista y sometimiento de Europa a los carros de asalto de la Wehrmacht y a los bombarderos de la Luftwaffe? Pero como Menéndez Pidal no parece reparar ni un solo instante en la enormidad de

6. Mientras no se advierta lo contrario los subrayados son míos.

tal incongruencia (la generalización de las virtudes «impulsoras» llevaría consigo, en la práctica, la entronización del pensamiento pesimista de Plauto: *Homo homini lupus*), llegamos a la conclusión de que, para él, los españoles somos caso aparte. ¿Esencia misteriosa?, ¿destino particular y privilegiado? Menéndez Pidal lo cree sin duda. Pero cuando se trata de averiguar qué o quién nos confió tan excepcional privilegio nuestro historiador se encastilla en un silencio prudente. ¿La Meseta de Castilla?, ¿el recuerdo de la gloria romana?, ¿los recursos de Amadís, de las Sergas de Esplandián, del viejo romancero? El lector se pierde en un mar de hipótesis y conjeturas. Únicamente sabe una cosa: la esencia, el privilegio, existen. ¿Serán los fenómenos humanos realidades naturales o metafísicas como sugiere irónicamente Américo Castro? Esta primera tentativa de aproximación de Las Casas, al cargar el acento sobre los móviles ideales de Bernal Díaz como justificación y disculpa de los bienes y males ocasionados por la colonización española en América nos induce a creerlo así.

**

Dieciséis años después Menéndez Pidal siente el prurito de cerner de nuevo las opiniones de fray Bartolomé de Las Casas y las compara esta vez, no con las de un soldado, sino con las de un religioso de su misma orden: el dominico Francisco de Vitoria, considerado por Gentili y Grotio como fundador del moderno derecho de gentes. Para Menéndez Pidal la apreciación de este último, «sabio genial, admirado y respetado por todos», no ofrece dificultad ninguna: Vitoria tiene un «muy escrupuloso sentido moral-jurídico», un «profundo espíritu de equidad cristiana», «de caritativa medida y de templanza», de «ecuaníme criterio de razón». En sus tres reelecciones *De Indis*, expuestas desde su cátedra de teología de Salamanca, Vitoria expone los fundamentos doctrinales de la empresa española en América, y si, en las dos primeras, destinadas a refutar los que Vitoria considera falsos títulos justificativos del dominio de España (principio vitoriano de la igualdad jurídica de los pueblos, negación de la potestad suprema universal, etc.), sus opiniones parecen coincidir con las de Las Casas, las discrepancias entre los dos dominicos se manifiestan radicalmente en la tercera y última reelección. «Las Casas, comenta Menéndez Pidal, permanece anclado en la teoría que... esbozó en Cuba para su sermón de Baracoa en 1514» en tanto que Vitoria, al

enfrentarse al problema moral y jurídico planteado por la conquista, abandona las ideas de Las Casas, «en buena parte medievales», y las sustituye por otras «totalmente modernas, perdurables». No es nuestro propósito escudriñar aquí las tesis divergentes de Vitoria y Las Casas sino la actitud de nuestro historiador ante unas y otras: descubrir en qué consiste la modernidad según él, y la medievalidad. Y para no deformar su pensamiento hemos preferido citarle por extenso antes de formular nosotros nuestros reparos y dudas. De lo que pedimos humilde excusa al lector.

Escribe Menéndez Pidal: «Mientras Las Casas no reconoce otro título de España para entrar en las Indias sino el de la evangelización, el cual no da ocasión ninguna para emprender una guerra justa, de conquista, Vitoria señala nada menos que ocho títulos por los cuales los bárbaros pueden caer bajo la potestad de los españoles, dando motivo a una guerra justa... Mientras Las Casas, prescindiendo de los grandes pensadores cristianos de la antigüedad y de la Edad Media, considera todo imperio como inicuo, salvo el de móviles religiosos por él ideado, Vitoria... mira el imperio tal como habrá de ser en los tiempos modernos... Según Las Casas, el único título legítimo que autoriza a los españoles para entrar en las Indias es la bula pontificia de evangelización, sin derecho ninguno a guerra. Pero ese título no puede ser único, ya que ningún pueblo lleva vida ascética consagrada en absoluto a la religión, pues tiene que cumplir *apremiantes fines terrenos*; Vitoria no piensa como Las Casas en abstracto; piensa en la realidad histórica, así que al título de la evangelización antepone el título del comercio despreciado y relegado por Las Casas.

«El primer título legítimo por el que los bárbaros pueden venir al dominio de los españoles, según Vitoria, es la universal sociedad humana y la natural comunicación de los hombres. Todas las naciones tienen por inhumano el recibir mal a los huéspedes y peregrinos cuando no hay alguna causa en contrario. El derecho de gentes, derivado del derecho natural, establece el libre comercio y comunicación de los pueblos, el *ius peregrinandi et degendi*... y los españoles tienen derecho a peregrinar en las Indias y permanecer allí (III, 2). Los españoles pueden comerciar cambiando sus mercancías, de que los bárbaros carecen, por el oro y la plata que allá tanto abundan, pero además, en los ríos, en las costas, en los campos que los bárbaros tienen

abandonados como bienes nullius, pueden los españoles buscar oro y perlas sin gravar a los naturales; estos bienes nullius son del ocupante, lo mismo que los peces del mar. Si los bárbaros desconocen estos derechos de comerciar y de ocupar bienes nullius, los españoles deben persuadirles que no tratan de dañarles sino de ser *huéspedes de paz*, y si, a pesar de todo, los bárbaros hostilizan, los españoles pueden repeler la fuerza con la fuerza, y si es preciso, edificar fortalezas, siempre en guerra defensiva, que debe llevarse con moderación. Pero si de este modo no consiguen el fin de toda guerra, que es la seguridad y la paz, *pueden guerrear a los bárbaros como «enemigos péfidos»* y, vencidos, pueden *despojarlos de sus bienes, reduciéndolos a cautividad*, según el derecho de gentes, y pueden deponer a sus señores, imponiéndoles otros nuevos, todo ello con moderación proporcionada a la calidad de la injuria recibida y no buscando causas fingidas de guerra (III, 6-8). Vemos aquí una completa oposición entre los dos dominicos. Las Casas no admite guerra justa ninguna por motivos comerciales; odia toda aventura industrial, no viendo en ella más que el aspecto pecaminoso de la explotación indebida del indio. En cambio, Vitoria ve el *aspecto humano apremiante* ».

Hagamos una pausa (el lector necesita, como nosotros, recobrar el aliento, abolido por el asombro abrupto que tan extraña lectura suscita). Las ideas de Vitoria no eran sin duda anacrónicas en el tiempo en que él las formulara. Respondían, por el contrario, a una vieja tradición. Desde la antigüedad más remota las empresas históricas de conquista y dominación (por brutales e injustas que fuesen) han hallado la interesada sanción religiosa, moral y jurídica de sus contemporáneos (el ejemplo de los cronistas y poetas romanos es el más significativo al respecto). Inglaterra contó con el aval de sus historiadores para hacer guerra justa a la China imponiéndole la venta libre del opio y hasta el « fauquín endiosado » de Mussolini fue amnistiado por los suyos al invadir Etiopía movido por apremiantes fines terrenos. Cuando Vitoria justifica la conquista de las Indias y el consiguiente despojo y cautividad de sus habitantes enmascarando la operación político-comercial española con argumentos y sutilezas tomistas mira, en efecto, el imperio, tal como habrá de ser en los tiempos modernos (del siglo XVI al XIX inclusive) y la Historia da razón, ya que no a su sentido moral (« escrupuloso », « ecuánime » y « caritativo » según nuestro historiador), a lo

menos a su visión realista de la aventura industrial y de los motivos comerciales, condenados una y otros por el asceticismo de Las Casas. Pero cuando Menéndez Pidal, en 1956, califica de « anticuadas » y « medievales » las ideas del último y « perdurables » y « modernas » las del primero, emite un juicio de valor cuyas consecuencias no calcula. Si, con el criterio « moderno » y « perdurable » de Vitoria, los rusos, pongo por caso, deciden « peregrinar » al Irán, ¿debemos absolverlos? Movidos por apremiantes fines terrenos, imaginemos, se presentan como huéspedes de paz, buscan el petróleo y los minerales no explotados aún por los indígenas, les persuaden que no tratan de dañarles pero, como a pesar de todo, los persas hostilizan los « peregrinos » repelen la fuerza con la fuerza, los combaten como « enemigos péfidos » y, vencidos, los despojan de sus bienes y los reducen a cautiverio, ¿ estará de acuerdo con ello Menéndez Pidal? ¿ Merecerá tal actitud, a su juicio, el título de « moderna » y « perdurable »? Evidentemente los persas no son los aztecas o los incas (pese a la antiquísima y refinada civilización de estos dos últimos pueblos). Y, sobre todo (aunque esto no lo diga nunca Menéndez Pidal) los rusos no son los españoles, no poseen como nosotros el destino particular y único, esa misteriosa esencia a prueba de milenios...? ¿ Moderno y perdurable Vitoria? Prosigamos.

« Vitoria comienza a exponer su segundo título legítimo sentando que los cristianos (sin necesidad de autoridad papal) lo mismo que tienen derecho a peregrinar y negociar en las Indias, tienen derecho a predicar el evangelio a los bárbaros... si los bárbaros permiten la predicación, ora reciban la fe, ora la rechacen no puede haber guerra, ni ocupación de las tierras, pero si impiden la libre evangelización, hacen injuria a los españoles y dan motivo a guerra justa, que puede conducir a ocupar tierras y a deponer a sus señores, imponiendo otros nuevos, siempre pensando más en el provecho de los bárbaros que en el propio... [mirando] « que lo lícito y bueno en sí no se haga malo por las circunstancias accidentales » (III, 12). Palabras memorables, donde resalta la prudente comprensión de Vitoria, que precave contra los peligros morales de las conquistas frente al exclusivismo simplicísimo y

7. Si algún escrúpulo tuviéramos en abandonarnos a estas dudosas comparaciones Menéndez Pidal nos lo cura al abusar él mismo de ellas con sus frecuentes referencias a San Agustín, el papa Silvestre, Julio César y Vercingetorix.

furibundo de Las Casas que niega licitud a todas las guerras o conquistas por causa de religión, y que predice que por ellas, la ira celeste destruirá a España».

Nueva pausa y nueva observación: los criterios de Vitoria, comunes en la antigüedad y el Medioevo, no eran anacrónicos en su época (como pudieran parecerlo entonces, quizá, los de Las Casas) pero ¿son actualmente, como piensa Menéndez Pidal, «modernos» y «perdurables»? Repitémoslo: lo que nos choca no es la tesis consabida de Vitoria sino el anacronismo insólito de nuestro historiador. Tanto la moderna doctrina de la Iglesia como los usos internacionales hoy vigentes en todo el mundo civilizado siguen las ideas «medievales» y «anticuadas» de Las Casas y condenan las guerras y conquistas por causa de religión. Y una pregunta nos quema los labios: ¿dónde se sitúa en la mente de Menéndez Pidal la modernidad y dónde la medievalidad?

«Al final de la elección primera *De Indis*, niega Vitoria que haya esclavos por naturaleza y explica cómo debe entenderse el tan traído y llevado texto de la *Política* de Aristóteles (I, 24); es la negación sostenida por los dominicos y por Las Casas, opuesta a la afirmación de Sepúlveda; y, sin embargo, en la elección tercera llega Vitoria a una posición más cercana a Sepúlveda que a Las Casas, enumerando otro título de dominación, el octavo, que él califica de dudoso, que no se atreve a sostener ni condenar; es el título que alega la incapacidad de los indios. *Estos bárbaros no son totalmente faltos de inteligencia, dice, pero distan poco de serlo...* Por eso puede quizá pensarse que sea no sólo lícito sino conveniente que los reyes de España los gobiernen y les den nuevos señores que les administren como a menores de edad, pero siempre, añade el teólogo, con caridad cristiana, para utilidad de ellos y no de los españoles... Las Casas no veía aquellos caciques, o «reyes», según él suele llamarlos, sino como soberanos de un estado equiparable en todo al del Rey Católico; *con absoluto simplicismo, igualaba las gentes indias a los pueblos civilizados*, mientras Vitoria, aunque funda su doctrina en la igualdad jurídica de todos los pueblos sea cual fuere su religión y su grado de cultura o de barbarie, *no cree que esa igualdad supprime la gran desigualdad accidental que a veces los separa, pues aun hoy, que la equiparación cultural entre todas las gentes del orbe se ha logrado en gran medida y que las ideas igualitarias han triunfado por completo,*

se siente la necesidad de una revisión que evite las positivas injusticias que derivan de la equivalencia ciega y mecánica atribuida a la opinión o conveniencia de todos los absolutamente iguales en derecho».

Detengámonos un instante para recobrar el aliento y frotarnos, de paso, los ojos. Si alguna duda subsistiera en cuanto a la modernidad y perdurabilidad de los criterios de Vitoria a juicio de nuestro historiador éste se encarga de disiparla: los indios no son totalmente faltos de inteligencia, pero distan poco de serlo... con absoluto simplismo Las Casas los equipara a los españoles... cierto que no hay esclavos por naturaleza pero la gran desigualdad accidental existente entre unos y otros justifica la tutoría y el vasallaje... Vitoria se aleja, pues, de Las Casas para acercarse a Sepúlveda... aún hoy, a pesar de la gran boga de las ideas igualitarias se siente la necesidad de una revisión que evite las positivas injusticias derivadas de una equiparación mecánica y ciega, etc. En ningún momento intenta Menéndez Pidal exculpar a Vitoria de su legitimación, un tanto vergonzante, de la esclavitud. Ni siquiera situándola en el marco de las ideas de la época (fundadas filosóficamente en la *Política* de Aristóteles). No, los títulos de conquista y esclavitud de Vitoria son, para él, no sólo cristianos y escrupulosos sino también modernos y perdurables. Y si las anticuadas y medievales ideas de Las Casas parecen triunfar hoy (*O tempora! O mores!*) nuestro historiador nos tranquiliza (y se tranquiliza) inmediatamente: el mundo siente necesidad de una revisión que evite tan positiva injusticia (Menéndez Pidal escribe esto en el instante en que el anacrónico colonialismo anglo-francés da sus últimas boqueadas y Asia y Africa acceden a la independencia política y tratan de conseguir la económica. Pero el presidente de la Real Academia española se mantiene firme en sus trece. Si la Historia da razón a Las Casas y no a Vitoria, la Historia se equivoca, tarde o temprano rectificará. Y otra vez, como una vieja obsesión nos hostiga la pregunta: ¿En qué remoto siglo, en qué curioso universo vive Menéndez Pidal? ¿Contemporáneo del Cid o contemporáneo nuestro?)

Prosigue nuestro historiador: «El cuidado y esmero que pone Vitoria en justificar la conquista de Méjico al par que las conquistas del imperio romano, nos pide mayor comentario... Méjico por no hallarse en estado salvaje sino de profunda barbarie, pero ya con una organización bastante adelantada, su conquista

excita más la indignación de Las Casas: es verdad, dice, que Pompeyo se aprovechó de parcialidades de dos hermanos para apoderarse de la Judea, pero eso es obra de tiranos; ¿con qué autoridad Cortés se entremete en la enemistad del cacique de Cempoal con Motezuma?, « como si hubiera oído de las partes, siendo juez competente », y aunque lo fuera, exponiéndose a cometer pecado mortal por ayudar al que no tenía razón; en todo fue Cortés un señalado tirano y en todo miente él y miente su cronista Gómara cuando explica las razones del vasallaje dado por los indios al Rey de España. Las Casas, siempre con esta idea, hablando con el mismo Cortés en Méjico le calificó de usurpación el haber preso y despojado al gran rey Motezuma... Respecto al imperio romano, Las Casas no sólo acusa a Pompeyo, claro es; todo el imperio romano es injusto, como lo son todos los imperios: desde el del bíblico Nemrod, « primer opresor de los hombres », hasta el del turco que oprime a la cristianidad, así fueron « los que fundaron aquel gran Alexandre y todos los que fueron tiranos famosos ».

Perfectamente claro esta vez: Vitoria reconoce siete causas legítimas de guerra, conquista y esclavitud, y Las Casas ninguna. Y a continuación una evidencia: el sentido práctico e impulso vital de los españoles se acogieron a las muy oportunas y acomodaticias razones jurídicas de Vitoria y desdijeron la escandalosa moral ahistórica de Las Casas, en la medida en que las tesis de aquél se ajustaban a los criterios de la época y los de éste no. Pero a Menéndez Pidal no le basta con blanquear a Vitoria en nombre del progreso histórico. Para él sus ideas siguen siendo en 1956 escrupulosas, modernas y perdurables como simplistas, anticuadas y medievales son las de Las Casas. Un tenaz daltonismo cronológico parece confundir su pluma. A partir del siglo XVIII, la Historia se disuelve en bruma densa y el tiempo se aborrasca. ¿Error nuestro? ¿Alucinación suya? Abramos un manual de Historia y consultemos, aunque sea de corrido algunas fechas:

- 1787: se crea en Inglaterra el primer comité abolicionista, bajo la presidencia de Granville Scharp.
 1808: se prohíbe la entrada de esclavos en los Estados Unidos y dominios británicos.
 1817: España suprime la trata al norte del Ecuador.
 1819: Francia suprime la trata de negros.

- 1820: España suprime la trata al sur del Ecuador.
 1825: abolida la esclavitud en Argentina, Perú, Chile, Bolivia, etc.
 1838: cesa la esclavitud en los dominios británicos.
 1849: la esclavitud es abolida en Francia.
 1865: id. en los Estados Unidos.
 1886: id. en la colonia española de Cuba.
 1888: id. en el Brasil.

Pero nada ni nadie apea a nuestro historiador. Como en el verso de la tercera oda de Horacio « las ruinas del mundo le caerían encima sin conmoverlo ». Las ideas humanitarias de Las Casas, inspiradoras de la campaña abolicionista de Granville Scharp y la consiguiente sanción legislativa de todos los gobiernos europeos, son anticuadas y medievales; los siete títulos legítimos de esclavitud imaginados por Vitoria, perdurables y modernos. La honra y la sed de empresas y de gloria de los españoles justifican la guerra, conquista y esclavitud de los indios y negros como lo justifican todo. Estamos otra vez en arcano de una metafísica configurada por la meseta castellana, el Cid, el romancero, Amadís y las Sergas de Esplandián. En los confines de nuestro destino particular y privilegiado. Ante nuestra misteriosa esencia a prueba de milenios⁸.

El problema moral del despojo del tesoro del inca Atahualpa fue sumamente debatido por los teólogos y juristas de la época y dio lugar a una intervención opuesta de Vitoria y Las Casas que Menéndez Pidal examina con gran detenimiento. A los graves reparos de conciencia de algunos peruleros expuestos por el padre Arcos, Vitoria responde diciendo: « yo doy todas las batallas y conquistas por buenas y santas » y aconseja al padre Arcos rehuir cuanto pueda tan espinosa cuestión. Para Las Casas, por el contrario, « todo cuanto se ha hecho... ha sido nulo, ninguno y de ninguna entidad... así como el turco cuando nos usurpa alguna ciudad o tierra... » Y tras exponer así las tesis respectivas, Menéndez Pidal comenta del siguiente modo sus divergencias: « Siempre lo mismo. Vitoria y Las Casas sienten con calor

⁸ Uno de los títulos legítimos de guerra, conquista y esclavitud imaginados por Vitoria (título igualmente « moderno y perdurable », no lo olvidemos) es la innata propensión de los indígenas a esos « vicios nefandos » que tanto horrorizan a Menéndez Pidal. ¿ Por qué no autorizar entonces, en nombre de la honra y buena fama de los virtuosos chinos maoístas, su « peregrinación » (seguida de guerra, conquista y esclavitud) a la corrompísimas ciudad de Nueva York ?

la causa de la parte más débil, el indio; y se oponen al interés egoísta de los conquistadores y a la ambición política de los reyes; pero Las Casas, a través de un simplismo conceptual, ve el problema a medias, abultando la justicia que asiste a la parte débil y negando en absoluto toda justicia a la parte fuerte, mientras Vitoria ve las complejidades de la realidad y reconoce equitativamente los derechos de una y otra parte, no osando a veces decidir entre la una y la otra». Admirable caridad y escrupulo, en efecto, la de esta justicia aplicada por igual a verdugos y víctimas, a lobos y corderos. Sin pretender equiparar situaciones históricas dispares (juego favorito de Menéndez Pidal), esa justicia equitativa, atenta a los derechos de las dos partes, ¿no podrían invocarla, acaso, los franceses de Massu frente a los argelinos y los americanos de Johnson frente al Vietnam²⁹. En cuanto al «calor» de Vitoria por la parte más débil (no un título legítimo de esclavitud, sino, siete!) creemos que los «beneficiados» incas hubiesen prescindido de buena gana de él y hubieran hecho suya (de haberla conocido) aquella graciosa exclamación del manteado Sancho ante el breve milagroso que le ofrece don Quijote: «¡Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme a mí!». Pero Menéndez Pidal no da su brazo a torcer: el destino metafísico, la esencia a prueba de milenios de los españoles colorean uniformemente su visión de la realidad histórica. Ahora ya no es cuestión de reivindicar el heroísmo del soldado Bernal Díaz del Castillo frente al abstracto rigorismo moral de Las Casas (postura muy defendible según hemos visto antes) sino de otorgar el calificativo de moderna y perdurable a la moral acomodaticia de Vitoria (anacrónica hoy en todo el orbe civilizado). En su ensayo *La crítica cidiana y la historia medieval* nuestro historiador sale, con razón, al paso de quienes llevan ideas y criterios modernos a tiempos antiguos, para condenar luego éstos. Pero aquí se trata precisamente de lo contrario: Menéndez Pidal traslada ideas antiguas a los tiempos modernos y pretende hacernos encajar su anacronismo envolviéndonos en una espesa nube de tinta como el enojado calamar (lamentando el aflojamiento entre los españoles de las cualidades impulsoras de aventuras que terminan en guerra, conquista y esclavitud; afirmando, *rara avis*, que el mundo de hoy siente necesidad de revisar las anticuadas ideas igualitarias de Las Casas, etc.). A Las Casas (anacrónico en el siglo XVI, pero contemporáneo nuestro, pese a sus abundantes errores, contradicciones y abultamientos)

y a los críticos posteriores de la colonización (españoles algunos, extranjeros los más) Menéndez Pidal responde implícitamente como a Cotarelo: cristianos críticos, los cristianísimos teólogos San Agustín, Santo Tomás y el papa Silvestre no se escandalizaron ante la guerra, conquista y esclavitud practicadas por los romanos, ¿y sudan hoy Vuesas Mercedes tanto en escandalizarse?³⁰.

«La grandeza del fin minimiza la maldad accidental que consigo pueden llevar los medios empleados», escribe Menéndez Pidal acomodando a su uso el célebre aforismo de Maquiavelo. De haber seguido los españoles la predicación de Las Casas: «América sería hoy un continente con numerosas lenguas y religiones paganas, como lo es el Asia, pues los misioneros de las Indias Occidentales no habrían tenido mejores éxitos que los de las Indias Orientales, como lo probaron los muchos fracasos de catequesis pacífica hechos sin la vigilancia o el amparo de las armas»³¹. Gracias a Vitoria, por el contrario, «el cristianismo, la civilización moderna, nació para las Indias de América, uniéndolas al Occidente europeo, apartándolas de las Indias del Oriente asiático»: para cualquiera que conozca, y le preocupe, la bochornosa y explosiva condición de las poblaciones indias americanas, desde el Paraguay hasta México, las palabras de Menéndez Pidal suscitan, y es lo menos que se puede decir, una desagradable sensación de malestar y desasosiego.

Un último párrafo, en fin, merece, todavía, nuestro comentario: «César refiere del modo más natural toda la dureza destructora de la

9. Como Ortega, Spengler y otros pensadores contemporáneos, Menéndez Pidal escamota y abstrae el horror inherente a la aplicación histórica de sus tesis apelando a ejemplos extraídos de la antigüedad grecorromana. El mecanismo es conocido y para ponerlo al descubierto basta efectuar la operación inversa (e igualmente ilícita): esto es, actualizar los ejemplos y enfrentar al lector a la escueta brutalidad de sus consecuencias.

10. Si, como dice con cierto humor Menéndez Pidal, «el Cid no podía electrocutar a Ben Yehaf» (*La crítica cidiana...* Espasa-Calpe, Madrid, 1955, p. 108), él «quemar vivo» a Las Casas por unas opiniones que, en nuestra época, no merecen la silla eléctrica sino el aplauso de todo el orbe. Como dice Lewis Hanke: «Las Casas fue, como declaró Agustín Yáñez, «Padre y Doctor de la Americanidad». Pero, ¿no fue por ventura aún más? ¿No tienen aplicación universal los principios que encareció para las relaciones entre pueblos del Nuevo Mundo? ¿No tiene en realidad, especial y urgente significación para el mundo de hoy?..»

11. En este punto sus ideas coinciden con las muy perdurables y modernísimas del buen emperador Carlomagno.

guerra... y César es considerado por San Agustín como uno de los insignes paganos que ambicionando un gran poder militar y una gran guerra para hacerse gloria, engrandeció con sus virtudes terrenas, nada cristianas, el imperio otorgado por Dios a Roma ».

La gloria. De nuevo la gloria. Siempre la gloria... César, el Cid, Amadís y las Sergas de Esplandián disculpan crímenes, matanzas, esclavitud, rapiña, destrucciones. El gran poder militar y las grandes guerras en que sueña nuestro historiador han sido creadas diríase, para templar el duro ánimo de los españoles.

Singular privilegio el nuestro. Poseedores de un destino particular y único. De una Meseta impregnada de valores metafísicos. De una misteriosa esencia a prueba de milenios.

**

En su ensayo ya mentado acerca de la crítica cívica Menéndez Pidal nos proporciona la clave de su método histórico: « Creo que la crítica biográfica, como cualquier crítica, debe esmerarse en penetrar las cualidades mientras en cambio le basta, por lo común, indicar simplemente los defectos, sin perder mucho tiempo en analizarlos. Toda crítica consiste en la revalorización de aquello que se examina, y revalorizar las deficiencias, descender hacia ellas, es fácil para todos; así la apreciación de los aspectos negativos la alcanza rápida y fácilmente cualquiera, y aun el más obtuso crítico puede ser excelente demoleador ». Este método subjetivo, este método generoso que nuestro historiador emplea con intuición feliz y noble empeño en su defensa del contorno humano del Cid frente a los reparos y dudas de Lévi-Provençal, ¿ lo aplica igualmente cuando nos traza el esquivo perfil de fray Bartolomé de Las Casas? En sus tres aproximaciones al dominico Menéndez Pidal da rienda suelta a su voluntario subjetivismo pero su anunciada generosidad, digámoslo en seguida, no la vislumbramos un solo instante.

No es nuestro propósito, repetimos, proceder a un análisis de la personalidad de Las Casas sino examinar la actitud de Menéndez Pidal respecto a él. Los defectos de Las Casas son tan abundantes como sus virtudes y nuestro historiador no se priva jamás del placer de enumerarlos con todos sus pormenores y minucias: Las Casas abulta, Las Casas yerra, Las Casas se contradice (Detalle curioso: el

llamamiento de éste al emperador Carlos V en 1517, pidiendo que se envíen negros a América para substituir a los indios en el trabajo de las minas no es objeto de crítica alguna de parte de Menéndez Pidal quien, al mencionar el lamentable episodio, se contenta con decir: « [Las Casas] no dudó de que el indio no podía ser esclavo y el negro sí, aunque de esta incongruencia sí se arrepintió al fin »¹².

En su tercera aproximación a Las Casas, Menéndez Pidal nos refiere la extraña « manía » del dominico de « procurarse informes orales » y reproduce una pintoresca descripción de su coetáneo Motolinía que lo pinta vagando fuera de su monasterio « en bullicios y desasosiegos, siempre escribiendo procesos o vidas ajenas, buscando los males y delitos que por toda esta tierra habrían cometido los españoles ». De este modo, Menéndez Pidal *dixit*, « el procurador de los indios se convirtió en procurador de todos los descontentos, exagerando los abusos cometidos por los exploradores de las Indias ». Para nuestro historiador la *Destrucción de las Indias* es un « inmenso desierto de fatigosa monotonía, donde no hay otra cosa que infernales crímenes inculpados cien y cien veces a todos los cristianos », un « libro de escándalo », un « libelo infamante », una « pesada colección de bestialidades estúpidas » etc., etc. Ahora bien los males, delitos, abusos, bestialidades y crímenes ¿ eran producto, únicamente, de la enfermiza imaginación de Las Casas? Menéndez Pidal habla púdicamente de « exageraciones » (« tiquismiquis » en los dramas de honor) y en otro pasaje agrega: « Hay, sin duda, *algún fondo de verdad* ». Que Las Casas tenía tendencia ingénita a « enormizar » es algo sabido y archisabido y Menéndez Pidal, al demostrarlo, no nos descubre nada nuevo. Pero los abultamientos y exageraciones de Las Casas ¿ invalidan, acaso, el insólito valor moral de su generosa denuncia? Consultemos, por ejemplo, *Noticias secretas de América*, escrito dos siglos más tarde por los hermanos Jorge Juan y Antonio de Ulloa para informar a

12. En realidad, en su propuesta de 1517, Las Casas solicitó « traer de España unas docenas, más o menos, de esclavos negros, porque con ellos se sustentarían en la tierra y dejarían libres a los indios ». (Como es sabido la esclavitud negra se introdujo en la Península durante la época de la dominación musulmana). Enfrentado a la crueldad de la trata Las Casas escribió más tarde que era « tan injusto el captiverio de los negros como el de los indios » y que « no fue discreto remedio el que aconsejó que se trajesen negros para que se libertasen los indios ». (Consultese la obra de Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández: *Bartolomé de Las Casas, 1474-1566.*)

Felipe V del estado real de las colonias americanas y leeremos: « Estos indios ganan un real al día; medio se les retiene para pagar al corregidor y el otro medio se asigna para su manutención, lo cual no es suficiente para un hombre que trabaja sin cesar todo el espacio de un día... Además de esto, como el indio no es dueño de salir de aquella prisión, se ve precisado a tomar lo que el amo le quiera dar por aquel medio real... La consecuencia de este trato es que aquellos indios se enferman a poco tiempo de estar en aquel lugar, y consumida su naturaleza, por una parte con la falta de alimento, por otra con la repetición del cruel castigo, así como por la enfermedad que contraer con su mala calidad de su alimento, mueren aún antes de haber podido pagar el tributo [los autores se refieren a la inhumana institución de la « mita »] con los jornales de su trabajo. El indio pierde la vida y el país aquel habitante, de lo cual se origina la disminución tan grande que se advierte en la población peruana »¹³. Y si así se explotaba al indígena, a pesar de todas las leyes de Indias, en el segundo tercio del siglo XVIII, ¿ cómo no lo sería en la época cruel y más bárbara de la primera colonización? ¿ Exagerado Las Casas? Sin duda. Pero digamos en seguida, en su descargo, que los civilizadores « exageraban » también.

Que entre la nube de aventureros y soldados que en el siglo XVI cayó sobre América un español, al menos, elevara la voz contra los crímenes, abusos e injusticias de sus paisanos debiera constituir para nosotros, hombres del siglo XX, un motivo de doloroso orgullo y amarga satisfacción. Que la esclavitud impuesta por los españoles a los indios, que su rapacidad y sus castigos (prolongados aún, como hemos visto, doscientos años después) suscitara la indignación de Las Casas, rescata, y no mengua, opinamos, nuestra dignidad moral. Cuando el hombre es testigo de la injusticia debe salirle al paso so pena de convertirse en su cómplice y gangrenarse con ella. Y Las Casas (como los hermanos Ulloa) evita esa gangrena, rehúsa esa complicidad.

13. Véase Alberto Gil Novales: *Las pequeñas Atlántidas*, p. 25-51. Refiriéndose al período antillano escribe Emilio Zavala: « El choque de la raza española con la indígena aniquiló a ésta, correspondiendo gran parte de la responsabilidad al régimen de los repartimientos pero también a las guerras, esclavitud y razones de otro tipo, como las epidemias y la debilidad natural de los indios de las islas, los cuales preferían muchas veces suicidarse a seguir en los trabajos que sobre ellos habían recaído » (*La encomienda Indiana*, Madrid, 1935).

Volvamos ahora a Menéndez Pidal. La empresa española en América constituye a sus ojos una de las epopeyas cimeras del espíritu humano (en eso andamos de acuerdo con él). Por tanto, todo cuanto la empaña y desacredita merece la reprobación. (Nuestra divergencia parte de ahí: su razonamiento coincide, en efecto, con el discutido maniqueísmo, de signo opuesto, de Las Casas.) ¿ Que éste denuncia los crímenes y abusos de la colonización? Nuestro historiador ve en ello la prueba irrefutable de una « anormalidad afectiva e irracional », de una « deformación morbosa », de un « completo delirio paranoico ». ¿ Que amenaza a los españoles con los rayos de la cólera celeste? Su indignación reviste « caracteres patológicos »... Menéndez Pidal emplea una técnica de violento claroscuro y, en nuestra opinión, pudiera aplicarse igualmente a él la observación de Prescott, que él cita, a propósito de Las Casas: « su gran defecto como historiador es haber escrito la historia bajo la influencia de una idea dominante, exclusiva »: Las Casas ha manchado el honor de los españoles, su gloria, su fama, su afán de aventura... Las Casas niega la honra de César, del Cid, del romancero, de Amadís, de las Sergas de Esplandián... Las Casas ignora las implicaciones metafísicas de la Meseta castellana... Las Casas no cree en el destino particular de los españoles ni en su esencia histórica a prueba de milenios... Las Casas... Reproduzcamos literalmente su propia terminología: « nació a la luz de la fama matando la fama de su patria, como el vobrezno que al nacer desgarrar las entrañas de la madre... » « un resentido¹⁴ que para su odio a los próximos busca la justificación de un amor a los extraños... » « maligno coleccionista de casos de perversidad... » « deslenguado narrador de cuantas hablillas de maldades llegaban a su oído... » « el más agriado hombre del mundo », etc.¹⁵

14. Sobre los orígenes judaicos del cristiano nuevo Las Casas consúltese Américo Castro, art. cit.: « El indio es el fin y es el medio para el designio lascasiano; los españoles son el blanco sobre el cual descargará la furia totalizante de un estado de ánimo sólo comparable al de Mateo Alemán ». Para hacer olvidar la anomalía de ser « español de casta impura », escribe Castro en otra ocasión, « Las Casas se inventó un modo sui generis de Inquisición. Todos los españoles que residían en las Indias eran, mientras no se demostrara lo contrario, herejes. El no, por supuesto » (*La Celestina como contienda literaria*, Madrid, 1965).

15. En otra oportunidad el presidente de la Real Academia española dice de Las Casas: « Era un asceta que no había alcanzado el don principal del Espíritu Santo, la benignidad ». A juzgar por los párrafos que citamos, Menéndez Pidal tampoco.

Curioso método el suyo: cuando Menéndez Pidal define a Las Casas como « deslenguado » o « resentido », con un adjetivo perentorio lo juzga, lo clasifica, lo cataloga; esto es, encierra a Las Casas —ser complejo y contradictorio como pocos hay— en una « esencia », lo reduce, lo vacía, lo acomoda a la medida de sus deseos; por arte de birlibirloque elimina al Las Casas real para poner en su lugar un fantoche. Pero el abuso gramatical, la deducción generalizada, el determinismo categórico de su procedimiento son demasiado estridentes para pasar inadvertidos y, al cabo y a la postre, sus propias armas se vuelven contra él. Las Casas es algo más que un deslenguado o un resentido. Digámoslo bien claro: los exabruptos de Menéndez Pidal no definen ni esclarecen la personalidad de Las Casas, esclarecen sus obsesiones y humores personales, lo definen a él.

No quisiera concluir estas líneas sin evocar de nuevo a los lectores mi admiración y mi respeto por el gran historiador cuyo nonagésimo octavo aniversario celebran hoy —acordes por una vez— los hombres de las dos Españas. Como escribe muy acertadamente uno de ellos: « La ciencia universal le es deudora del descubrimiento de inmensos territorios de la antigüedad románica, de novedosos métodos, de una irreprochable técnica. La juventud tiene en él el modelo de las maravillas que puede obrar una voluntad española aferrada al esfuerzo constante; el ejemplo de lo que podría ser España si tuviéramos sólo unos cuantos Menéndeces Pidales en los diversos campos de la cultura y del trabajo ». Lamentamos hondamente que su no desmentida parcialidad frente a Las Casas nos haya impuesto la tarea ingrata de una contradicción. Como dice el proverbio antiguo: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Gabriel Jackson	La república española y la guerra civil (1931-1939)	(Grijalbo)	36,— F
Claude G. Bowers	Misión en España	(Grijalbo)	24,— F
Pietro Nenni	La guerra de España	(Era)	15,— F
Luigi Longo	Las brigadas internacionales en España	(Era)	24,— F
Gral. Vicente Rojo	Así fue la defensa de Madrid	(Era)	21,— F
José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	(Alfa)	21,— F
Ramón Garriga	Las relaciones secretas entre Franco y Hitler	(Jorge Alvarez)	27,— F
Pierre Broué	Trotsky y la guerra civil española	(Jorge Alvarez)	6,— F
Aurora de Albornoz	Poesías de guerra de Antonio Machado	(Asomante)	12,— F
George Orwell	Cataluña 1937	(DEA)	12,— F

Cuba y América latina

RAMON BULNES
y ANTONIO VARGAS

Presentación

FIDEL CASTRO

**Discurso en el X aniversario del asalto
al Palacio presidencial. 13 de marzo de
1967 (fragmentos)**

ERNESTO «CHE» GUEVARA

**Crear dos, tres... muchos Viet-Nam, es
la consigna (Mensaje a la Tricontinental)**

REGIS DEBRAY

La enseñanza esencial del presente

La lucha por el socialismo es una lucha internacional. Es éste un principio que **Cuadernos de Ruedo ibérico** asume, con el que pretende ser consecuente. Pero la simplicidad de este principio programático encubre hoy una dolorosa realidad: para todos es evidente la crisis por la que está pasando el movimiento revolucionario a escala internacional y la necesidad, ante esta crisis, de un replanteamiento y radical aplicación del internacionalismo revolucionario. Creemos también que este replanteamiento debe llevarnos más allá de la actitud obediente a un Estado-guía, o de la posición « neutralista » que busca una equidistancia cómoda entre Moscú y Pekín.

En este importantísimo esfuerzo revolucionario, Cuba es uno de los países socialistas que más está aportando. La importancia de la « experiencia cubana » no se encuentra sólo en la originalidad de su modelo socialista en construcción, sino también en las opciones fundamentales de su política internacional. Resumiendo estas opciones tendríamos que considerar dos líneas maestras:

a) **Independencia dentro del campo socialista.** « ... Esta Revolución [la cubana] seguirá su camino, esta Revolución seguirá su línea propia, esta Revolución no será jamás satélite de nadie, incondicional de nadie, ni pedirá jamás permiso a nadie para mantener su postura en lo ideológico, en lo interno y en lo externo... »¹ Esta afirmación de Fidel se ve confirmada por los hechos, pues los revolucionarios cubanos no se paran en barras cuando estiman necesario recordar a la República Popular China —incidente a propósito de los envíos de arroz— o a la Unión Soviética —críticas a los acuerdos económicos con los gobiernos latinoamericanos títeres de Washington— que, en el interior del bloque socialista, todos los países, sea cual sea su talla o su potencia militar, tienen derecho al mismo respeto y a la misma independencia para poder fijar su política interna y que, igualmente, a la hora de fijar una estrategia común en política internacional —y la política comercial —¿ habrá que recordárselo a marxistas?— forma parte de la política internacional—, ningún país socialista, ningún partido comunista, tiene derecho de confundir **por decisión unilateral** sus intereses con los intereses del socialismo.

b) **Fidelidad a los principios del internacionalismo revolucionario.** Esta fidelidad se expresa en la actitud cubana ante la agresión imperialista contra el Vietnam, pero también, y de un modo no menos visible, en la posición cubana respecto a la lucha de liberación en América latina.

« La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significa para los gladiadores del circo

1. Fidel Castro, Discurso del 13 de marzo de 1967 que resumimos a continuación.

romano el estímulo de la plebe. No de trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte ; acompañarlo a la muerte o la victoria »². Estas afirmaciones del Che, en lo que tienen de crítica a la solidaridad platónica y en lo que tienen de programa para una solidaridad efectiva, resumen la práctica cubana. La consigna es crear nuevos Vietnam —por supuesto que allí donde pueden ser creados, no se trata de animar a los revolucionarios londinenses a organizar un foco guerrillero en Hyde Park— ; hay que obligar al imperialismo a dispersar sus fuerzas, hay que acosarlo para agudizar las contradicciones que ya empiezan a manifestarse en su propia retaguardia.

Pero no nos hagamos ilusiones ; para nosotros, para los que querámoslo o no estamos inmersos —a veces cómodamente inmersos— en la retaguardia misma del imperialismo, para nosotros también hay trabajo. Nuestra tarea consiste en sostener **políticamente** al Vietnam, a Cuba, a Venezuela, a Guatemala y a cuantos pueblos, hoy o mañana, luchen por su libertad. Nuestra tarea consiste en acelerar por los medios a nuestro alcance la liquidación definitiva del imperialismo. Tenemos, puesto que la lucha con las armas en la mano nos está vedada en la mayor parte de los casos, que seguir la lucha en los niveles en que podemos. El ideológico, por ejemplo. El ideológico, que es político —como el militar, pero con otros medios—, y así contribuir a que sean conocidas las tesis del pueblo vietnamita —los tan traídos y llevados como poco conocidos « cuatro y cinco puntos » de la República Democrática del Vietnam y del FNL, **único representante** del pueblo del Vietnam del Sur— y a que el convencimiento de la invencibilidad de los pueblos que luchan por la libertad llegue a todos los rincones de los países en los que gobierna el imperialismo³.

En esta línea se sitúa la acción de Régis Debray, joven intelectual francés que en su libro **Revolución en la Revolución**⁴ —cuyo capítulo « La enseñanza esencial del presente » publicamos en este número— trata de ofrecer una visión sistemática de la posición cubana sobre los procesos revolucionarios en América latina. De todos es sabida la suerte de la dictadura militar de Barrientos pretende hacer correr a Debray. Histerizado contra Cuba, como todos los gobiernos latinoamericanos vendidos a Washington, el gobierno boliviano ha visto la ocasión de infligir un duro golpe a los cubanos a través de este profesor de filosofía francés, amigo de Fidel Castro y autor de un libro en el que defiende las tesis cubanas, al que acusa, contra toda evidencia y contra lo expresado por el mismo Debray en sus análisis de la guerra de guerrilla, de ser « comisario político » de los guerrilleros. Debray, según todo parece probarlo, ha sido entregado a la CIA para ser interrogado.

2. Ernesto « Che » Guevara, **Crear dos, tres... muchos Vietnam es la consigna**. Editado por el Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de las Poblaciones de África, Asia y América latina, La Habana, abril de 1967, reproducido a continuación.

3. Véase el número 6 de **Cuadernos de Ruedo Ibérico**.

4. La Habana, Casa de las Américas, 1967.

Tenemos, pues, que seguir luchando —y en ello Debray no es sino un ejemplo más que la desgraciada circunstancia de su detención ha hecho particularmente visible— contra ese pacifismo estúpido —tan estúpido como un tratamiento sintomático en medicina, que oculta los efectos sin atacar las causas—, para el que la guerra declarada, abiertamente reconocida por los que la hacen, es un mal absoluto, contra ese pacifismo que no se da cuenta, o no quiere dársela, de que la guerra no es un conflicto, sino el indicio de un conflicto; tenemos que seguir luchando contra ese pacifismo que no se da cuenta de que el mal contra el que luchamos los que nos llamamos de izquierdas, o marxistas, o comunistas, es la explotación del hombre por el hombre, la explotación del hombre que trabaja por el hombre que detenta los medios indispensables para el trabajo y sin los cuales no se puede « ganar el pan ».

Si para hacer desaparecer ese estado de explotación fuera necesario discutir largamente con los que pretenden prolongarlo —como dicen creer los defensores de la « paz democrática »— lo haríamos; si fuera necesario hacer penitencia y rezarle a la virgen de Fátima —como pretende Pablo VI— lo haríamos. Pero resulta que lo que hay que hacer es luchar, y por eso expresamos nuestra solidaridad con los pueblos que luchan, y queremos que se sepa por qué luchan, porque es lo mismo por lo que nosotros luchamos. Por eso hoy hablamos de Cuba.

París, 4 de junio de 1967.

Ramón BULNES

Antonio VARGAS

Palabras de Fidel Castro

Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la conmemoración del X aniversario del asalto al Palacio Presidencial. 13 de marzo de 1967.

[...] Desde hace varios días una gran campaña contra nuestro país ha venido siendo desatada por el gobierno de Venezuela y por las agencias cablegráficas yanquis, con motivo de la muerte de un exfuncionario del gobierno de aquel país. Y desde hace varios meses en la prensa clandestina y semiclandestina, e incluso en la prensa legal de ese país, y en distintos eventos internacionales, la dirección derechista del Partido Comunista de Venezuela ha estado haciendo contra nuestro Partido similares imputaciones; la oligarquía proimperialista: de que intervinimos en los asuntos internos de Venezuela; y la dirección derechista: que intervenimos en los asuntos internos del Partido de Venezuela. ¡Coincidencia nada extraña entre reaccionarios y derechistas!



[...] Prácticamente no hay nada que ocurra en este continente de que no se responsabilice a Cuba. Y sólo Cuba tiene una responsabilidad: ¡la de haber hecho una Revolución y de estar dispuesta a llevarla hasta sus últimas consecuencias! (*Aplausos*)



[...] Pero, ¿qué significa, qué explicación tienen tanto las imputaciones de las oligarquías, y en especial la imputación de la oligarquía venezolana, de imputar a Cuba los hechos de los revolucionarios de sus países? Y ya la imputación que también nos viene haciendo la dirección derechista del Partido Comunista de Venezuela, ¿qué antecedentes tiene eso? ¿Qué orígenes? ¿Qué explicación? Es necesario hacer un breve recuento de la historia de la lucha revolucionaria en Venezuela.

En primer lugar, pocos meses antes del triunfo de la Revolución cubana se produce en Venezuela un formidable movimiento popular que

da al traste con el régimen de Pérez Jiménez. En ese movimiento participaron amplias fuerzas populares y entre esas fuerzas, el Partido Comunista de Venezuela. Se destacó de manera especial un periodista joven, Fabricio Ojeda (*Aplausos*), que figuró como Presidente de la Junta Patriótica que dirigió el derrocamiento de Pérez Jiménez. Sin embargo, aquella victoria del pueblo venezolano se frustra, porque a partir de ese instante el Partido Acción Democrática, que en un tiempo había jugado cierto rol revolucionario [...] comienza a actuar como factor fundamental para impedir la profundización y el desarrollo del movimiento revolucionario venezolano.

Betancourt gana unas elecciones, quedando en ridícula minoría en la capital, y obteniendo su mayoría en el interior del país —algo similar a lo que a veces ocurría en nuestra Patria—. Y desde el primer momento que tomó posesión aquel gobierno, se dedicó a desarrollar una clarísima política de conciliación, entrega al imperialismo y defensa de los intereses imperialistas en Venezuela y, naturalmente, a convertirse en uno de los instrumentos de la política de Estados Unidos.

Comenzaron las represiones contra el movimiento revolucionario; las represiones contra los trabajadores; contra los estudiantes; contra los revolucionarios. Aquellas represiones adquirieron un carácter cada vez más sangriento, y comenzaron a producirse las primeras masacres de estudiantes y del pueblo de Caracas.



[...] Y pronto, apenas la represión se hizo sangrienta e intolerable, comenzaron a surgir los movimientos partidarios de la lucha armada. Entre esos movimientos, uno de los primeros, se contaba el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, organizado por un grupo de dirigentes

progresistas que se habían desprendido del Partido oficial Acción Democrática y organizaron ese Movimiento; y comenzaron a prepararse para la lucha armada.

Igualmente, el Partido Comunista comenzó a prepararse para la lucha armada. En un principio pensaban que la reacción más derechista del ejército inevitablemente promovería el derrocamiento de Betancourt; y en un principio estas organizaciones se prepararon pensando en la contingencia principalmente de la lucha contra el gobierno militar reaccionario. Pero la agudización de la represión, que caracterizaba cada vez más la política de Betancourt, llevó a estas organizaciones a concebir ya la lucha no contra un potencial golpe militar, sino contra el propio régimen de Betancourt, que se hacía cada vez más represivo y más sangriento frente al pueblo.

Y así comenzaron las primeras acciones. Y así el tercer Congreso del Partido Comunista de Venezuela aprobó el camino de la lucha armada para la revolución en Venezuela. Otras fuerzas disidentes de distintos partidos iniciaron también los preparativos para la lucha armada, entre esas fuerzas había un sector de otro partido político al que pertenecía Fabricio Ojeda. Y Fabricio Ojeda, amigo de Cuba, amigo de nuestra Revolución —igual que tantos venezolanos—, un día abandonando, es decir, renunciando a su cargo de miembro del Parlamento, marchó a las montañas a organizar un movimiento guerrillero. En esto han trascurrido varios años. Sin duda que los revolucionarios venezolanos, al igual que todos los revolucionarios en todas partes del mundo, cometieron diversos errores, diversos errores de concepción de la lucha, diversos errores de tipo estratégico y errores de tipo táctico. A esos errores contribuyeron distintos factores; uno de ellos era el hecho de que el movimiento revolucionario era fortísimo en la capital, y en cambio —como ha sucedido o había sucedido en otros muchos países de América latina por culpa de los partidos comunistas— el movimiento revolucionario era muy débil en los campos. ¿Por qué? Porque los partidos marxistas concentraron preferentemente su atención a las ciudades, su atención al movimiento obrero, lo cual es, desde luego, muy correcto. Pero en muchos casos, porque naturalmente todas estas generalidades tienen sus excepciones, subestimaron grandemente la importancia del campesinado como fuerza revolucionaria.

[...] Mas no sólo eso. Fue en Venezuela —uno de los países —o el país en los últimos tiempos— donde el movimiento revolucionario alcanzó mayor penetración en las filas del ejército profesional; numerosos oficiales jóvenes del ejército de Venezuela demostraron sus simpatías de manera abierta por el movimiento revolucionario, incluso en su forma más radical, inspirados en las concepciones marxistas. De forma tal que la fuerza del movimiento revolucionario era grande en las filas del ejército. Y eso condujo a otro error de concepción: a la minimización del movimiento guerrillero y a afincar gran parte de las esperanzas en el levantamiento de tipo militar.

[...] Y, naturalmente, el movimiento revolucionario de Venezuela sufrió muchos reveses, el movimiento revolucionario en todas partes del mundo ha sufrido reveses siempre, y el movimiento de América latina —como es lógico— tenía que marchar a través de un largo aprendizaje. Hoy se puede afirmar que ese movimiento ha aprendido mucho, no de Cuba, sino de su propia experiencia, de los golpes recibidos. Y por eso, ese movimiento revolucionario con más experiencia crece y se consolida, y los gobernantes resultan impotentes para aplastarlo. Impotentes para aplastarlo en Guatemala, impotentes para aplastarlo en Venezuela.

[...] Aparte de las concepciones estratégicas erróneas, estas concepciones erróneas originaron a la vez grandes errores de tipo práctico: los guerrilleros se veían abandonados, carentes de los recursos más elementales; las guerrillas tratando de ser dirigidas, o mejor dicho, la dirección revolucionaria del Partido tratando de dirigir las guerrillas desde el llano, desde la capital. No se hizo lo que debía hacerse, lo que habría hecho una dirección audaz y verdaderamente revolucionaria, lo que han hecho las direcciones que en los grandes movimientos históricos contemporáneos han triunfado, es decir: marcharse a las montañas con las guerrillas, a dirigir la guerra desde el campo de batalla, a dirigir la guerra desde las montañas. (*Aplausos*)

Es absurdo y casi criminal —y no lo llamamos ciento por ciento criminal porque es hijo de la ignorancia más que del dolo— tratar de dirigir las guerrillas desde la ciudad. Son dos cosas tan diferentes, dos cosas tan distintas, dos

escenarios tan completamente disímiles, que la locura mayor —locura dolorosamente sangrienta— que puede cometerse es querer dirigir las guerrillas desde la ciudad. Y las guerrillas realmente no eran tomadas como fuerza que susceptible de desarrollarse puede conquistar el poder revolucionario en países como los nuestros, sino como un instrumento de agitación, como un instrumento de negociación. La subestimación de las guerrillas conducía a estos subsecuentes errores. Y en Venezuela las guerrillas eran ordenadas constantemente a hacer un alto al fuego, ¡y eso es una locura! Guerrilla que no combate, perece en la inanición; guerrilla que no combate, no se desarrolla; guerrilla que hace tregua en el combate es guerrilla condenada a la derrota. (*Aplausos*)

[...] Comenzó la dirección del Partido Comunista de Venezuela a hablar de Paz Democrática. ¿Y qué es esto de Paz Democrática?, se preguntaba mucha gente del pueblo. ¿Y qué es esto de Paz Democrática?, nos preguntábamos nosotros mismos, dirigentes de la Revolución Cubana. No entendíamos. No entendíamos, pero a pesar de todo queríamos entender. ¿Qué significa esto?, le preguntábamos a algunos dirigentes venezolanos. Y entonces venía la consabida y elaborada teoría de aquella táctica, de aquella maniobra, que no era ni con mucho abandonar la guerra, ¡no, no!, sino una maniobra para ampliar la base, para destruir al régimen, para debilitarlo, para socavarlo.

Y, desde luego nosotros no veíamos aquello claro de ninguna manera. Sin embargo, teníamos confianza y esperábamos, a pesar de que aquello de Paz Democrática parecía absurdo, parecía ridículo, porque puede hablar de paz un movimiento revolucionario que está ganando la guerra, porque empieza entonces a movilizar todo el sentimiento nacional en favor de una paz que sólo se puede lograr con la victoria de la Revolución; y entonces se movilizan los espíritus, se moviliza la opinión, se moviliza el pueblo, y su deseo de paz sobre la única base que es posible, que es el derrocamiento de la tiranía, de la explotación. Pero hablar de paz cuando se está perdiendo la guerra es precisamente conceder la paz sobre la base de la derrota.

El movimiento revolucionario histórico había oído por primera vez mencionar la palabra Paz Democrática después de la victoriosa revolución bolchevique en el año de 1917. Lanzaron la

consigna de Paz Democrática, es decir, una paz en medio de la Guerra Mundial, sin anexiones ni conquistas de ninguna índole. Y el nuevo poder soviético lanzó esa consigna, y luchó por una paz sin anexiones ni conquistas: un poder revolucionario victorioso que no quería seguir participando en aquella carnicería imperial.

Y desde entonces se lanzó aquella consigna. Y nosotros nos preguntábamos: ¿Qué parecido puede haber entre aquella histórica situación, entre aquel proletariado victorioso en la primera revolución socialista, y la situación de una dirección revolucionaria que ha sido incapaz de dirigir victoriosamente la lucha armada?

[...] Les mencioné el nombre de Fabricio Ojeda, su limpia historia, su participación en el derrocamiento de Pérez Jiménez, su renunciamento, pocas veces conocido, del hombre que abandona la inmunidad parlamentaria, que abandona las prebendas parlamentarias y se marcha a las montañas. Raro ejemplo de político en nuestra América. A Fabricio lo asesinaron de manera ignominiosa el 21 de junio de 1966. Diecisiete días antes, el 4 de junio de 1966, escribí Fabricio una carta, me dirigió una carta, que fue posiblemente una de las últimas cosas que escribió antes de morir. Y esa carta, que he conservado sin saber que iba a tener necesidad un día de divulgarla, decía así:

« Estimado amigo: Aquí siempre como siempre empeñados en superar el cúmulo de dificultades transitorias para incrementar la lucha sobre bases de mayor seriedad y precisión. En este propósito hemos avanzado un tanto. El paso fundamental ha sido ir directamente a la solución de los problemas de dirigencia, a la estructuración de los organismos nacionales, como son el Comité Ejecutivo del FLN y el Comando Ejecutivo de las FALN, punto de partida para una reorganización general de toda la estructura del movimiento, a cuyos fines se trabaja afanosamente para celebrar cuanto antes una conferencia nacional FLN-FALN, que a manera de poder constituyente se aboque al estudio y análisis de la situación, delibere sobre la estrategia y táctica, sobre la línea política y militar, y dictamine acerca de la constitución efectiva de los organismos de dirección a todos los niveles. En esta forma el movimiento liberador saldrá del estado actual de estancamiento, superará las divergencias y clarificará sus proyecciones históri-

cas; además de consolidar el elemento principal para avanzar, la unidad revolucionaria de las fuerzas revolucionarias.

« Nuestro empeño de orientar la lucha sobre nuevas bases nos ha llevado a concretar determinadas cuestiones de importancia. Es la primera la reestructuración provisional de los actuales organismos de dirección nacional FLN-FALN. En este sentido, hemos resuelto ampliar los núcleos de dirección existentes, lo cual ha producido una situación crítica en el seno del Partido Comunista Venezolano, con la sanción, por parte de la mayoría del Buró Político de ese Partido, del compañero Douglas Bravo, quien ha sido bajado de ese organismo acusándosele de actividad fraccional antipartido.

« Es la segunda, la decisión de enfrentarse a cualquier circunstancia para aglutinar a todas las fuerzas revolucionarias en torno al incremento de la guerra de liberación nacional como único medio para avanzar hacia la conquista del poder y el logro de la independencia nacional, tomando en cuenta las condiciones objetivas del país y las particularidades del proceso venezolano.

« En ambos aspectos hemos avanzado. Ya se procedió a crear una dirección político-militar única FLN-FALN. Esta está encabezada por mí, por Douglas Bravo, en calidad de Presidente encargado del FLN y Primer Comandante encargado de las FALN, respectivamente, y un dirigente del MIR que en carácter de Secretario General del mismo se incorporará en el curso de la presente semana.

« A la Comandancia General de las FALN se han incorporado los primeros comandantes de los frentes guerrilleros. A tal conclusión se llegó después de analizar la situación actual de esos organismos, pues se consideró que el núcleo de tres miembros del C.G. FALN que quedaba con vida activa era insuficiente para la dirección militar general, ya que el resto de los integrantes se hallan prisioneros o en el exterior. Y en cuanto a la aglutinación de las fuerzas revolucionarias en torno al incremento de la guerra de liberación nacional, se designará una comisión unitaria que estudie y prepare los materiales teóricos sobre estrategia, táctica y línea política y militar del movimiento para ser discutido en la próxima conferencia nacional FLN-FALN.

« La incorporación del MIR a los organismos de dirección y a las tareas preparatorias de la conferencia es un paso de gran importancia,

pues en esta forma se abre un período de discusión interna sobre las divergencias actuales, se suspende la diatriba en la polémica y se abren cauces verdaderamente democráticos para la unidad del movimiento revolucionario en lo ideológico y en lo político.

« Sin embargo, se presenta una nueva brecha en nuestro seno como consecuencia de las medidas disciplinarias adoptadas por la mayoría del Buró Político del Partido Comunista venezolano. Respecto a este nuevo problema estoy informado que los organismos medios y de base, incluso en el propio Comité Central, han venido reaccionando contra la sanción impuesta al compañero Douglas.

« Ya han comenzado a circular algunos documentos que expresan categóricamente esa reacción. A mi juicio, las medidas disciplinarias tomadas por la mayoría del B.P. obedecen a problemas de claro carácter ideológico y político, a cuestiones de fondo, que se han pretendido esconder tras el uso de los métodos o de presuntos errores por parte del compañero Douglas y de otros compañeros que coincidimos con él en relación a los aspectos estratégicos y tácticos de nuestro proceso revolucionario. Y es que en el seno del Partido Comunista de Venezuela se debaten dos importantes corrientes de opinión:

« Una, la minoritaria en la Base del Partido, pero que ha tomado cuerpo en los miembros del Buró Político y el Comité Central, cuya esencia es la siguiente: los procesos en marcha permiten al movimiento revolucionario tomar la iniciativa en el frente político; sin embargo, será necesario que las FALN ordenen un repliegue de las guerrillas y UTC (Unidades Tácticas de Combate). No se trata de una nueva tregua, sino algo más a fondo: se trata de dar un viraje en las formas de lucha. Es decir, abrir un nuevo período táctico, en el cual en lugar de combinarse todas las formas de lucha, quedarán suspendidas las acciones de las guerrillas y las UTC. Para que las guerrillas y UTC puedan replegarse en orden y el movimiento revolucionario introducir cambios en su táctica, son indispensables varias condiciones, especialmente mantener la unidad y cohesión internas, mantener una férrea disciplina, apoyar y ayudar al núcleo dirigente. Para lograr estas condiciones el Partido y la Juventud deberán actuar en dos direcciones. Primero, mediante la persuasión, suministrando toda clase de razones y argumentos políticos en respaldo a los nuevos cambios tácticos, discu-

tiendo con serenidad a todos los que sea necesario convencer. Segundo, librando una activa lucha contra la tendencia aventurera y las provocaciones, síntesis de los dos documentos presentados por prominentes miembros del Buró Político a la consideración de ese organismo.

« La otra, mayoritaria en la base del Partido, pero debilitada en el seno de los organismos superiores de dirección que encabeza decididamente el compañero Douglas Bravo, que no sólo se opone al viraje y cambio de táctica, sino que formula fuertes críticas a la forma como se ha venido conduciendo la lucha revolucionaria.

« Como se ve, el centro de las divergencias está en la lucha armada, a la cual se ha venido oponiendo desde el comienzo un grupo de dirigentes del Partido Comunista venezolano.

« No me cabe la menor duda de que la sanción del compañero Douglas es el inicio del viraje, y que ella está orientada a eliminar, por las vías disciplinarias, a quienes se oponen a la apertura de un nuevo periodo táctico, en el cual, en lugar de combinarse todas las formas de lucha, quedarán suspendidas las acciones de las guerrillas y UTC.

« En una situación como ésta, la decisión de ampliar los organismos integrados de dirección, incorporando a ellos a los cuadros más consecuentes y firmes, es un paso de importante magnitud.

« La mayoría del Buró Político se ha opuesto a esa medida y ha procedido a desautorizarnos públicamente, negando validez y legitimidad a los organismos constituidos.

« Nosotros, por nuestra parte, nos mantenemos firmes y hemos visto con gran simpatía la aparición de una fuerte corriente de opinión que nos apoya, tanto en los frentes guerrilleros, como en los organismos medios y de base del Partido Comunista venezolano, además del respaldo encontrado en miembros del Comité Central, de los otros Partidos miembros del FLN y en las unidades urbanas de las FALN.

« Está abierto un periodo de clarificación ideológica y de precisión del camino revolucionario. Hay un factor transitoriamente desfavorable en esta situación y que nos coloca en una situación de dificultad, es el problema de los recursos económicos, como consecuencia de

haber sido el Buró Político el que ha venido ejerciendo el control de este rubro.

« Hasta hoy toda la ayuda para el movimiento revolucionario ha estado centralizada en ese organismo, y utilizada en función de su política —es decir, estrangulaba económicamente a los focos guerrilleros».

Continúa más adelante la carta :

« Hay una elevada moral en el ánimo de nuestros combatientes y una gigantesca firmeza en el nuestro. Estamos conscientes del presente cuadro de dificultades, pero estamos seguros de que las habremos de superar en el menor tiempo. La verdad se impondrá entre los escépticos y, con ello, un periodo luminoso asomará en nuestro horizonte. ¡Pa'tras ni pa'coger impulso!

« El portador puede aportar más detalles y precisar mejor algunas cosas.

« Marchamos hacia adelante, hacia la victoria. Luchar hasta vencer. Un fuerte abrazo de tu amigo, Fabricio Ojeda ». (*Aplausos*)

[...] Las FALN no estaban integrados solamente por el Partido Comunista; las FALN estaban integradas por otras dos organizaciones, por lo menos, u otras tres organizaciones. Una de ellas era el Movimiento de Izquierda Revolucionario, que fue de las primeras organizaciones que inició la lucha; estaba constituida por las fuerzas que representaba Fabricio Ojeda, que procedían —si mal no recuerdo el nombre— del Partido Unión Republicana y estaba integrada también por el Partido Comunista y estaba integrada por algunas organizaciones de combatientes.

Véase cómo en estos dos documentos no se menciona a los aliados, como no sea para acusarlos de aventureros, anarcoaventureros; no se menciona una sola palabra de la corriente representada por Fabricio Ojeda. ¡No! Se desconoce el derecho que tenían las demás organizaciones a participar en la formulación de la línea; lanzan ya la línea, la redactan como una orden. Y no sólo violan los acuerdos tomados en un Congreso del Partido, que no pueden ser violados, sino que además desconocen a las fuerzas que con toda lealtad habían estado luchando junto al Partido.

Mas no sólo desconocen los Acuerdos del Congreso, desconocen no sólo a los aliados, desconocen a los militantes, a los combatientes,

a los guerrilleros, y ya empieza a hablar de disciplina y de imponer la disciplina.

[...] Y ésa era la situación. De tres organizaciones, dos se mantenían en la lucha. En el MIR hubo algunas deserciones de los primeros dirigentes; pero la mayoría representada por Sáez Mérida, que el caer preso fue sustituido por Américo Martín, que actualmente se encuentra al frente de los combatientes del MIR en El Bachiller, mantuvieron su posición en favor de la lucha armada, y continuaron con su línea adelante. Fabricio mantuvo su línea hasta la muerte. Y Douglas, y los comandantes guerrilleros de mayor prestigio, mantuvieron la suya.

[...] ¿Cómo nosotros vamos a considerar a Douglas Bravo un vulgar fraccionalista, un vulgar aventurero, un vulgar ambicioso, si Douglas Bravo ha hecho —en el sector del movimiento revolucionario que surge del Partido— una especie de Protesta de Baraguá contra la Paz de Zanjón que esta dirección derrotista ha querido imponer al Partido? (Aplausos)

Es por eso de nuestras simpatías y nuestra solidaridad. Y tenemos un derecho irrenunciable a expresar con toda honradez lo que pensamos y lo que sentimos.

[...] ¿En nombre de qué principios, de qué razones, de qué fundamentos revolucionarios estábamos obligados nosotros a darles la razón a los derrotistas, a la corriente derechista y claudicante? ¿En nombre del marxismo-leninismo? ¡No! En nombre del marxismo-leninismo jamás les habríamos podido dar la razón. ¿En nombre del movimiento comunista internacional? ¿Estábamos acaso obligados por el hecho de que se tratará de la dirección de un Partido comunista? ¿Es acaso ése el concepto que debemos tener del movimiento comunista internacional? Para nosotros el movimiento comunista internacional es, en primer lugar, eso, movimiento de comunistas, movimiento de combatientes revolucionarios. ¡Y quienes no sean combatientes revolucionarios no se podrán llamar comunistas! (Aplausos)

Nosotros concebimos el marxismo como un

pensamiento y una acción revolucionaria. Quienes no posean espíritu verdaderamente revolucionario, no se puede llamar comunistas. Cualquiera puede apellidarse «Aguila» y no tener una sola pluma sobre las espaldas (*Risas*). De la misma manera, hay quienes se apellidan «comunistas» y no tienen un pelo de comunistas. El movimiento comunista internacional, tal como lo concebimos nosotros, no es una iglesia, no es una secta religiosa o masónica que nos obligue a santificar cualquier debilidad, que nos obligue a santificar cualquier desviación, que nos obligue a seguir una política de compadreo con todo tipo de reformistas y seudorevolucionarios.

Nuestra posición con respecto a los partidos comunistas se basará en principios estrictamente revolucionarios. A los partidos que tengan una línea sin vacilación y sin claudicación, los partidos que a nuestro juicio tengan una línea consecuentemente revolucionaria, los apoyaremos por encima de todo; mas los partidos que atrincherados en el apellido de comunistas o de marxistas se creen monopolizadores del sentimiento revolucionario —y lo que son realmente es monopolizadores del reformismo—, no los trataremos como partidos revolucionarios. Y si en cualquier país los que se llaman comunistas no saben cumplir con el deber, apoyaremos a aquellos que, aun sin apellidarse comunistas, actúan como verdaderos comunistas en la acción y en la lucha. (Aplausos)

[...] Muchas veces viene primero la práctica y después la teoría. Y nuestro pueblo también es un ejemplo de ello, porque muchos, la inmensa mayoría de los que hoy con orgullo se proclaman marxista-leninistas, llegaron al marxismo-leninismo por los caminos de la lucha armada. Excluir, negar, rechazar *a priori* a todo aquel que desde el principio no se apellide comunista es un acto de dogmatismo y de sectarismo incalificable. Quien niegue que es precisamente el camino de la revolución, lo que llevará a los pueblos hacia el marxismo, no es marxista aunque se apellide comunista.

[...] Lo que definirá a los comunistas de este continente es su actitud frente al movimiento guerrillero, frente al movimiento guerrillero en Guatemala, en Colombia y en Venezuela.

[...] Los partidos comunistas tendrán que definirse entre los guerrilleros que combaten en Venezuela y los derrotistas que quieren renunciar, que quieren prácticamente entregar al movimiento guerrillero.

[...] Nuestra política es clara. Nosotros sólo reconocemos como representantes de los pueblos a los revolucionarios. Nosotros no consideramos a ninguno de esos gobiernos oligarcas y traidores, que rompieron con Cuba cumpliendo órdenes de la Embajada yanqui, como representantes de sus pueblos. Sólo uno de esos gobiernos, que no es un gobierno socialista, pero cuya posición internacional merece nuestro respeto, sólo uno de esos gobiernos merece tal respeto, y es el gobierno de México. (*Aplausos*)

Con los demás gobiernos, ¿cuál es nuestra posición diplomática? Con ninguno de esos gobiernos que cumplieron órdenes del imperialismo restableceremos nuestras relaciones diplomáticas; no tenemos interés, no queremos (*Aplausos*). Nosotros sólo estableceremos relaciones diplomáticas con gobiernos revolucionarios en esos países; y por tanto, con gobiernos que demuestren ser independientes. ¿Restablecer relaciones para que las rompan pasado mañana, a una simple indicación del Departamento de Estado? No. No nos gusta perder el tiempo en semejantes tonterías. ¿Relaciones económicas con esas oligarquías, que las rompieron con nosotros? No nos interesa restablecerlas hasta tanto no sean gobiernos revolucionarios los que dirijan a esos países.

Nosotros no ayudaremos financieramente a ninguna oligarquía a reprimir en sangre el movimiento revolucionario (*Aplausos*). Y quien quiera que sea, que ayude a esas oligarquías donde estén combatiendo los guerrilleros, estarán ayudando a reprimir la Revolución, porque las guerras represivas no se hacen sólo con armas sino también con los millones de pesos con que se pagan esas armas y con que se paga a los ejércitos mercenarios.

Prueba inequívoca de la falta de independencia de esos gobiernos la tenemos en el caso reciente de Colombia, que hace unos días, y con motivo del ataque de los guerrilleros a un tren, a las seis de la mañana arrestaron al Secretario General del Partido Comunista de

Colombia y a todos los miembros de la dirección de ese Partido que encontraron en sus lugares habituales. No tuvieron el menor reparo de que en ese mismo instante se encontraba una delegación de altos funcionarios soviéticos para suscribir un convenio comercial, cultural y financiero, con el gobierno de Lleras Restrepo, y que ese mismo día se decía que iba a haber una entrevista entre Lleras Restrepo y los altos funcionarios soviéticos; y ese mismo día no sólo arrestaron a toda la dirección comunista sino que algo más, asaltaron —según los cables— al local de la agencia «TASS». ¡Vaya espíritu amistoso de esas oligarquías! ¡Vaya espíritu independentista de esos títeres! ¡Vaya reciprocidad!, prueba de la falta de independencia, de la hipocresía de la política internacional de esos gobiernos títeres.

No ven acaso cómo hablan éstos de Venezuela, pretendiendo exigirle a la RAU que se retire de la Tricontinental, pretendiendo exigirle a la URSS nada menos que prácticamente rompa con Cuba, el «callejón sin salida», para entrar por la puerta ancha, amplia y amistosa del gobierno de Venezuela, ¡el gobierno que más comunistas ha asesinado en este Continente!

Y nosotros, marxistas-leninistas; hagan otros lo que quieran. ¡Jamás restableceremos relaciones con semejante gobierno!

Con nosotros han roto relaciones, nosotros no hemos roto relaciones nunca con nadie; incluso por reconocer a la República Democrática Alemana rompieron con nosotros los de la Alemania Federal. Mas nosotros no vacilamos; por una cuestión de principio, aunque nos afectara nuestros intereses económicos, sin vacilación reconocimos a la República Democrática Alemana.

No todo es color de rosa en el mundo revolucionario. Quejas y más quejas se repiten por actitudes contradictorias. Y a la vez que se condena a uno porque reanuda relaciones con la Alemania Federal, hay un tropel corriendo en busca de relaciones con oligarquías tipo Leoni y comparsa. Posición de principio en todo, posición de principio en Europa, sí, pero también de América latina; posición de principio en Asia (*Aplausos*), pero posición de principio también en América latina.

¡Condenemos la agresión imperialista a Viet Nam! ¡Condenemos el crimen que los imperialistas yanquis cometen hoy contra Viet Nam y condenémoslo con todas nuestras fuerzas y

nuestros corazones! ¡Pero condenemos desde hoy los futuros Viet Nam en América latina, condenemos desde hoy las futuras agresiones imperialistas en América latina! (*Aplausos*)

¿Qué pensarían los revolucionarios vietnamitas si nosotros enviáramos delegaciones a Viet Nam del Sur a tratar con el gobierno títere de Saigón? ¿Qué pensarán los que están luchando en las montañas de América, cuando con los títeres del imperialismo de este lado del Continente, con los títeres de las futuras agresiones e intervenciones yanquis en este Continente, desde ya buscamos estrechas relaciones?

El Leoni de hoy, el Lleras Restrepo de hoy, serán los Ngo Dinh-Diem y los Cao Ky de mañana; serán la ensarta de esos gobiernos que han pasado por Viet Nam del Sur sólo para justificar las agresiones imperialistas, sólo para legalizar las intervenciones de la Infantería de Marina yanqui. Y todos ellos, imperialistas y títeres, forman una conjura contra nuestra Patria revolucionaria y socialista, que existe no porque hayamos importado la revolución de ninguna parte, sino porque la hemos generado en nuestra propia tierra y bajo nuestro propio cielo.

[...] Invasión este país... y esto es prácticamente

lo que propugna, insinúa el señor Leoni, que no pide sanciones ahora por la coyuntura internacional, pero que quiere ir haciendo un expediente; en dos palabras: lo que quiere decir que cuando terminen en Viet Nam les llegará la hora de pedir sanciones y guerras contra nosotros, con toda claridad. Y no en balde el primero que con habló fue con « Su Señoría » el Embajador yanqui en Caracas. Pues bien: ahora o en cualquier momento, mientras agreden a Viet Nam o después que sean derrotados en Viet Nam —porque en Viet Nam van a salir derrotados, van a salir derrotados en su agresión al heroico pueblo de Viet Nam del Norte y van a salir derrotados en su agresión al heroico pueblo de Viet Nam del Sur, dirigido por el Frente de Liberación Nacional, cuya posición, cuya política apoya sin vacilaciones el Partido cubano (*Aplausos*), y que van a derrotar a los imperialistas, de lo cual no cabe la menor duda—, si creen que van a encontrarse aquí un « jamón », sepan que se van a tropezar aquí por lo menos con un Stalingrado más 3, 6 Viet Nam (*Aplausos*); y además, con media docena de Viet Nam más en el resto del continente. ¡Que lo sepan desde ahora! Y con relación a nosotros, nos basamos en cálculo matemático, en número de hombres, en volumen de fuego, y en un fuego que es más ardiente que el fuego de las armas, ¡que es el fuego de los corazones y el fuego del valor de un pueblo entero! (*Aplausos*) [...]

Mensaje a la Tricontinental

ERNESTO GUEVARA

Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota del Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide.

Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real.

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición del Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer el recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas durante estos años de pretendida paz. Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y Viet-Nam.

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figure en los anales de la guerra moderna; acribillada a bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes.

En esta guerra intervinieron, bajo la fementida bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por los Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como carne de cañón, de la población sudcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contraron con el abastecimiento y ase-

Crear dos, tres... muchos Viet - Nam, es la consigna

Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.

JOSÉ MARTÍ

soría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Viet-Nam se han sucedido acciones bélicas, sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recupera en aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubieron confrontaciones limitadas en todos los continentes, aún cuando en el americano, durante mucho tiempo, sólo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la revolución cubana diera su clarinada de alerta sobre la importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas en Playa Girón, primero, y durante la Crisis de Octubre, después.

Este último incidente pudo haber provocado una guerra de incalculables proporciones, al producirse, en torno a Cuba, el choque de norteamericanos y soviéticos.

Pero, evidentemente, el foco de las contradicciones, en este momento, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños. Laos y Viet-Nam son sacudidos por guerras civiles, que dejan de ser tales al hacerse presente, con todo su poderío, el imperialismo norteamericano, y toda la zona se convierte en una peligrosa espoleta presta a detonar.

En Viet-Nam la confrontación ha adquirido características de una agudeza extrema. Tam-

poco es nuestra intención historiar esta guerra. Simplemente, señalaremos algunos hitos de recuerdo.

En 1954, tras la derrota aniquilante de Dien-Bien-Phu, se firmaron los acuerdos de Ginebra, que dividía al país en dos zonas y estipulaba la realización de elecciones en un plazo de 18 meses para determinar quiénes debían gobernar a Viet-Nam y cómo se reunificaría el país. Los norteamericanos no firmaron dicho documento, comenzando las maniobras para sustituir al emperador Bao-Dai, títere francés, por un hombre adecuado a sus intenciones. Este resultó ser Ngo-Din-Diem, cuyo trágico fin —el de la naranja exprimida por el imperialismo— es conocido de todos.

En los meses posteriores a la firma del acuerdo, reinó el optimismo en el campo de las fuerzas populares. Se desmantelaron reductos de lucha antifrancesa en el sur del país y se esperó el cumplimiento de lo pactado. Pero pronto comprendieron los patriotas que no habría elecciones a menos que los Estados Unidos se sintieran capaces de imponer su voluntad en las urnas, cosa que no podría ocurrir, aún utilizando todos los métodos de fraude de ellos conocidos.

Nuevamente se iniciaron las luchas en el sur del país y fueron adquiriendo mayor intensidad hasta llegar al momento actual, en que el ejército norteamericano se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas títeres disminuyen su número, y sobre todo, han perdido totalmente la combatividad.

Hace cerca de dos años que los norteamericanos comenzaron el bombardeo sistemático de la República Democrática de Viet-Nam en un intento más de frenar la combatividad del sur y obligar a una conferencia desde posiciones de fuerza. Al principio, los bombardeos fueron más o menos aislados y se revestían de la máscara de represalias por supuestas provocaciones del Norte. Después aumentaron en intensidad y método, hasta convertirse en una gigantesca batida llevada a cabo por las unidades aéreas de los Estados Unidos, día a día, con el propósito de destruir todo vestigio de civilización en la zona norte del país. Es un episodio de la tristemente célebre escalada.

Las aspiraciones materiales del mundo yanqui se han cumplido en buena parte a pesar de la denodada defensa de las unidades antiaéreas vietnamitas, de los más de 1700 aviones derribados y de la ayuda del campo socialista en material de guerra.

Hay una penosa realidad: Viet-Nam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo.

La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Viet-Nam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y reparados por todo el orbe. ¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Viet-Nam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuetos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado el Viet-Nam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?

Y: ¡qué grandeza la de ese pueblo! ¡Qué estoicismo y valor, el de ese pueblo! Y qué lección para el mundo entraña esa lucha.

Hasta dentro de mucho tiempo no sabremos si el presidente Johnson pensaba en serio iniciar algunas de las reformas necesarias a un pueblo —para limar aristas de las contradicciones de clase que asoman con fuerza explosiva y cada vez más frecuentemente—. Lo cierto es que las mejoras anunciadas bajo el pomposo título de lucha por la gran sociedad han caído en el sumidero de Viet-Nam.

El más grande de los poderes imperialistas siente en sus entrañas el desangramiento provocado por un país pobre y atrasado y su fabulosa economía se resiente del esfuerzo de guerra. Matar deja de ser el más cómodo negocio de los monopolios. Armas de contención,

y no en número suficiente, es todo lo que tienen estos soldados maravillosos, además del amor de su patria, a su sociedad y un valor a toda prueba. Pero el imperialismo se empantana en Viet-Nam, no halla camino de salida y busca desesperadamente alguno que le permita sortear con dignidad este peligroso trance en que se ve. Mas los « cuatro puntos » del Norte y « los cinco » del Sur lo atenazan, haciendo aún más decidida la confrontación.

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, sólo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible, e inaceptable, dado por los norteamericanos.

Y, a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Viet-Nam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra, es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos.

Pero, en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos no ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera aún a países de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esta ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos son diferentes a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

El campo fundamental de la explotación del imperialismo abarca los tres continentes atrasados, América, Asia y África. Cada país tiene características propias, pero los continentes, en su conjunto, también las presentan.

América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas norteamericanos mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres o, en el mejor de los casos, débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo yanqui. Los norteamericanos han llegado casi al máximo de su dominación

política y económica, poco más podrían avanzar ya; cualquier cambio de la situación podría convertirse en un retroceso en su primacía. Su política es mantener lo conquistado. La línea de acción se reduce en el momento actual, al uso brutal de la fuerza para impedir movimientos de liberación, de cualquier tipo que sean.

Bajo el slogan, « no permitiremos otra Cuba », se encubre la posibilidad de agresiones a mansalva, como la perpetrada contra Santo Domingo, o anteriormente, la masacre de Panamá, y la clara advertencia de que las tropas yanquis están dispuestas a intervenir en cualquier lugar de América donde el orden establecido sea alterado, poniendo en peligro sus intereses. Esa política cuenta con una impunidad casi absoluta; la OEA es una máscara cómoda, por desprestigiada que esté; la ONU es de una ineficiencia rayana en el ridículo o en lo trágico; los ejércitos de todos los países de América están listos a intervenir para aplastar a sus pueblos. Se ha formado, de hecho, la internacional del crimen y la traición.

Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.

Asia es un continente de características diferentes. Las luchas de liberación contra una serie de poderes coloniales europeos, dieron por resultado el establecimiento de gobiernos más o menos progresistas, cuya evolución posterior ha sido, en algunos casos, de profundización de los objetivos primarios de la liberación nacional y en otros de reversión hacia posiciones proimperialistas.

Desde el punto de vista económico, Estados Unidos tenía poco que perder y mucho que ganar en Asia. Los cambios le favorecen; se lucha por desplazar a otros poderes neocoloniales, penetrar nuevas esferas de acción en el campo económico, a veces directamente, otras utilizando al Japón.

Pero existen condiciones políticas especiales, sobre todo en la península indochina, que le dan características de capital importancia al Asia y juegan un papel importante en la estrategia militar global del imperialismo norteamericano. Este ejerce un cerco a China a través de Corea del Sur, Japón, Taiwan, Viet-Nam del Sur y Tailandia, por lo menos.

Esa doble situación; un interés estratégico tan importante como el cerco militar a la República Popular China y la ambición de sus capitales por penetrar esos grandes mercados que todavía no dominan, hacen que el Asia sea uno de los lugares más explosivos del mundo actual, a pesar de la aparente estabilidad fuera del área vietnamita.

Perteneciendo geográficamente a este continente, pero con sus propias contradicciones, el Oriente Medio está en plena ebullición, sin que se pueda prever hasta donde llegará esa guerra fría entre Israel, respaldada por los imperialistas, y los países progresistas de la zona. Es otro de los volcanes amenazadores del mundo.

El Africa, ofrece las características de ser un campo casi virgen para la invasión neocolonial. Se han producido cambios que, en alguna medida, obligaron a los poderes neocoloniales a ceder sus antiguas prerrogativas de carácter absoluto. Pero, cuando los procesos se llevan a cabo ininterrumpidamente, al colonialismo sucede, sin violencia, un neocolonialismo de iguales efectos en cuanto a la dominación económica se refiere.

Estados Unidos no tenía colonias en esta región y ahora lucha por penetrar en los antiguos cotos cerrados de sus socios. Se puede asegurar que Africa constituye, en los planes estratégicos del imperialismo norteamericano, su reservorio a largo plazo; sus inversiones actuales sólo tienen importancia en la Unión Sudafricana y comienza su penetración en el Congo, Nigeria y otros países, donde se inicia una violenta competencia (con carácter pacífico hasta ahora) con otros poderes imperialistas.

No tiene todavía grandes intereses que defender salvo su pretendido derecho a intervenir en cada lugar del globo en que sus monopolios olfateen buenas ganancias o la existencia de grandes reservas de materias primas.

Todos estos antecedentes hacen lícito el planteamiento interrogante sobre las posibilidades de liberación de los pueblos a corto o mediano plazo.

Si analizamos el Africa veremos que se lucha con alguna intensidad en las colonias portuguesas de Guinea, Mozambique y Angola, con particular éxito en la primera y con éxito variable en las dos restantes. Que todavía se asiste a la lucha entre los sucesores de Lumumba y los viejos cómplices de Tshombe

en el Congo, lucha que, en el momento actual, parece inclinarse a favor de los últimos, los que han «pacificado» en su propio provecho una gran parte del país, aunque la guerra se mantenga latente.

En Rhodesia el problema es diferente: el imperialismo británico utilizó todos los mecanismos a su alcance para entregar el poder a la minoría blanca que lo detenta actualmente. El conflicto, desde el punto de vista de Inglaterra, es absolutamente artificial, sólo que esta potencia, con su habitual habilidad diplomática —también llamada hipocresía en buen romance— presenta una fachada de disgustos ante las medidas tomadas por el gobierno de Ian Smith, y es apoyada en su taimada actitud por algunos de los países del Commonwealth que la siguen, y atacada por una buena parte de los países del Africa Negra, sean o no dóciles vasallos económicos del imperialismo inglés.

En Rhodesia la situación puede tornarse sumamente explosiva si cristalizan los esfuerzos de los patriotas negros para alzarse en armas y este movimiento fuera apoyado efectivamente por las naciones africanas vecinas. Pero por ahora todos los problemas se ventilan en organismos tan inocuos como la ONU, el Commonwealth o la OUA.

Sin embargo, la evolución política y social del Africa no hace prever una situación revolucionaria continental. Las luchas de liberación contra los portugueses deben terminar victoriosamente, pero Portugal no significa nada en la nómina imperialista. Las confrontaciones de importancia revolucionaria son las que ponen en jaque a todo el aparato imperialista, aunque no por eso dejemos de luchar por la liberación de las tres colonias portuguesas y por la profundización de sus revoluciones.

Cuando las masas negras de Sud Africa o Rhodesia inicien su auténtica lucha revolucionaria, se habrá iniciado una nueva época en el Africa. O, cuando las masas empobrecidas de un país se lancen a rescatar su derecho a una vida digna, de las manos de las oligarquías gobernantes.

Hasta ahora se suceden los golpes cuartelarios en que un grupo de oficiales reemplaza a otro o a un gobernante que ya no sirva sus intereses de casta y a los de la potencias que los manejan solapadamente pero no hay convulsiones populares. En el Congo se dieron fugazmente estas características impulsadas por el recuerdo

de Lumumba, pero han ido perdiendo fuerzas en los últimos meses.

En Asia, como vimos, la situación es explosiva, y no son sólo Viet-Nam y Laos, donde se lucha, los puntos de fricción. También lo es Cambodia, donde en cualquier momento puede iniciarse la agresión directa norteamericana, Tailandia, Malasia y, por supuesto, Indonesia, donde no podemos pensar que se haya dicho la última palabra pese al aniquilamiento del Partido Comunista de ese país, al ocupar el poder los reaccionarios. Y, por supuesto, el Oriente Medio.

En América Latina se lucha con las armas en la mano en Guatemala, Colombia, Venezuela y Bolivia y despuntan ya los primeros brotes en Brasil. Hay otros focos de resistencia que aparecen y se extinguen. Pero casi todos los países de este continente están maduros para una lucha de tipo tal, que para resultar triunfante, no puede conformarse con menos que la instauración de un gobierno de corte socialista.

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo «internacional americano», mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amor común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos: esta rebelión, ¿cómo fructificará?; ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo que, dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales. Será escenario de muchas grandes batallas dadas por la humanidad para su liberación.

En el marco de esa lucha de alcance continental, las que actualmente se sostienen en forma activa son sólo episodios, pero ya han dado los mártires que figurarán en la historia americana como entregando su cuota de sangre necesaria en esta última etapa de la lucha por la libertad plena del hombre. Allí figurarán los nombres del Cmdte. Turcios Lima, del cura Camilo Torres, del Cmdte. Fabricio Ojeda, de los

Cmdtes. Lobatón y Luis de la Puente Uceda, figuras principalísimas en los movimientos revolucionarios de Guatemala, Colombia, Venezuela y Perú.

Pero la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes; César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.

Nuevos brotes de guerra surgirán en estos y otros países americanos, como ya ha ocurrido en Bolivia, e irán creciendo, con todas las vicisitudes que entraña este peligroso oficio de revolucionario moderno. Muchos morirán víctimas de sus errores, otros caerán en el duro combate que se avecina; nuevos luchadores y nuevos dirigentes surgirán al calor de la lucha revolucionaria. El pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores en el marco selectivo de la guerra misma, y los agentes yanquis de represión aumentarán. Hoy hay asesores en todos los países donde la lucha armada se mantiene y el ejército peruano realizó, al parecer, una exitosa batida contra los revolucionarios de ese país, también asesorado y entrenado por los yanquis. Pero si los focos de guerra se llevan con suficiente destreza política y militar, se harán prácticamente imbatibles y exigirán nuevos envíos de los yanquis. En el propio Perú, con tenacidad y firmeza, nuevas figuras aún no completamente conocidas, reorganizan la lucha guerrillera. Poco a poco, las armas absolutas que bastan para la represión de las pequeñas bandas armadas, irán convirtiéndose en armas modernas y los grupos de asesores en combatientes norteamericanos, hasta que, en un momento dado, se vean obligados a enviar cantidades crecientes de tropas regulares para asegurar la relativa estabilidad de un poder cuyo ejército nacional títere se desintegra ante los combates de las guerrillas. Es el camino de Viet-Nam; es el camino que deben seguir los pueblos; es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como Juntas de Coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa.

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es

la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del Segundo o Tercer Viet-nam o del Segundo y Tercer Viet-Nam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales—instrumentos de dominación—, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta.

El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá; a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una Revolución Socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

Debemos realizar una tarea de tipo general que tenga como finalidad táctica sacar el enemigo de su ambiente obligándolo a luchar en lugares donde sus hábitos de vida choquen con la realidad imperante. No se debe despreciar al adversario; el soldado norteamericano tiene capacidad técnica y está respaldado por medios de tal magnitud que lo hacen temible. Le falta esencialmente la motivación ideológica que tienen en grado sumo sus más enconados rivales de hoy: los soldados vietnamitas. Solamente podremos triunfar ese ejército en la medida en que logremos minar su moral. Y ésta se mina infligiéndole derrotas y ocasionándole sufrimientos repetidos.

Pero este pequeño esquema de victorias encierra dentro de sí sacrificios inmensos de los pueblos, sacrificios que deben exigirse desde hoy, a la luz del día y que quizás sean menos dolorosos que los que debieron soportar si rehuyéramos constantemente el combate, para tratar de que otros sean los que nos saquen las castañas del fuego.

Claro que, el último país en liberarse, muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los

sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas, se le ahorrará a ese pueblo. Pero tal vez sea imposible eludir esa lucha o sus efectos, en una contienda de carácter mundial y se sufra igual o más aún. No podemos predecir el futuro, pero jamás debemos ceder a la tentación claudicante de ser los abanderados de un pueblo que anhela su libertad, pero reniega de la lucha que ésta conlleva y la espera como un mendrugo de victoria.

Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes—donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares— en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruídas por el bombardeo enemigo.

Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla.

Los comienzos no serán fáciles; serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir, después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos. La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas. El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selec-

tiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aún dentro de los mismos: atacarlo donde quiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Viet-Nam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aún, un europeo.

Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado.

Es la hora de atemperar nuestras discrepancias y ponerlo todo al servicio de la lucha.

Que agitan grandes controversias al mundo que lucha por la libertad, lo sabemos todos y no lo podemos esconder. Que han adquirido un carácter y una agudeza tales que luce sumamente difícil, si no imposible, el diálogo y la conciliación, también lo sabemos. Buscar métodos para iniciar un diálogo que los contendientes rehuyen es una tarea inútil. Pero el enemigo está allí, golpea todos los días y amenaza con nuevos golpes y esos golpes nos unirán, hoy, mañana o pasado. Quienes antes lo captan y se preparan a esa unión necesaria tendrán el reconocimiento de los pueblos.

Dadas las virulencias e intransigencias con que se defiende cada causa, nosotros, los desposeídos, no podemos tomar partido por una u otra forma de manifestar las discrepancias, aún cuando coincidamos a veces con algunos planteamientos de una u otra parte, o en mayor

medida con los de una parte que con los de la otra. En el momento de la lucha, la forma en que se hacen visibles las actuales diferencias constituyen una debilidad; pero en el estado en que se encuentran, querer arreglarlas mediante palabras es una ilusión. La historia las irá borrando o dándoles su verdadera explicación.

En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecución de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes.

Sinteticemos así nuestras aspiraciones de victoria: destrucción del imperialismo mediante la eliminación de su baluarte más fuerte: el dominio imperialista de los Estados Unidos de Norteamérica. Tomar como función táctica la liberación gradual de los pueblos, uno a uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno; liquidándole sus bases de sustentación, que son sus territorios dependientes.

Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria.

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Viet-Nam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados; la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aún dentro de su propio territorio.

¿Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Viet-Nam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos

al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y ciertos, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos

orgullosos de haber aprendido de la Revolución Cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: «qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad».

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

CHE

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lienwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
J.J. Arévalo	Fábula del tiburón y la sardina	(Palestra)	15,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí: el heroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F

La enseñanza esencial del presente *

I. *¿Qué hay que fortalecer hoy, el Partido o la Guerrilla, germen del ejército popular? ¿Cuál es el eslabón decisivo? ¿Dónde poner el esfuerzo principal?*

Tal es, hoy, la cuestión sobre la cual se dividen los militantes en los países, vanguardia de la América latina, donde operan las guerrillas.

Mañana se planteará entre los militantes de otros países.

En lo inmediato la cuestión se plantea como un dilema.

Esta cuestión ha encontrado una respuesta clásica en la historia del marxismo y en la historia a secas. Respuesta tan bien afinada, que el solo hecho de plantear la cuestión en esa forma parece a muchos *una herejía*. El Partido es el que hay que fortalecer primero, pues él es creador y el núcleo dirigente del Ejército Popular. Sólo el Partido de la clase obrera puede crear un verdadero ejército del pueblo —garante de una línea política científicamente elaborada— y conquistar el poder en provecho de los trabajadores.

Ortodoxia teórica: No se trata de destruir al ejército sino de apoderarse del poder del Estado, a fin de transformar la estructura social. El poder del Estado burgués tiene su nivel propio como superestructura (política, jurídica, constitucional, etc.), y no se confunde con su aparato represivo. Si se trata de destruir el poder *político* existente y hacer de él el instrumento de la dictadura democrática de los explotados, corresponde a los representantes de las clases explotadas y a su vanguardia, la clase obrera, librar ese combate *político*, incluida, en su forma armada, la guerra civil revolucionaria. Ahora bien, una clase se hace representar por un partido político y no por un instrumento militar. El proletariado, por el Partido que expresa su ideología de clase: el marxismo-leninismo. Sólo la dirección de ese Partido puede defender científicamente sus intereses de clase.

* Del libro *Revolución en la revolución*. Casa de las Américas, La Habana (Cuba). Existe edición en lengua francesa: François Maspero, éditeur, Paris, 1967.

En efecto, si se trata de intervenir en el conjunto de la formación social, es necesario tener el conocimiento científico de la sociedad en la complejidad de sus diferentes niveles (político, ideológico, económico, etc.) y su desarrollo. Solamente con esta condición es posible librar una lucha global en todos los niveles, y la lucha militar no es sino un nivel de intervención entre otros, con sentido sólo dentro de una intervención global, en todos los niveles, de las fuerzas populares contra la sociedad burguesa. Sólo el partido obrero, sobre la base de una interpretación científica de la formación social y de una coyuntura dada, puede decidir las consignas, los objetivos y las alianzas requeridas en un momento dado. En resumen, determinar el contenido político y el fin a perseguir, de cuya ejecución el Ejército Popular no es más que un instrumento. Tomar dicho ejército por el Partido sería tomar el instrumento por el propósito, el medio por el fin, confusión propia de la tecnocracia. De ahí la denominación de «tecnicismo» o «militarismo» dada a esa desviación.

Ortodoxia histórica: Esos principios han sido aplicados hasta ahora en las victoriosas luchas revolucionarias de nuestra época, bajo la forma de la existencia *separada* de la vanguardia política y el instrumento militar, con predominio absoluto de la primera sobre el segundo. Los guardias rojos bolcheviques estaban, en octubre de 1917, bajo las órdenes del Comité Militar del Partido y éste, a su vez, bajo el control del Comité Central, cuyas directivas aplicaba a la letra. Se dirá que el ejemplo no es probatorio, puesto que se refiere a una insurrección obrera urbana y no a una guerra del pueblo. Tomemos entonces como ejemplo a los países socialistas que han librado una larga guerra del pueblo a partir del campo. En China y en Vietnam es donde mejor resalta esta subordinación. En China es sabido cómo el principio «la política dirige al fusil» (Mao Tse-tung) se expresó en la realidad bajo la forma de la dirección vigilante del ejército por el Partido. En Vietnam, Giap escribe:

El primer principio fundamental en la organización de nuestro ejército es la necesidad imperiosa de colocar el ejército bajo la

dirección del Partido y fortalecer sin cesar la dirección del Partido. El Partido es el fundador, el organizador y el educador del ejército. Sólo su dirección exclusiva puede permitir al ejército mantener su conciencia de clase, orientarse políticamente y cumplir sus tareas revolucionarias. Ejército del Pueblo, Guerra del Pueblo (p. 137).

Expresión práctica de ese principio: en el seno mismo del Ejército de Liberación vietnamita, el sistema de comisarios políticos y de los Comités del Partido. Ellos son los directores efectivos de las unidades militares y no simples auxiliares políticos. En cuanto al aspecto ejecutivo, los jefes de unidad son responsables ante el Comité del Partido, que imparte las directivas de acuerdo con los principios de dirección colectiva y responsabilidad individual, y esto en todos los escalones hasta la célula de base. « La compañía no es fuerte si la célula no es fuerte », dice Giap. En China el Comité de Partido se hallaba en el escalón del regimiento. De 7 a 9 miembros componen el Comité, entre ellos el comandante del regimiento, con la misma jerarquía que el comisario político. Ese Comité de Partido orienta a las unidades subalternas; batallones y compañías no tienen Comité de Partido, sino instructores políticos. Estos últimos distribuyen a los militantes entre los diversos pelotones de la compañía. La regla se aplica arriba y abajo. El Estado Mayor no se divide en 4 o 5 servicios, como en el Ejército capitalista, sino en dos esenciales, logístico de un lado, y político-militar de otro, donde el servicio político es de rango igual que el servicio de operaciones.

Para ser breves contentémonos con un símbolo. Esta distinción de la instancia política y la instancia militar tiene nombres: Mao-Tse-tung y Chuh Teh en el curso de la guerra civil revolucionaria y la Gran Marcha; Ho Chi-minh y Giap en el curso de la guerra contra los franceses. Se añadirá quizá Lenin y Trotsky durante las guerras de intervención imperialista en la Unión Soviética.

En Cuba, un solo hombre ha reunido la dirección militar (operacional) y la dirección política: Fidel Castro.

¿ Es un azar sin significación o es el indicio de una situación militar diferente? ¿ Es una excepción o el anuncio de algo más profundo? ¿ Qué dice a esto la experiencia actual de América latina?

Al menos hay que descifrar a tiempo esta experiencia y no condenar apresuradamente la historia real en trance de hacerse porque deroga los principios.

Me acusan de hereje [dijo recientemente Fidel Castro]. Dicese que soy un hereje dentro del terreno del marxismo-leninismo. ¡Hum! Esto hace gracia porque organizaciones llamadas « marxistas », que se llevan como el perro y el gato y se disputan la verdad revolucionaria, nos imputan a nosotros que queremos aplicar mecánicamente la fórmula de Cuba. Nos imputan que desconocemos el papel del Partido, nos imputan que somos herejes dentro del campo del marxismo-leninismo.

En los hechos, los que quieren aplicar mecánicamente fórmulas a la realidad latinoamericana son precisamente esos mismos « marxistas », pues conviene siempre al que ha cometido un robo gritar primero « ¡al ladrón! » ¿ Pero qué dice Fidel Castro para verse tratado de « herético », de « subjetivo », de « pequeñoburgués »? ¿ Qué mensaje explosivo tiene que transmitir para que en las capitales de los países de América y de los países socialistas de Europa y Asia todos los que « piensan desarrollar la guerra revolucionaria por telepatía », « los sin criterio », hagan coro contra la Revolución Cubana?

¿ Quiénes harán la revolución en la América latina? ¿ Quiénes? El pueblo, los revolucionarios, con Partido o sin Partido. (Fidel.)

Fidel Castro dice simplemente que no hay revolución sin vanguardia; que esa vanguardia no es, necesariamente, el Partido marxista-leninista; y que los que quieren hacer la revolución tienen el derecho y el deber de constituirse en vanguardia, independientemente de esos partidos.

Se necesita coraje para registrar en voz alta los hechos tal como son, cuando esos hechos desmienten una tradición. No hay, pues, equivalencia metafísica vanguardia = partido marxista-leninista; hay conjunciones dialécticas entre una función dada —la de la vanguardia en la historia— y una forma de organización dada —la del partido marxista-leninista—, conjunción que resulta de una historia anterior de la cual depende. Los partidos están en la tierra y sometidos a las durezas de las dialécticas de aquí abajo. Si han nacido, pueden morir y renacer bajo otras formas. ¿ Cómo se opera ese renacimiento? ¿ Bajo qué forma puede reaparecer la vanguardia histórica?

Procedamos por orden.

Primera cuestión:

¿Por qué se puede contemplar o anunciar que en las circunstancias actuales puede haber Revolución «con o sin Partido»? Hay que plantear esta cuestión, no para reavivar inútiles y estériles rencores (que benefician en primer lugar a la contrarrevolución, dondequiera que sea), sino porque condiciona la respuesta a la segunda.

Segunda cuestión:

¿Bajo qué forma puede reaparecer la vanguardia histórica?

Lo que es depende de lo que fue, y lo que será de lo que es. La primera cuestión, la de los partidos, tal como son, es una cuestión de historia. Para responder a ella hay que mirar al pasado.

Un partido está marcado por sus condiciones de nacimiento, por su desarrollo y por la clase o alianza de clases que representa, según el medio social en que se desarrolló. Tomemos siempre los mismos contraejemplos para detectar qué condiciones históricas permiten la aplicación del esquema tradicional de las relaciones Partido-Ejército guerrillero: en China y en Vietnam.

Primero, el Partido chino y el Partido vietnamita han estado ligados desde su nacimiento al problema de la instauración del poder revolucionario, no por un lazo teórico, sino práctico: lo han vivido desde un principio bajo la forma de una dolorosa experiencia. El Partido chino nace en 1921, en plena ascensión de la revolución democrática burguesa de Sun Yat Sen, en la cual participa, ya que está afiliado al Kuomintang. Recibe desde su nacimiento la ayuda directa de la Misión Soviética, que comprende consejeros militares, dirigida por Joffe y después por Borodin. Este último organizó enseguida, después de su llegada, el entrenamiento de oficiales comunistas chinos en la Academia Militar de Whampoa, lo que permite rápidamente al Partido chino, como dijo Mao en 1938, «ver la importancia de los asuntos militares». Tres años después de su nacimiento vive la experiencia desastrosa de la primera guerra civil revolucionaria (1924-1927), de la insurrección urbana y la huelga de Cantón en la cual toma parte como fuerza dirigente. Experiencia que asimila y transforma, bajo la égida de Mao Tse-tung, en conocimiento autocrítico y que da origen a la adopción de una línea opuesta —opuesta aun a los consejos de la

III Internacional— el repliegue al campo y la ruptura con el Kuomintang. El Partido vietnamita nace en 1930, organiza sobre la marcha insurrecciones campesinas, pronto reprimidas y dos años más tarde define su línea, bajo la égida de Ho Chi-minh, en su primer programa de acción: «La única vía de la liberación es la lucha armada de las masas.» «Nuestro Partido —escribe Giap— surgió cuando el movimiento revolucionario vietnamita estaba en pleno auge. Desde el comienzo dirigió a los campesinos, los impulsó a alzarse y a instaurar el poder revolucionario. Así, pues, tuvo conciencia rápidamente de los problemas que plantear el poder revolucionario y la lucha armada.» En resumen, esos Partidos se transforman, al cabo de pocos años de su fundación, en Partidos de vanguardia, dotados de una línea política propia, elaborada independientemente de las fuerzas socialistas internacionales y profundamente ligados a su pueblo.

Segundo, en el curso de su desarrollo posterior, las contradicciones internacionales van a colocar a estos partidos —como el partido bolchevique unos años antes— a la cabeza de la resistencia popular contra el imperialismo extranjero: en China, contra la invasión japonesa a partir de 1937; en el Vietnam, contra los japoneses también, a partir de 1939, y contra los colonialistas franceses a partir de 1945. Así, pues, la revolución antifeudal se transforma en revolución antiimperialista; esta última acelera a la primera. La lucha de clases adopta la forma de una guerra patriótica, y la instauración del socialismo corresponde a la restauración de la independencia nacional: las dos están ligadas. A la cabeza de la guerra del pueblo contra el extranjero, esos Partidos se consolidan, pues, como los abanderados de la Patria. Se confunden con ésta.

Tercero, las circunstancias de esta misma guerra de Liberación llevan a partidos originalmente compuestos de estudiantes y de lo mejor de la élite obrera, a replegarse hacia el campo y librar una guerra de guerrillas contra el ocupante. Se funden entonces con los campesinos y los pequeños propietarios; el Ejército Rojo y las Fuerzas de Liberación —Vietminh— se transforman en Ejército Campesino bajo la dirección del Partido de la clase obrera. Realizan en la práctica la alianza de la clase mayoritaria y la clase de vanguardia: la alianza obrero-campesina. El Partido Comunista, en ese caso, es el resultado y el motor de esa alianza. Los dirigentes, igual: no artificialmente nombrados por un Congreso o subrogados por

una tradición, sino probados, labrados y templados por esa terrible lucha que han hecho victoriosa. La función hace al funcionario, pero paradójicamente, sólo personajes históricos « hacen la historia ».

Sin entrar en los detalles, las circunstancias históricas no han permitido a los Partidos Comunistas latinoamericanos, en su gran mayoría, el mismo arraigo ni igual desarrollo. Las condiciones de su fundación, su crecimiento, sus lazos con las clases explotadas son evidentemente otras. Cada uno de ellos tendrá su historia propia, pero se asemejan por lo menos en que no han vivido hasta el mismo punto el problema de la conquista del poder, desde su fundación; que no han tenido la ocasión de situarse a la cabeza de una guerra de liberación nacional, en países dotados de una independencia política formal; y no han podido, pues, realizar la alianza obrero-campesina: conjunto coherente de limitaciones debidas a condiciones históricas compartidas.

El resultado natural de esta historia es una cierta conformación de los organismos dirigentes y de los partidos mismos, adaptada a las circunstancias en que han visto la luz y han crecido. Pero, por definición, las coyunturas históricas no son inmutables. La Revolución Cubana y la mecánica que ha desatado en toda la América latina han trastornado los viejos panoramas. Una lucha armada revolucionaria, allí donde existe, como allí donde se prepara, reclama una profunda transformación de los hábitos del tiempo de paz. La guerra, como se sabe, es la prolongación de la política, pero bajo formas y con medios particulares. Ocurre como si la dirección efectiva de una lucha armada revolucionaria exigiera un nuevo estilo de dirección, un nuevo modo de organización y nuevos reflejos físicos e ideológicos en los responsables y los militantes.

Un nuevo estilo de dirección: Está ampliamente probado que no se dirige una guerra de guerrillas desde el exterior, sino desde adentro y aceptando su cuota de riesgos. En el país en que se desarrolla una guerra de esta clase es, pues, necesario que el grueso de la dirección abandone la ciudad y se incorpore al ejército guerrillero. Es ésta, en primer lugar, una medida de seguridad que garantiza la supervivencia de los dirigentes políticos. Un Partido de la América latina ha tomado ya esta decisión. Ese mismo Partido ha transformado igualmente su Comité Central, reemplazando la mayor parte de los viejos dirigentes por hombres jóvenes, directamente ligados a la guerra o a la lucha

clandestina urbana. La reconversión del Partido corre pareja, pues, con su rejuvenecimiento. En la América latina, existe un lazo profundo entre biología e ideología dondequiera que la lucha armada está en el orden del día. Por absurda o chocante que parezca esta relación, no por ello es menos determinante. Un hombre viejo, habituado a la atmósfera de la ciudad, hecho a otras circunstancias y propósitos, se incorpora con dificultad a la montaña o, en menor medida, a una clandestinidad activa en las ciudades. Aparte de los factores morales (convencimiento), de todos los adiestramientos requeridos para la guerra de guerrillas, el físico es el fundamental. Los dos marchan a la par. Una perfecta educación marxista no es, para comenzar, condición imperativa. Que un hombre viejo posea una militancia a toda prueba —una formación revolucionaria— no basta ¡ay! para afrontar la vida guerrillera, sobre todo al comienzo. La aptitud física es condición de ejercicio de todas las otras, aptitudes posibles: trivialidad de aspecto poco teórico, pero la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce.

Una organización nueva: La reconversión del Partido en un organismo director eficaz, a la altura del momento histórico, le impone también romper con la pléthora de comisiones, secretariados, congresos, conferencias, amplios, plenos, reuniones y asambleas en todos los escalones: nacional, provincial, regional y local, para citar los más importantes. Frente a un estado de urgencia y ante un enemigo organizado militarmente, semejante maquinaria se revela paralizadora en el mejor caso, y homicida, en el peor. Es el origen de ese vicio deliberativo de que habla Fidel, opuesto a los métodos ejecutivos, centralizados y verticales, combinados con la gran independencia táctica de los organismos subalternos que reclama la conducción de las operaciones militares. Esta conversión exige, pues, la suspensión provisional de « la democracia interna » en el Partido y la abolición temporal de las reglas del centralismo democrático que aseguran aquélla. Aun siendo voluntario y consciente, y siéndolo más que nunca, la disciplina del Partido se convierte en disciplina militar. Una vez analizada la coyuntura, el centralismo democrático sirve para fijar una línea, elegir un Estado Mayor de dirección y luego se suspende a fin de poner la línea en práctica. Los organismos subalternos se aíslan unos de otros, reducen al mínimo su contacto con la dirección, según las reglas tradicionales de la clandestinidad, y utilizan lo mejor posible el mayor margen de iniciativa

que se les deja para poner en ejecución la línea general.

Nuevos reflejos ideológicos: Tampoco corresponden a un estado objetivo de guerra ciertos comportamientos reflejos: Hacer descansar toda una línea política sobre las contradicciones existentes entre las clases enemigas o los grupos de intereses divergentes en el seno de una misma clase social burguesa. Derivado de lo anterior, la búsqueda obsesiva de alianzas con tal o cual fracción de la burguesía; de los apoyos negociados; de las maniobras electorales de donde la clase dominante siempre sacó beneficios hasta el presente; la salvaguardia de la unidad a toda costa, por encima de los principios y de los intereses revolucionarios, que convierte al Partido poco a poco y a su supervivencia, bajo determinada forma, en un fin-en-sí, más sagrado que la revolución misma; la fiebre obsesional, herencia de un pasado abolido, y su séquito de desconfianza y soberbia, tiesura y crispamiento.

Dirigiéndose fraternalmente a compañeros del Partido en el curso de la lucha contra Batista, Che Guevara les lanzaba este exabrupto: «Ustedes son capaces de crear cuadros que se den despedazar en la oscuridad de un calabozo sin decir una palabra, pero no de formar cuadros que tomen por asalto un nido de ametralladoras». Esta observación no es en modo alguno un juicio de valor, sino una estimación política. No se trata de sustituir una cobardía por una valentía, ni mucho menos una ideología por otra, sino un coraje por otra forma de coraje, un modelo de acción (y de identificación síquica) por otro, es decir, aceptar hasta el fin las consecuencias de sus principios, hasta un punto en que exigen del militante otras formas de acción, de su sistema nervioso, otros reflejos¹.

Podemos ahora plantear la segunda cuestión. ¿Cómo superar esas lagunas? ¿En qué condiciones esos Partidos podrían reanudar su

1. Entendámonos bien. Ya pasó el momento de creer que basta ser del Partido para ser revolucionario. Pero ha llegado el momento de poner punto final a los reflejos acrimoniosos, obsesivos y estériles de todos los que creen que basta ser «antipartido» para ser revolucionario. Estos reflejos no son sino los anteriores puestos boca abajo, pero idénticos en el fondo. El maniqueísmo partidario (fuera del Partido no hay revolución) encuentra su correspondiente en el maniqueísmo antipartido (con el Partido no hay revolución): ambos son quietistas. En la América latina de hoy no se determina un revolucionario por su relación formal frente al Partido: con o contra el Partido. El valor de un revolucionario, como el de un Partido, es el de su acción.

función de vanguardia hasta en la guerra de guerrillas? ¿Mediante un trabajo político de ellos sobre sí mismos, o se requerirá históricamente otra formación? Para responder a estas preguntas del porvenir hay que mirar no ya al pasado sino al presente.

En definitiva, la cuestión se plantearía en esta forma:

II. ¿Cómo se forma el Partido de vanguardia? ¿Puede el Partido, en las condiciones existentes en la América latina, crear el ejército popular o es el ejército popular el que debe crear el Partido de vanguardia? ¿Quién es el núcleo de quién?

Muchos Partidos Comunistas tuvieron, pues, en la América latina, un falso arranque hace 30 o 40 años, por razones incontrolables, creando así una situación compleja. Ahora bien, los Partidos son instrumentos de la lucha de clases. Ahí donde el instrumento no sirve ya,² ¿debe detenerse la lucha de clase o deben forjarse nuevos instrumentos? Cuestión imbécil: esta decisión no pertenece a nadie. La lucha de clases —sobre todo en la América latina actual— bien puede ser frenada, limada, desviada, pero no se detendrá. Entonces las clases populares se inventan sus vanguardias, se las arreglan con lo que encuentran, y el deber de los revolucionarios es precipitar esta formación. ¿Pero la formación de qué exactamente?

Asistimos hoy, aquí y allá, a subversiones extrañas. El Che Guevara escribía en un artículo que la guerrilla no era un fin en sí ni una bella aventura, sino un método para alcanzar un fin: la conquista del poder político. Pero he aquí que la guerrilla viene a servir para muy otros fines: medio de presión sobre un gobierno burgués, elemento de trueque político, carta de reserva para los malos días. Tales eran los fines que ciertas direcciones políticas querían hacer endosar a sus instrumentos militares. El método revolucionario servía para fines reformistas³. Entonces, después de un tiempo de patateo, el método guerrillero se vuelve contra el fin impuesto desde fuera, contradiciéndolo, y se da su propia dirección política. Para reconciliar consigo misma, la guerrilla se constituye en Dirección Política, único medio de resolver la contradicción y desarrollarse militarmente. Observamos que en ninguna parte la guerrilla ha pretendido formar un nuevo Par-

2. Recordamos que no nos esforzamos aquí en extender nuestra descripción a los países donde la ausencia de una lucha seria por el poder ha permitido a las organizaciones políticas eludir hasta hoy las tensiones correspondientes.

tido; apunta más bien a borrar en su seno toda distinción de Partido o doctrinas entre los combatientes. Lo que unifica es la guerra y sus objetivos políticos inmediatos. El movimiento guerrillero comienza por hacer la unidad en él, en torno de las tareas militares más urgentes, que son ya tareas políticas: la unidad de los sin partido y de todos los Partidos representados en los guerrilleros. La más decisiva de las definiciones políticas es pertenecer a la guerrilla, a las Fuerzas Armadas de Liberación. Así, poco a poco, ese pequeño Ejército hace la unidad por la base de todos los Partidos, a medida que crece y obtiene las primeras victorias. Finalmente, el futuro Ejército del Pueblo engendrará el Partido del que él habría debido ser teóricamente el instrumento: en lo esencial el Partido es él.

¿No ha conocido la Revolución Cubana la misma paradoja? Se ha observado, para escandalizarse de ello, que el instrumento habitual de la conquista del poder, el Partido, ha sido elaborado *después* de la conquista del poder. Pero no: estaba presente de antemano, en germen: era el Ejército Rebelde. Fidel, simple Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, en los primeros meses de 1959 era ya dirigente del Partido, aunque no lo fuera oficialmente. Un periodista extranjero en Cuba se asombraba un día de ver tantos dirigentes comunistas en traje de campaña; creía que el « battle-dress » y el revólver pertenecían al folklore de la Revolución, una especie de afectación guerrillera en suma. ¡Pobrecito! No era la afectación, sino la historia de la Revolución misma lo que tenía delante de los ojos, y ciertamente la historia futura de América. Lo mismo que formalmente el nombre de socialismo ha venido a la Revolución después de un año de práctica socialista, el nombre del Partido ha venido después de tres años de existencia del Partido proletario en uniforme. No fue el Partido en Cuba el núcleo dirigente del Ejército Popular, como dice Giap refiriéndose al Vietnam, sino que, al revés, el Ejército Rebelde fue el núcleo dirigente del Partido, su núcleo constructor. Los primeros dirigentes del Partido vieron la luz el 26 de julio de 1953 en el Moncada. El Partido tiene la misma edad que la Revolución. Va a cumplir 14 años; Moncada, núcleo del Ejército Rebelde; Ejército Rebelde, núcleo del Partido; en torno de ese núcleo y solamente porque existía ya ese núcleo con su dirección político-militar propia, han podido aglomerarse y unirse

3. Ver artículo de Fernández y Zanetti: « Política y Guerrillas », en *El Calmán Barbudo*, No 8.

otras fuerzas políticas, para formar lo que es hoy el Partido Comunista de Cuba, del cual el zócalo y la cabeza están formados por camaradas salidos del ejército guerrillero.

La revolución latinoamericana y su vanguardia, la revolución cubana, hacen así un aporte decisivo a la experiencia revolucionaria internacional y al marxismo-leninismo.

En ciertas condiciones, la instancia política no se separa de la instancia militar: ambas forman un todo orgánico. Esta organización es la del Ejército Popular cuyo núcleo es el ejército guerrillero. El Partido de vanguardia puede existir bajo la forma propia del foco guerrillero. La guerrilla es el Partido en gestación.

Esta es la desconcertante novedad inaugurada por la Revolución Cubana.

Se trata sin duda de un aporte. Se podría juzgar esta situación excepcional como fruto de una coyuntura única y sin alcance. Al contrario: la evolución reciente de los países que se hallan en la vanguardia de la lucha armada en el continente la confirma y la refuerza. La refuerza porque, si la ideología del Ejército Rebelde cubano no era marxista, la ideología de las nuevas comandancias lo es claramente, como es claramente socialista y proletaria la revolución que se fijan como fin. Precisamente porque su línea era tan clara y su resolución tan irreversible, han tenido que separarse, en cierto punto de su desarrollo, de los Partidos de vanguardia existentes y proponerles (Guatemala) o imponerles (Venezuela) sus propias concepciones políticas, ideológicas y organizativas como base de todo acuerdo posible, a tomar o dejar. En resumen, en los dos casos, romper toda dependencia orgánica con los Partidos políticos y sustituirse a las vanguardias políticas desfallecientes. Es decir, llegar al punto de donde la Revolución Cubana había partido.

Así tiene fin un divorcio de varias décadas entre teoría marxista y práctica revolucionaria. Por contingente y frágil que pueda parecer su reconciliación, en esa guerrilla dueña de su dirección política es donde se encarna; en ese puñado de hombres « sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria un mito que sólo un revolucionario puede soñar » (Che Guevara). Esos hombres pueden morir, pero otros vendrán después de ellos, infaliblemente. Hay que arriesgarse. La unión de la teoría y la práctica no es una fatalidad, sino un combate, y ningún combate

se gana de antemano: si ella no está ahí no estará en ninguna parte.

La guerrilla, si aspira realmente a una guerra política total, no puede soportar a la larga ninguna dualidad fundamental de funciones o poderes. El Che Guevara lleva la unidad hasta desear que los jefes militares y políticos que dirigen las luchas insurreccionales en América « estén unidos, si es posible, en una sola persona »⁴. Pero sea personal, como con Fidel, o colegiada, lo importante es que la Dirección sea homogénea, política y militar al mismo tiempo. Militares de carrera podrán convertirse, en el ejercicio mismo de la guerra del pueblo, en dirigentes políticos (Luis Augusto Turcios, por ejemplo, si hubiera vivido); militantes políticos podrán llegar a ser jefes militares aprendiendo el arte de la guerra al hacerla (Douglas Bravo, por ejemplo).

Al menos hace falta que puedan hacerla. *Ahora bien, una guerrilla no puede desarrollarse militarmente sino a condición de que se convierta en vanguardia política.* En tanto no elabora su línea ella misma, en tanto continúa siendo « una guerrilla de presión » o diversión política, patalea inútilmente, cualquiera que sea el éxito de sus acciones parciales. ¿Cómo tomaría la iniciativa? ¿De dónde le vendría su moral? ¿Se cree acaso que se la dejará ir « demasiado lejos » si no se quiere que catalice en ella las energías y la esperanza populares, lo que la transformará en fuerza directriz *ipso facto*? Precisamente porque es una lucha de masas, y la más radical de todas, la guerrilla tiene necesidad, para triunfar *militarmente*, de reunir *políticamente* en torno de ella la mayoría de las clases explotadas. No puede triunfar sin su participación activa y organizada, puesto que es la huelga general o la insurrección urbana generalizada lo que dará el tiro de gracia al régimen y destruirá sus últimas maniobras —golpe de Estado del último minuto, junta de reemplazo, elecciones— al extender la lucha a todo el país. Pero para llegar ahí, ¿acaso no se necesita un largo esfuerzo paciente para coordinar todas las formas de lucha desde la montaña, combinar eventualmente la acción de las milicias con la de las fuerzas regulares, los sabotajes en la retaguardia de la guerrilla suburbana con las operaciones de la guerrilla central y, fuera de la lucha armada, intervenir cada vez más en la vida civil del país?

De ahí la importancia de una emisora de radio a disposición de las fuerzas guerrilleras. La radio permite a la Comandancia establecer un contacto diario con la población residente fuera de las zonas de operaciones. Esa población recibe así instrucciones y orientaciones de orden político, que a medida que se extienden los triunfos militares tienen cada vez más eco. En Cuba la instalación de Radio Rebelde, en marzo de 1958, su frecuente utilización por Fidel, consagró la Comandancia del Ejército Rebelde como fuerza directora del movimiento revolucionario. Cada vez más, en Cuba, católicos, comunistas, ortodoxos, todos se volvían hacia la Sierra, sintonizaban la radio para saber « lo que había que hacer », « dónde se estaba », para saber también las noticias exactas. La clandestinidad se hace pública. Los métodos y los fines revolucionarios penetran en el pueblo a medida que se radicalizan. Después de la huida de Batista, Fidel denuncia por radio la maniobra del golpe de Estado en la capital, priva la clase dominante, en pocos minutos, de su última carta y redondea la victoria final. Aun antes de llegar a eso, la radio rompe la censura instaurada por el gobierno sobre las operaciones militares, censura que es hoy la regla en todos los países en lucha. Por la radio la guerrilla fuerza las puertas de la verdad y las abre de par en par al pueblo entero, sobre todo si respeta la regla moral seguida en Cuba por Radio Rebelde de no lanzar a las ondas la menor noticia inexacta, no callar jamás las derrotas ni exagerar las victorias. En pocas palabras, la emisora de radio de una nueva calidad al movimiento guerrillero. Eso explica la resistencia sorda o franca que los dirigentes de un Partido pueden oponer hoy a que el movimiento guerrillero disponga de este medio de propaganda.

Así, para que el pequeño motor ponga realmente en marcha al gran motor de las masas, sin lo cual su acción será limitada, es necesario, primero, que sea reconocido por las masas como su único intérprete y su único guía, so pena de dividir y debilitar las fuerzas del pueblo. Para que se opere ese reconocimiento es preciso que la guerrilla asuma todas las funciones de mando, políticas y militares. Todo movimiento guerrillero que quiera llevar hasta el fin la guerra del pueblo convertirse, si es necesario, en ejército regular y comenzar una guerra de movimiento y posiciones, deberá, en la América latina, llegar a ser la vanguardia política indiscutida, con lo esencial de su dirección incorporada a su mando militar.

¿Cómo se justifica esta herejía? ¿Con qué

4. Che Guevara, Guerra de guerrillas, un método.

título puede el movimiento guerrillero reivindicar para sí, vertebralmente, esa responsabilidad?

A título de la alianza de clases que sólo él puede sellar, la misma que tomará el poder y lo administrará, la misma cuyos intereses son los del socialismo: la alianza obrero-campesina. El ejército guerrillero sella esta alianza en la acción, él mismo lo es en persona. Cuando se arroga las prerrogativas de dirigente político, ese ejército no hace sino ser consecuente con su contenido de clase, previendo los peligros de mañana. Sólo él puede garantizar, después de la victoria, que el poder popular no será desnaturalizado. Si en el curso mismo de la guerra emancipadora no asume las funciones de dirección política, mucho menos podrá asumirlas al final de la guerra, y la burguesía, de seguro, con todo el apoyo imperialista necesario, sabrá aprovechar la situación. Observamos solamente en qué dificultades ha puesto a la Argelia de hoy la división de ayer entre los combatientes del interior y su gobierno político exterior. No hay mejor ejemplo de los riesgos que implica, en ausencia de un partido marxista de vanguardia, la separación de las funciones militares y políticas. Así es la guerra civil revolucionaria que cementa los agentes históricos de la nueva sociedad.

Dice Lenin, en sus últimas notas: « La guerra civil ha soldado a la clase obrera y al campesinado y eso es la garantía de una fuerza invencible. »⁵

En la montaña, pues, se encuentran por primera vez campesinos, obreros e intelectuales. La integración no es muy fácil al principio. En el seno de un campamento pueden dividirse en grupos como en otro tiempo en clases. Los campesinos, sobre todo si son de origen indio se aíslan y hablan su lengua entre sí, quechua o cakchiquel. Los otros que saben escribir y hablar bien, ponen espontáneamente tienda aparte. Desconfianza, timidez, costumbres que deben vencerse poco a poco, mediante un trabajo político incansable, del cual los jefes dan el ejemplo. Esos hombres tienen todos, algo que aprender unos de otros, comenzando por sus diferencias. Como deben adaptarse a las mismas condiciones de vida y participan en una misma empresa, se adaptan unos a otros. Lentamente la vida común, los combates, las fatigas soportadas juntos forjan una alianza que tiene la fuerza simple de la amistad. Por

5. Plan de un discurso no pronunciado en el X Congreso de los Soviets de Rusia, diciembre de 1922. *Obras completas*, tomo 3º. Los subrayados son de Lenin.

lo demás, la primera ley de una guerrilla es que en ella no se sobrevive solo. El interés del grupo es el interés de cada uno y viceversa. Vivir y vencer es vivir y vencer todos juntos. Que un solo combatiente se arrastre y quede rezagado de la columna en marcha, y toda la columna se verá comprometida en su rapidez y su seguridad. En la retaguardia está el enemigo: imposible dejar al compañero en el camino ni devolverle. A todos toca, pues, compartir su carga, aligerar su mochila, sus cartucheras, y ayudarlo hasta el fin. En esas condiciones, el egoísmo de clase no dura mucho. La sicología pequeño-burguesa se derrite como la nieve al sol, minando las bases de la ideología del mismo nombre. ¿En qué otro lugar semejante encuentro, semejante alianza, podría producirse? Por ello mismo la única línea posible para una guerrilla es la « línea de masas »; no puede vivir sino con un apoyo, y vive todos los días en su contacto: las veleidades burocráticas están demasiado fuera de propósito para ser posibles. ¿No es ésta, para un futuro dirigente o cuadro socialista, la mejor de las educaciones? Así, la guerra civil revolucionaria hace a los revolucionarios todavía más que éstos a aquélla.

Dice Lenin, en las mismas notas: « La guerra civil ha educado y templado (Denikin y los otros son buenos *maestros*; han enseñado con seriedad; todos nuestros mejores militantes estuvieron en el ejército) »⁶.

Los mejores maestros de marxismo-leninismo son los enemigos enfrentados. Estudio y aprendizaje son necesarios, no decisivos. No hay cuadros de academia. No se puede, pues, pretender formar cuadros revolucionarios en escuelas de formación teórica desvinculadas de la tarea insurreccional y de las experiencias del combate *en común*: candor explicable en la Europa occidental, necedad imperdonable en otros sitios.

La función política o vocación de la guerrilla para hacerse dirección se revela todavía mejor cuando ella organiza su primera zona liberada. Hace entonces el ensayo y el aprendizaje de las medidas revolucionarias de mañana (como en el Segundo Frente de Oriente): reforma agraria, congresos campesinos, nueva repartición de impuestos, tribunales revolucionarios, disciplina de vida colectiva. La zona liberada se convierte en prototipo y ejemplo del Estado futuro, y sus administradores, en ejemplos de dirigentes futuros del Estado. ¿Quién, sino una fuerza

6. *Ibidem*, diciembre de 1922. Los subrayados son de Lenin.

armada popular, puede hacer semejantes « ensayos » socialistas ?

La alianza obrero-campesina halla a menudo su punto de unión en un grupo de revolucionarios de extracción burguesa, en el que se recluta una buena parte de la comandancia guerrillera. Aun si esa posibilidad es hoy reducida por la polarización extrema de las clases sociales en presencia, está lejos de haber sido abolida.

Tal es la ley de las « equivalencias-sustituciones » en países de alguna manera colonizados : una clase obrera demasiado poco numerosa o ganada por la influencia de su aristocracia sindical reformista, un campesinado aislado y humillado, aceptan a ese grupo de origen burgués como su Dirección Política. En el curso de la lucha armada que los despierta y moviliza se produce una especie de delegación provisional de poderes⁷.

A la inversa, para asumir esa misión, ese vicariado histórico, y no usurpar una función que no es sino consentida, esa pequeña burguesía debe, según la expresión de Cabral, « suicidarse como clase para resucitar como trabajador revolucionario, enteramente identificado con las aspiraciones más profundas de su pueblo ». El lugar y el momento más favorables para ese suicidio es la acción guerrillera. Aquí, el pequeño grupo de iniciadores, venidos de la ciudad, hace la experiencia cotidiana de una realidad agraria encontrada por primera vez, se incorpora poco a poco a sus necesidades, comprende desde el interior sus aspiraciones, se despoja del verbalismo político y hace de esas aspiraciones su programa de acción. ¿Dónde mejor que en el ejército guerrillero en formación podría operarse esa muda de piel y esa resurrección ?

Aquí el verbo político se hace bruscamente carne. El ideal revolucionario emerge de la sombra incolora de las fórmulas y toma cuerpo a plena luz. Esta encarnación es una sorpresa, y cuando los que la han vivido quieren describirla —en China, en Vietnam, en Cuba, en tantas partes— más que expresarla, la exclaman.

El espíritu renovador, el ansia de superación colectiva, la conciencia de un destino superior, están en pleno auge. Y pueden llegar incomparablemente más lejos. De estas cosas con sabor de palabras abstractas, habíamos oído hablar muchas veces y presumíamos su hermoso

7. A ese respecto, ver artículos de Rachid : « Tercer Mundo e Ideología », *El Calmán Barbudo*, No 2.

significado, pero ahora lo estamos viviendo, se palpa en todos los sentidos y es realmente algo singular. Lo hemos visto evolucionar de manera increíble en esta Sierra que constituye nuestro pequeño mundo. La palabra pueblo que se pronuncia tantas veces con un sentido vago y confuso se convierte aquí en realidad viva, maravillosa, deslumbrante. Ahora sí sé lo que es el pueblo; lo veo en esa fuerza invencible que nos rodea en todas partes, lo veo en las caravanas de treinta y cuarenta hombres, alumbrados con antorchas, bajando las pendientes enfangadas, a las dos o las tres de la madrugada con sesenta libras de peso al hombro, conduciendo abastecimientos para nosotros. ¿Quién los ha organizado tan maravillosamente? ¿De dónde han sacado tanta habilidad, tanta astucia, tanto valor, tanta abnegación? ¡Nadie lo sabe! ¡Es casi un misterio! ¡Se organizan solos, espontáneamente! Cuando los animales se cansan y se echan al suelo imposibilitados de nuevos viajes, surgen por doquier los hombres y traen la mercancía. La fuerza no puede ya nada contra ellos. Tendrían que matarlos a todos, hasta el último campesino, y eso es imposible, eso no lo puede realizar la tiranía; de eso se da cuenta el pueblo y se hace cada día más consciente de su inmensa fuerza⁸.

Todos esos factores, actuando juntos, conforman poco a poco a una tropa extraña, que algunas fotografías han hecho pintoresca y ante la cual nuestra imbecilidad no ha sabido asombrarse sino del atavío y de las largas barbas. Son los militantes de nuestro tiempo. Ni mártires ni funcionarios: combatientes. Ni criaturas de aparato ni potentados: el aparato, en esta etapa, son ellos. Hombres de ofensiva, sobre todo en la retirada. Tenaces y responsables. Poseedores cada uno del sentido y el fin de esa lucha de clases armada, por intermedio de sus jefes, combatientes como ellos, a quienes ven todos los días llevar los mismos kilogramos de peso a la espalda, sufrir las mismas ampollas en los pies, morir de sed como todos durante la marcha. Los hastiados sonreirán de ese sueño a lo Rousseau. Es ocioso recordar que no es el amor por la botánica ni la búsqueda de la felicidad lo que los ha

8. Pasaje de la última carta de Fidel Castro a Frank País, Sierra Maestra, 21 de julio de 1957. El mismo deslumbramiento se refleja hoy en las cartas de Turcios, de Douglas, de Camilo Torres y otros. Por supuesto, no quiere decir eso que el apoyo del campesinado sea fácil de lograr inmediatamente, sino que cuando está logrado, hace maravillas. Al escribir esta carta, Fidel tiene ocho meses en la Sierra y ha escapado a las traiciones de algunos campesinos.

empujado al monte, sino la conciencia de esta necesidad histórica: el poder se toma y se conserva en la capital, pero el camino que lleva a los explotados allí pasa por el campo ineluctablemente. ¿Acaso hay que recordar que la guerra y la disciplina militar, mucho más fuerte en una guerrilla que en un ejército regular, tienen rigores de que *El Contrato Social* carece? Algunos de esos grupos han desaparecido hoy, antes de convertirse en vanguardia, replegados o liquidados. En una lucha tan decisiva, cuyo riesgo es tan grave, y que está buscándose todavía en sus baluceos, esas derrotas son normales. Otros, los más importantes, situados en países cuya historia prueba la importancia que tienen para toda la América latina —Venezuela, Guatemala, Colombia— se han afirmado y se desarrollan. Por ahí, por esos países, avanza la historia de hoy.

Mañana, otros países se unirán a ellos y tomarán la vanguardia de esta vanguardia.

¿Se ha observado que casi todos esos movimientos guerrilleros, no tienen comisarios políticos ni los reclaman? La mayor parte de los combatientes proceden de las filas comunistas. Son las primeras guerrillas socialistas que no han adoptado el sistema de los comisarios políticos. Ese sistema no parece corresponder a la realidad latinoamericana.

Si lo que hemos dicho no está desprovisto de sentido, esa ausencia de técnicos en asuntos políticos viene a sancionar la ausencia de técnicos en asuntos militares: los guerrilleros son unos y otros, indisolublemente. El ejército popular es su propia autoridad política. Sus comandantes son los instructores políticos de los combatientes, sus instructores políticos son sus comandantes.

Resumamos. No comprender a cabalidad la novedad teórica e histórica de esta situación puede llevar a equivocaciones peligrosas, en el seno mismo de la lucha armada. Considerar al Partido existente como distinto y superior al Partido de nuevo tipo que crece con la guerrilla, conduce lógicamente a dos actitudes.

Una: subordinar la guerrilla al Partido. El sistema de los comisarios políticos es un efecto de esta subordinación. Supone que el ejército guerrillero es incapaz de dirigirse a sí mismo y que debe ser orientado desde fuera; es decir, supone la existencia de un dirigente y un orientador revolucionario en una vanguardia previa a la guerrilla. Este supuesto, desgraciadamente, no responde a la realidad.

Otra: calcar el Partido sobre la guerrilla, o sea construir el ejército popular sobre el modelo tradicional del Partido. Hemos visto un efecto de este sistema en la preferencia dada a los asuntos organizativos sobre las tareas operativas, en la creencia de que el órgano puede crear la función. Otro efecto consiste en las asambleas de combatientes, calcos de las asambleas de células. Este método democrata parece ser, a la democracia en el seno de la guerrilla, lo que el Parlamento es a la democracia socialista (o el arte populista al arte popular): más que un desarraigo y el trasplante de una forma ajena al fondo, un injerto peligroso para el sujeto. Se deben, por supuesto, propiciar y desarrollar reuniones de discusión política e ideológica entre los combatientes. Pero hay decisiones que competen a un mando, el cual se supone debe tener un criterio claro y justo en el orden militar y disciplinario. Alentar para todo asambleas de combatientes, los lleva a perder la fe en el mando y a la postre en sí mismos; relaja la disciplina consciente; fomenta las discordias y las divisiones en el seno de la tropa; sacrifica gran parte de su eficacia militar. Relatos de la guerra de España narran cómo los combatientes republicanos discutían, a veces, las órdenes del oficial en pleno combate, se negaban a atacar tal o cual posición, o a replegarse en un momento dado, y hacían asambleas para escoger la táctica a seguir, bajo el fuego enemigo. Se conocen los resultados. En Cuba, la adopción ocasional de este método, al principio de la guerra, sembró la confusión y la desertión en el seno de la guerrilla, a favor de un juicio público, costando casi la vida a un valioso capitán, al cual se le había escapado un tiro matando por accidente a un compañero. Se pudiera alargar la lista con otras experiencias, hoy en día.

A situación nueva, métodos nuevos. Es decir, cuidarse de no adoptar, por equivocación o tradición, formas de acción que no son las propias a este contenido nuevo.

Cualquiera puede ahora responder al dilema inicial.

En algunos lugares de América, dialécticamente, a largo plazo, no habrá que escoger entre partido de vanguardia y ejército popular. Pero en lo inmediato hay un orden de tareas históricamente fundamentado. *El ejército popular será el núcleo del partido y no a la inversa.* La guerrilla es la vanguardia política « in nuce » y sólo de su desarrollo puede nacer el verdadero Partido.

Por ello hay que desarrollar la guerrilla para desarrollar la vanguardia política.

Por ello en la coyuntura actual *el acento principal debe ponerse en el desarrollo de la guerra de guerrilla y no en el fortalecimiento de los*

partidos existentes o en la creación de nuevos partidos.

Por ello, en estos mismos lugares, *el trabajo insurreccional es hoy el trabajo político número uno.*

Tribuna libre y correo del lector

JULIUS

La izquierda socialista española y el Partido Comunista

En un artículo publicado en el número 10 de *Cuadernos de Ruedo ibérico* sobre las consecuencias del referéndum del 14 de diciembre de 1966, hablaba de un posible recrudescimiento de la represión contra las fuerzas « exteriores » a la zona de confluencia franquista. Este recrudescimiento se está confirmando, pero con proyecciones que van más allá de lo previsto (y quizá de lo previsible). El blanco directo son evidentemente los dirigentes de estas fuerzas « exteriores »: comisiones obreras, sindicato estudiantil, intelectuales. Pero, al mismo tiempo, la represión parece aumentar los choques y enfrentamientos entre las fuerzas « interiores » de la zona de confluencia franquista, las que compiten por una interpretación ventajosa de la Ley Orgánica. No hay que engañarse, sin embargo, sobre el alcance de estos enfrentamientos. La crisis económica ha cogido a la burguesía « liberalizadora » sin sus instrumentos a punto. Por ello deja hacer al instrumento que ha venido utilizando hasta ahora y se prepara el terreno para el mañana procurando exponer públicamente posiciones más liberales (basta ver las tomas de posición de sus órganos de prensa). Es decir, juega las dos cartas, la de la represión y la de la liberalización: con la primera limpia el terreno de posibles obstáculos; con la segunda, prepara sus nuevos instrumentos de dominio político.

Por ello me parece peligrosamente ingenuo creer en una división fundamental de las fuerzas franquistas y pensar que un sector de éstas —la de los « evolucionistas »— se siente hasta tal punto perjudicado por el inmovilismo de los inmovilistas que va a aceptar la alianza con la clase obrera para democratizar realmente el país.

Claro está que hay que aprovechar sus contradicciones en la medida de lo posible. Y que, para ello, hay que llevar la lucha a la mayor cantidad posible de planos, no dejarse encerrar en la pura clandestinidad, crear instrumentos de acción a corto y largo plazo que permitan hablar al pueblo desde los mecanismos que llegan hasta él.

Pero estos esfuerzos quedarán en la pura inanidad si no pasan del plano puramente táctico, si no se engloban en una perspectiva general de lucha teórica y práctica por el socialismo, es decir, si no se llevan a un primer plano las opciones socialistas, única manera de evitar que el sistema que queremos combatir termine absorbiéndonos.

Y ahí esta el meollo del problema, porque, en realidad hoy en España se habla muy poco de socialismo. El Partido Comunista juega una carta necesaria: la del frente democrático. Pero sólo juega esta carta, y ahí está el peligro. Porque a medida que la lucha por la democracia avance y se produzcan desplazamientos de fuerzas en el interior del bloque franquista, un sector importante del actual bloque (es un decir) antifranquista pasará en masa al nuevo bloque dominante y dejará al Partido Comunista aislado. La política de frente democrático, sólo tiene perspectivas como política única si se parte de la base de que el enemigo no tiene capacidad de maniobra y es incapaz de recuperar una parte importante de las fuerzas que ahora juegan la carta de la oposición. Pero si la realidad es otra, y si el bloque franquista tiene realmente estas posibilidades de maniobra, la política de frente único sin

más alternativa puede llevar a un callejón sin salida. Este es, a mi parecer, el gran peligro de la situación actual.

Por otro lado, los diversos grupos que ven la necesidad de plantear opciones socialistas *ya desde hoy mismo*, no siempre tienen ideas claras. En algunos casos, los mueve el afán de disputar la clientela política al Partido Comunista. En otros se trata de una sincera exasperación ante lo que consideran « oportunismo » político del Partido Comunista. En otros, en fin, hay la voluntad concreta de conciliar las opciones democráticas con las socialistas, pero sin fuerzas teóricas ni prácticas para llevar a cabo la tarea. En definitiva, el gran problema de la izquierda española actual es que su fuerza decisiva (el Partido Comunista) juega esencialmente la carta del frente democrático, no plantea claras opciones socialistas y, por otro lado, mantiene su impermeabilidad a las posibles influencias renovadoras.

En esta situación, hay quien tiende a dejar al Partido Comunista por imposible, a crear, en la medida de lo posible, algo nuevo (un nuevo partido, una agrupación de las fuerzas socialistas de izquierda, etc.). Personalmente, me parece muy bien que se agrupen las fuerzas socialistas. Pero creo que existe un serio peligro en este estado de ánimo: el de prescindir de los datos reales de la situación. Y estos datos reales son, esencialmente, los siguientes: a) el Partido Comunista es y seguirá siendo una fuerza decisiva (no digo *la* fuerza decisiva) en el movimiento democrático y socialista; b) el interés máximo del bloque dominante consiste en aislar al Partido Comunista; c) la política de frente democrático es necesaria (aunque no como carta única, claro está).

La izquierda española debe, pues, contar con el Partido Comunista, apoyarle, ayudarle, luchar por impedir su aislamiento, aplicar concienzudamente la política de frente democrático. Y debe, al mismo tiempo, procurar la mejor adaptación del Partido Comunista a la realidad actual, contribuir a su indispensable reforma interior, complementar (y hacer que él complemente) su política actual de frente democrático con un claro planteamiento de opciones socialistas.

Ya sé que la tarea no es fácil, pero nada se ganará con impaciencias y exabruptos. Los intentos de aplicar una política socialista de izquierdas *no comunista* pueden convertirse fácilmente (por la presión del franquismo, por

la suceptibilidad del Partido Comunista y por la impaciencia de algunos socialistas de izquierda) en intentos negativos, en intentos que compliquen la situación en vez de simplificarla. Esto sería una verdadera tragedia.

Hay que tener en cuenta algo muy importante. El Partido Comunista como todos los partidos españoles de hecho, está en fase constituyente. Es difícil prever lo que va a ser efectivamente dentro de unos años, sobre todo si se consigue su legalización. Hay en él muchos y contradictorios fermentos, tanto por razones españolas como por razones internacionales (baste mencionar los tremendos problemas que plantea la crisis del movimiento comunista mundial). El interés de la izquierda española es que esta fase constituyente termine con la formación de un Partido Comunista ágil, abierto, vivo, que contribuya decisivamente a hacer realidad la hegemonía de la clase obrera. Para esto se requiere no sólo paciencia sino, sobre todo, una voluntad decidida de colaboración, de acción conjunta. Y algo más que esto: se requiere trabajar ya desde ahora con la perspectiva de la unificación en un sólo partido de las fuerzas socialistas de izquierda y comunistas.

La renovación del Partido Comunista es, desde luego, una cuestión vital para el socialismo español. Pero esta renovación puede ser un proceso largo, que correrá a cargo esencialmente de los elementos de dentro del Partido. Desde fuera hay que crear condiciones propicias, ayudar con una crítica constructiva a que el Partido Comunista se oriente mejor en la cambiante realidad del país. Lo que no se puede hacer desde fuera es renovar sus métodos, hábitos y estructuras ni, menos todavía, imponerle patrones cuya validez está todavía por demostrar.

No quiere decir esto que la izquierda socialista tenga que ir a remolque del Partido Comunista y abandonar todos los intentos de línea política propia. Si quiere decir, en cambio, que debe trabajar siempre con la perspectiva de la unión, de la colaboración. Y esto, además, sin olvidar otra cosa importante: que cuando se habla de renovación, también la izquierda socialista debe sentirse mencionada. Y que nadie puede erigirse en monopolizador de la teoría del futuro gran partido marxista español. El problema de la renovación de los partidos comunistas es, también, el de la renovación de las fuerzas que deberían objetivamente unificarse con ellos. Y, hasta ahora, el problema no ha sido resuelto por nadie.

Creo, pues, que todos saldremos ganando si evitamos las impacencias, por justificadas que estén en más de un momento. Que hay que ir encontrando formas de colaboración, porque

sólo en un clima de comprensión se podrá influir en el recto sentido. Y que la acción que se lleve al margen del Partido Comunista debe evitar, siempre, romper los puentes con éste.

RAMON ABOY

Vietnam : Acotaciones a un artículo de Jorge Semprún

En el número 9 de *Cuadernos de Ruedo ibérico* aparece un artículo titulado « Viet Nam y estrategia socialista », en el que Jorge Semprún se enfrenta de cara con el problema más acuciante que los movimientos progresistas del mundo entero tienen hoy planteado: la elaboración de una estrategia socialista en la cuestión de Viet Nam. El autor es muy consciente de que está pisando tierra nueva al poner esta problemática en relación con la crisis radical por la que pasa el marxismo contemporáneo. En asunto de tanta gravedad, toda prudencia es poca y hasta ahora sólo contamos con los con los inicios de una temática de consecuencias incalculables. De ahí que además de anunciar seguir tratando « machaconamente » el tema, ofrezca las páginas de la revista « a quien quiera expresarse, con análisis o iniciativas concretas ». Estas líneas no pretenden responder a esta invitación. Su intención es mucho más modesta: se trata tan sólo de puntualizar lo dicho, desentrañando su contenido implícito, tal vez hasta ese punto en que termina por contradecir las creencias más profundas del autor.

En sustancia, se constatan los hechos siguientes:

1) Desde 1945, los movimientos revolucionarios anticolonialistas no han cesado en su lucha de liberación nacional. Según se han ido haciendo más operantes, ha aumentado la intervención del imperialismo, que hoy se encarna fundamentalmente en el poder fabuloso de los Estados Unidos. La intervención imperialista ha tenido por consecuencia la transformación de la lucha de clases en guerras populares de liberación. La guerra de Viet Nam representa la culminación de este proceso, en que la lucha de clases se ha reducido a un mínimo para transformarse en la lucha de todo un pueblo contra el ejército del imperialismo norteamericano.

2) La guerra de Viet Nam refleja de manera cabal las contradicciones del mundo presente. Estas contradicciones fundamentales pueden reducirse a tres: las que oponen los movi-

mientos de liberación nacional al imperialismo, las que oponen el campo socialista al imperialismo y las que oponen, dentro del campo socialista, la Unión Soviética a la República Popular China.

3) Frente a una situación así caracterizada, se comprueba la falta de una estrategia socialista en relación con la guerra de Viet Nam, en cuanto ésta no puede montarse ni en la *irracionalidad* de la tesis maximalista —capitulación general o guerra general, que conlleva la catástrofe en cualquiera de sus términos— ni en la *ineficacia* del « reformismo claudicante ».

La finalidad inmediata del artículo que comentamos, es cubrir este vacío, abriendo una posibilidad de acción revolucionaria que escape a la alternativa maléfica que forman maximalismo y reformismo. Para ello, se parte de un hecho que se da como evidente: « la incapacidad del imperialismo norteamericano para imponer una solución militar del conflicto ». Una guerra de liberación sólo se gana o se pierde en el plano *político* y sobre éste ha de fundamentarse la estrategia a seguir, lo que no quiere decir que los países socialistas no deban intensificar el abastecimiento de armas al Viet Nam, pero en ningún caso responder con medidas que impliquen la lógica de la contraescalada, ni siquiera con el envío de voluntarios, que amen de internacionalizar el conflicto, perdiendo su carácter de guerra puramente popular, crearía la posibilidad de un acuerdo entre Estados mayores extranjeros al margen del pueblo vietnamita.

La intervención extranjera unifica las fuerzas políticas del pueblo agredido, haciéndolo virtualmente invencible. De ahí la necesidad para el agresor de extender el conflicto, robusteciéndolo con ello a las fuerzas que en su propia casa se oponen a las consecuencias y métodos más salvajes del imperialismo. La victoria final del movimiento de liberación nacional dependerá, por tanto, de su capacidad de resistir a la agresión armada, de evitar la generalización del conflicto y de su eficacia en la movilización

de las fuerzas antiimperialistas en el seno mismo del imperialismo. « En el caso concreto del Viet Nam, la heroica guerra de los campesinos-soldados vietnamitas se ganará, no sólo en los arrozales, las selvas y los montes de aquel país, sino también en los países capitalistas y concretamente en los Estados Unidos ». Echemos un vistazo a estas tres condiciones :

1) La capacidad de resistir a la agresión armada se supone infinita. Un pueblo que lucha por su libertad, es militarmente invencible. El imperialismo sólo podría « pacificar » el Viet Nam del Sur, ocupando cada kilómetro cuadrado y controlando cada habitante, lo que es irrealizable aún para una potencia militar y económica como los Estados Unidos. De ahí la necesidad de elegir otro objetivo : el Viet Nam del Norte. Militarmente, la cuestión se simplifica, porque el ataque va dirigido, no ya contra un ejército de liberación que no se diferencia y, sin embargo, hay que diferenciar de « nuestros aliados vietnamitas », sino contra un pueblo en su totalidad. La fuerza bruta resulta a menudo contraproducente en la represión de las guerrillas. La imposibilidad de aislar al grupo enemigo impide el empleo de armas ofensivas de gran alcance y cuando se emplean, como en Viet Nam, hay que contar con la movilización de grandes sectores, hasta entonces más o menos pasivos, pero que al ser víctima de las represalias antiguerrilleras, no les queda otra salida que unirse al ejército de liberación. Esta invencibilidad, propia de la lucha de guerrillas, no puede extenderse sin más al Viet Nam del Norte. La violencia es mucho más empleada contra un Estado en su totalidad ; los objetivos, esta vez, permanecen dentro de las tácticas convencionales y pueden intensificar a voluntad : vías de comunicación, industrias, centros urbanos. Cierto, los norteamericanos han destruido en Viet Nam del Norte todo lo construido en diez años de esfuerzos colosales y, sin embargo, la *decisión de resistir* aumenta con los bombardeos, pero no por ello puede extrapolarse al infinito la *capacidad de resistir*.

2) La incapacidad inmediata de dar una solución militar al conflicto pone al imperialismo norte americano ante estas tres posibles salidas : a) aumentar la escalada ; b) renunciar a vencer en corto plazo al movimiento de liberación nacional, sin llegar por eso a reconocerlo. Las tropas norteamericanas se concentrarían en una serie de bases más o menos inexpugnables que impedirían la consolidación de un Viet Nam unificado y libre ;

c) negociar. Esta tercera posibilidad podemos eliminarla, por lo menos mientras no se dieran cambios transcendentales en el conglomerado de fuerzas que controlan la política norteamericana y por ahora no hay ningún síntoma de ello. Los Estados Unidos no están dispuestos en ningún caso a negociar : se trata de hacer patente en el mundo entero y muy particularmente en la América latina que no hay modo de escapar a su garra. La creencia en su invencibilidad es también uno de los pilares en que se asienta todo imperialismo.

Para las fuerzas que deciden la política norteamericana, el dilema parece planteado entre escalada, con el fin de obtener una victoria total en un plazo corto o reducción de las operaciones militares al mínimo que garantice la presencia de las tropas norteamericanas en la región, « legitimadas » por la existencia de un gobierno fantoche, aceptando con ello la prolongación *sine die* del conflicto. Esta segunda solución, que se mantiene en reserva, tiene la desventaja de mostrar al mundo entero la impotencia del imperialismo de aplastar fulminantemente al que se atreva a levantarse contra él, así como crearía una situación de inseguridad en la población comprometida con el gobierno de Saigón, que aprovecharía la tregua para cambiar de bando antes de que fuese demasiado tarde. El imperialismo tiene que seguir, por tanto, especulando con la posibilidad de una victoria rápida y total, lo que significa continuar el ritmo de la escalada.

En la guerra de Viet Nam, los Estados Unidos están sobrepasando todos los límites que ellos mismos se habían impuesto por temor a unas represalias que ahora saben no llegarán. La meta inmediata, que está ya en vías de realización, es el bombardeo intensivo de todo el Viet Nam del Norte, sin fijarse límites ni objetivos precisos. El paso siguiente en la lógica del la escalada sería, por un lado, la *intensificación* de los bombardeos, pasando de las armas convencionales a las nucleares, por otro, la *extensión* del conflicto más allá de las fronteras vietnamitas, que podría culminar en su *generalización*.

En las actuales condiciones, no hay por qué contar con el planteamiento del conflicto a una dimensión nuclear : un ataque atómico podría provocar respuestas incalculables, además de una conmoción de la opinión mundial que no sería fácil canalizar, para no conseguir más de lo que ya se está obteniendo con los

bombardeos diarios —la destrucción absoluta de todo el país— sumándose a todo ello la desventaja estratégica fundamental, de no poder dosificar los ataques en espera de la capitulación. En cuanto la extensión del conflicto fuera de las fronteras vietnamitas habría que especular con dos posibilidades de muy distinta significación. Una extensión del conflicto al nivel de guerra de guerrillas en los países vecinos —Laos, Camboya, Tailandia— implicaría sin duda un gran alivio para el pueblo vietnamita: las tropas norteamericanas tendrían que actuar en una zona geográfica mucho más extensa, desperdigando sus efectivos. Esta eventualidad es, sin embargo, por ahora muy improbable. Las tensiones históricas entre Viet Nam y sus vecinos, así como los supuestos políticos y sociales, tan distintos en estos países, garantizan en cierto modo la neutralidad, cuando no, como en el caso de Tailandia, la adhesión al imperialismo. Evitar la extensión del conflicto, sobre todo en Tailandia, donde sería más fácil concebirlo, es la política del imperialismo. La otra posibilidad, mucho más real, sería la extensión del conflicto a China. La destrucción de los aeródromos en Viet Nam del Norte obligará a los pilotos vietnamitas a desplegar desde territorio chino, ¿significará esto el bombardeo de sus provincias meridionales? La estrategia del imperialismo parece un enfrentamiento con China a largo plazo inevitable. Asegurarse la neutralidad de la Unión Soviética constituye a este respecto una de las metas centrales de la diplomacia estadounidense. Si ésta se consiguiese, los postulados logísticos más elementales obligarán a realizar el ataque por el norte, bombardeando nuclearmente la zona industrial de la Manchuria, desde las bases relativamente cercanas del Japón y de Corea. Un enfrentamiento con China, a propósito de Viet Nam, desde la posición más desventajosa del sureste asiático y sin la seguridad de que no implicara una guerra nuclear con la Unión Soviética, no puede entrar en los cálculos del imperialismo. Estabilizar el sureste asiático como se logró estabilizar Corea, preparando dos frentes de penetración en China, para el día que la Unión Soviética dé la luz verde, parece corresponder mejor a sus postulados estratégicos.

Como se ve, la segunda condición de la « estrategia socialista » de Semprún —evitar la generalización del conflicto— parece por ahora asegurada, pero por razones que tienen menos que ver con el « socialismo y su estrategia »

que con los intereses más elementales del imperialismo.

La pregunta que queda abierta reza: ¿podrá resistir Viet Nam los ataques continuos y masivos del imperialismo norteamericano aún en el supuesto de que no se generalice la guerra? La respuesta del imperialismo es clara: no, no podrá resistir. Aislado el conflicto y al ritmo de la escalada propuesta, Viet Nam tendrá que capitular antes de dos años. La respuesta que nos dará el futuro dependerá, sin embargo, de la presión internacional, que impedirá o no al imperialismo, seguir realizando un genocidio semejante ante la pasividad, más o menos inquieta, de los gobiernos y de los pueblos.

3) Aquí se inscribe la tercera condición —y la fundamental— de la estrategia que comentamos. Todo dependerá de si se consigue « modificar cualitativamente, en la retaguardia del enemigo imperialista, la correlación política de fuerzas ». Modificar la correlación de fuerzas en el seno de los países capitalistas sería sin duda el golpe más fuerte que se podría dar al imperialismo, de enormes consecuencias no sólo en la cuestión de Viet Nam sino también en las luchas que están llevando los movimientos obreros y anticolonialistas del mundo entero. Evidente, pero es una verdad que en su abstracción no nos sirve de mucho mientras no se nos diga como podemos modificar *en concreto* la correlación de fuerzas, *precisamente* en una situación como la actual que se define por la ineficacia casi absoluta del movimiento obrero internacional frente a los ataques del imperialismo.

Cierto, la oposición a la guerra de Viet Nam crece con la extensión del conflicto, pero no en la proporción necesaria para evitar la escalada. Con manifestaciones y buenas palabras tan sólo, no se resuelve gran cosa. Ni en América ni en Europa, el movimiento obrero ha sido capaz de organizar una sola huelga de solidaridad con el pueblo vietnamita. ¿Cómo será posible organizar de repente en los puntos neurálgicos del imperialismo grandes movimientos de masas, huelgas, boycotts —medidas más livianas no pararán la escalada— después del repliegue general del socialismo revolucionario en Europa occidental en estos últimos veinte años y de su escaso influjo en los Estados Unidos?

La estrategia que propone Semprún se diferencia claramente de la tesis maximalista,

comprensible como reacción ante la ineficacia y pasividad del movimiento obrero internacional; tesis que llevada a su última consecuencia encarna la máxima irracionalidad pero que no por ello deja de tener su punto de razón, sobre todo en cuanto subraya el hecho evidente de que los países socialistas, aún reconociendo su inferioridad, no han aprovechado ninguna de las tensiones que, sin llevar el mundo al límite de la guerra total, podrían haber provocado para impedir la concentración masiva de los efectivos norteamericanos en Viet Nam. En cambio, no se ve tan claramente en qué se diferenciaría la estrategia propuesta, aparte de su intención, del « reformismo claudicante », por lo menos mientras no se concrete una táctica que tenga en cuenta nuestra situación histórica, que viene caracterizada tanto por la crisis radical y consiguiente repliegue del movimiento socialista revolucionario en los países capitalistas altamente industrializados como por el continuo aumento del potencial revolucionario en los países coloniales y semicoloniales.

..

Semprún ha mencionado la causa originaria de la irracionalidad o ineficacia de la estrategia socialista propuesta en relación con la guerra de Viet Nam: la ruptura entre la teoría y la práctica, esa congelación del marxismo de que habló Sartre hace más de diez años y que a pesar de algunos indicios en contrario, no ha hecho más que agravarse. Si el marxismo se ha desdoblado, por un lado, en una dogmática insensible a lo particular y lo concreto y por otro en una praxis más o menos oportunista, nos hemos quedado sin el instrumento intelectual capaz de hacerse cargo de la realidad que vivimos. No poseemos un estudio marxista que nos explique en su última tipicidad el imperialismo norteamericano en la etapa actual y desde luego unas cuantas citas de Lenin no nos sacan de apuros; marxistas, no sabemos demasiado bien en qué consiste el capitalismo o el neocapitalismo de la Europa de la postguerra: los viejos esquemas al uso no terminan por explicar tanto su capacidad de evolución interna como ciertos aspectos de su política exterior; no poseemos una explicación marxista del fenómeno que hemos dado en llamar estalinismo o burocratismo; su denominación oficial —culto de la personalidad— muestra hasta qué punto puede alienarse el marxismo dogmático, atreviéndose a dar una explicación psicológica, subjetiva, para un fenómeno social de tanta trascendencia. Y mucho menos

entendemos esa gran paradoja de nuestro siglo que la « contradicción más aguda, la que se sitúa en un primer plano y parece irreversible, la de contenido más netamente antagónico, es la que opone a los dos principales Estados socialistas, a la Unión Soviética y a China ».

Parece harto ingenuo intentar delinear una estrategia socialista sin contestar previamente a todas estas cuestiones. Semprún es probablemente consciente de ello. De ahí la ambigüedad del artículo: indicar las causas, sin sacar consecuencias. El pueblo vietnamita no puede esperar, sin embargo, a que elaboremos una teoría de nuestra situación histórica, para sobre ella montar una estrategia operante. He ahí su tragedia, pero no mistifiquemos. La invencibilidad de un pueblo que lucha por su libertad es un bello mito, pero larga es la lista de los pueblos que han sido aplastados por la fuerza de las armas. Inmediatamente es previsible, tanto la radicalización de los ataques del imperialismo —ellos montan su estrategia en un hecho bien simple, la efectividad de la violencia, por lo menos a corto plazo— como la pasividad a regañadientes de los países socialistas y de las grandes masas en el corazón del imperialismo. La guerra de Viet Nam es impopular y lo será cada día más, pero ¿basta esta impopularidad para despertar a las masas de la inercia y falta de conciencia revolucionaria, productos de una serie de factores históricos que sólo conocemos a medias, resolviéndose así, sin más, el problema más grave que tenemos planteado? Todos sabemos que el pueblo de Viet Nam está combatiendo por nuestra libertad y es muy tentador conformarse con la halagadora idea de que el triunfo seguro del heroísmo, de la justicia y del humanismo en ese lejano país, nos sacará las castañas del fuego, dando un golpe decisivo a un imperialismo ante el que nos sentimos impotentes y frente al cual no sabemos cómo actuar. Librémosnos de toda seguridad teológica de que al final ganaran los buenos y no retrocedamos ante la trágica pregunta: ¿cuánto tiempo podrá resistir heroicamente el pueblo vietnamita los ataques crecientes del imperialismo ante la pasividad más o menos comprometida del resto de la humanidad?

Y, sin embargo, no se concluya que no queda ninguna esperanza. La historia termina por romper prácticamente las contradicciones que no sabemos resolver en teoría y aunque el marxismo se haya parado, la historia sigue su curso. En una situación semejante, es preciso

rehuir dos peligros: 1) la acción por la acción, perdido el saber teórico que permite un montaje racional y llevados por la mala conciencia que implica nuestra pasividad; 2) el cruzarse de brazos, refugiándose en un afán teórico, que desvinculado de la práctica, termina por debatirse con sus propios fantasmas. Volver a la dialéctica teoría-praxis es aún un enunciado demasiado abstracto, que cobra su sentido en el hacer concreto de una acción individual.

Sembrún llega a escribir que en la situación actual «se inscribe la posibilidad real del fracaso histórico del socialismo». Para un socialista son palabras mayores. Habíamos vivido en la certeza de que el socialismo no sólo representa un paso transcendental en el proceso de liberación del hombre sino que también la suerte ya estaba echada: desde la derrota del fascismo, nos hallábamos en un alud que iba arrasando todos los obstáculos que se oponían a su realización. El triunfo definitivo del socialismo era cuestión de tiempo

y no de mucho. La experiencia del estalinismo nos fue haciendo conscientes de ciertos peligros que pueden presentarse en un periodo enormemente crítico de la construcción del socialismo.

Fueron surgiendo así una serie de problemas que rompían con el marco teórico del marxismo clásico: el problema de la enajenación en una sociedad que ha socializado los bienes de producción; el sentido del arte y aún de la religión, una vez acabada la explotación del hombre por el hombre; la primacía de ciertos valores humanistas, que al ser ignorados y pisoteados, mostraron su profunda significación. Aún convealescentes de la experiencia estalinista, el conflicto ruso-chino y la guerra de Viet Nam han significado muy duros golpes, de los que no hemos podido rehacerlos. Por sí solos, marcan el grado de nuestra ignorancia e impotencia. Tomar conciencia de ello, sin evadirnos en un falso saber o en una esperanza falsa, representa el primer paso de su *dépassement*.

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F

Condiciones de suscripción:	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual*
Francia	30,— F	50,— F
España	360,— Pts	600,— Pts
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es *Horizonte español 1966*, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20% de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de las Ediciones Ruedo ibérico. Véase la página 127 de este número.

Tribuna efectivamente libre

Carta abierta a *Cuadernos de Ruedo ibérico*

Estimado compatriota: Confío en que la revista que diriges no verá inconveniente en publicar las puntualizaciones que siguen, en relación con el artículo recientemente publicado en ese mismo lugar por José Cardona y titulado « El guiñol sindical en el tablado de la CIA » (número de septiembre-octubre de 1966 —pero aparecido ya en 1967—), y ello por tres razones: en primer lugar, como confirmación de que esa tribuna es efectivamente libre, en segundo lugar, por proceder tales puntualizaciones de un socialista español activo militante del sindicalismo libre, que sigue, con tanto interés como vosotros, los problemas de la clase obrera española; y, finalmente, porque, en mi condición precisamente de sindicalista libre, me siento directamente afectado e injuriado —al igual que numerosos compañeros que luchan en España o trabajan en el extranjero, en comunidad de ideales— por determinadas afirmaciones e insinuaciones del citado artículo sintiéndome capacitado para ejercitar por ello el derecho de réplica que, a diferencia de lo que ocurre con la prensa franquista, conceden todas las publicaciones democráticas.

Ciertas afirmaciones e insinuaciones de Cardona en el artículo en cuestión, tendentes a desprestigiar al sindicalismo libre, en general, y a determinadas organizaciones en particular —como la Unión General de Trabajadores, en el plano nacional español, y la Federación Internacional de Metalúrgicos (FIOM), en el plano mundial— exigen una rectificación y repulsa, en primer lugar porque las considero objetivamente falsas —y, para un militante obrero, esto debiera ya bastar, pues el respeto a la verdad es una de sus primordiales exigencias—, y, además de ello, irresponsables y desorientadoras en su intención, y, como consecuencia, perjudiciales a la causa obrera española y al éxito de la lucha entablada por los sindicalistas libres en nuestro país para sacudirse el yugo del capitalismo, de la dictadura franquista y del sindicalismo vertical que es instrumento de ambos.

Desde hace bastantes años, a pesar de ser joven, estoy al servicio del movimiento obrero democrático y trabajando en los cuadros del sindicalismo libre europeo, habiendo vinculado en este tiempo a centenares, si no a miles, de

trabajadores de mi país, como secretario español en Ginebra, a ese sindicalismo, y habiendo contribuido activamente a todas las iniciativas dirigidas a desarrollar una conciencia de clase entre los obreros españoles, a facilitar la unidad democrática entre éstos, a reforzar la solidaridad de los sindicalistas libres de Europa y del mundo con los españoles y a incrementar la fuerza y el prestigio del sindicalismo libre en nuestro país y fuera de él.

Los conocimientos adquiridos, las experiencias vividas y los esfuerzos realizados en esa línea me autorizan, así, a expresar mi total desacuerdo a las afirmaciones e insinuaciones de José Cardona en el mencionado artículo, por las que calumnia al sindicalismo libre español e internacional, poniendo en duda especialmente la sinceridad, generosidad y valor del apoyo solidario que las internacionales sindicales vienen prestando al movimiento obrero democrático español, sin condicionamientos ni discriminaciones, dejando que se configure a sí mismo. Me siento autorizado en particular a hablar del sindicalismo libre suizo, cuya expresión es la Unión Sindical Suiza, y en una de cuyas federaciones, la de los trabajadores de la construcción (FOBB), vengo trabajando, y de sus continuos testimonios de solidaridad con nuestro proletariado en lucha, en manifestaciones y ayudas a favor de los huelguistas detenidos y perseguidos, reiterados especialmente todos los años el 1º de Mayo.

Pero conozco también de cerca de las Internacionales Sindicales o Secretariados Profesionales Internacionales que tienen sede en Ginebra —en uno de los cuales, la Internacional de Trabajadores de la Alimentación, ha trabajado Cardona durante años, sin haber expresado jamás en ella los sentimientos que ahora revela—, y entre ellas la Internacional de Metalúrgicos. Del carácter amplio, sincero y generoso de su apoyo solidario al movimiento obrero español y de su continua defensa de las víctimas del franquismo puedo hablar con tanto conocimiento de causa como Cardona y con más objetividad y desapasionamiento. Pueden hablar de ello también millares de metalúrgicos y sindicalistas españoles de todas las tendencias democráticas que hoy están en la vanguardia de la lucha obrera española y ninguno de los cuales —hallándose sobre el terreno— ha puesto jamás en duda la sinceridad de la ayuda y la clara independencia de esa Internacional respecto de todo interés imperialista o extraobrero.

Esa independencia es también total respecto de la propia central sindical americana AFL-CIO, como destacan todos los días todos los conocedores del movimiento sindical. Así, por ejemplo, David Langley, en un artículo publicado en *La Révolution Proletarienne* de París («La colonisation du mouvement syndical international»), número 520, señala cómo dos sindicatos internacionales «han llevado siempre una acción independiente de la AFL-CIO, y son: la Internacional de mineros (FIM) y la de metalúrgicos (FIOM), esta última con grandes medios y grandes probabilidades de verla coronada por el éxito». Y algo enteramente análogo escribe Fidia Sassano en el periódico socialista italiano *Avanti* del 4 de marzo de 1967, en un largo estudio titulado: «Ha cesado el monopolio en el extranjero de la propaganda sindical USA».

José Cardona tiene en su artículo el atrevimiento de lanzar al aire, sin proporcionar prueba alguna, unas cifras sin duda fruto de su imaginación creadora, de supuestos millones que pretende entregados por la Internacional de metalúrgicos a una organización clandestina española con fines interesados, y unos párrafos más adelante sugiere insidiosamente, aunque con deliberada y prudente vaguedad, una supuesta «convergencia» de la central sindical española Unión General de Trabajadores, de la Internacional de metalúrgicos y de los servicios de información norteamericanos, la famosa CIA —convergencia que, en su manía persecutoria, pretende ver cristalizada en su caso personal—, con el fin de insinuar arteramente en el lector no informado la duda de si los anteriormente citados millones habrán sido fruto e instrumento de la citada «convergencia».

Sentadas estas necesarias puntualizaciones de carácter objetivo, que el honor y el prestigio de los valerosos militantes españoles del sindicalismo libre y de sus sinceros aliados del mundo democrático exigen, muy poco tenemos que añadir. El respeto a los hombres y a la causa que servimos y defendemos nos impide, en efecto, descender a un minucioso análisis del caso personal que constituye el auténtico núcleo del alegato de Cardona, ya que éste, tan teatral como inmodestamente, lo exhibe como ejemplo significativo en apoyo de sus calumniosas tesis.

JOSE GONZALEZ



Envío de un lector

Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Jefatura local de Baracaldo. Baracaldo, 25 de febrero de 1967. Estimado amigo y camarada: Me entero, con verdadera sorpresa, que durante pasado año no has abonado las cuotas del Movimiento y consecuentemente me pasan referencia de que quieres darte de baja.

Como creo que tus ideales no han sufrido variación, aunque en los detalles de la vida todos tengamos motivos para estar más o menos contentos, entiendo que realmente tu intención no puede ser renunciar a pertenecer a F.E.T. y de las J.O.N.S. y que lo que te haya podido ocurrir es algún percance humano y pasajero sin mayor importancia.

El darte de baja supondría la renuncia a unos derechos que con tu conducta anterior tienes adquiridos.

Me encuentro en la obligación, como Jefe Local, de enviarte esta carta, a la que acompaña todo mi afecto, para que reconsideres tu decisión y darte de baja, si así lo deseas, cuando de una manera concreta hayas expresado tu voluntad en tal sentido.

Espero tu contestación y cualquiera que esta sea, recibe un cordial saludo de tu siempre amigo y ahora Jefe Local, firmado: Luis Ingunza.

De otro lector

FRANCISCO NOY. Ex Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Enrique Granados, 46-2.º, 2.º. BARCELONA. Barcelona, 11 de febrero de 1967.

Mgfc. y Excmo. Sr. Don Francisco García Valdecasas, Rector de la Universidad de Barcelona. Magnífico y Excelentísimo Señor: Desde los más diversos ámbitos de la vida universitaria y ciudadana se elevan estos días voces autorizadas que, con comprensible insistencia, ora piden sin rodeos la fulminante destitución de VME, ora postulan con expresión más moderada "el relevo de la más alta autoridad académica" del distrito, ora sugieren, más cautas, la necesidad de buscar "un rector conciliador" (calificativo éste que obviamente excluye a VME).

No ya en mi calidad de exprofesor universitario, si siquiera en la de ciudadano barcelonés, sino simplemente en la de español preocupado por los graves problemas del país y de su desarrollo, me atrevo a pedir a VME que desoiga los bienintencionados llamamientos que le incitan a la dimisión y permanezca impertérrito en su puesto de mando. Y cuando la voz pública le llegue, unánime, motejando su gestión de anti-universitaria, disolvente y funesta o acusando a VME de obcecación, ofuscación y ceguera, acalle VME sus justificados escrúpulos, resista con toda la probada terquedad que a VME adorna y manténgase firme sin dar su brazo a torcer.

Porque la experiencia demuestra, Mgfc. y Excmo. Señor, que nada o muy poco puede variarse en las pecadoras sociedades humanas y en las estructuras en que éstas se articulan sin un previo periodo de inquietud y desasosiego en que las reformas necesarias se hagan evidentes para la sociedad y los que la dirigen. Es triste, muy triste, que las cosas sean así, que los cuerpos sociales no cedan al razonamiento equilibrado y que las reformas sólo se impongan tras sensibles movimientos de agitación, pero ni VME ni el que suscribe pueden cambiar la naturaleza de los hombres ni son directamente responsables del pecado original.

Convencido pues de que, en estos momentos en que la reforma de la enseñanza superior se plantea con urgencia inaplazable y como gravísimo problema nacional, sólo la inquietud despierta conciencias y sólo el desasosiego promueve mejoras, me atrevo a suplicar a VME que no dimita, que no ceda, que no se vaya.

Y es que, seamos sinceros, parece difícil imaginar mayor factor de inquietud que la presencia de VME en el rectorado de la Universidad, mayor fuente de agitación que su permanencia en él ni mayor causa de desasosiego universitario y ciudadano que la seguridad de que ésta vaya a prolongarse.

Resista VME a la presión ciudadana; opóngase bravamente, si es necesario, a las sugerencias sin duda bien encaminadas, pero erróneas al cabo por lo que dicho queda, de las autoridades civiles; desprecie olímpicamente a los supicaces que acusan a VME de agente oculto del comunismo internacional; cumpla su benemérita misión hasta el final; y por favor, en bien de la Universidad del futuro, quédese. Atentamente le saluda. Francisco Noy.



Por un reagrupamiento socialista

La actual dispersión y diversidad de los socialistas de España es ya un fenómeno alarmante y retrasa considerablemente la sustitución de las instituciones vigentes por una alternativa democrática, pues la debilidad socialista es la debilidad de las clases trabajadoras y un argumento más del franquismo para dominar sin oponente a un pueblo abandonado a su suerte. Nuestra dispersión aparece ya como algo crónico, es curioso, sin embargo, ver como por encima de esa diversidad accidental y transitoria los sectores que participan de una perspectiva socialista presentan una larga serie de supuestos comunes, tanto en los terrenos ideológicos como en el de las tácticas de lucha y acción.

Sin descender pues al análisis de las causas e interrelaciones del fenómeno en cuestión, ya que el necesario e imprescindible análisis requiere algo más que unas breves notas personales, estimo oportuno plantear algunas vertientes positivas de la situación, tendentes a estimular en mi medida el proceso de reagrupamiento socialista y el nacimiento de la

corriente unitaria que ha de consolidar la integración de los esfuerzos dispersos hoy en una dirección unificada y coherente...

La primera tarea que encontramos en este esfuerzo unitario está en conocerse mutuamente. Hasta ahora los diversos grupos se ignoran entre sí. Dejando de un lado la envejecida burocracia del exterior, burocracia íntimamente ligada a la política atlantista y reformista, y al Partido Comunista (sometido a una tensión renovadora y a ciertas crisis internas) nos encontramos ante la existencia de una gran cantidad de nuevas formaciones políticas; no sin cierta razón el profesor Tierno hablaba de «babelismo»; la atomización es pues nuestro punto de partida. Hay grupos jóvenes que han nacido motivados por un romanticismo unitario pero que de hecho no han contribuido a promover la unión (tal es el caso del FLP, de las JSR...) sino a quedar como grupos nuevos; junto a ellos los movimientos autonomistas y nacionalistas han sido motivo básico de nuevas formas organizadas de lucha (ejemplo: ETA, MSC, FNC, etc.); finalmente cabe referirse a los intentos más o menos serios de federar a los grupos y partidos: FUSE fue uno; el Comité de Coordinación Socialista le siguió... Ambas tentativas han sido un fracaso.

En definitiva, resulta que los socialistas no podemos presentarnos como una fuerza homogénea, ni siquiera como una acción coordinada. En consecuencia tampoco somos una alternativa de recambio y seguimos navegando dentro del más absoluto vacío estratégico. El mito de la unidad socialista nos seduce, es una idea nostálgica para los menos, un objetivo lejano para los más, ya que todavía no nos hemos decidido a realizar ese ideal unitario. En ese orden de cosas, las últimas acciones sindicales nos están dando una positiva enseñanza, al producirse esa unidad de forma casi espontánea en el seno de las acciones reivindicativas. Como siempre es la lucha obrera la que está haciéndonos bajar de las nubes, y no nos queda otro remedio que aprender la lección.

En ese ideal unitario hay un supuesto común a todos los grupos y partidos del panorama socialista español: todos defienden como propio el deseo de unidad, al tiempo que separadamente intentan darle un contenido y pretenden definir una estrategia eficaz y acorde con las mutaciones de la sociedad española actual y las aspiraciones populares. Si, por el momento, los resultados son escasos en el terreno de la unificación en el del combate

global, es precisamente por la falta de unidad de acción incluso en el análisis de la estrategia. El punto de partida de la renovación del movimiento socialista arranca, desde mi punto de vista, de poner en marcha un plan de trabajo mínimo, tendente a promocionar la corriente de acercamiento y la fijación de los diversos aspectos de la alternativa global que el socialismo va a representar de forma inmediata y a más largo plazo. ¿A quien puede corresponder la responsabilidad o la iniciativa para comenzar su elaboración? Personalmente, estimo que a todos los socialistas con conciencia y voluntad de serlo; la unidad no puede ser obra de simples acuerdos entre estados mayores y minorías dirigentes.

Pasar de la unidad platónica al acercamiento y colaboración está al alcance de todos. Otra cosa es que los propios estados mayores impulsen las formas de contacto y entente; mejor sería así y los resultados más importantes. La nueva conciencia socialista que surge entre los sectores jóvenes tiene un importante cometido en estos momentos de punto de partida; de una parte, no está comprometida con los manejos de las minorías burocratizadas de la socialdemocracia; de otra, se inclina por los planteamientos realistas y no por los prejuicios y sentimentalismos de las generaciones que hicieron la guerra; de esta forma los jóvenes estamos emplazados a trabajar de firme, a estimular la toma de conciencia revolucionaria del país, a mantener visibles las contradicciones del franquismo y las intenciones del neocapitalismo, dirigiendo el combate a contrarrestar la potencia de los poderes oligárquicos y explotadores, oponiendo a la reacción unas opciones democráticas y socialistas.

Necesariamente estas perspectivas de concienciación socialista suponen unos medios y unas formas de acción coordinadas. Sin un reagrupamiento de las fuerzas socialistas difícilmente lograremos representar una alternativa seria, y con ello la izquierda perderá la posibilidad de llegar a la conquista de los centros de decisión colectiva para aplicar una política socialista. Esto es también algo que deben tener presente los comunistas porque, en tanto se mantenga la debilidad de los socialistas, ellos mismos, los comunistas, pierden a un importante aliado en la tarea económica, política e ideológica.

Insisto en la urgente necesidad de abrir paso al reagrupamiento, implicando eso que: a) es

previo vencer al aislamiento y la falta de colaboración entre militantes y entre grupos; b) que no hay más salida que aplicar un plan de trabajo y de acciones comunes; c) que a través de seminarios, encuestas, estudios o de cualquier otra forma, militantes y grupos deben ir conociendo la realidad española (dentro de la cual es importante contar con las realidades nacionales y autonomistas) de cara a ir perfilando las bases táctico-estratégicas que habría de tener el reagrupamiento; d) hay que aceptar los sacrificios que impondrá una disciplina sin excepciones y la pérdida de la personalidad de grupo.

Es también conveniente aludir a los intentos que pudieran surgir de contener el proceso de reagrupamiento en moldes socialdemócratas, o en manejos de complicidad con el centro-izquierda. Inicialmente hay que rechazar toda maniobra de minorías «dirigentes» que frene y desvíe la conciencia socialista bajo unos u otros pretextos. La voluntad mayoritaria del reagrupamiento no significa renunciar a los ideales revolucionarios del socialismo, sino simplemente reafirmar la democracia interior, deseo de incorporar a todos los sectores populares y a todos los grupos nacionales y autonomistas en unas estructuras comunes libremente construidas.

Así pues, el estímulo de las posibles maneras de acercamiento y colaboración es el trabajo obligado de todos los días, al mismo tiempo, creo que discutir y estudiar que formas y objetivos deberían presidir un reagrupamiento socialista constituye la justificación de una generación nueva. ¿Seremos capaces de comprenderlo así rápidamente? De momento, nuestra irrupción en el campo de la política se ha traducido en un activismo intuitivo, en el comienzo de las luchas sindicales y estudiantiles, y finalmente en un constante diálogo no cerrado a exclusiones *a priori*. Ascender a un nivel más racional y de mayor envergadura es cuestión de poco tiempo, al menos así lo creo yo.

PEDRO LOPEZ
Valencia, 28-4-1967

Sobre una afirmación de Stanley G. Payne

Con relación a la versión sobre la ejecución de la sentencia de muerte contra José Antonio Primo de Rivera, que aparece en el libro

Falange, historia del fascismo español, de Stanley G. Payne, publicada por Ediciones Ruedo ibérico en 1965, nos escribe don Jesús Monzón Repáraz diciéndonos que no corresponde al correcto comportamiento de las autoridades de la república y pidiéndonos que hagamos constar su protesta contra la falsa participación que a él personalmente se le atribuye.

Lo que hacemos muy gustosos por haber comprobado que el 20 de noviembre, fecha de la ejecución de José Antonio Primo de Rivera, el señor Monzón se encontraba en Bilbao, ejerciendo el cargo de Fiscal Decano de los Tribunales de Euzkadi, para el que fue nombrado en el *Diario Oficial del Gobierno Vasco*, N° 20 del 28 de octubre de 1936, función que desempeñó ininterrumpidamente hasta el día de la caída de Bilbao, el 19 de junio de 1937; y que no fue nombrado gobernador civil de Alicante hasta el 17 de julio de 1937 según la *Gaceta* de la república, n° 199, del día siguiente.

Nos complace hacerlo público para justa satisfacción del interesado. (Ediciones Ruedo ibérico, París.)

Una opción militante

Leiderdorp, 12 de marzo de 1967

...no es que haya leído todo el *Horizonte Español 1966*, ni mucho menos, pero sí que puedo expresar mi mayor satisfacción por los trabajos que supongo rectores del equipo: los de Bulnes, J. Semprún, y por toda la presentación en general, tan agradable, racional y de buen gusto... Flores ha resultado un elemento valioso... Hay mucha documentación muy útil en los dos volúmenes...

...¿Es posible que no se pueda hablar con más concreción que lo hace Semprún en su artículo sobre la oposición 1956-1966? Se rozan cosas, se simplifican otras y no se dan claras recomendaciones políticas. El propósito es dar una idea panorámica de ese periodo, ya sé, pero siendo el último, de ahí podría desgajarse un indicador de posibilidades reales y un cauce por el que llevar la mejor corriente al molino que se desea. Yo no digo que haya que establecer un programa, pero sí una tendencia de alianzas, una elección de tácticas posibles, una opción política concreta: con quiénes y cómo habríamos de luchar, de componer y programar. Y esto precisamente por lo que muy bien dice de que hay que *crear* las coyunturas favorables y no creer que se nos darán o que

están ya dadas. O sea, que después de constatar los hechos globalmente, habría que tomar partido de un rumbo al menos, ¿no? El resultado es que, a fin de cuentas, parece Semprún tomar la misma actitud de Ridruejo: esperar a que el funcionamiento democrático determine el régimen. Aparte de ingenua, pasiva actitud, pues. Todo el que dispone de un órgano de influencia y de una trayectoria proyectista en política debe proponer camino, si no, favorece la paralización. ¿Se está con el Partido, o no? Si se está, sacar a relucir generalidades de cara a la galería como reproche es tiempo perdido. No está mal que el Partido hable del pueblo, aunque sea esto entelequia, pero *Cuadernos de Ruedo ibérico*, que no ha de hablar de pueblo, debería hablar de trayectoria, de fórmula unitaria, de común denominador revolucionario socializante a partir de las fuerzas socialistas y socializantes existentes. El trabajo de Claudín me parece el más claro y directo, el más científico también en este sentido. Sus análisis de fuerzas en presencia y en potencia para hacer llegar el socialismo a España son impecables y coinciden con muchos otros estudios socioeconómicos al respecto. Claudín no llega, sin embargo, a proponer una actitud inequívoca, al final. ¿Hemos de « abrir » el partido desde dentro, o hemos de formar un nuevo partido marxista « abierto » desde el principio? Mientras no se haga una clara opción en puntos tan fundamentales, no se puede influir sobre nada ni sobre nadie.

Supongo que no habéis concebido *Cuadernos de Ruedo ibérico* como un portavoz de intelectuales para desarrollo de análisis brillantes y constatación de hechos « sin punta práctica », sin punta de lanza revolucionaria. Claro que esto último ya de por sí sería muy útil, pero me parece que no basta. Si se analiza bien es para dar una síntesis propia de acción y dirección. Luego creo que habíais de empezar por ponerlos de acuerdo sobre una opción militante, los que formáis el equipo de redacción y dais la pauta a *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Tened en cuenta que prolongáis hasta lo indecible la angustia de millares de lectores en España y fuera de España. Pero sobre todo en España, que es lo que importa. Muchos que están de acuerdo en vuestras exposiciones y se quedan a la espera de una consigna, sí, de una consigna política, hasta partidista; muchos que siendo marxistas no tienen el carnet del Partido y esperan a ver qué pasa: si el Partido se desmonolitiza o se forma otro nuevo elástico, realista, abierto. En el fondo, todo el problema está aquí, para vosotros. Lo que os

quita el sueño es no poder ir con el Partido por no tener la fe intelectual necesaria en su doctrina y no atreveros a propugnar la formación de otro nuevo por temor a que os tilden de revisionistas, de « enemigos de la revolución del proletariado », etc. Yo no digo que tengáis que formar un partido; ése no es en principio vuestra tarea ni vuestro propósito —desde *Cuadernos de Ruedo ibérico* al menos—. Pero sí que deberíais resolver esa angustiada dialéctica optando por una u otra vía, por proponerla o promoverla. Ignoro qué acogida podría tener un nuevo partido marxista con el espíritu que anima a *Cuadernos de Ruedo ibérico*. A lo mejor valdría la pena intentarlo. Pero si no os atrevéis ni a propugnarlo, quedaos de una vez en la plataforma del Partido y llenadla de vuestro saber sin renegarla, hacedla llegar como una prolongación de intelectuales a intelectuales, con un lenguaje nuevo, con aportaciones valiosas, que si lo son habrán de dar sus frutos, no lo dudéis, en esa misma plataforma, porque afortunadamente los Secretarios no son vitalicios y si sembráis ecos sanos podréis recoger sanos acuerdos de la base.

He recibido el número 9 de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Magnífico. Me felicito por el artículo de Corrales Egea, que ha dicho lo que yo quería decir. F.C.L.

Una respuesta, ya

Al responder esquemáticamente a la carta abierta de F.C.L. y más concretamente a alguna de sus fastidiosas cuestiones (fastidiosas por lo esclarecedora que debiera ser la respuesta que ellas exigen) quisiera que se tomase lo que sigue como lo que es: una respuesta personal.

Opino que Cuadernos de Ruedo ibérico está intentado cumplir —y pienso que consiguiéndolo en buena parte— lo que se proponía en su número de presentación: «... el contraste entre dos ejes maestros» que eran, de un lado, la práctica teórica —aprehensión de la realidad española y mundial— y, de otro, el proyecto global de la necesaria transformación socialista de la sociedad. Ahora bien, lo que se reclama en la carta de F.C.L. es más que eso: se pide una politización mayor de la revista o, mejor dicho, una concreción política más grande dentro de la opción global socialista. Ante ello, la primera disyuntiva planteada por F.C.L. es: « Claudín no llega, sin embargo, a

proponer una actitud inequívoca ... ¿Hemos de 'abrir' el Partido [Comunista] desde dentro, o hemos de formar un nuevo partido marxista 'abierto' desde el principio? »

La posición personal de Claudín queda bastante clara, respecto a este extremo, en el nº 7 de Acción Comunista. Al final de una larga exposición, con la cual resulta muy difícil discrepar, Claudín concluye: «...creo que la actuación de los comunistas militantes y de los marxistas no miembros del Partido [Comunista] que toman conciencia de la situación descrita más arriba, no debe proyectarse actualmente hacia la creación de un nuevo partido, sino esforzarse en la renovación del actual. Incluyendo en este concepto de 'renovación', tanto la revisión marxista de las bases teóricas del Partido, como la corrección de su estrategia política y la transformación de su funcionamiento interno. Sé que es tarea difícil y que no pocos marxistas de dentro y de fuera del Partido la consideran utópica. Pero a mi parecer es la orientación más fecunda en las actuales circunstancias. Lo que no excluye que más adelante en otro contexto político, si el

empeño renovador se ha revelado totalmente ineficaz, puedan crearse condiciones que hagan absolutamente necesario, y al mismo tiempo posible, la creación de un nuevo tipo de partido marxista. »

Creo que el párrafo es lo suficientemente esclarecedor, sin embargo dentro del equipo de Cuadernos de Ruedo ibérico hay militantes de organizaciones socialistas y otros que no creen en la posibilidad de renovación del Partido Comunista desde dentro y se niegan a ser sólo su mala conciencia desde fuera.

No sé si Cuadernos de Ruedo ibérico debiera optar, como tal revista, por una de las dos posiciones —me inclino a creer que no—, pero lo que sí me parece debiera hacerse es abrir y provocar sin timidez la discusión del tema, es decir, iniciar una labor de clarificación de las posiciones críticas socialistas españolas (de dentro y fuera del Partido Comunista) frente a ese hecho que es el Partido Comunista de España y su posible evolución.

ANGEL VILLANUEVA



Cuadernos de Ruedo ibérico han leído

Economía, sociología

Godelier, Marx y Engels

El modo de producción asiático

EUDECOR, 1966.

Se reúnen en este libro, el trabajo de M. Godelier *La noción del modo de producción asiático y los esquemas marxistas de evolución de las sociedades* y una selección de textos de Marx y de Engels: fragmentos de *El capital*, *Anti-Dühring* y sobre todo *Formaciones económicas pre-capitalistas* de Marx en donde se encuentra su más avanzada elaboración del concepto de modo de producción asiático.

Godelier en su estudio, siguiendo a F. Tokei distingue de entre los modos de producción precapitalista los siguientes: la comunidad primitiva, el modo de producción asiático, el modo de producción antiguo, el modo de producción esclavista, el modo de producción germánico y el modo de producción feudal.

En el modo de producción asiático —dice Godelier— la producción no está orientada hacia un mercado, el uso de la moneda es limitado y aún siendo la propiedad colectiva la existencia de un excedente hace posible una diferenciación más avanzada y la aparición de una minoría de individuos que se apropia de una parte del excedente y explota por ese medio a los miembros de la comunidad.

La noción de modo de producción asiático no aparece en *El origen de la familia...* de Engels es esto una de las causas por la que ciertos marxistas dogmáticos han venido negando su existencia histórica: « nociones desacreditadas y reaccionarias » (Shapiro en *Marxism Today*, 1962). Explica Godelier las razones por las que Engels no incluyó en *El origen de la familia...* el concepto de modo de producción asiático. Por otro lado es evidente que ha habido una causa fundamentalmente política para rechazar la existencia de ese modo de producción; el aceptar la existencia histórica de una sociedad sin propiedad privada en la que una minoría dispone del excedente de la comunidad y explota así a ésta, ha podido parecer peligroso políticamente, así se ha ido a la investigación histórica más que a investigar a comprobar un esquema-receta, cosa que está en los antipodas del marxismo y que según Godelier encuentra « su más clara expresión y consagración » en el informe de Stalin *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*. (Angel Villanueva.)



V. Gordon Childe
La evolución de la sociedad
Ciencia Nueva. Madrid, 1965

Obra de marcado interés por la originalidad y la profundidad del análisis histórico. (F. F.-S.)

Paul A. Baran y Paul M. Sweezy
Monopoly capital, An essay on the American Economic and Social Order
 Monthly Review Press, Nueva York y Londres, 1966. (Capitalismo monopolista, Un ensayo sobre el sistema económico y social americano.)

Henri Denis
La formation de la science économique
 PUF, 1967.

Varios
Sociología para la convivencia
 ZYX, 1966.

Giuseppe Fiori
Vita di Antonio Gramsci
 Laterza, 1966.

Este ensayo de los dos conocidos economistas marxistas norteamericanos (terminado por Sweezy, después del fallecimiento de Baran) constituye una notable tentativa de análisis teórico concreto de los rasgos fundamentales del capitalismo actual, en su « sede » histórica de los Estados Unidos. Aunque sea necesario volver detalladamente sobre este libro, en las páginas de nuestra revista, convenía desde ahora señalar su publicación y destacar su interés. (J.S.)

Publicado como texto de apoyo de su obra *Histoire de la pensée économique* este nuevo libro de Denis recoge una amplia gama de textos clásicos sobre diversos temas. La inteligente selección resulta interesante y muy útil. El valor, la renta, el crecimiento, etc., son los temas en torno a los cuales el autor ha reunido escritos del más diverso talante: desde Say a Marx y desde Schumpeter a Keynes. En total 56 textos distintos con los correspondientes comentarios de H. Denis. (Angel Villanueva.)

Bajo tan equívoco título —hay todavía quien cree que todo es Sociología— ha reunido la editorial católica ZYX una serie de artículos que realmente no forman, ni de lejos, un conjunto; en donde junto a trabajos salvables se pasa, a veces, del a-marxismo o antimarxismo infantil: « *La sugestión por el marxismo no deja de tener mucho que ver también con el rechazo del sistema establecido* » (Francisco Pérez) a la inmadurez teórica: « *En una economía de producción no lucrativa (lo que es inconcebible para el capitalismo) Mt (valor pagado por el trabajo socialmente necesario para producir un objeto útil) sería coincidente con P (precio del producto)* » (Manuel Rico Lara). Lo cual quiere decir que en un país socialista no hay posibilidad de acumulación ni de desarrollo alguno por lo tanto. Se hace así, queriendo atacar al capitalismo, la peor de las caricaturas de su contrario el socialismo. A pesar de todo el libro, como intento, o más bien, como proyecto puede resultar interesante. (Angel Villanueva.)

Biografía

No sólo la biografía de uno de los pensadores revolucionarios más importantes del siglo XX, sino también un ensayo muy interesante —independientemente de la problematización de algunas de las tesis propuestas— sobre el contenido teórico y político de la actividad de Gramsci y del partido comunista italiano, en los años cruciales de la lucha contra el fascismo. (J.S.)

Ensayo

G. Grosz

L'art et la société bourgeoise

E. Piscator

Un théâtre profession de foi*Dossiers Partisans*, primer trimestre 1967. Maspero, éditeur.

He aquí, reunidos en una sola publicación, dos trabajos sobre el arte y la política.

Grosz, el dibujante, y Piscator, el hombre de teatro, abordan bajo formas distintas, un mismo problema —el del papel del arte y del artista— en un mundo dominado por el esquema burgués del arte puro.

Grosz nos ofrece un doble análisis. El primero —sociológico, diríamos— describe las nuevas condiciones impuestas por la sociedad industrial: la aparición del cine, el imperio de la mecánica, no sólo modifican las formas, sino el contenido mismo del arte y su campo de definición. Posteriormente, Grosz amplía e ilustra estas observaciones relatando su evolución personal desde una actitud idealista —resentimiento y egocentrismo— falsamente revolucionaria, hasta una total subordinación artística a los problemas de la lucha de clases.

Piscator, no tan violento, nos brinda su experiencia teatral. Público, crítica y escena son para Piscator sobradamente conocidos, y parte de ellos para elaborar esquemáticamente un concepto más allá de la vieja frase « teatro político »: un teatro profesión de fe.

Dos textos que no son nuevos —el primero data de entre guerras, el segundo de 1955 —pero que no han perdido todavía su actualidad o, en términos de Grosz, su carácter de reportaje. Al menos allí donde el miedo domina aún al arte. (B.S.)

Rafael Pérez de la Dehesa

Política y sociedad en el primer Unamuno

Ciencia Nueva. Madrid, 1966

« Ha acabado de penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de Trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único ideal hoy vivo de veras, es la religión de la Humanidad ». Estas palabras, escritas en 1894 en España, no son de Pablo Iglesias ni de Jaime Vera, sino de Miguel de Unamuno. Pérez de la Dehesa estudia este episodio socialista —de episodio se trata, y que habría de dejar, a nuestro juicio, escasas huellas en el Unamuno posterior— con buen tino de historiador y excelente base documental. A través de este episodio unamuniano el lector se acerca a los orígenes del socialismo español. (F. F.-S.)

Vicente Aguilera Cerni

Ortega y D'Ors en la cultura artística española

Ciencia Nueva. Madrid, 1966

Buen estudio crítico de las ideas estéticas de Ortega y D'Ors. (F. F.-S.)

Ediciones Ruedo ibérico

Herbert Rutledge Southworth

Antifalange

Estudio crítico de

**Falange en la guerra de España :
la Unificación y Hedilla**

de Maximiano García Venero

Introducción. Análisis del falangismo

- I. Antecedentes del fascismo español
- II. El primer movimiento fascista español
- III. Falange Española y Falange Española de las JONS
- IV. Los acontecimientos de octubre de 1934
- V. La ruptura de Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera
- VI. Las elecciones a Cortes de 1936
- VII. La primavera de 1936 : terrorismo y conspiración
- VIII. La sublevación en Galicia
- IX. Las represiones
- X. La sublevación en Santander
- XI. El desarrollo de la Falange y la vida política en la zona rebelde durante los primeros meses de la guerra civil
- XII. José Antonio Primo de Rivera en Alicante
- XIII. Aspectos de la prensa y propaganda falangista
- XIV. La Alemania nacionalsocialista y la Falange
- XV. La Italia fascista y la Falange
- XVI. La lucha por el poder político en la zona rebelde
- XVII. La crisis de abril de 1937 en Salamanca
- XVIII. Detención, proceso, prisión y liberación de Manuel Hedilla

Apéndices. Bibliografía. Índice onomástico.

344 páginas

32 planchas fuera de texto

1 gráfico

30,— F

5 rue Aubriot Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

Luciano F. Rincón

Pedro Rodríguez

Joan Roig

Rojo

José Romero Marcos

R. Romero Meza

Lazaro Rosso

Manuel Saízar

Víctor Sánchez Zabala

Nicolás Sánchez-Albornoz

Adolfo Sánchez Vázquez

Helena Saña Halcón

Jean-Paul Sartre

Alfonso Sastre

Saura

Tomás Segovia

Jorge Semprún

Blai Serratés

Herbert R. Southworth

Macrino Suárez

Enrique Tierno Galván

Raúl Torras

Lorenzo Torres

Juan Triguero

José Miguel Ullán

Urculo

José Angel Valente

Xavier Valls

Antonio Vargas

Vázquez de Sola

Juan Villa

Angel Villanueva

Martín Zugasti

En el sumario :

Ramón Aboy

Angel Bernal

Ramón Bulnes

Fidel Castro

Regis Debray

F. Gil

Enrique García

Pedro Gimferrer

Iñaki Goitia

Juan Goytisolo

Félix Grande

José María González Ruiz

Ernesto "Che" Guevara

Angel Gustalavida

Julius

Antonio Vargas

Prix : 7 F